

MARÍA VALLEJO-NÁGERA

MUJERES DE LUZ.



Escandalosamente
envidiadas



ÍNDICE

Dedicatoria

Prólogo. Niña de ojos grandes

PRIMERA PARTE

MUJERES DE LUZ DE LA ANTIGÜEDAD

Capítulo 1. La reina de Saba. La luz de Salomón

Capítulo 2. Cleopatra. La caricia de César

Capítulo 3. María Magdalena. La valiente mujer de Dios

Capítulo 4. Lucrecia Borgia. La princesa más calumniada

SEGUNDA PARTE

MUJERES DE LUZ DEL SIGLO XX

Capítulo 5. Mata Hari. La muñeca de seda rasgada

Capítulo 6. Coco Chanel. La magia de un dedal

Capítulo 7. Peggy Guggenheim. La locura de amor entre una mujer y un lienzo

Capítulo 8. María Callas. El susurro de cristal

Epílogo. No somos nadie, querido lector...

Bibliografía

Notas

Créditos

*Para Beatriz y Cristina.
Os quiero más que lo que nunca podáis imaginar.*

*Y para mis amigas Lucrecia, Emma, Elvira, Eva, Benny, Ana,
Mercedes, Cristina, Beatriz, Amada, Inés, Kuki y Mónica.*

*Gracias por ser cada una de vosotras
extraordinarias mujeres de luz en mi vida.*

PRÓLOGO

NIÑA DE OJOS GRANDES

«La vejez es la pérdida de la curiosidad».

AZORÍN

Siempre he sido curiosa... Tanto que hasta esa afición mía de quererme enterar de todo me ha puesto en algún que otro aprieto del que luego me ha costado un sinfín de malabarismos y peripecias escapar. Creo que la causa de este despropósito —o don, según se vea— proviene del estado femeninamente escandaloso de mi alma, tan enclavado en detalles a los que somos propensas las mujeres por naturaleza. En otras palabras y para que lo entienda, querido lector: reconozco que soy cotilla y que me gusta enterarme de todo, en especial si de lo que se trata es de hablar de personajes de interés público. Y me fijo hasta en sus más ocultos secretos, en sus avatares y contiendas, penetrando en sus mundos —tan ajenos al mío—, con ojos absolutamente asombrados. Y entre todo tipo de personajes son las mujeres de cuyos corazones brotan espectros de luz las que más me interesan. La curiosidad que siento por sus vidas —fechorías incluidas— me embriaga hasta el punto de querer hurgar incluso en el baúl más recóndito de sus desvanes, ahí en donde guardan las enaguas.

A veces las vidas de estas mujeres de luz transcurrieron en siglos muy lejanos; otras, me son cercanas en el tiempo... Pero todas me interesan. Qué le voy a hacer, querido lector. Ya ve que desde este

primer minuto se lo confieso: llevo el figoneo en la sangre. Pero no se ilusione demasiado, pues no todas las que le presento en este escrito mío son cegadoras con la misma intensidad. Algunas encontrará que solo dejaron brotar de sus auras tonos grises —no por ello menos hermosos—, que marcaron de forma diferente e igualmente válida el horizonte de aquellos con quienes se cruzaron; pero irradien el color que sea, le aseguro que también han dejado poso, semilla y hasta leyendas inenarrables, que ahora hacen difícil distinguir la realidad de la ficción de sus peripecias.

De niña viví un aturdimiento extraño, una fascinación sorpresiva con ellas. Desde el minuto en el que las conocí figando descaradamente entre las revistas femeninas que por doquier dejaba mi madre en su elegante vestidor —una preciosa mujer a quien le gustaba la moda y el mundo de las grandes estrellas de cine de los años sesenta—, todo me interesó sobre esas mujeres de luz. ¡Qué hermosas y fascinantes eran! Y mire usted que he tenido que esperar la llegada de las primeras canas para buscar y encontrar información valiosa sobre ellas. ¡Y cuántas han sido las sorpresas que me he llevado metiendo la nariz en esos libros, querido lector! Porque, sin soñarlo siquiera, me he dado de bruces con datos infinitamente más sorprendentes y cautivadores de lo que nunca esperé.



Sé que las mujeres de luz que le presento en mi escrito no solo me interesan a mí. Nada más alejado de la realidad... Pues digamos que son personajes que han aturcido a muchas generaciones, a historiadores y biógrafos, y hasta a líderes de grandes potencias, pues fue abundante el polvo dorado que desprendieron sus tacones, contándose hoy por cientos —quizá miles— los libros escritos sobre ellas. ¡Cuánto hubiera dado por conocerlas! Pero la vida viene como viene, fui niña del siglo XX y hoy mujer del XXI, mientras que todas ellas han fallecido... ¡Alguna incluso hace casi tres mil años! Supongo que desde donde ahora estén, observarán con estupor el interés permanente que aún suscitan.



Ya habrá imaginado que la tarea de estudiarlas no me ha sido fácil. En ocasiones me he visto obligada a trasladarme a siglos muy alejados en el tiempo. He tenido que descubrir desiertos ya abandonados, y hasta lugares remotos que ni aparecen en los mapas más sofisticados. Tampoco han faltado mis viajes —a través de las letras estudiadas sobre ellas— a palacios ancestrales (Cleopatra), a templos de gran riqueza (la reina de Saba), o hasta a Magdala (María Magdalena). ¡Ay, madre! Lo que hubiera dado por conocerlas... ¿Me imagina entrevistando en su palacio de Saba a su reina más hermosa? ¿O quizá espiando a la gran Coco Chanel mientras creaba las esencias de su más exquisito perfume, Chanel n^o 5, en un París derruido por las bombas? ¡Caramba, cómo hubiera disfrutado arrancándoles sus secretos más seductores! Pues, sin excepción, sus luces han sido mágicas, poderosas, turbias, fascinantes, arrolladoras... Todo a la vez. Tarea difícil se me presenta por ello ahora al intentar conocerlas, cuando ya lo intentaron poetas, escritores, biógrafos, compositores, pintores y hasta papas.

Qué reto, ¿no le parece? A ver cómo me apaño para no decepcionarle.



Este perspicaz deseo de observar y analizar embobada a las más atractivas mujeres de luz me persigue desde muy niña.

—Juan Antonio —se quejó un día mi madre a mi padre mientras desayunaban—. Esta niña es muy rara. Todo se cuestiona y desea saber lo no debe. ¡Me tiene aburrida a preguntas!

—Deja a la niña que pregunte lo que le venga en gana, Victoria —contestó mi padre, sin prestar demasiada atención—. Mira lo que decía Pascal: «Una de las principales enfermedades del hombre es su inquieta curiosidad por conocer lo que no puede llegar a saber».

—¿Lo ves? Hasta ese filósofo consideraba la curiosidad una enfermedad.

Mi padre levantó la vista del periódico.

—Vamos a ver... ¿y qué mal hace la niña preguntando?

—Es que tanta curiosidad... —contestó mi hermosa madre, meneando la cabeza de un lado a otro—. Mira, hace tan solo unos días me dijo que quería saber quién era Cleopatra, solo porque había visto fugazmente una foto de Liz Taylor representándola en el *iHola!*

—Entonces la culpa la tienes tú por comprar esas revistas —dijo mi padre, haciendo una mueca—. El contenido es frívolo, salen retratadas señoras guapas, y la niña, que es una cursi, se fija y luego cuando se aburre las imita.

—¡Pero qué tonterías dices, Juan Antonio! —refunfuñó mi madre—. ¿Cómo voy a tener yo la culpa de lo fisgona que es tu hija? Esas revistas solo tienen fotos elegantes y llamativas de reinas, princesas y actrices de cine... ¿Qué daño pueden causar?

—Bueno, pues entonces no te preocupes —contestó mi padre, volviendo a centrar su atención en las noticias de su diario.

—Sí me preocupo, pues luego me llueven preguntas que no sé cómo contestar a una mocosa de siete años. ¡Digamos que la niña se queda boquiabierta con las fotos de las damas de las revistas! Ayer me dijo que de mayor sería como ellas y que le comprara una corona.

—Pues cómprale una de esas de plástico que venden en la tienda Vicente Rico y verás qué contenta se pone.

—¡Que no, Juan Antonio! Que querrá ser una princesa y me dará mucho la tabarra. A este paso esta nos sale actriz a lo Lina Morgan.

—Pues nada, nos iremos a aplaudirla al teatro y punto —contestó mi padre, esbozando una sonrisa.

—Muy gracioso...

—¡Jajaja!

—Eso sería lo que nos faltaba. Con lo teatrera que es... Madre mía. Mira, debes hablar con ella, pues le he reñido y me sigue desobedeciendo. Está muy pesada. ¡Es que cuando ve esos reportajes se vuelve loca! Y como es muy espabilada y se fija en todo, me roba esas revistas, las lleva a su cuarto y recorta las joyas y los vestidos que más le gustan. ¡Me hace cada estropicio...! Deja la revista hecha unos

zorros y luego tengo que tirarla. El otro día descubrió a María Callas y se puso contentísima. «¡Esta señora es guapísima, mamá!», me dijo, señalando con un dedo pequeñito la espectacular diadema de diamantes que lucía sobre su cabeza mientras representaba a no sé quién en no sé qué ópera. Un rato después la pillé cantando a voces con la comba a modo de micrófono delante del espejo del salón.

—¡Jajaja!

—Sí, claro. Tú ríete. Vamos que... Vaya niña rara.

Mi padre soltó el periódico y cogió con ambas manos su humeante taza de café.

—María no es rara —dijo sonriendo—. Es tan solo... Bueno, digamos que es simplemente *una niña de ojos grandes*.

—¿Pero qué ojos grandes, ni qué nada? ¡Venga, hombre! Lo que es de verdad es una teatrera... Mira, desde el día que descubrió la foto de Liz Taylor como Cleopatra, la he pillado varias veces hurgando en mi secreter. Me sustrae collares y peinetas que después se pone por la cabeza de cualquier manera. ¡Podría haberme roto el collar de perlas! —Mi madre puso los ojos en blanco—. Ayer le tuve que dar un azote, pero no sirvió de nada. Al rato volvió a abrir mi armario y me quitó un par de zapatos de tacón, ¡de los elegantes! Esos que tengo con pedrería y que guardo como oro en paño. Se puso todo encima y estuvo paseándose pasillo abajo, pasillo arriba. ¡Pero qué cursi se está volviendo! Le quité todo y otra vez la riña. Pero, nada, como el que oye llover... En cuanto me doy la vuelta, ale, a tropezar con todos los muebles por llevar puestos mis tacones. Me temo que estoy criando a una titiritera.

Mi padre se rascó la nariz —enorme, por cierto—, guardó unos segundos silencio y al fin se levantó de la mesa.

—De acuerdo. Hablaré con ella. Voy a descubrir por qué hace tantas trastadas con tus cosas tu hija, y le diré que la castigaremos mucho si vuelve a tocarlas. ¿Te parece bien?

—Huy, sí. Me parece estupendamente —contestó mi madre satisfecha.



Mi padre me encontró en la cocina dando la tabarra a la pobre Mari — una cocinera que nos quiso muchísimo y que estuvo trabajando en nuestro hogar la friolera de treinta y dos años—, con el collar de perlas de mi madre colocado de cualquier manera sobre la cabeza, sus carísimos zapatos de tacón calzándome los pies y un delantal de lagarterana sobre el uniforme del colegio.

—Llévesela, doctor —refunfuñó Mari en cuanto vio atravesar a mi padre la puerta de la cocina—. Mire que lleva aquí un montón de rato largando por esa boquita una sarta de historietas raras. Ahora dice que es la reina de Saba o alguien así... Ya me duele hasta la cabeza.

—¡No, Mari, que no te enteras! —exclamé indignada—. Que no soy la reina esa que tú dices... Soy la reina Cleopatra... Como la de la revista de mamá. Y por eso llevo su corona y todo el mundo me admira en el palacio.

—¿Pero qué sandeces dices, hija? —dijo mi padre, poniendo los brazos en jarras—. ¿Y de qué te has vestido? ¡Vaya pinta!

—De algo muy importante —contesté con una seguridad aplastante mientras mi padre, torpón, comenzaba a desatarme el tremendo nudo que me había hecho en la lazada del delantal de lagarterana.

—¡Por Dios, María, mira que eres revoltosa! Y qué nudo más horrible te has hecho... Uf, qué niña... ¿Acaso no deberías de estar ya en el portal esperando a que pase la ruta escolar a recogerte? ¡Verás cómo se pone tu madre si pasa y se marcha sin ti!

—Yo le digo que hoy el autobús se va sin la niña —intervino Mari, sin que nadie le hubiera dado vela en el entierro—. Avise usted a la señora antes de que la ruta llegue, o esta teatrera se quedará en tierra. No hay manera de quitar a la cría el disfraz que se ha puesto y a mí no me hace caso.

Entonces pasó lo que ya venía yo venir... Mi padre llamó a mi madre a voz en grito, quien entró con paso impaciente en la cocina.

—¡Pero qué *mamarracha* es esta niña! —susurró entre dientes. Acto seguido me agarró de un brazo y me sacó en volandas hacia el

salón—. ¡Mira que te gusta ser Coco Chanel...!

—¿Y quién es esa? ¿Otra princesa?

—¡Calla y haz el favor de devolverme mis collares! Y quítate mis tacones, que te vas a dar un mamporro. ¿No ves que son cosas valiosas de las mamás, criatura? ¡Y fuera el delantal de lagarterana! Uf... Y a peinarte rápido, que debes bajar al portal volando cual pajarito. ¿No ves que va a pasar en cinco minutos la ruta escolar? ¡Llegarás tarde como el otro día! Solo me faltaba a mí tenerte que llevar luego al colegio... ¡Con todo lo que tengo que hacer hoy!

Entonces me logró desanudar la lazada del delantal del disfraz de lagarterana, me lo arrancó y yo cogí una buena rabieta. No una del montón, sino una digna de una tragedia griega a lo María Callas, con patadas contra el suelo incluidas y todo. Y no tardó en llegar un nefasto desenlace, querido lector... Pues *la niña de ojos grandes* se llevó una azotaina y encima perdió el autobús.



Esa anécdota fue solo el preludio de una gran comienzo, pues desde entonces *la niña de ojos grandes* —hoy mujer con los dos pies bien metidos en el otoño de la vida— no ha dejado de asombrarse con el mundo y sus gentes; con su historia, sus reyes y reinas; su ciencia y su progreso; los inventos, los astros y hasta con el fondo de los mares. Todo me gusta, querido lector, y sobre todo tipo de cosas leo y me informo.

Bueno, sobre todo no... Dejo la política de lado, que es mundo extraño que ni entiendo ni creo que llegaré a entender jamás.



Hace mucho tiempo que mi preciosa madre falleció dejando un gran hueco en mi alma... A su manera, ella también fue una gran dama de luz, pero poco me pudo contar sobre esas mujeres que tanto admiraba, pues una larga enfermedad que enturbió su pensamiento durante los últimos treinta años de su vida se lo impidió. A pesar de ello, la *niña*

de ojos grandes no olvidó a aquellas mujeres, ni el magnetismo mágico que de ellas emanaba. ¿Cómo iba a ser de otra forma si eran las más bellas, las más valientes, las más seductoras y luchadoras e incluso las más envidiadas? ¡En algunos casos hasta las más brutalmente calumniadas! (como le sucedió a Lucrecia Borgia, tal y como han afirmado recientes historiadores en estudios sobre su persona).

Yo deseo presentarle hoy ocho de ellas. ¡Perdóneme la limitación obligada que me impone un solo libro, querido lector! La elección ha sido complicadísima... Entre ellas le presentaré a varias que dejaron sus huellas en pleno siglo XX: como Mata Hari, María Callas o Coco Chanel. Otras serán extravagantes luciérnagas de alto voltaje de la Antigüedad, como Cleopatra o la reina de Saba... ¿Quién puede ignorarlas?

Yo no soy *paparazzi*, querido lector. Le recuerdo que soy tan solo una mujer curiosa, una *niña de ojos grandes* que sigue a día de hoy fascinada, asombrada con el mundo, con sus hombres y mujeres de luz. Déjeme presentárselas. En su mano está adorarlas o menospreciarlas... Yo ya las conozco; somos amigas. Atrévase a trepar por mis letras, agarre su cámara fotográfica y encienda la grabadora. ¡Soñaremos juntos que las entrevistamos y que nos convertimos en sus confidentes más cercanos! ¡Vamos! ¿A qué espera? ¡Salte dentro de la furgoneta, meta las llaves y arranque el motor! Comprobará que, muy pronto y de la mano de mi tinta, mirará arrobado los tapices y celosías doradas del palacio de la reina de Saba, pasará en los desiertos cercanos al reino de Cleopatra y adquirirá caros perfumes y esencias en los mercadillos de la Magdala de Galilea. ¡Quizá me acompañe a la primera tienda de Coco Chanel de París y aplaudirá asombrado la danza exótica de los pies cargados de cascabeles de Mata Hari! Nunca se sabe... ¡Tenemos mucho camino que recorrer y poco tiempo, querido lector! Así que dese prisa, agarre el volante y acelere. ¡Y no olvide abrocharse antes el cinturón! Recuerde que por la antigua Roma hay muchas y peligrosas curvas.



A los seis años, disfrazada por mí misma de nadie sabe qué.



*Retrato que me hizo mi padre, pintor de la escuela naif, fascinado con mis cosas.
En el reverso escribió: «María vestida de algo muy importante... (Pero a saber de
qué)».*

PRIMERA PARTE

**MUJERES DE LUZ
DE LA ANTIGÜEDAD**



CAPÍTULO 1

LA REINA DE SABA

LA LUZ DE SALOMÓN

(¿Etiopía, 950 a. C.?)



Y la reina de Saba se enteró de la fama del rey Salomón, y vino a ponerlo a prueba con enigmas. Llegó a Jerusalén con un gran contingente de camellos que portaban perfumes, oro en gran cantidad y piedras preciosas. Se presentó ante Salomón y le planteó todo cuanto había ideado. Salomón resolvió todas sus preguntas. No había cuestión, por muy arcana que fuese, que el rey no pudiera desvelar. Cuando la reina de Saba vio la sabiduría de Salomón, el palacio que había construido, los manjares de su mesa, las residencias de sus servidores, el porte de sus ministros y sus vestimentas, sus coperos y los holocaustos que ofrecía en el templo de Yahvé, se quedó sin respiración y dijo al rey: «¡Era verdad cuanto oí en mi tierra acerca de tus enigmas y tu sabiduría! Yo no daba crédito a lo que se decía, pero ahora puedo comprobarlo personalmente. ¡No me dijeron ni la mitad! Tu sabiduría y prosperidad superan con mucho las noticias que escuché. Dichosas tus mujeres, dichosos estos dignatarios tuyos que están siempre en tu presencia y escuchan tu sabiduría. Bendito sea Yahvé, tu Dios, que se ha complacido en ti, y te ha situado en el trono de Israel. Por el amor eterno de Yahvé a Israel, te ha puesto como rey para administrar derecho y justicia». Dio al rey ciento veinte talentos de oro, gran cantidad de perfumes y piedras preciosas. Jamás llegaron en tal abundancia perfumes como los que la reina de Saba dio al rey Salomón. La flota de Jirán, la que transportó el oro de Ofir, trajo también madera de almugguim en gran cantidad, y piedras preciosas. Con la madera de almugguim hizo el rey balaustradas para el templo de Yahvé y para el palacio real, cítaras y salterios para los cantores. Nunca como entonces volvió a llegar madera de almugguim ni ha vuelto a verse hasta el día de hoy. El rey Salomón concedió a la reina de Saba cuantos deseos manifestó, aparte de lo que le regaló con la munificencia regia propia de Salomón. Luego se volvió a su país, junto con su séquito.

REYES 10: 1-13

Escucha, niña, y hazlo con interés: tú que vas por la vida de valiente y

aventurera, con solo verte —así larguirucha y pareciendo de mantequilla—, me percaté de que no aguantarías ni un minuto escarbando en los secretos de las arenas profundas y enigmáticas de mis desiertos de Arabia. Porque míos eran, ¿sabes? En ellos reinaba y hasta las piedras secas y puntiagudas de las ásperas montañas que rodeaban mi territorio, me obedecían. Y tú, niña de ojos grandes, ¿te atreves a pensar que de haber vivido hace tres mil años podrías haberte acercado a mí subida a la joroba de un dromedario? Vaya soñadora que eres. Pobre ingenua... ¡Qué sabrás tú de la fuerza de un desierto! Nada.

A ver si despiertas, mujer, que mis arenas eran y aún son peligrosas, doradas y temibles; acogen entre sus granos calientes a escorpiones del color del ámbar y a víboras de las que no saldrías indemne de pisarles la cola en un descuido. Entonces de nada te serviría tanta máquina de fotos y tanta pregunta... Tu lector y tú moriríais deshidratados como dos pajaritos en menos de lo que canta un gallo, y ni el agua que contienen las jorobas de mis numerosísimos camellos salvarían vuestros riñones. ¡Jajaja! ¡Vaya cara pones...! ¿Acaso te he asustado? Ya. Bueno; comprenderás que debo decirte la verdad si es cierto que deseas conocer mis secretos, y la realidad es que mi desierto de Arabia no es un juego, niña. Sin embargo, no debes preocuparte; ya ves que te has apañado para encontrarme entre los libros de los grandes expertos de esas universidades de tu tiempo, en cuyas bibliotecas tanto te gusta meter la nariz. Porque ya te voy conociendo y ¡vaya curiosa eres! Pobres arqueólogos: no quiero ni imaginarme la tabarra que les habrías dado.

Bueno, pensándolo bien no te culpo: sé que para ellos es un gran desafío descubrir mis secretos, y sé que les consideras audaces y sabios. La verdad es que a mí también me ha asombrado observarles, impertérritos, bajo el sol abrasador de mi tierra. Excavan y excavan sin chistar. Si les vieras destripar mis dunas lo entenderías. Son valientes, pues mis dominios no son fáciles de pisar. En ellos hay contiendas, nacen odios y persecución, ¡y aun así siguen viniendo! Acuden como moscas a la miel, una y otra y otra vez más, independientemente de

que su trabajo sea agotador y lastimero. Es asombroso y hasta enternecedor verlos sudando como pollos bajo sus sombreros por mi causa y mi misterio.

Creo recordar una ocasión en la que tres arqueólogos de una de las mejores expediciones que enviaron desde tu preparado Occidente perdieron la vida en el intento de arrancarme secretos, y que ni sus sofisticados y extraños cacharros, ni sus modernísimos y asombrosos inventos, pudieron salvarles la vida. ¡Qué lástima! El atrevimiento de estos arqueólogos puede llegar a asustar... Se enfrentan a tantas adversidades que acabo sumida en el desconcierto. ¡Qué agallas muestran, niña...!

Admirándoles y dejando que transcurra el tiempo, me he llegado a plantear que quizá tengan razón, y que tal vez sea cierto que valga la pena que el mundo sepa que existí. Porque existir, existí, querida; por mucho que durante siglos se haya dudado. Ahora —para que te enteres de una vez— hay expertos e historiadores que defienden con uñas y dientes mi paso por estas tierras. Saben que, efectivamente, mis pies enfundados en sandalias perladas pisaron estas dunas. Asimismo reconocen que reiné en Arabia, y que enamoré perdidamente al rey más poderoso de mi tiempo. Ahí queda eso. Y fíjate si creció mi fama, que hasta los grandes escribas de Jerusalén hablaron de mí en el libro más sagrado e importante de toda la historia: la Biblia. Y no fueron los únicos, ¿sabes? Pues tanto el judío como el cristiano, el musulmán o el etíope, estarán vigilándote a ver qué dices sobre mi persona.¹

Veo que te agitas, niña y que me clavas tus ojos grandes. Eso es buena señal: implica tu interés por todo lo mío y eso, como mujer vanidosa que soy, me agrada. Tú pregunta que yo contesto... Y así veremos si eres capaz de entenderme bien y de transmitir después al mundo lo que deseo. Y si lo haces bien, verás cómo despiertas mi agrado.

Y con eso te podrás dar por contenta y satisfecha, pues no será tarea fácil.



Comencemos por el principio despacio y con tiento, no vaya a ser que, tal como ha sucedido en muchas ocasiones a lo largo de los siglos que nos separan —ini más ni menos que tres mil años!—, se cometan errores como en los que hasta algunos grandes arqueólogos han tropezado. Hubo uno que cometió la atroz desfachatez de inventarse que mi fama proviene de la extraña quimera de algún cuentacuentos loco de tiempos remotos. ¡Nada de eso, niña! Que muchos y valiosísimos descubrimientos arqueológicos de tu siglo han concluido que fui más real que tú misma. Para conocerme solo necesitas una pizca de paciencia y no creer las muchas bobadas que sobre mí se cuentan, ¡como las que plasmó en una película de Hollywood un productor chiflado! Vaya locura fue eso, querida... Tanto despropósito provocó que algunos de tus contemporáneos mezclasen realidad y leyenda hasta que mi vida se convirtió en un terco nudo que ni los dedos más finos y hábiles fueron capaces de desenredar durante un verdadero porrón de tiempo.

Menos mal que los años vuelan y hay hombres afanosos que al final se enteran de las cosas que verdaderamente importan.

¿Que cómo qué? Pues como que fui la reina de Saba, niña... Qué va a ser. A ver si te enteras de una vez por todas.



Reconozco que no ha sido fácil llegar hasta mí, pues donde ahora solo sopla el viento, hace tres mil años había frutos en abundancia, verdor, riachuelos, flores y perfumes. Y también casas y calles, muros, almenas y torres; mercados colmados de esencias muy caras y especias; y hasta tiendas en donde se podían adquirir las más hermosas gemas, piedras preciosas, perlas y oro. Nada me invento... Mira que todo está siendo ahora descubierto por esos sabios excavadores que saben y afirman que mi reino fue muy hermoso, tanto como puedas imaginar, y que en él, altanera y luminosa cual un rayo de sol, goberné yo con mano regia, con sensatez y sabiduría. Aunque no tanta —he de reconocer— como la que luego descubrí en el alma de quien sería mi amado.²

A veces no he salido bien parada en las biografías, niña... Fíjate qué desfachatez y qué tristeza que hasta he tenido que aguantar la humillación de que algunos de tus arqueólogos me describieran como una mujer seductora, calculadora y fría, cuyo poder sexual y exuberante belleza utilicé hábilmente para seducir al gran rey Salomón. ¡Y todo para lograr robarle la pieza más valiosa y santa de su reino!³ ¡Bobadas de historiadores equivocados! Como si Salomón se hubiera dejado... Se nota que no le conocieron. ¡Jamás hubiera permitido que me entrometiese en sus asuntos! Y menos, robarle. Menudo era él... ¡Pero si su astucia y sabiduría eran sorprendentes! Aprendí tanto a su lado... ¡Ah!, si tan solo pudiera relatarte algunos detalles de lo que viví en su palacio, menuda sorpresa te llevarías. Porque él era mágico, enigmático, inteligente, prudente, amoroso, tentador, seductor... ¡Qué sé yo! Tenía tantas cualidades... Hoy puedo presumir orgullosa de que ambos formamos parte de uno de los enigmas más bellos y románticos de la historia, y que cada vez se conoce más sobre nuestro romance. ¿Que por qué? Pues gracias a los documentos, papiros y piedras con inscripciones que se han desenterrado.

No me puedes negar que de eso no puede presumir mucha gente, querida.



Nuestra historia fue fascinante, pero para entenderla debes trasladarte a una zona de Arabia Saudí conocida como Ma'arib. Como no tienes ni idea de dónde está, te diré que la encuentras hoy enclavada en los desiertos del Yemen. Te lo tengo que explicar todo, ¿eh? ¿Ves como nada sabes? Y te diré que sus tierras arenosas —rodeadas de escarpadas y secas montañas— van desvelando poco a poco sus secretos a las grandes universidades de tu tiempo. ¡Por eso ahora, por fin, se sabe sobre lo que fue mi gran ciudad! Y con orgullo te digo que era la más hermosa, antigua y poderosa población de mi tiempo, la llamada por los árabes Saba y por los judíos, Sheba. ¡Espectacular tierra! Y dime, ¿cuántas como ella se convirtieron en el centro más

importante a nivel económico y cultural de mi tiempo? Yo te aseguro que ninguna.

Rodeada de ricas rutas comerciales, atraían a mercaderes y cambistas, negociadores de rebaños y comerciantes de joyas. Y así, entre los puestos del mercado se podían adquirir grandes cantidades de oro, perfumes, mirra y miles de piedras preciosas que brillaban cual estrellas. ¡Y cuánta gente acudía a mi templo sagrado! Si hubieras visto llegar desde muy lejos las larguísimas caravanas de camellos y caballos, con peregrinos cargados hasta los dientes de ofrendas para el dios toro —la deidad más importante de mi pueblo y a quien pedíamos con fe el don de la fertilidad—, te hubieras asombrado mucho... Ahora mucho yace oculto bajo miles de toneladas de arena del desierto, pero a base de escarbar van apareciendo muros, rocas, estatuas y pozos, todos del mayor santuario de Mahram Bilqis. ¡Ese fue mi templo más santo! ¿Y sabes cómo se conocía? Pues como el templo de Saba. Para que veas... ¿Y a quién debes agradecer que hoy se conozcan casi todos sus secretos? ¡Pues a un pequeño Indiana Jones que fue muy valiente!

Anda... Ahora te ríes. Pues nada; no me creas si no te da la gana, pero te aseguro que lo que te cuento es cierto. Steven Spielberg basó el personaje más famoso de sus películas en su persona. Que ese valiente muchacho existió y que mucho hizo por descubrirme, por conocer mi pueblo y contar al mundo nuestra verdad, no es una quimera. Su nombre era Wendell Phillips.

Fue un gran excavador; un hombre valiente como ninguno.



Wendell (o mi pequeño Indiana Jones) llegó a mis tierras de Yemen en 1952, arrastrando tras de sí a un equipo de arqueólogos cargados hasta los dientes de cámaras, cachivaches, medidores sofisticados y muchos picos y palas. Llevaba mucho tiempo obsesionado conmigo y con mi historia bíblica, y no cejó hasta conseguir pruebas de mi existencia... ¡Ah, cuántos avatares tuvo que solventar el muchacho y cuánto se le debe admirar hoy por ello! No fue fácil la contienda, niña: las zonas de los desiertos de Wadi Harib y Wadi Beihan no son cómplices de los

aventureros... Azotados por un sol feroz y rodeados de bandoleros y gentes violentas, sus ciento sesenta obreros beduinos las pasaron canutas para desenterrar la llanura que había permanecido intacta más de tres mil años. ¡Pero vaya si valió tanto la pena! Pues así se toparon, con gran entusiasmo, con un precioso patio rodeado de muros que contenían las escrituras primitivas de mi gente, de mi pueblo y de mis escribas.

¿Quieres saber cuál era nuestro idioma? Pues el sabeo, niña: un muy primitivo sistema lingüístico que con una paciencia a prueba de bomba Wendell logró descifrar. Claro que tuvieron que ayudarle varios expertos que llegaron expresamente para ello desde Jerusalén. ¡Vaya trabajo que les costó llegar a entenderlo! Y así comprendieron los escritos sobre nuestro dios de la fertilidad —Almak el toro—, y se quedaron prendados de las estatuas que lo representaban. ¡Había un montón! Y no todas rotas. Si hubieras podido escuchar los vítores de los excavadores ese día, te hubieras reído, niña: daban saltos, se abrazaban y se felicitaban con júbilo. Wendell Phillips, sumido en la más extraordinaria emoción, acabó metiendo las manos en la arena para sacar de ahí, pegadita a nuestro dios Almak el toro, una imagen que me retrataba regia como la misma luna, en cuya inscripción se leía: «Esta es la gran reina de Saba». Qué subidón le dio, niña... Ni que decir tiene que al pobre Wendell casi le da un jamacuco sabiéndose descubridor de una verdadera joya del siglo X a. C. ¡Había encontrado mi rostro! Fue como un encuentro de amor, una unión, un flechazo entre él y yo... ¡Por fin nos vimos las caras!



Ya te he dicho que todo aquello no fue nada fácil, querida. Imagínate lo que debió pasar el muchacho... La expedición era cara, el dinero se agotaba, y los beduinos —gentes muy humildes y con poca preparación para esos menesteres tan complicados— se quejaban constantemente de las durísimas condiciones del trabajo. Y para colmo, Wendell fue muy criticado por otros expertos que se equivocaron datando mi estatua y las inscripciones de mi templo. ¡Cuánto se disgustó por esto!

¿Y crees que se rindió? ¡Pues no! De eso nada, querida. Pues tenaz continuó hasta que la situación política de ese tiempo acabó con la expedición, siendo obligado —no sin una terrible congoja— a escapar por el desierto con lo puesto y a las carreras, ¡al ser amenazado de muerte por las autoridades locales y tribus armadas de la zona! Eran tiempos tan hostiles... El pobre huyó dejando tras de sí un equipo carísimo medio oculto en las cuevas de los montes cercanos. Pero lo importante fue que salvó el pellejo, aunque sucedió algo muy malo... Verás: es que ya nunca pudo regresar. ¿Que por qué? Pues porque Dios se lo llevó al otro barrio... Mi pobre Wendell... Murió poco tiempo después ya en Europa, a causa del profundo deterioro provocado por las muchísimas precariedades y exigencias vividas durante su estancia en mi desierto.

No sabes la pena que me dio. Pero así son las cosas para los excavadores valientes, niña... Difíciles e impredecibles. Ahora entiendes por qué no me extrañó un pelo que, con el paso de los años, se fijara en él Steven Spielberg y le convirtiera en un personaje para la posteridad. Y no me digas ahora que Harrison Ford era más guapo... De eso nada, querida.



Pasaron los años y soplaron muchos vientos sobre las dunas de mi complejo Yemen. Este acabó cerrando sus puertas al mundo exterior y, vergonzosamente, dejó que mi templo recién descubierto gracias a Wendell Phillips se cubriera otra vez de las arenas cálidas del color del oro. ¡Qué desesperación sentí al saberme enterrada de nuevo! Todo parecía indicar que mi pequeño Indiana había sudado y derramado sangre en vano, aunque no fue así. ¡Pues regresaron las universidades a mandar a sus expertos! Aunque tardaron mucho a causa de las noticias que les llegaron relatando las historias de violencia y peligrosidad de mis tierras que tanto me siguen avergonzando. Por ello no son pocas las veces que me pregunto cómo y de dónde sacan valor estos excavadores, que a pesar de lo problemático que es aventurarse

por mis caminos siguen acudiendo a la llamada que les despierta mi recuerdo.

Hoy, en tu año 2018, están aquí de nuevo; han vuelto y lo han hecho con fuerza, aunque ahora las excavaciones se han reanudado entre grandes medidas de seguridad, ¡y han excavado un espacio semejante a ocho campos de fútbol! ¿Qué te parece? ¿Acaso no es un milagro? Cada milímetro de tierra es despejado a pincel con tiento y extremo cuidado, y por ello los avances son lentos y cansinos. Tampoco ayudan los remolinos de viento, abruptos e inesperados, que rellenan muchas grietas y socavones con arena rabiosa que durante el día logran limpiar. Un lío difícilísimo de investigar, hija... Y así, a la velocidad del paso del caracol, los arqueólogos van interpretando mi vida y mi realidad. Y se quedan estupefactos leyendo las inscripciones que sobre mí encuentran. ¡Qué cosas, amiga mía! Ahora resulta que mi existencia ya no forma parte de una quimera arqueológica. Las dunas han hablado, y lo han hecho claro y sin tartamudear.

Otra cosa es que esos sabios excavadores sepan datos exactos sobre los sinsabores y aventuras del amor que viví junto a mi rey amado... Pero de eso no te preocupes, mujer. Mira que de relatarte todos los detalles sobre los amoríos de mi pasado ya me encargo yo. Tú solo abre lo oídos, acomódate en tu silla y escucha.



Todos en Ma'arib, la antigua capital de Saba, conocían esta historia que dice así: mi reino —el de los sabeos— nació de las entrañas de un espíritu. Sí, sí, como lo oyes... Ríete todo lo que quieras, pero te digo que mi pueblo lo creía y aún lo cree así. ¿Sigo? ¡Ah! De acuerdo. Pues entonces no me interrumpas tanto...

Vamos a ver... Te hablaba del espíritu, y te deseaba explicar que era un espíritu femenino, poderoso y sensual; tanto que con el paso del tiempo logró que Saba se transformara en la ciudad más espléndida y próspera de Arabia. El espíritu tenía hasta nombre y se le conocía como Humaya. Ella vivía entre los mercaderes.

Pasó mucho tiempo. La paz reinaba entre el espíritu y mis mercaderes, hasta que un buen día sucedió algo que lo cambió todo... Humaya salió a pasear por el mercado y vio pasar a un apuesto y valeroso consejero del rey de entonces —un rey malo, perverso y astuto que hacía sufrir mucho a mis antepasados de Saba. ¡Y se enamoró perdidamente! Entonces sucedió lo que suele pasar con estas cosas: que se enredaron en un nudo de amor tan grande que a los nueve meses llegó al mundo una hija bellísima. ¡Pero fíjate que era medio humana y medio diosa! Todo un poco raro... Pero así lo cuentan las leyendas. Y la llamaron Balkis, y la dejaron en medio del desierto para que los espíritus de las dunas la criaran lejos del torbellino de la ciudad.

Transcurrieron muchas lunas... La niña Balkis creció y se hizo una moza tan hermosa como la más luminosa estrella. Y un día, mientras la transportaban en caravana, uno de sus portadores le informó sobre lo mucho que padecía el pueblo sabeo a causa del temible y despiadado rey. Le explicó que todos en Ma'arib le temían grandemente... Entonces Balkis tomó una muy valiente decisión: se introduciría en palacio entre las sombras de la noche y mataría al monarca.

Así que, sigilosa como una serpiente y amparada por la luz de la luna, una noche se acercó hasta el palacio, trepó por sus muros y logró colarse en los aposentos del rey. Lo encontró dormido y, sin más, ¡ZAS!, le hundió una daga en su corazón perverso.

¿Cómo que qué pasó después? Pues lo que ya se venía venir: que el reino de Saba quedó a salvo, y que ella se convirtió en su preciosa, nueva y amada reina.

Ese, su palacio, fue luego mi palacio y mi morada. Pero claro que muchos siglos después... Una hermosa y muy lujosa construcción en donde viví dichosa y en donde, a su tiempo debido, di a luz al hijo que a mis entrañas regaló Salomón.



Ma'arib fue mi ciudad: la más bella, bulliciosa y famosa capital del comercio. Fue muy importante, querida, pues ya te he dicho que allí acudían y paraban las caravanas de mercaderes que cruzaban el desierto.

Era un lugar en donde se intercambiaban mercancías, historias y leyendas, pues en mis tiempos todo se transmitía de forma oral. Ya sé que tú estás acostumbrada a los ordenadores modernos y todo eso, pero en mi era todo funcionaba de otra manera. Y por ello, las gentes de Ma'arib y los viajeros que llegaban para comerciar se unían, charlaban y compartían muchas historias alrededor de las hogueras. ¡A falta de periódicos era así cómo de todo nos enterábamos de lo que sucedía más allá de nuestras fronteras! Por eso la tradición oral era importantísima... Se hablaba de política, de chismes, de reyes, de riquezas, de pobrezas, de guerras... Ten en cuenta que hace tres mil años no había televisión como ahora, niña. Era esta entonces la única forma de que corrieran las noticias de un lugar a otro. Así que Ma'arib se convirtió en un lugar muy interesante, visitado y bullicioso con enorme vida, en donde todo el mundo traía y llevaba noticias que luego corrían de boca en boca hasta llegar a mi palacio. A veces me contaban tonterías y chismes que ni yo ni mis consejeros creíamos. «Son bobadas de vieja, mi señora», me decían. Pero también es cierto que en ocasiones me llegaban noticias políticas de importancia.

Un día alcanzó mi trono una novedad de absoluto interés político. Resultó que se trataba del testimonio que traía en boca uno de mis mercaderes de mayor confianza: el viejo Tamrin, a quien yo respetaba y quería mucho por su fidelidad demostrada.⁴

Tamrin, mercader ambulante, acababa de visitar Jerusalén en donde todo el mundo le había relatado muchas y bellas historias de su imponente rey, un valeroso y sabio monarca llamado Salomón.

—Majestad —dijo, mostrando gran agitación—, he visitado el reino de Jerusalén. Su rey, el gran Salomón, es de maravillosa presencia y de inaudito poder. Y posee un secreto, una joya, la más valiosa, la más hermosa, la más importante de todas... Esa que todo ser humano desea alcanzar: ¡ha obtenido de su Dios la más perfecta y

sublime sabiduría! ¡Ese monarca es algo fuera de este mundo, mi señora! Es verdaderamente excepcional, poderoso, inteligente... Debe su majestad ir a conocerle, pues sus enseñanzas pueden ayudar a su majestad a hacer de Saba un pueblo más fuerte, una nación más rica, más sapiencial. ¡Debe ponerse en marcha y acudir a Jerusalén, majestad! Entre otras cosas, porque está enfadado con vos....

Yo me sobresalté...

—¿Enfadado? —pregunté preocupada—. ¿Pero por qué, Tamrin? ¿Qué he hecho yo para ensombrecer la felicidad de este sabio rey?

Tamrin se encogió de hombros.

—Nada serio, majestad... Es que se siente ofendido pues hasta sus oídos ha llegado la fama de vuestra hermosura, y él no entiende como aún no habéis ido a presentarle regalos y pleitesías...

¡Me quedé de una pieza, niña! Vaya arrogancia la del rey.

—¡No vayáis! —gritaron al unísono mis consejeros—. Puede ser una trampa, mi señora...

Yo no sabía muy bien cómo actuar. Menudo susto...

—¡Silencio! —grité al fin—. Dejadle terminar... —Tamrin me miraba con ojos llenos de temor—. Continúa, mercader...

—Bueno... Yo creo que su majestad nada perderá si acude a su presencia real. Lograréis aprender mucho de él. Quizá hasta conocer cómo ha obtenido tanto poder de su Dios, que se llama Yahvé... Podríais permanecer un periodo breve de tiempo, quizá un año o incluso menos, y regresar con la sabiduría aprendida de ese rey tan sabio.

Yo no daba crédito... Estaba arrebatada de temor con semejante información. ¿Qué hacer? Aquella noticia no era liviana.

—Es un monarca muy amado por sus súbditos —insistió Tamrin—. ¡Es que su sabiduría proviene directamente de su dios! ¡Hasta es capaz de comunicarse directamente con Él!

—¿Y dónde habita y dónde podrá morar nuestra reina y señora? —preguntó Sharam, mi más fiel consejero de gobierno.

—En un imponente palacio que deja sin respiración a quien lo observa. Y ha mandado construir el más hermosísimo templo en honor

a su dios Yahvé, ese que tanto temen y respetan los judíos. Es todo desconcertante, majestad, pues es muy santo ese lugar. Dicen que su dios es el más poderoso...

—Ahhh... —exclamaron mis consejeros, abriendo mucho los ojos—. ¿Acaso dirías que más que nuestro dios toro Almak?

—¡Mucho más! —respondió Tamrin, agitando las manos en el aire—. ¡Al parecer ese Yahvé hace milagros inmensos que todos presencian! Afirman que es la divinidad más poderosa que existe en todo el orbe y que es ese Yahvé quien le ha dado un poder sobrenatural al rey. Salomón es su rey predilecto y ese dios le permite saber tomar siempre las decisiones acertadas ante los más graves problemas. La rectitud e inteligencia de Salomón es ya admirada por toda Arabia, majestad... Es ese dios quien le entrega dones divinos que le permite comunicarse con su pueblo, con sus regidores, sus ejércitos, escribas y sabios. Y todos en su reino, desde el más pobre mendigo hasta el más culto escribano, le admiran y aman por ello. ¡Se dice que hasta los animales salvajes le respetan, y que tiene la capacidad de hasta influir en los espíritus!⁵ Y... Bueno... Hay algo más, mi señora...

—¿Pero qué más puede haber, mi querido Tamrin? —pregunté, conteniendo el aliento.

—Majestad... —contestó el mercader, haciendo una nueva reverencia—, al parecer el gran rey Salomón no comprende cómo alguien tan hermoso y tan bello como su majestad desconoce aún al dios de los judíos... Desea hablarle de Él. Mi consejo, señora, es que acudáis rauda a Jerusalén.

—¡No! ¡De ninguna manera! —gritaron mis consejeros, inquietos—. Podría ser muy peligroso... Hay bandidos por todos los desiertos, y no sabemos las verdaderas intenciones de ese rey. ¡Es una locura! ¿Y si todo forma parte de una estrategia de Salomón para hacerse con el reino de Saba? ¿Y si desea una guerra? ¡Quizá quiera conquistarnos! Debemos ser prudentes... ¡Majestad, no emprendáis semejante viaje!

La decisión era complicada y de pronto tuve mucho miedo... Entonces Tamrin, súbdito fiel, práctico y de mucha cabeza, ideó una solución:

—Dejadme llevarle unos presentes de parte de vuestra majestad. Quizá eso aplaque su enfado... Si ofrecéis de ese modo vuestra sincera amistad, es probable que no haya contiendas, guerras o invasiones de los judíos y de su sabio rey. ¡Permitidme que os ayude! Yo llevaré los regalos.

Y así se hizo, querida.



Y partió Tamrin con fabulosos regalos, tesoros, perlas, gemas, oro y exquisitos perfumes, con la intención de rendirle mi tributo y aplacar su enfado. ¡Lo último que yo deseaba era una guerra! No estaba dispuesta a ver sufrir a mi pueblo...

¿Que si obtuvo buen resultado mi plan y el de mis consejeros? No, hija, no... Para nada. El rey se enfureció aún más, se quedó encima todos los regalos y Tamrin regresó cabizbajo y aterrado.

—El rey Salomón me ha encargado decir a su majestad que ahora desea una cosa y que la desea ya —dijo temblando.

—¡Habla, mercader! —contesté.

—Pues... Desea que su majestad, la más hermosa de todas las reinas, viaje hasta Jerusalén en persona y le conozca. Ha prometido trataros como la mejor y más regia de sus invitadas...

Lo has adivinado, niña... Marché, pues ya no había remedio. Y no tardé ni un mes en tener organizada la más hermosa caravana para ir a encontrarme con el que sería el gran amor de mi vida. Pues incomprensiblemente y a pesar del miedo, había nacido en lo más profundo de mi corazón la necesidad imperante de conocerle.

Las mujeres somos impetuosas e impulsivas con los efluvios del amor...

Ya ves que algunas cosas no cambian, querida.



Tu Biblia te cuenta clarito que mis sirvientes y esclavos reunieron muchos y valiosísimos regalos para Salomón: oro, perlas, piedras

preciosas, gemas, especias, ámbar, lapislázuli... Y lo más caro: mis perfumes de olíbano, tan extraordinariamente caros y exquisitos. ¿Sabías que nuestros perfumes de Saba eran tan únicos y especiales que toda Arabia venía a nuestros mercados a adquirirlos? El inconfundible y dulcísimo aroma del olíbano —una gomorresina que mis perfumistas arrancaban a la raíz del abrotano— solo se podía encontrar en Saba o en el norte de África, y tenía un efecto embriagador capaz de enamorar hasta a un amante de corazón de hielo. Era carísimo, incluso para una reina como yo. Pero a mí no me importó cargar las alforjas de una mula y de dos camellos hasta los topes, pues intuí que el sabio rey lo agradecería sobremanera, dado que el olíbano no se podía encontrar más allá de mis fronteras y era el que Tamrin me aseguró que utilizaban los israelitas en sus ceremonias religiosas en su gran templo. ¡Saba tenía el monopolio del comercio de este preciado bien desde generaciones y nos proporcionaba una riqueza enorme! Ya ves que no escatimé en presentes, ¡pues menudo miedo tenía de defraudar al rey ofendido...! Ansiaba con todo mi corazón hablar con él, parar una guerra, frenar las dudas del monarca con respecto a mi persona y firmar, de una vez por todas, un tratado de paz. Y si a la vez lograba que me ayudara a proteger las rutas que accedían a mi territorio de los bandidos y ladrones —esos que tantos quebraderos de cabeza me producían—, sería un gran logro. ¿No te parece?

Solo deseaba una cosa para después: regresar lo antes posible a mi amada Saba con un corazón atiborrado de paz y un montón de años por delante llenos de un tranquilo y sereno futuro.



La ruta comercial que existía entre Jerusalén y Saba era conocida como «la ruta de las esencias» y ya te he dicho que era transitadísima. A veces pululaban por ellas vándalos y bandidos que robaban y aterrorizaban a los mercaderes, y esa situación —creciente en los últimos años— me tenía muy preocupada. Así que me acompañaron gran cantidad de esclavos, dos consejeros y un buen número de

soldados valientes. Pero aun así, el trayecto no fue nada sencillo, niña: tuvimos que ser serpentear ríos secos, montes pelados y dunas cercanas al mar Rojo, hasta acercarnos al río Jordán.

Cuando al fin vislumbré las primeras murallas de Jerusalén, estábamos muy agotados... Habían transcurrido seis meses desde que dejamos atrás a mi preciosa Saba, y de pronto tuve miedo, pues caí en la cuenta de que no sabía realmente nada de Salomón, aunque conocía —gracias a Tamrin— su fama de rey inteligentísimo. Mil preguntas me invadieron de golpe y el corazón me comenzó a latir desenfrenadamente... ¿Y si resultaba ser demasiado astuto para mí? ¿Cómo me recibiría? De pronto me sentí frágil, asustada y nerviosa... ¡Había oído tantas cosas sobre él y su reino! Sabía por Tamrin que Jerusalén contaba con cuatro hectáreas y quizá ochocientos habitantes.

—Majestad, no tengáis miedo —me había repetido mil veces antes de partir—. No olvidéis que Ma'arib tiene ciento diez hectáreas amuralladas y alrededor de veinte mil habitantes. ¡Lo que significa que vuestro territorio es más grande y poderoso!

—Entonces... ¿no debo temer nada? —tartamudeé sobre mi dromedario engalanado.

—Bueno... —contestó Tamrin, titubeante—. Quizá os abrume lo increíblemente ágil que es Salomón en el dominio del lenguaje, la ebullición de sus ideas, su retórica y su capacidad narrativa. A decir verdad, todo el mundo en la corte de Jerusalén es así... ¡Es una raza muy cultivada! Y os sorprenderá muchísimo la inconcebible belleza y sobrenaturalidad que se respira en el templo de su dios Yahvé. En su interior alberga un objeto incalculablemente valioso...

—¿Cuál es? ¿Acaso oro? —pregunté—. No me impresionará en absoluto, Tamrin. Ten en cuenta que yo tengo todo el oro que deseo.

El mercader meneó la cabeza de un lado a otro.

—No, mi señora. No se trata de eso...

—¿De qué entonces? ¡Habla, mercader!

—Pues de algo tan misterioso y mágico que nadie lo ha podido ver sin luego morir de inmediato. Se trata de un arca. Un objeto sagrado

que contiene la esencia de ese dios tan poderoso. Ellos la conocen como el arca de la alianza. El hecho de que el rey Salomón ordenara construir el templo, fue tan solo con un propósito: albergar esa arca sagrada, la reliquia más importante para la fe judía.



La primera vez que el rey sabio me vio,⁶ se sorprendió mucho. Sé que pensó que yo era la reina más hermosa que jamás sus ojos hubieran visto, y este hecho me proporcionó algo de seguridad... Me clavó las pupilas y me trató con galantería, invitándome a subir hacia su trono, extendiendo una mano masculina y velluda hacia mí. Una vez junto a él, me examinó en silencio de arriba abajo... Vaya escalofrío me recorrió la espalda, querida... Me extrañó, sin embargo, que posara su mirada durante largo rato sobre mis pies. Me pregunté qué diantres podría significar aquello...⁷ ¡Puedo presumir de que he tenido unos pies muy bellos! Parecían de nácar, niña; sin asperezas ni heridas.

Después de un largo e incómodo silencio, el rey sonrió y su cara de varón hermoso se llenó de luminosidad. Supe entonces que me había encuadrado en el típico retrato de mujer exótica, misteriosa y extraordinariamente bella, a pesar de lo que hubiera podido pensar sobre el aspecto de mis pies... Y desde ese momento mágico se esforzó por demostrarme que reconocía mi grandeza y señorío, y me trató en consecuencia, acomodándome en la zona más noble y ricamente adornada de su palacio, donde permanecí durante mi larga estancia tratada como una absoluta y respetadísima reina.



Las primeras semanas transcurrieron sin grandes altercados. Yo vivía en palacio observando todo con ojos asombrados, mientras el más hermoso de los monarcas me colmaba de atenciones. Me sabía vigilada por él, tal como él se sabía espionado por mí, y por ello no tardé en percatarme del enorme atractivo que suscitaba entre las mujeres. ¡Me quedé de una pieza cuando descubrí el gran número de amantes y

concubinas con quienes pernoctaba! Ellas lo amaban, lo cuidaban y colmaban de caricias... Te he de reconocer que aquello me empañó un poco el ánimo... ¿Cómo no iba a ser de otra manera? Sin embargo, tal sentimiento de incomodidad se disipaba en cuanto el rey —con su inconfundible conversación de caballero enamorado— me invitaba a pasear junto a él por los jardines. Entonces comenzábamos a hablar de lo divino y lo humano y se me borraban de la mente ese sinnúmero de amantes cuya existencia enturbiaba mi paz. El rey me hacía sentir halagada... ¡Cuánta sabiduría demostraba tener a la hora de contentar con su labia a una mujer bonita!

No había transcurrido demasiado tiempo cuando me di cuenta de que, cual una tonta adolescente, había caído rendida a sus encantos, deseando ardientemente y en todo momento su compañía.



El rey sabía relatarle historias muy bellas que despertaban en mí muchas y variadas emociones: miedo, estupor, sorpresa, felicidad, vanidad, admiración, deseo de sentirme amada por él... Le gustaban mucho las adivinanzas y salir victorioso de las mismas. Entonces se me ocurrió una brillante idea: pensé que, si yo lograba ponerle también a prueba con adivinanzas que le retaran, se sentiría muy a gusto junto a mí. Y dicho y hecho, querida: no tardé ni dos días en acorralarle con acertijos que despertaron en él mucha algarabía y curiosidad.

¿Que si lo estoy inventando? ¡Nada de eso, niña! En absoluto. Puedes comprobarlo tú misma leyendo aquellas citas del Corán en donde se me menciona, y así sabrás con qué tipo de adivinanzas le retaba. Fue mi forma de tantear el terreno de sus emociones y de su rapidez mental... Pronto descubrí que a él esto de las adivinanzas le encandilaba. Era agudo, rápido y acertado con sus respuestas, y reía a rabiarse y disfrutaba con ellas. Pero no te debe extrañar demasiado, pues estos enigmas eran nuestra forma de comunicarnos en los principios de una amistad; se trataba de una especie de un tanteo político o de un acercamiento social. Y aunque hoy te parezca un disparate conocerse

así, era el modo normal de aquella tierra de comenzar las conversaciones, como en vuestra época se comienza hablando del tiempo. Esto a mí también se me hace muy extraño, pues ¿a quién le importa que mañana llueva o que vayan a enredarse los vientos en las nubes? Lo considero una verdadera pérdida de tiempo, y sin embargo vosotros, los hombres y mujeres del siglo XXI, así lo hacéis. Sigo pensando que era mucho más eficaz comenzar una conversación jugando a las adivinanzas... ¡Hasta los diplomáticos de las cortes de Arabia utilizaban este método social de acercamiento! Así era mi mundo; así era el de mi amado Salomón.

¡Ah! ¿Te ríes? Bueno... Pues hazlo si quieres, pero te aseguro que no te miento. Compruébalo si no me crees en los escritos del gran filósofo, historiador y escritor Flavio Josefo del año 37 d. C. Él lo explica con detalle en los papiros que os han llegado, dando incluso fechas exactas en las que Salomón acudía a concursos de adivinanzas con el rey de Tiro. Al monarca de los judíos simplemente le divertía todo aquello... Era una oportunidad perfecta para mostrar su ingenio, su capacidad de respuesta y su genialidad admirable. Y ya sé que te parecerá raro, pero también socialmente —en las fiestas y banquetes de palacio— los invitados intercambiaban este juego de adivinanzas.

¡No te burles, niña! Ya te he dicho que era la forma común en nuestra alta sociedad de conocerse, de hacerse una idea del nivel intelectual del nuevo amigo. Ese, por muy exótico que te parezca, era mi mundo del siglo X a. C.



Pasaron las semanas, los meses y luego los años, y mi amor por el rey sabio crecía. Él me admiraba cada día más, seguía mis pasos por el palacio y adulaba cada uno de mis atributos... Y sobre mí, ¿qué decirte? Pobre tonta... Caí en la fascinación por su majestad... Me había rendido ante las trampas de su anhelo y me sabía enamorada como una idiota. Pero él, terco, cometió un error: se empeñó en convertirme a su religión judía para que adorara a su dios Yahvé! Ese detalle espiritual no me agradó... Si me conocieras un poquito mejor

sabrías que no me gusta que me manipulen, y en ese sentido mi rey amado metió la pata. ¡Cuánto insistió en presentármelo! Me llevó muchas veces a su hermoso templo, en donde yo me asombré ante tanta belleza y poder. La cámara secreta, el lugar más santo entre lo santo, albergaba la reliquia más valiosa para mi rey; algo tan sagrado para su pueblo que no se me permitió acercarme a ella. ¿La razón? Pues que en su interior se custodiaba el objeto más sagrado, más venerado y protegido por los sumos sacerdotes: el arca de la alianza. ¡Era esa a la que se había referido Tamrin! ¿Recuerdas? ¡Qué respeto y devoción le tenía Salomón! «Fue el motivo de venerarla y protegerla por el que ordené construir el templo», me dijo.

Durante tres años intentó que me convirtiera al judaísmo, pero no lo consiguió. Yo amaba a mi dios Almak el toro, niña... Y no pudo, ni con presión, convencerme.



Otro empeño suyo que me causó cierta reticencia fue su deseo —icasi obsesión!— de que yo yaciera junto a él... Sí, tal como lo oyes, pues mi rey amado tenía una debilidad, un defecto grave que me acarreó un serio disgusto, y al final de su vida, a él la muerte.⁸ Se trataba de su adicción al sexo... Era una locura aquello... Simplemente le volvían loco las mujeres hermosas y con todas le gustaba yacer. ¡Y eran tan preciosas sus amantes y concubinas! Pero su ansia no parecía satisfacerse jamás, y eso era preocupante para mí. Me perseguía con insinuaciones y yo, astuta, me defendía con buena labia y esquivaba lo que él tanto anhelaba. Hasta que un día, harta de ver que no cejaba en sus avances e invitaciones sexuales, me enfadé y le reñí con toda la claridad de mis palabras. Vamos, que esa noche logré no sucumbir.

Pero, por desgracia, no duró demasiado mi triunfo, pues mi conducta esquivada se vio un día burlada...

Y así acabó al fin su cuerpo sobre el mío de la forma más atrevida e inesperada.



Aquella pelea comenzó en la mañana. Llevaba días inquieta y preocupada, y por primera vez en tres años eché mucho de menos mi reino de Saba. Tres años eran muchas lunas, niña... Mi corazón me decía que mi pueblo me necesitaba, anhelaba mi regreso, y creí que había llegado el momento de organizar mi partida, segura como estaba de que el monarca Salomón me apreciaba y nunca sería capaz de dañar mi reino, de invadirlo o conquistarlo. Habíamos sido amigos inseparables, mi corazón le amaba... ¿Qué podía temer?⁹

Entonces me acerqué a él, y de la mejor manera posible le anuncié mi regreso a Saba. Pero mi decisión no le agradó... Mi amado rey se desvivió con palabras hermosas que intentaron en vano convencerme de retrasar mi partida.

—No puedo quedarme más tiempo, majestad —le dije—. Mi pueblo me añora, me necesita... Me debo a él. Mis súbditos ansían ver de nuevo a su reina tras tres años de ausencia.

El monarca judío me clavó una mirada desesperada y replicó:

—¿Deseáis acaso matarme de amor? No os vayáis, mi reina, os lo suplico. Yo os daré todo lo que necesitéis y tenéis mi palabra de que, bajo mi protección, jamás nada malo os sucederá. Seréis muy amada por siempre...

Yo tenía el corazón contrito. ¡Pues no deseaba alejarme de mi amado! Sabía que sus palabras eran sinceras, pero ¿hasta cuándo? Mi rey era proclive a las mujeres y me pregunté cuánto tardaría en apartarme una vez conquistado, además de mi corazón —que ya tenía—, mi cuerpo. Y tuve que rechazar sus propuestas sexuales una vez más. ¡Ah! ¡Lo que me costó tomar esa decisión, niña! Porque yo sería pura y casta, pero era joven, bonita y los deseos de entregarme a él me consumían... No obstante, no erré. Le agradecí con un beso en los labios todo su amor y me dispuse a preparar la partida.

—No os iréis de aquí sin una gran fiesta de despedida, mi reina —dijo, dejando resbalar una lágrima.

—Por supuesto que no, majestad; y bien que os lo agradezco y la disfrutaré —contesté.



La noche anterior a mi marcha, Salomón me ofreció un banquete memorable. Trajo bailarines de Nubia, manjares del mar Rojo y frutas de los campos del Nilo. El palacio brillaba con un esplendor como no había visto antes: todas las velas estaban encendidas y el brillo de las antorchas refulgían al chocar con los inmensos espejos del gran salón. Los invitados llegaron muy elegantes y yo me esmeré para aparecer más bella que nunca. ¡Qué sabrosos platos se sirvieron! Todos los comensales brindaron con vinos al comer la exquisita carne que, tremendamente picante, nos fue preparada. Debo reconocer que esa comida me sorprendió, pues su delicia picante no la había probado nunca antes.

El rey me miraba con ojos encendidos de deseo y temí que tramase algo.

—¿Qué os pasa, mi señor, que tanto me observáis? —pregunté, con un cierto hilo de temor en la voz.

—Sé que me abandonáis mañana, mi reina... —me susurró el rey—. Y esto me partirá el corazón. Por eso solo os pido una cosa... ¿Me la concederéis?

—Depende, mi señor... —contesté, riendo—. Ya conocéis mi respuesta ante ciertas cosas...

—Sois mal pensada, majestad —dijo, esbozando una sonrisa—. No se trata de nada que os cueste.

—A ver, mi señor... Pedid pues.

Entonces Salomón me hizo prometerle una cosa y solo una: que no hurtaría jamás nada de su palacio. ¡Y me indigné! ¿Acaso me consideraba una ladrona? ¡Habíamos estado juntos tres años! ¿Cómo se le ocurría pensar algo así sobre mí?

—Me habéis humillado con esa petición, mi rey —contesté, enojada.

Salomón me clavó una sabia mirada.

—Vos debéis prometerlo, señora, aquí y ahora, delante de todos estos testigos.

Noté cómo un sinfín de ojos se fijaban en mí. La música había cesado y el tiempo pareció congelarse... Y ante la inquietud del momento, juré no llevarme, por mi honor, nada que él poseyera.

Después, algo confusa y aturdida por la decepción, me fui a mi alcoba para intentar dormir.



Pero entonces sucedió lo que mi amado, sabio y calculador, había planeado premeditadamente... Resultó que, debido a esa picantísima cena, se me despertó una sed insoportable e insostenible en la oscuridad de la noche. ¡Aquellas especias me habían secado la garganta hasta asemejarla a un papiro resquebrajado! Incómoda y atentas, estiré la mano para agarrar la jarra de agua de mi mesilla, ¡pero no estaba! ¡Alguien se la había llevado! Entonces me levanté y salí a los pasillos, en donde sobre una mesita encontré una jarra de oro engarzada con piedras preciosas bellísimas. ¡Y estaba a rebosar de agua fresca! Alargué la mano, la agarré y entonces, ¡zas!: vi a mi amado salir de la nada, de entre las penumbras de los pasillos, acompañado de dos guardias.

—¡Os he pillado robando, joven reina! —gritó—. ¡Y vos que precisamente habíais hecho la promesa delante de muchos testigos de que jamás hurtaríais nada de mi palacio!

En menos de un segundo entendí todo... Me había engañado sabiamente y me había manipulado... Asustada y derramando lágrimas le juré una y mil veces que nunca tuve tal intención. Pero de nada sirvió. Entonces Salomón, con ojos llenos de deseo y amor, dijo:

—Como habéis roto vuestro juramento, ahora yo podré romper el mío.

Lo has adivinado, niña... Vamos, que ya no resistí más. Y esa noche dormimos juntos, nos amamos locamente y consumamos al fin nuestro amor.



De camino de vuelta a Saba me di cuenta de que llevaba en mi vientre el fruto de nuestro encuentro, el resultado de nuestro gran amor... Y mis entrañas se vieron así colmadas de la luz rebosante de la sabiduría de mi rey Salomón...¹⁰

Nueve meses después de vivir esa noche de amor entre los brazos de Salomón, di a luz a mi hijo Menelik I, el más hermoso niño jamás visto en Saba, quien al crecer y hacerse un hombre, deseó visitar a su padre. Marchó a Jerusalén y le rogó su mayor tesoro: el arca de la alianza.

Y mi hijo, el príncipe más valiente y sabio que jamás conoció mi reino, trajo el arca a Saba, donde, oculta y protegida, sigue hasta hoy.¹¹

Y aquí termina mi historia, niña... No me olvides, amiga, que yo no lo haré. Hemos compartido mucho y más compartiremos en el futuro, pues ya sabes que, bajo toneladas de arena dorada, esperan aún a ser descubiertos mis más preciados secretos; esos que me harán recordar como la reina más gloriosa, rica y hermosa, que fue capaz de enamorar al gran rey Salomón.

CAPÍTULO 2

CLEOPATRA

LA CARICIA DE CÉSAR

(Alejandría, enero del 69 a. C. - Alejandría, 12 de agosto del 30 a. C.)



«Dicen que su belleza no era tan remarcable como para que cualquier hombre se enamorara de ella con un simple vistazo. Pero que, unido su atractivo femenino y majestuoso con un encanto extremo en su conversación, la transformaba en algo cautivador».

(...).

«Escuchar el sonido de su voz ya era un placer, era como un instrumento de cuerda con el que podía cambiar de una lengua a otra».

PLUTARCO, *Antonio*, 27

Si te parece que la reina de Saba vivió hace mucho tiempo, tampoco yo me quedo corta, niña... Pues viví hace algo más de dos mil años, antes incluso de la llegada de tu dios Jesús a la tierra; y por ello me sorprende al descubrir que los hombres y mujeres de tu tiempo se siguen interesando por mí. ¡Qué gran misterio es eso para mí misma! Vaya obsesión, querida mía. Han transcurrido tantos siglos... Inaudito y sorprendente sin duda.

¿Por dónde quieres que empiece? ¡Ah! Por Egipto... Muy bien. Entonces te contaré que mi tierra fue muy hermosa. Sé que habrá quien me contradiga, pero te aseguro que incluso más bella que la misma Saba de la que tanto presumía su reina. Egipto era tierra fértil, majestuosa y misteriosa. Los juncos y las palmeras del delta del río Nilo susurraban leyendas e historias de dioses legendarios, de relatos de la vida después de la muerte; de revueltas bíblicas y del mundo de los poderosos reyes —faraones— que gobernaron con valentía y audacia. Y mi ciudad predilecta, entre todas las de mi mágico y exótico reino, fue, sin duda, la gran Alejandría. Tendrías que haberla visto, María, tan hermosa y espléndida, centro sin precedentes de rica

cultura, de formación académica, de enseñanzas y gran comercio. Era la capital de mi gran imperio, un imperio de riquezas exorbitantes y de poder sin límites que, años antes de que yo viniera al mundo, el gran rey Alejandro Magno mimó hasta la saciedad. Fue él quien la convirtió en la más extraordinaria de las ciudades, idejando atrás incluso a Roma!

Alejandro había conquistado primero el mundo, para luego invadir nuestras tierras y desiertos en el año 332 a. C. Antes se había hecho con todo el territorio de Asia Menor —actual Turquía—, desembarcando con sus soldados griegos en la costa pesquera de Racotis. Pero cuando llegó a Egipto se enamoró locamente y al instante de los territorios de mis antepasados. Allí dio instrucciones para que se construyera su nueva y predilecta ciudad; Alejandría, una ciudad que consideraría como el pilar de todo un imperio, consiguiendo que en sus calles se unieran a la perfección las dos grandes culturas del momento: la griega y la egipcia. Tristemente no pudo llegar a verla construida, pues murió siendo un verdadero héroe, joven e imponente, a la temprana edad de treinta y dos años. ¡Y fue entonces cuando se lio una verdadera contienda! Pues tras de sí dejó un vasto imperio que se repartirían a tortazo limpio sus generales. Egipto, la joya de la corona, sería para Ptolomeo, su mejor comandante e íntimo amigo desde su infancia. Y de ahí vengo yo, niña... Pues a Ptolomeo, en cuanto puso un pie en Egipto, no se le ocurrió otra cosa que hacerse coronar faraón, elevándose a sí mismo a la categoría de «dios viviente». Y Alejandría fue su primer trabajo como faraón, finalizando las obras de palacios, bibliotecas, universidades, calles y parques, las fuentes y puentes con los que había soñado su gran amigo Alejandro. ¡Y la convirtió en la gran urbe del comercio! Por ello la habitaron desde el principio ricos mercaderes griegos; y antes de que nadie se diera cuenta, se convirtió en el lugar más prestigioso para navegantes y viajeros, siendo la gema del mundo en cuanto a comercio y negociaciones, exportaciones y adquisiciones. ¡Qué bellos barcos y naves atracaban en su puerto majestuoso! Llegaban gentes también a través de sus desiertos desde zonas muy

inhóspitas y lejanas —como la India, Somalia o Sudán—, con sus sedas, sus especias, sus piedras preciosas y perfumes exóticos. Pero entonces, a causa de todos estos éxitos comerciales, por ser la dueña inigualable de tanta belleza y riqueza, con el paso del tiempo sucedió lo más temido: que nació la envidia en el corazón de la gran Roma, quien no pudo consentir que Egipto le robara ese mágico esplendor... ¡Ah! Roma, maldita Roma... ¡Tú fuiste mi perdición! La envidia es tan mala, niña: rompe familias, trabajos, felicidad, prosperidad y hasta países enteros... Y esa envidia envenenada que padeció el Senado de Roma provocó al final la caída de mi amada Alejandría. ¡Pobre ciudad la mía! ¡Y qué horrible golpe del destino fue para mí el que fuera precisamente durante mi reinado cuando se produjo su derrota! Porque a mi antepasado Ptolomeo la suerte le sonrió... Llegó a Alejandría, se instaló en su imponente palacio y procreó hijos, nietos, y biznietos, como un sol...

Fue así en Alejandría donde Ptolomeo fundó nuestra dinastía, la dinastía Ptolemaica: una estirpe de gobernantes que reináramos en Egipto casi durante trescientos años.

Y en esa bella ciudad los dioses quisieron que yo naciera, ni más ni menos que diez generaciones después. Y llegué berreando como un bebé cualquiera, con pulmones fuertes y sangre real corriéndome por las venas.

Y con un alma agitada por los dioses que desde el primer momento quiso hacerse con el poder del mundo entero.



Fíjate si he sido famosa que, al igual que la reina de Saba te presumía, también yo he sido protagonista de muchas fábulas y leyendas, de estudios universitarios de todos los tiempos y hasta de películas. También dramaturgos y poetas se enamoraron de mi persona. ¡Hasta el mismo Shakespeare, niña! Pero hoy he de decirte que ninguno supo reflejar mi corazón, ni mi verdad o mi luz; y con dolor te digo que algunos hasta olvidaron muchas de mis virtudes, ¡que las tuve, María!, fijándose solo en mi carácter seductor, mi cuerpo exuberante o mi

increíble atractivo de hembra, que utilicé para conquistar hombres, tierras y reinos... Hay verdad en ello, niña, pero te aseguro que no fui una arpía. Fui solo una princesa, una reina y madre de cuatro hijos a los que amé con locura. Fui una esposa enamorada y perdidamente devota, una brillante administradora que reconstruí la belleza y riqueza disipada de un país, y una reina majestuosa que lo arriesgó todo para conservar la ciudad que tanto amaba: mi Alejandría. Deberías tener en cuenta que mi responsabilidad como reina de Egipto fue inmensa e incontrolable, y que ello me llevó a que perdiera, momentáneamente, la cuerda que amarraba mis sentidos en ciertas ocasiones de mi corta vida. Pero no vayas a pensar que muchas... Por eso te ruego que no juzgues con dureza, pues hay que estar metida en mis sandalias doradas para entender lo que tuve que vivir. No fue fácil mi camino. No, no, niña... Fue duro de narices, itan grandes como las mías, que no eran precisamente chatas! ¡Jajaja! Ya veo que te ríes... Es al menos un paso hacia el crecimiento de nuestra amistad. Y aunque sé que no creerás mucho de lo que te relate, debes saber que me importa tu incredulidad. Así que haz un esfuerzo, bonita, y piensa que la verdad siempre sale.

Y como ahora me tienes aquí a tu lado, va a salir porque te la voy a contar toda... Pero toda, todita, toda.



Es cierto que mis antepasados eran unos brutos. ¿Qué querías que fueran si venían de la estirpe guerrera más valiente de Grecia? Y a pesar de ello, los Ptolomeos, extraordinariamente ricos al convertirse en faraones de Egipto, se embarcaron también en realizar proyectos muy sabios e importantísimos. ¿Quieres que te nombre uno de ellos? Pues el faro de Alejandría, que fue una de las siete maravillas del mundo antiguo. Constaba de una torre de ciento veinte metros, construida en tres secciones, con una base cuadrada, un centro octogonal, y una cúspide cilíndrica con un rayo tan brillante en su cúpula que se dice que un barco rumbo a Alejandría podría ver la luz del faro tres días antes de llegar... ¡Toma esa, querida! ¿Te lo

imaginas? El rayo se reflejaba en un espejo inmenso, una pieza de vidrio tan finamente pulida, que asombraba a los más sabios llegados de todas las partes del mundo. Por eso el faro se convirtió pronto no solo en un elemento práctico de ingeniería, sino también en el símbolo, que duró más de diez siglos, más hermoso y poderoso para el comercio de Egipto; en un estandarte que reflejaba el inmenso poder y riqueza de la nueva dinastía griega.

Ahí queda eso, niña. Seguro que tus antepasados no fueron capaces de hacer algo así. A que no... ¿Lo ves? Ya te lo decía yo: los Ptolomeos fueron verdaderamente una raza de reyes y dirigentes políticos increíbles.



Y a medida que los Ptolomeos fueron cambiando a Egipto con tantísimos avances tecnológicos y culturales griegos, también el desierto egipcio, sus exóticas y curiosas costumbres, y su belleza inenarrable, les fue cambiando a ellos. Y he de reconocer que no siempre para bien, pues para el total asombro del hombre de tu era del siglo XXI, mi familia —esa gente de raíz tan griega— cayó en una costumbre arcaica y terriblemente dañina que muchísimo sufrimiento nos acarreó con el paso de los siglos... Sí, niña, lo has adivinado: el incesto. Y así se comenzaron a casar —y no por amor, sino por razones de poder y dominio, o por mantener en la familia la sangre real— padres con hijas, hermanos y hermanas, tíos con sobrinas... Un despropósito peligroso que estaba muy arraigado entre los faraones del pasado y que con el paso del tiempo acabó rompiendo hasta la cordura de muchas familias reales. ¡Pero no creas que lo hicieron por capricho! Había una razón, niña, y una razón de peso: pues mis antepasados deseaban ardientemente ser vistos por el pueblo egipcio no como unos conquistadores salvajes y desalmados, sino como los reyes cultos y prósperos, deseosos de ser aceptados como monarcas amados por su pueblo conquistado. Y por ello hicieron lo imposible por adaptarse... Aunque sus métodos de adecuación a la cultura egipcia tuvieron, como ves, tintes no demasiado acertados.

Mirando atrás descubro con ojos asombrados cómo pudieron caer en esa trampa terrible, dado que el hombre griego en su cultura siempre consideró una verdadera aberración el incesto. ¡Lo castigaban hasta con la ley! Y tantas generaciones de endogamia se cobraron su precio: la dinastía Ptolemaica degeneró hasta convertirse, con el paso de los siglos, en un clan vicioso, cruel, vil y ladino...

¿Quieres que te dé un ejemplo? Pues tengo a montones, hija... Como el inmenso dolor que siento al recordar que me contaron que mis abuelos y tatarabuelos ya llegaron a este mundo con la sangre muy infectada. Sus mentes —no la de todos, pero sí de muchos— estaban turbadas... Y se volvieron crueles y desalmados; malvados y asesinos... Hasta que aprendieron, con facilidad pasmosa, a despilfarrar las riquezas de mi precioso país. Y entonces, mi hermoso Egipto se volvió vulnerable...

Y fue en esta tierra ya complicada y con graves problemas en pleno siglo I a. C., cuando se me ocurrió a mí venir al mundo.



Llegué en un momento malísimo, hija. Pero pésimo... Difícil en extremo y con problemas en mi tierra de una gravedad inmensa. Y toda esa conflictividad en todos los aspectos se debía a una fuerza exterior que agarraba con tentáculos poderosísimos a grandes naciones y territorios sometiéndolos a su brutal ejército. Se trataba de Roma. ¡Qué fuerza tan indestructible reflejaba su ejército! Egipto vio, de un día para otro y sin previo aviso, que en Roma se había despertado una obsesión ciega y contundente: ansiaba poseer nuestra tierra, costase lo que costase y a precio de mucha sangre si fuera necesario.

Egipto temblaba... Todo era de pronto temor e inseguridad. Las calles de Alejandría se volvieron temibles, violentas e inseguras. Nuestro magnífico comercio cayó en manos de ricos romanos y desde Roma se la sobresaturó de altos impuestos que empobrecieron brutalmente a los súbditos de mi padre, el rey Ptolomeo XII, quien, con ojos atemorizados, observaba cómo día a día Alejandría se iba

hundiendo más y más en deudas hacia Roma. De pronto todo se desbordó y nuestra economía comenzó a caer en picado... Tan grave fue la situación que el Senado romano designó —sin la aprobación ni el permiso de mi padre— un superintendente. ¡El rey Ptolomeo XII, mi amado padre, estaba furioso! Le habían ninguneado... ¡Pero si Egipto aún mantenía su independencia! Qué atrevimiento... ¿Lo entiendes, María? ¡Fue una conquista silenciosa y perversa! Y mi padre, el rey, ¿qué podía hacer? Y así llegó hasta Alejandría un general feroz, un héroe reconocido en todo el territorio romano llamado Pompeyo que traía como cometido asegurar como fuera, y costase lo que costase, que Egipto pagara sus cuantiosas deudas a la poderosa Roma.

Ese general era hombre muy respetado por el Senado. Compartía la autoridad en la República con Julio César, aunque los rumores en nuestras tabernas decían que ahora ni se hablaban. Cosas de chismes y contiendas... Mientras tanto mi padre —al que en su reino conocían como Auletes, el Flautista, por lo mucho que amaba la música— enviaba espías a los rincones oscuros del puerto y a los comedores de mercaderes, dándoles instrucciones para que abrieran bien las orejas y pudieran regresar a palacio con información valiosa para entregar a sus consejeros. Pero todo lo que corría de boca en boca sobre Pompeyo y Julio César era tan contradictorio y extraño, que el rey poco podía distinguir cuándo la información era verdadera y cuándo provenía de viejas locas.

Ptolomeo XII desesperaba... El futuro de su mágico y poderoso reino se tambaleaba, y su bloqueo a la hora de tomar decisiones contra Roma provocó pronto el desconsuelo y la desilusión de su pueblo. Y en esos momentos de álgidas preocupaciones, justo en el año 69 a. C., nací yo.



Mi infancia transcurrió en un palacio descomunadamente bello, niña... ¡Ah, si lo hubieras visto! Ni el de tu amiga la reina de Saba lo superaba. Las paredes de mis aposentos estaban recubiertas de oro y lapislázuli, los salones acumulaban pieles de Nubia y mármol de Grecia, y los

jardines eran los más extraordinariamente floridos y perfumados. Nada se asemejaba a nuestro palacio de Alejandría, chica. Nada. Ni siquiera los más bellos palacios de la misma Roma. ¡Viví de niña rodeada de tantos privilegios...! No me faltaba de nada. Las cítaras tocadas por mis músicos emitían sus baladas a mi paso, y todo esclavo vivía pendiente de mis cuidados. Ptolomeo XII, mi padre amado, se ocupaba personalmente de que no me faltaran tampoco los mejores profesores de literatura, de poesía, de idiomas, de música, de matemáticas, de filosofía, de astronomía... Yo no era tonta, querida, y aprendía rápido, sorprendiendo gratamente a mis profesores y maestros. ¡Y es que todo me interesaba! La ciencia, el estudio de las estrellas y del dios sol eran mis favoritas asignaturas. ¿Y las lenguas? ¡Ah! ¡Aprenderlas me chiflaba! Y pronto aprendí a hablar griego, arameo, latín, sabeo y varios idiomas más... ¡Y también los escribía! Todo se me quedaba grabado en el cerebro como a ti cualquier melodía de tus canciones favoritas. Y hablando de música, ¿qué me dices de la cantidad de instrumentos que aprendí a tocar? ¡Pero si era ese mi gran placer! Escuchar primero, aprender las notas y luego rasgar las cuerdas de nuestros instrumentos musicales al son de mi voz me hicieron amar el arte del canto... Lo amaba realmente todo sobre él.

«Debes aprender muchas cosas, princesa mía —me repetía mi padre con asiduidad—. Y yo debo encargarme de que tu preparación sea perfecta, pues un día, mi Cleopatra, mi luz y mi alegría, serás reina».



Yo amaba y admiraba a mi padre muy a pesar de que, en muchas ocasiones, descubría su crueldad... Pues era capaz de llevar a cabo cosas, que... Bueno... Hoy miro para atrás y concluyo que no era culpa suya, ¿sabes? Si hay que buscarla en algún lado es en su linaje, que llevaba ya casi trescientos años «infectado». Era el precio a pagar por haber nacido en el seno de los Ptolomeos, una dinastía de faraones muy sanguinarios. Ya te he dicho que nuestra sangre se había

convertido en un líquido infame, y que ya no era extraño considerar aberrante matar, asesinar, envenenar, crear intrigas o ser perverso o cruel. Todo aquello formaba parte de mi vida, de la vida de palacio, y ya sabes que el ser humano a todo se acostumbra. Así que yo..., pues también me acostumbré. Aquello era habitual en mi día a día, y aprendí a fijarme en cada recodo de pasillo y en cada sombra del jardín, pues cualquier cosa podía suceder a merced de los poderes fácticos del momento. Si era necesario asesinar para obtener un bien considerado mayor, pues se asesinaba... Porque el asesinato era una herramienta política válida, necesaria y hasta legítima, niña. Nadie se escandalizaba ya por eso... Te preguntarás dónde quedaba, entonces, la lealtad familiar en semejante ambiente. Pues en nada, querida, en nada... Por ello no fueron pocas las veces que temí a mi padre aun sabiendo que me amaba, ¡y mucho!

En tu siglo XXI esto es muy difícil de comprender, lo sé... Pero es que la lealtad familiar, simplemente, en mi era no existía. Casi todos los Ptolomeos importantes habían muerto antes de que yo naciera de maneras muy extrañas: envenenamientos, apuñalamientos, heridas, caídas misteriosas del caballo, degollamientos... Y luego resultaba que los culpables de aquellas muertes violentas habían sido miembros de la misma familia... ¡Eran capaces de matarse incluso entre padres e hijos y viceversa! Hasta ese horroroso extremo vil llegaban. Y ello nos obligaba a todos a mirarnos a hurtadillas, a tener un ojo pegado a la nuca y a sobornar con cantidades astronómicas a sirvientes y consejeros para que trabajasen de espías. Era todo un arte el averiguar quién te odiaba en palacio y por qué. ¡La información y los secretos de las cocinas se pagaban hasta con piedras preciosas y oro! Todo era válido con tal de salvar el cuello... ¿Lo entiendes, querida?

Así era la vida en palacio; te puedes horrorizar todo lo que quieras, pero viví toda mi infancia inmersa en ese ambiente, y me acostumbré pronto a ser astuta, observadora y a pillarlas al vuelo. Nada podía salvarme el pellejo más que mi propia inteligencia y en ella me centré para salir adelante.

En esa situación, como comprenderás, todo lo demás se convirtió en absolutamente secundario.



Cuando cumplí diez años mi padre fue derrocado en una terrible rebelión familiar en la que casi perdió la vida. Pero quisieron los dioses que su destino fuera otro, y en un golpe de suerte y de inteligencia, logramos huir juntos a Roma, en donde mi padre las pasó canutas para obtener un préstamo que le permitiera regresar a Egipto con mucho dinero con el que recuperar el poder. ¡Se endeudó con Roma por tanto de nuevo y con más riesgo! Yo tuve que ser testigo de la humillación terrible que le hicieron pasar los hombres poderosos del Senado romano. Le trataron tan mal, niña... Fue muy duro ver a mi padre suplicante, arrodillado y vulnerable, ante esos hombres que le consideraban un desastre y una vergüenza como rey. Pero Auletes sabía que era necesario pasar por ese amargo trago si no deseaba verse derrocado por los suyos, que le esperaban con sed de muerte en un Egipto ya en plena decadencia.

Y aquella tristísima y humillante situación me afectó, María querida... Pues yo era tan solo una cría de diez años que no estaba preparada —por muchos maestros que hubiera tenido hasta entonces — para semejante escena. Me habían educado diciéndome que mi sangre real procedía de una estirpe de dioses y que mi regia ascendencia obligaba a todo vasallo a doblegarse. ¿Y de pronto todo era confusión y menosprecio? ¡Ah! ¿No ves que para mí aquello no tenía sentido? Fue muy duro, niña... Mucho, mucho... Significaba que no solo no se respetaba mi divino linaje, isino que esos senadores romanos eran más poderosos que mi padre!

Humillada y derrotada, recibiendo la bofetada de la realidad de esa forma cruda y brutal, me juré a mí misma que, de llegar un día a ser reina, no me volvería a doblegar ante nadie. Pero esto no fue lo único que aprendí ese día, pues escuché —con total y absoluto asombro— críticas y burlas feroces de la boca de aquellos senadores: se rieron de mi padre, el faraón, y le acusaron de pertenecer a una

familia en la que la sed de sangre estaba a la orden del día, ensuciada por el incesto y sin la riqueza que yo imaginaba tener. Me quedé aturdida y desconcertada...



Y como todos los malos tragos también acaban, regresamos a Alejandría dos años después, acompañados por tres legiones romanas, con mucho dinero prestado, el beneplácito de Julio César y la ayuda económica del Senado. Mi padre creía que con todo lo sufrido ya tenía bastante, cuando, para nuestro estupor, nos encontramos con que, durante nuestra larga ausencia, mi hermana mayor —Berenice— había ocupado el trono. ¡Pero qué traición terrible se había llevado a cabo a espaldas del rey! Y por su propia hija y mi hermana... Yo que la había amado tanto, también me sentí destrozada... Y ni que decir tiene que mi padre enfureció. ¡Y, ay, la que se montó entonces, querida! Porque, loco de dolor y colmado de ira, el faraón ordenó a sus soldados que la condujeran al patio exterior del templo de nuestro dios Osiris y que la decapitaran ante todo el pueblo.

Yo presencié aquella sangría junto a todos los súbditos de mi padre con sentimientos encontrados... Por un lado, había amado a Berenice, quien siempre me había tratado bien; pero, por otro, aquella ejecución me convertía, de un zarpazo inesperado, en la primera sucesora el trono de mi padre.

Ese día aprendí una lección muy dura: nada había seguro a mi alrededor y nunca lo habría. Jamás podría confiar en nadie, pues hasta mis propios hermanos o incluso mi padre serían capaces de matarme en caso de que me percibieran enemiga.

Me quedé totalmente desconcertada y aturdida. Pero pronto me animé, niña... Pues hasta a las tragedias una se acostumbra.



Cuando Auletes murió en el 51 a. C., subí, por fin, al trono de Egipto. Tenía solo diecisiete años... ¡Qué gran desafío se presentaba ante mí!

Para empezar y a causa de la ley Ptolemaica, debía casarme con mi hermano pequeño, un muchacho de tan solo diez años recién cumplidos —Ptolomeo XIII—, al que apenas conocía. Estaba demasiado unido a su consejero, un hombre con corazón de víbora que yo sabía que me odiaba. Ya ves qué diferentes eran esos tiempos de los tuyos... Las familias debían casarse entre ellos para gobernar Egipto, y no me quedó otra que formalizar nuestro matrimonio, muy a disgusto y a mi pesar, pues no tardó mi hermano y su consejero en conspirar contra mí. Salvé la vida de puro milagro, avisada por uno de los criados de mi confianza de las cocinas quien, en el último momento, se percató de que uno de los manjares que me iba a servir había cambiado de color mientras recorría los pasillos hasta mi mesa. Supe de inmediato que mi hermano y su consejero ansiaban el trono más que proteger mi vida, y me preparé para salvar la piel. No tardé en reaccionar: no probé bocado, ordené que prepararan los baúles y las arcas necesarias para emprender un largo viaje, y esa misma noche salí de palacio como el que huye del diablo hacia los desiertos de Siria.



Mientras tanto, Roma sufría una terrible guerra civil. Al final, la amistad entre Julio César y Pompeyo se había hecho añicos y los dos amigos de infancia se enfrentaron a sangre por alcanzar el poder y el control de su maldita República.

La guerra duró años... Yo temía mucho a César y, a sus espaldas, había estado ayudando a Pompeyo mientras estuve en Alejandría; pero ya, siendo extranjera en tierra Siria, ¿qué hubiera podido hacer por él, niña? Nada... Y el gran general Pompeyo, con grandes pérdidas de soldados en la batalla de Farsalia, se vio obligado a huir —de entre todos los lugares de este mundo— a mi amada Alejandría, donde, por supuesto, no me encontró como suponía. Entonces mi hermano —cumplidos ya los dieciséis años— y su malvado consejero envenenando su corazón conspiraron contra el general con la sola intención de agrandar y contentar a César. ¡Y lo hicieron de un modo perverso y cruel! ¿Pues te puedes creer que enviaron una barca de remos para

recibir en alta mar a Pompeyo y a su familia y darles así la bienvenida? Todo se trataba de una burda farsa, niña; pues los pobres incautos, convencidos de que yo estaba detrás de recibirles con semejante agrado, no imaginaron que en cuanto posaron los pies en el puerto iban a ser apuñalados. Entonces mandaron aviso a César, quien, pensando que Pompeyo estaba preso, se embarcó para Alejandría...

Cuando llegó, mi hermano Ptolomeo XIII y su maldito consejero le recibieron en los muelles con pompa y postureo, y como gesto de nueva alianza le ofrecieron como regalo la cabeza de Pompeyo... ¡Aquello fue un golpe extraño y del todo inadecuado, niña! Pues para sorpresa de todos, Julio César —que no era un hombre de corazón vengativo—, horrorizado, se echó a llorar con amargura...

¿Y tú? ¿También te extrañas, hija? No te sorprendas, querida, pues tienes que entender que Pompeyo había sido su amigo de infancia, su compañero de juergas, su oponente, su yerno y hasta su enemigo; lo que no significaba que hubiera deseado semejante muerte deshonrosa para él.

Ya te lo he dicho varias veces: nuestro mundo era un complejo y diverso nudo extraño...



César no perdió un minuto: con una arrogancia inusitada, se instaló en nuestro suntuoso palacio como si fuera suyo, y comenzó a husmear en nuestros asuntos de familia con gran descaro, descubriendo en un santiamén que los Ptolomeos estábamos divididos y enfurecidos unos con otros, deseándonos incluso la muerte más violenta. Y mi futuro amante, listo como un zorro, lo aprovechó a su favor. Pues a él le interesaban solo tres cosas, niña: la riqueza de mi pueblo, nuestros graneros atiborrados —cosa que no tenían en Roma— y hacer las paces con mi hermano, el rey Ptolomeo XIII. ¿Pero dónde quedaba yo? Desde el exilio me llegaban estas noticias, y puedes comprender mi temor... Si Ptolomeo pactaba con Julio César, ¿me convertiría de pronto en una enemiga del imperio? ¡Ah! ¡Cuánto temí por mi vida! No dormía, tenía pesadillas en las que mi hermana Berenice

regresaba, manchada de sangre, con su cuello segado por el filo de la espada. Apenas comía y, un día, enfermé... Sabía que Roma conocía mi escondite y que no tardaría en devolverme a Alejandría, en donde perdería la vida a manos de mi hermano. Tenía que actuar, pero ¿cómo?

Entonces, mi fiel esclavo Adom, mi gran eunuco, me sacó de la más terrible angustia.

—Mi señora, no temáis —me dijo una noche en la que, sentada sobre una roca, el reflejo de la luna llena sobre mi cara hizo brillar mis lágrimas—. Conozco a un mercader que os puede ayudar.

Y me relató que un familiar en quien confiaba le había dejado para guardar unas grandes alfombras con la intención de poderlas transportar pronto a los mercados de Alejandría para ofrecérselas a los nobles de la ciudad.

—¿Y qué pueden proporcionarme unas alfombras hermosas, Adom? —quise saber, irritada.

—Majestad, podéis ocultaros en su interior. Esa será la única manera de entrar en Alejandría e incluso colaros en palacio hasta los aposentos de César. Una vez que os vea y hable con vos, comprenderá vuestra postura.

Aquello me dejó perpleja... Era una magnífica idea. ¿Pero cómo burlar a los soldados de palacio? Estaban por todas partes, eran violentos y feroces, y muy eficientes protegiendo todas las entradas y jardines. Pero sabía que si deseaba recuperar mi trono robado, no me quedaba otra opción que la de tener un encuentro secreto con César... Así que, armándome de valor, maquillada, perfumada y extraordinariamente enjoyada, hermosa como la misma luna según mi fiel Adom el eunuco, me introduje en una de las alfombras enrolladas no sin antes rogar a la diosa Serapis —protectora de la monarquía de los Ptolomeos— su bendición.

Y ahí que me embarqué en la gran aventura de mi vida, valiente como un chacal del desierto y encomendándome a Serapis, cargada a hombros de los mercaderes en quien tanto confiaba mi esclavo.

—No temáis, mi señora —me susurró, mientras me ayudaba a ocultarme entre los pliegues de la alfombra—. Me han llegado noticias de los sirvientes de palacio... Me aseguran que César es hombre que admira a la gente valerosa y temeraria... Y vos lo sois. Se quedará prendado de vuestra belleza y del riesgo que habéis tomado.

—Que los dioses te oigan, mi querido eunuco —contesté.

Cerré los ojos y me agarré con las puntas de los dedos a la lana de la alfombra. Solo ansiaba que esa espera tortuosa a hombros de los mercaderes finalizara pronto... Y si la muerte había de llegarme, que fuera al menos a manos del poderoso señor de Roma, y no en las de un muchacho débil y de corazón terrible como lo era mi hermano.



Fue un plan brillante, teatral y mágico, niña, un triunfo en toda regla. Pues no solo logré penetrar en el palacio a escondidas y sin ser vista; sino que además César se quedó perplejo y anonado...

Era el año 48 a. C., y la preciosa muchacha que salió desde dentro de la alfombra para captar su atención, ya no era una niña cualquiera... Sino una mujer joven de veintiún años muy hermosa y sensual: la gran Cleopatra VII Filópator Nea Thea, reina del Alto y Bajo Egipto. Ni más ni menos que la reencarnación viviente de la diosa Isis. Esa, por mucho que mi hermano rabiara, era yo.

Julio César me miró con ojos desorbitados, mientras tres de sus soldados se me tiraban encima como guepardos salvajes. ¡Aún no se habían percatado de quién tenían delante y de que mis intenciones no eran perversas! Pero él, levantando una mano poderosa, les ordenó soltarme. Se me acercó despacio bajando los escalones con suavidad y, clavándome una mirada llena de asombro, dijo:

—Sois muy valiente, mi reina...

—Mi señor —contesté, tirándome a sus pies—. Es necesario que me escuchéis...

—Dejadme veros... —me susurró mientras me tendía una mano. Entonces me levanté y dejé que me observara mientras daba varias vueltas lentamente calculadas a mi alrededor—. Veo que las leyendas

que corren por Roma sobre vuestra belleza no mienten —murmuró en mi oído...

Ahí empezó todo, niña; pues supe, en menos de un instante, que estaba ganando una complejísima y muy delicada batalla.



Ese encuentro desembocó en una atracción inmediata. Hoy puedo asegurarte que esa noche primera, tan llena de abrazos locos sobre mi piel tostada¹² y caricias enfebrecidas a causa del deseo, me sirvió para anudar el corazón del dirigente romano al mío. Julio César, que había cumplido cincuenta y dos años, me sorprendió descubriéndose ante mí como un amante voraz que, para mi sorpresa, cayó totalmente rendido ante mi capacidad de relatarle historias, contarle fábulas y compartir mis sueños. Me dijo, como un adolescente embelesado, que le había cautivado mi voz, mis ademanes, mi valentía... ¡Ah, cuánto reímos juntos esa primera noche! Pronto comprendí —por lo que me reveló— que su esposa le aburría soberanamente, que no era hábil de labia ni estaba culturalmente a mi nivel.

Desde esa primera noche en la que César reposó su cabeza sobre mi almohada, muchas cosas cambiaron en mi vida. Digamos que le volví loco de amor, de pasión, de admiración... Él me decía que me había convertido en su alegría, en su energía y en su luz; y que admiraba mi cultura, mi amor por la música y las artes, mi dominio sobre tantos idiomas y mi saber estar. Le conté adelantos sobre la física, la alquimia y la astronomía; y también de la arquitectura. «¡Los dioses han traído hasta mi lecho a la más sabia de las criaturas!», dijo riendo como un muchacho. Yo me puse muy contenta al escucharle semejantes palabras; y comprendí que el empeño de mi padre por rodearme de sabios maestros desde pequeña había por fin obtenido un fruto.

Creo que fue en esa primera noche cuando descubrió que yo era, verdaderamente, una soberana, una mujer regia sin parangón, capaz de sacrificarlo todo por Egipto. Como también supo que solo mi reino me importaba, y que, para protegerlo, sería capaz de cualquier cosa,

incluso de entregarme a él hasta saciarle del más puro amor. Había llegado mi hora, y antes de que pudiera darse cuenta, Julio César estaba dominado por completo y había caído bajo el poder de su nueva amante.



César se sorprendía cuando me oía hablar en nueve idiomas diferentes. A mí me agradaba descubrir su admiración, y le explicaba que había aprendido escuchando a mi padre negociar con muchos diplomáticos del extranjero desde que yo era un verdadero mico. Y es que era del parecer de mi padre que yo debía vivir pegada a sus pies, con los oídos bien abiertos y sin pestañear. Por ello, mi pequeño trono dorado siempre estuvo al lado del suyo, y callada observaba, escuchaba y atendía todo lo que él organizaba. Gracias a ese empeño paternal de que me enterara de todo, viví cosas extraordinarias, aunque tristemente también terribles, niña. Recuerdo una ocasión — rozaría el año 51 a. C.—, cuando presencié una ceremonia egipcia imponente que solo se celebraba una vez cada ochenta años. Se trataba de la investidura del dios toro Bujis... ¿Acaso hubo en el mundo algo celebrado con mayor esplendor? De todo me tenía que enterar y sobre mucho preguntar. Mi padre así lo deseaba y no se podía desobedecer al rey, y por ello mis maestros se esmeraban en enseñármelo todo...

Pero no siempre las enseñanzas eran sobre filosofía y matemáticas; a veces, para mi deleite, también aprendía artes femeninas y muy propias de la vanidad, como los secretos del maquillaje, del cuidado de la piel, de la elaboración de aceites perfumados, la decoración floral y los masajes corporales. La mujer egipcia tendía por naturaleza a la femineidad más asombrosa, y las madres enseñaban a sus hijas desde muy pequeñas a acicalarse y a maquillarse con polvos de lapislázuli, oro picado y tinte rojo de pepitas de dáttil. Es que Egipto era una tierra muy sensual, María... Mucho, mucho... Las artes del sexo se cuidaban, se disfrutaban, se exploraban hasta límites insospechados.

Sé que hoy, en tu siglo XXI, nuestras fiestas, regadas de abundante vino, dulces y amoríos, serían descritas como orgías que podrían escandalizar a cualquiera de tus contemporáneos. Pero en mi mundo egipcio de entonces, aquel desenfreno era parte de nuestra sociedad, de nuestra sensualidad; y una forma de reflejar la manera de diversión a la que podían acceder las altas esferas sociales. El amor, el romance, la locura sexual... ¡todo eso era importante! Las mujeres éramos exageradas en el vestir, adorábamos las joyas, las pelucas, los ropajes decorados con piedras preciosas traídas de los desiertos de Nubia y las perlas del mar Rojo.

Yo andaba loca con los perfumes... ¡Ah! ¡Cómo me gustaban los dulces olores de las flores del desierto! Me interesé tanto por el mundo de las esencias, que acabé creando un comercio de perfumería, una fábrica de perfume que ordené desarrollar a orillas del mar Muerto. ¡Llegué incluso a escribir un tratado sobre cosméticos! Y es que en mi tierra todo pertenecía a los sentidos, que a nuestro entender era algo muy necesario. La belleza era primordial, era importante, era necesaria para ser feliz.



¡Y, por supuesto, Roma se llevaba las manos a la cabeza cuando a ella llegaban los rumores de nuestros locos amoríos, gustos y desenfrenos palaciegos! La esposa de mi amado Julio César estaba furiosa. Me odiaba desde la distancia... ¡Ah, con cuánto desprecio hablaba de mí en su palacio! Y así, muchos romanos cercanos a César comenzaron a considerar a mi pueblo extravagante, excéntrico y extraordinariamente libidinoso. Y yo te digo, María, ¿y quiénes se creían ellos para poder juzgarnos de esa manera, cuando su sociedad estaba más podrida que la peor de las alcantarillas? Pero lo que verdaderamente criticaban era mi fascinación por el estudio de los misterios esotéricos... ¡Cómo lo despreciaban! Mucho, niña, mucho; tanto que ni imaginas. Y es cierto que pasaba horas junto a los sabios del palacio, pegada a los físicos, sacerdotes y médicos, que hurgaban en las entrañas y los hígados de los lagartos, de los ojos de los gatos y de las vísceras de los caimanes

del Nilo, con los que realizaban pócimas para curar, aliviar enfermedades y hasta envenenar. ¡No soportaban que aquellas ciencias me fascinaran!

Hoy te reconozco con algo de vergüenza que me volví experta en estas últimas artes. Y no veas, querida, la de veces que luego me sirvieron para salvar mi propia vida y quitarme, de en medio y de un plumazo, a ciertos y terribles enemigos.



Pero en lo que nadie me ganaba era en pillar al vuelo todo lo referente a intrigas políticas de una dinastía que me había enseñado a crecer. Ahora tenía a César enamorado, encaprichado, loco... No solo no me había arrestado al verme salir aquella noche del interior de una bella alfombra, sino que, al compartir el lecho conmigo por primera vez, me prometió protección eterna. Y así, al amanecer, el destino de Egipto había cambiado.

Cuando mi hermano fue avisado de quién dormía junto a Julio César, corrió a nuestro encuentro, entró de un portazo en nuestro aposento y se quedó boquiabierto. Yo temblé por un segundo... ¡Vi la ira vibrar en sus pupilas de rey y me estremecí! Estaba furioso, indignado... Y sin musitar palabra, dio media vuelta y se marchó.

Ptolomeo abandonó el palacio, se escapó al desierto y se preparó para una infernal y terrible batalla contra mi amado.

Había empezado una guerra en la que yo, sin poder evitarlo, me encontré en el medio.



Mi hermano atacó durísimamente a la guarnición romana que acampaba en el desierto. Deseaba con todo su corazón echar a César de Egipto, y avisado por aquella víbora de consejero, supo que los refuerzos de Roma tardarían semanas en llegar.

César y sus tropas se escondían en el palacio durante el día y atacaban a los campamentos egipcios durante las noches. En el año 48

a. C., César, sin saber ya cómo vencerlo, tomó una decisión terrible que a mí me rompió el corazón en mil pedazos: ordenó a sus hombres prender fuego a la flota egipcia anclada en el puerto... Observé horrorizada cómo las llamas se extendían por mi amada ciudad, acercándose peligrosamente a la gran biblioteca de mi adorada Alejandría, amenazando tragar la mayor colección de manuscritos de la Antigüedad: casi un millón de libros, de pergaminos y papiros de valor incalculable. Solo su catálogo ocupaba veinte volúmenes, niña. ¿Lo sabías? ¡Ah! ¡Aquello fue un crimen! Fue construida por Ptolomeo I por haber sido uno de los proyectos de Alejandro Magno, quien soñó con hacer de Alejandría el centro del conocimiento universal... ¡Ambicionaba no solo coleccionar todos los libros escritos hasta entonces en el mundo, sino traducirlos también al griego! Era la primera vez que sucedía algo así en la historia, pues hasta entonces las bibliotecas griegas contenían libros griegos, y las egipcias, libros egipcios... ¡Por primera vez se habían hecho magistrales traducciones del egipcio y del asirio al griego! Terrible y espantosa fue la escena de ver arder entre las llamas los libros que yo con tanto amor y esfuerzo había estudiado... Y vi, espeluznada, cómo maravillosas obras legendarias de Aristóteles, de Esquilo, de Sófocles, de Eurípides... se convertían en pequeñas chispitas entre las llamas... Todo un saber transformado en humo y miseria.

El incendio de la biblioteca fue un desastre cultural y económico de proporciones inmensas que lloré desde lo más profundo de mi corazón. Pensé en que jamás podría perdonar a mi amado. Sin embargo, lo hice; no pude evitarlo. ¿Cómo iba a ser de otra manera? Persiguió hasta la muerte a mi hermano, quien, huyendo despavorido de sus soldados, se acabó ahogando en el río Nilo.

Por fin me había librado de mi mayor enemigo. Por fin podía sentirme, de una vez por todas, la gran Cleopatra: ireina del Alto y del Bajo Egipto!



¿Y crees que pude descansar tranquila? Pues no, hija... Me había librado de mi hermano, ¡pero descubrí aterrada que mi hermana menor también me traicionaba! César actuó y lo hizo rápido: la arrestó y encarceló...

Me sentía muy sola, abatida, agotada... Mi amante me llenaba de mimos, de amor y de caricias, pero en mi corazón algo había cambiado. No era la misma, me hacía mayor. A veces comprendía que jamás me podría fiar nunca de nadie, que siempre estaría sola...

Egipto consideró que me había desposado con César. ¡No te extrañes! Era así, niña... En mi tierra, en mi Egipto, una pareja se consideraba casada solo por el hecho de que un hombre pasara a vivir con una mujer. No había ceremonia, ni rituales religiosos o legales. Era simplemente un acto social y político nada más.

Yo había quedado más o menos complacida sintiéndome la nueva esposa de mi amante, con mi hermano muerto y mi traicionera hermana arrestada. El estar casada con César, el más poderoso de los romanos, me daba seguridad, me hacía pensar que viviría protegida y al mando de mi pueblo. ¡Solo por ello debía de haberme sentido feliz! La más feliz de las reinas... No obstante, no era así... Había algo en el aire, una sospecha extraña, un temor que, conforme pasaban los días, se me hacía más y más real: mi matrimonio parecía más importante a mis ojos que para los de César.

Mi esposo se volvió distante. Yo me atormentaba pensando qué podía estar saliendo mal. Él me amaba; ¡me decía que me adoraba! Pero no actuaba como si legalmente, a ojos de Roma, estuviéramos casados. Al final, fueron sus secretarios quienes me explicaron que nuestro matrimonio no había sido reconocido por la ley romana y que jamás lo sería. ¡Enterarme de este hecho me rompió el corazón! Me indigné, lloré, me desesperé... ¡Qué doloroso fue para mí saber que bajo la ley romana nunca se le permitiría a un miembro del Senado casarse con una extranjera! Me dolió en lo más profundo saber que, para él, simplemente vivíamos juntos, tal y como lo hubiera hecho con una de sus muchísimas amantes. Entonces sucedió algo que cambió toda la situación, toda mi vida y todo mi futuro... Algo totalmente

inesperado que alteró el interés de mi amante y que le acercó más a mí: me había quedado embarazada.

Tal vez, según la ley romana, no podía ser considerada la esposa legal de César, pero nadie pondría en duda que era la madre de su hijo.



Cesarión¹³ nació fuerte como un león, lejos de su padre, quien había marchado de Egipto mientras su hijo crecía en mis entrañas. «Debo regresar a Roma lo antes posible —me dijo—. El Senado me necesita». Yo albergaba un gran sueño: que Roma y Egipto pudiesen unirse en una sola fuerza, en una sola nación que crease el imperio más importante de todo el orbe; y que ese niño, precioso, perfecto y sano, lo gobernase algún día como su cabeza.

El niño era el hijo de César, María... Pero en Roma, donde yo era odiada, muchos murmuraban contra mí acusándome de no haber sido fiel a su general, y llamaban a mi hijo «bastardo». Yo había escogido ese nombre con mucho tiento, conciencia y tesón, y me negué en rotundo a que el hijo que había tenido con Julio César se llamara de cualquier otra manera. ¿Cómo que por qué? ¡Pues porque era extraordinariamente importante! Mi amante y señor me apoyó en tal decisión, pues representaba y significaba con toda claridad que Egipto y Roma se unían. Era el fruto de la unión de dos amantes que se amaban y admiraban mutuamente; como también era el fruto de la unión de dos imperios inigualables: el de Oriente y Occidente, Egipto y Roma. Una unión importantísima de dos culturas, dos reinos, dos poderes inquebrantables... ¿Acaso creías que iba a dejar escapar una oportunidad como la del nacimiento de mi hijo, engendrado por el amor del mismo César? ¡Ah! ¡De ninguna manera! Ya te vas dando cuenta de que yo no tenía un pelo de tonta, niña; y ese detalle no se me hubiera escapado ni harta del vino más dulce de las orillas del Nilo. Fue una decisión como todas las que yo tomaba: muy meditada e inteligentemente programada. Y así, daba un paso más para preparar el camino de mi hijo Cesarión hacia el infinito, hacia las estrellas del poder y de la gloria. ¿No era acaso un bebé de sangre real? Sí, por fin

tenía entre mis manos una alegría sin límites: al príncipe más importante de mi tiempo. Un pequeño bebé que representaba todo el esplendor, la cultura, el poder, la belleza y riqueza de Egipto; mientras que por otro lado sería un cabeza de león en Roma, siendo hijo de quien era. ¡Aquella tentación de poder se me hizo totalmente irresistible!

Mi ambición política se despertó al fin, tras un letargo doloroso lleno de traiciones y muertes entre los de mi propia sangre. Pero ahora todo había cambiado: era la reina más bella y poderosa de todo el Bajo y el Alto Egipto, y madre, ni más ni menos, que de un príncipe, el hijo del hombre más poderoso de Roma.

Con la llegada al mundo de mi niño, todo había dado un gran vuelco. Parecía que, por fin, a mi paso el mundo se plegaría en honores, alabanzas y glorias.

Pero, como tantas veces a lo largo de mi vida, me equivoqué, querida amiga.



Parecía que había alcanzado el cielo de los dioses: era admirada por mi pueblo, alabada, y colmada de respeto y autoridad. Me consideraban una diosa... ¡Lo era bajo nuestra espiritualidad y el pueblo lo aceptó! Egipto era una tierra supersticiosa, niña... Lo llevábamos en la sangre y en el corazón. Lo sobrenatural estaba tan ligado a nuestro pueblo que nada ni nadie —ni siquiera un imperio romano que me odiaba— podría separarme de todo lo que por mí, hacían desde el más allá mis ancestros. Esos que habían sido faraones, dioses vivos para mis súbditos y mi pueblo. ¡Mi sangre estaba llena de dioses, semidioses, espíritus, diosas y animales sagrados! Todo lo llevaba dentro por ser un miembro de la estirpe de los Ptolomeos... Durante siglos mi familia había sido adorada y reverenciada, y ahora a mí, por fin, me tocaba disfrutar de esa gloria. Y por ello, y gracias a haber tenido un hijo sano de César, ni mis enemigos me chistaban. Me sentía reina; me sentía diosa... Y comencé a actuar como tal. Ordené remodelar todo el palacio, hacer un templo en mi honor, y pedí que se me retratara por

avenidas y pilares. Ya sabes que en mi cultura todo está combinado con lo espiritual, y que por ello se mezcla la política con el esoterismo, la arquitectura con los dioses, la guerra con las fuerzas del mal... Nacíamos inmersos en esa espiritualidad que quizá hoy te parezca extraña... Y todo se reflejaba en nuestro arte, del que tú hoy puedes disfrutar aún. ¡Después de veintidós siglos! ¡Ah, qué grandeza y perfección lograban mis arquitectos! Ni Roma nos igualaba...

Y para mayor gloria, ahora tenía un hijo sano y precioso, que me embelesaba y me llenaba de amor. Por todo ello me sentí, por primera vez en mi vida, verdaderamente fuerte y plena. Ahora ya no me presentaba como una reina de Egipto sin más, sino como la reencarnación absoluta y segura de una de las más poderosas de las deidades egipcias: Isis. ¡La gran Isis, niña! ¿Lo entiendes? Esa diosa Isis que fue capaz de formar el Nilo con sus lágrimas y de dar poder a los hombres de la tierra, era ahora yo. Lo creí y lo defendí. Y mi pueblo también lo creyó...

Sé que para el hombre del siglo XXI esto es una auténtica locura, María... Pero yo no fingía ser Isis para manipular a mi pueblo... ¡Porque yo era en verdad la reencarnación de Isis! ¡Estaba convencida de ello! Ese tipo de creencias estaban muy arraigadas en mi pueblo, en mi cultura y en mis raíces...; y por ello no era extraño vivir plenamente convencidos de tales cosas. Mi actitud, por ese motivo, también cambió para mis súbditos... Les dije: «Ahora soy Isis, vuestra diosa. Soy la manifestación viviente de una deidad verdadera, así que jamás me contradigáis».

Qué lejos estaba de imaginar que muy pronto iba a recibir un salvaje zarpazo del destino que truncaría mis aspiraciones de diosa, de reina y de implacable mandataria política. Pues ni por asomo sospeché que mi amado amante —y, para mí, esposo— iba a dejarme muy pronto... Porque me lo arrancarían las víboras de su Senado: un grupo de hombres podridos por la envidia, la codicia y el odio.

Y mi futuro, de golpe y porrazo, se tornó de nuevo terriblemente incierto.



Todo entró en una espiral cuando, con intención de mostrar a mi esposo a su hijo Cesarión —al que aún no conocía—, viajé hasta Roma. Pensaba —¡inocente de mí!— que se me recibiría con respeto y gloria... No fue así. Creo que el maldito Senado sospechó que yo escondía algo tenebroso bajo aquella visita... Y es cierto que, además de presentar a Julio César a nuestro hijo, yo deseaba aclarar con él ciertos puntos de referencia política... ¡Era mi momento de hacerlo, niña! Me había ganado su cariño y respeto, y le había dado lo más valioso: un hijo. ¿Acaso no podía aprovechar la ocasión para fortalecer mi pacto con el líder romano? Deseaba que demostrase a los suyos que yo era la más apropiada para reinar en Egipto, y que se me debía respetar siempre. Pero mi visita, lejos de afianzar nuestra alianza, lo único que provocó fue que explotara en mil pedazos.

Te preguntarás qué desencadenó aquello... ¡Fueron las malditas calumnias, las maledicencias, los rumores, chismes y envidias de los nobles romanos los que provocaron la mayor de las desgracias! Me llamaban furcia, guarra egipcia, borracha, vanidosa y pependenciera... ¡Cuántas humillaciones tuve que soportar de las altas damas de la sociedad de Roma! Ellas, tan recatadas siempre, tan modestas y sencillas... ¡No bebían, no levantaban la voz a sus maridos y no chistaban contra lo que les mandaban! Y yo no era así, María... Era todo lo contrario: dura con Julio César, contestona, regia. Si tenía que beber con los hombres, bebía más que ellos. Si debía estar en las tabernas en sus mesas, lo estaba. Y si deseaba enseñar los pechos, lo hacía... ¡Para mi cultura no era nada malo! Pero ellas... ¡Uf! No me lo toleraron... Aunque yo sabía que les movía la envidia: me devoraban con la mirada, tanto hombres como mujeres... Roma vivía intrigada, como embriagada de deseo hacía mí, una mujer preciosa, exótica, inteligente, que no me cortaba al hablar y que daba mi opinión pesase a quien le pesase. Era, simplemente, la reina más atractiva que jamás hubiesen visto, y a ellas, las esposas, no les gustó.

Julio tampoco se libró de las lenguas afiladas de sus mujeres. ¡Cuánto me odiaban! ¡Y cuánto rencor mostraron los senadores! Llegó

un momento en el que los rumores se volvieron tan terriblemente violentos y perniciosos que temí por mi bebé. ¿Y si le hacían daño? ¿Y si me asesinaban? Parecía como si de pronto Roma hubiera quedado como hipnotizada con nosotros.

La situación empeoró mucho cuando —iqué insólita y bella imprudencia la de mi amado!— Julio decidió colocar una estatua que me representara ni más ni menos que en el templo en honor a Venus-Genetrix, la diosa madre; y comenzó a actuar como un rey a mi lado. Roma había sido una República durante cientos de años, y que un romano mantuviera de pronto ambiciones de realeza era muy, muy peligroso. No entendían aquel deseo y se asustaron... Y para colmo también comenzó —iqué torpeza la de mi amado!— a decir aquí y allá que se casaría conmigo por la ley romana... ¡Ah! ¡Cómo enfureció aquello a todo el Senado!

De pronto tuve miedo... Supe que me había convertido en su gran enemiga y en su amenaza. ¡Estúpidos gobernantes llenos de envidia y rabia! ¿Acaso una reina como yo podría ser una amenaza para sus malditos pilares? Me convertí en todo lo que temían y odiaban. Y yo, captando aquel odio, no me achantaba... Regia, valiente y clara, hablaba entre los grupos de senadores, de políticos y filósofos, y a todos dejaba desencajados...

Sabían que era astuta, y eso, querida María, no gustaba.



El 15 de marzo del año 44 a. C. mi impopular amante entró en el Senado romano... Alguien que desconozco le deslizó una nota... ¿Por qué no la leyó? ¡Ah! Qué imprudencia, niña... Pues en ella, un alma noble le avisaba de lo que pocos segundos después sucedería... Y ahí, un grupo de hombres sedientos de poder y enfebrecidos por la envidia le acuchillaron. Su hijo Bruto estaba entre ellos... ¡Qué dolor sintió mi corazón al saberlo! César le amaba... ¿Y qué haría yo? De pronto todo se desmoronó para mí y para mi pequeño Cesarión. Me habían matado a mi rey, a mi esposo, a mi amante...

Comprendí que tenía que hacer algo, y hacerlo lo más rápidamente posible, si no quería que nos asesinaran al niño y a mí. Y actué. Vaya si lo hice... Y rápido.

Ante el estupor de todos, decidí quedarme un mes más. ¡Fue muy arriesgado, lo sé! Pero necesitaba encontrar un nuevo aliado, alguien que me ayudara a salir de aquel torbellino, de aquella peligrosísima situación. ¿Cómo podría sino haberme asegurado una mejor salida a la muerte segura? Debía encontrar a alguien, y hacerlo rápido. ¿Pero a quién...?

¡Y los dioses egipcios me ayudaron! Pues no estaba mi emperador enterrado cuando conocí a un joven general, un valiente político que, roto de dolor, lloró ante la tumba de mi amado.

—¿Quién es? —susurré a un criado.

—El general Marco Antonio, majestad... El general más leal de César y su más fiel aliado...

Le miré... Me miró... Y entonces comprendí que, por segunda vez en mi vida, tendría que utilizar todas mis armas de seducción, mi belleza y formación, para lograr acaparar las atenciones de tal general fornido. Mi vida se basaba en ello... Y lo que era más importante: la de mi hijo también.



Yo era sexualmente muy activa y extraordinariamente experta, niña; y en esos momentos estaba dispuesta a todo... Debía seducirle, hacerle sentirse amado, admirado... A los hombres les gustan esas cosas, y yo no estaba para perder el tiempo, querida. ¿Acaso te cuesta tanto entender que todo mi porvenir, mi vida y la de mi hijo, pendían del más fino hilo? Y recuerda que igual sucedía con la seguridad de mi reino. ¡Y no estaba dispuesta a abandonar el juego aún! Necesitaba ayuda para impedir que Roma invadiera Egipto y robara nuestras riquezas. Y vi en el general Marco Antonio —cogobernante de la República tras el asesinato de mi amante— el mejor peón para ganar mi partida.



El nuevo general que ocupó mi vida era un hombre bellísimo. Se representaba a sí mismo como el descendiente de Hércules. ¡Qué arrogancia! Presuntuoso, alardeaba de sus músculos, de su imponente físico y de su fuerza. Solía llevar siempre su espada al cinto, mostrándose como un dios griego. En otras palabras: era un chulo de tasca, bruto, fornido y valiente, a quien las mujeres le volvían loco. Tenía fama de peleón y de ser un amante glorioso entre las sábanas del más puro lino, pero tenía un talón de Aquiles que le traía muchos problemas: era incapaz de controlar sus pasiones y sus apetitos, entre los que estaban el sexo desenfrenado, el vino, la juerga, las peleas y las palizas. Era un animal... Un guerrero fiel a su Roma sagrada, adorado hasta límites ridículos por sus soldados. Eran conocidas sus brutales borracheras públicas en tascas y fiestas, y hasta corrían lenguas sucias sobre sus relaciones con esclavas y esclavos. Porque en su mundo de los sentidos todo valía, niña, con tal de satisfacer su sed de gloria, poder y placer. Era un aristócrata de alto nivel, y un aristócrata, en Roma, podía hacer lo que le viniera en gana sin que le chistase ni una mosca.

Hoy, en tu siglo XXI a este tipo de hombres atractivos, poderosos, respetados y adorados por las más bellas mujeres los llamáis *playboys*...Y a mí, en ese momento desesperado y crítico, me pareció que enamorarle era la mejor solución para resolver mis profundísimos y muy graves problemas.

Así que, ni corta ni perezosa, en agosto del año 41 a. C., zarpé con mis más hermosas naves con destino a Tarso —en la actual Turquía—, en donde supliqué al Senado romano que me permitiera tener una reunión privada con mi deseada presa, quien pasaba unos plácidos días en su más hermoso palacio mediterráneo. ¡Con qué esmero infinito planeé mi entrada! Debía sorprenderle, anonadarle, volverle loco... Y para eso menesteres yo servía, niña. ¡Hasta tú, una mujer del siglo XXI, te hubieras quedado boquiabierta!

Yo tenía tan solo un deseo: enamorar al hombre que podía salvarme la piel, la de mi reino y la de mi hijo. ¿Y cómo hacerlo? Para ello ideé una exhibición digna de la misma diosa Isis que yo representaba. ¡Debía reflejar toda mi riqueza, belleza y poder! Preparé, junto a mis mejores músicos y artistas de palacio, con cuidado extremo e intuición seductora, la mejor de las coreografías para embelesar al hombre más poderoso de la tierra. Era mi única oportunidad, mi única salida... Era consciente de que era un mujeriego, y de lo fácilmente que engañaba a todas y cada una de sus amantes. Yo debía conseguir mucho más: tenía que lograr ser su mujer...

La primera treta que utilicé fue una argucia femenina: le hice esperar un par de horas... ¡Jajaja! Qué truco femenino más hábil, ¿no es cierto? Esto le sorprendió y hasta le indignó.

—¿Pero quién se ha creído esta perra egipcia que es? —gritó enfurecido a sus acompañantes.

Pero tanta ira provocó que creciera en su corazón la curiosidad... ¡Ninguna hembra había jamás osado a hacerle esperar! Qué tontos son los hombres, María... Caen como mosquitos en las trampas de las féminas astutas, y yo lo era.

—¿Pero cuándo demonios llegará esta mujer? —dijo, tras la primera hora de tardanza.

Bobo y enfadado, comenzó a proferir insultos y críticas hacia mi persona. Y cuanto más yo tardaba, más se despertaba su curiosidad y su pasión.

Entonces, cuando pensé que era el momento correcto, mis barcos hicieron su entrada triunfal en el puerto de Tarso. Y el espectáculo más hermoso jamás visto por Marco Antonio comenzó... Mis naves se deslizaron majestuosas, lentamente, en el puerto... El despliegue de pomposidad y belleza dejó boquiabiertos a los embobados presentes, quienes, desde el malecón de entrada, miraban atónitos a un cortejo de esclavas y esclavos de extraordinaria belleza, abanicando con inmensas plumas de avestruz a su reina diosa. Deslumbrados aplaudían, vitoreaban... Creo que jamás esas pobres gentes habían presenciado escena de semejante espectacularidad.

Plutarco —el historiador más importante de Roma— describió, asombrado, un siglo más tarde, esa escena de la siguiente manera:

Viene navegando río arriba en una galera en popa de oro y velas de color púrpura desplegadas al viento. Ella yacía bajo un dosel de oro y hermosos jóvenes, como Cupidos, la abanicaban de pie, a su lado (Plutarco, *Antonio*, 26).

Era todo un teatro, niña. Una gran representación que controlé milimétricamente, con esmero supino y total astucia. Deseaba despertar en mi presa sentimientos de deseo, de delicado y elegante erotismo, de lujo y de poder. Deseaba asombrarle hasta el desmayo, siendo el efecto sorpresivo el que lograra que me metiera en su corazón de guerrero conquistador. Debía lograr que él se propusiera conquistarme, sin saber que la que realmente estaba conquistando era yo. Y para ello, le envié un mensaje que decía: «No iré a veros, mi señor... Seréis vos quien lo haga».

Marco Antonio cayó de bruces y como un colegial en mi trampa. Muerto de curiosidad, anonadado por la belleza que desde el balcón de su palacio había vislumbrado en mi entrada en el puerto, acudió, como un pajarito tembloroso, a mi encuentro. Yo no estaba engañada, querida: sabía a la perfección que era un bicho avisado, bruto, sí, pero astuto y valiente como un chacal. No me tenía miedo y era consciente de que yo deseaba engatusarle; estaba enterado de mi anhelo por proteger a Egipto y lograr un tratado de paz. Conocía mi temor a que hicieran daño a mi hijo Cesarión... Mi complot era una trampa inteligente, pero arriesgada... Un juego peligroso que debía irremediablemente jugar. No me quedaban dados ganadores y por ello había tomado una gran decisión: si era necesario luchar por mi sueño y el de Egipto, estaba dispuesta a utilizar hasta el sexo. Todo valdría con tal de lograr clavar mi dardo sobre el centro de su diana; el dardo debía ser certero, ágil y afilado, y traspasar su duro corazón.

Él me miró con deseo controlado... Y en cuanto nuestras pupilas se cruzaron, comprendí que él también deseaba otra cosa, algo que solo yo le podía dar sin violencia, voluntariamente y sin revanchas. Se

trataba de dinero, de riquezas... Las necesitaba para sus malditas campañas. Y lo usé. ¡Oh, María, sí que lo usé! Aquello se trató de una ruleta rusa: ¡un movimiento equivocado y me llegaría la muerte entre sus rudas manos! Pero gané... ¡Sí, gané! Y tras un encuentro sexual, amoroso y pasional sin límites, logré negociar mi vida, la de mi hijo y la independencia de Egipto.

No te escandalices, niña... Para mí nunca hubo límite entre los negocios y el placer. El sexo siempre fue un arma muy aguda y útil para lograr poder.

Le manipulé. Y fue una manipulación muy inteligente por mi parte.



¿Sabes algo? Te gustará oír esto... ¡Jajaja! Verás: ¡que tal y como yo había planeado, mi nuevo amor pensó que había sido él quien me había conquistado! Pero qué necios son los hombres, María... Le permití pensar que había sido él quien me había seducido hasta hacerme perder la cordura. ¡Y nada más lejos de la realidad! ¡Jajaja!

Sin embargo, te reconoceré algo... Un suceso inesperado que ni yo había imaginado y que muy pronto después de nuestro primer encuentro me di cuenta que se estaba desarrollando. Una química sexual muy fuerte, mágica y extraordinariamente poderosa nos había poseído por completo. Aquella unión de nuestros cuerpos, ese sexo salvaje y atrevido entre ambos, se mostró poderosísimo, inmediato, eléctrico y explosivo. Y así, sin yo haberlo planeado, me enamoré también como una mema...

Y de este modo nació, entre risas, juegos y magia, una de las historias de amor más poderosas y conocidas de todos los tiempos. Un amor desenfrenado que nos empujaba irremediabilmente de los brazos de uno al otro, a través de un deseo inexplicable que ninguno de los dos podíamos controlar. Digamos que ambos, literalmente, nos habíamos vuelto locos de amor... Un amor que nos traería problemas terribles, oscuros y malditos.

Un amor irrompible que un día provocaría muchas desgracias...
Tantas y tan graves que desembocaría incluso en nuestra muerte.



Tres años después de la trágica muerte de mi amado César, en el año 41 a. C., por fin me había encontrado en los brazos de Marco Antonio al gran amor de mi vida. El general romano se convirtió en mi luz, mi anhelo, en mi deseo... Era mi protector, un guardián enamorado hasta los huesos de una diosa viviente, la gran reina Cleopatra de Egipto, la reencarnación de Isis en la tierra. Nos convertimos en una pareja indómita, salvajemente apasionada y muy enamorada. El mundo, de pronto, se nos hizo pequeño... Todo lo queríamos compartir y dominar. ¡Nos sentíamos en la cima del cielo y los amos de la tierra! Marco Antonio ya no supo desprenderse de mis piernas del color del bronce... Me deseaba constantemente, perseguía de cerca mis talones como un muchacho en pleno despertar sexual. Se trasladó a Alejandría y se instaló en mi palacio como el rey de mi corazón y mis dominios. Yo todo le permitía... Y exigí a mi pueblo que le respetara como a su rey.

Roma, mientras tanto, se sentía incómoda. Se preguntaba qué diantres hacía su corregente viviendo en mi palacio, disfrutando del amor de su reina, yaciendo en su lecho, disfrutando en sus interminables fiestas, mientras su Senado le echaba de menos. ¡Roma necesitaba fondos y los necesitaba con gran urgencia! ¿Y él perdía el tiempo paseando por el desierto en carros dorados junto a su nueva amante, la reina egipcia? ¡Ah! ¡Qué escándalo para tantas matronas odiosas que tanto me envidiaban! Sus lenguas afiladas comenzaron a azotarme de nuevo. ¡Perras rabiosas cuya baba les intoxicaba! Mi amado se defendía enviando misivas que explicaban que solo permanecía en Egipto por razones claramente políticas, exponiendo en ellas que tales medidas serían ventajosas para la República. Intentaba convencer en ellas al Senado de que solo deseaba reunir el dinero necesario para sufragar tantas luchas, batallas y guerras en las que

Roma necesitaba vencer si deseaba seguir en la cúspide del poder mundial.

¡Era tan extravagante! Le gustaba hacerse pasar por egipcio... Se comenzó a vestir como tal, y se apuntó a nuestras grandes competiciones deportivas y a las exhibiciones de fuerza física, en donde disfrutaba como un niño haciendo alarde de su destreza deportiva y su musculatura de guerrero. ¡Era muy presumido!

Yo me reía con esas cosas, María... Y procuraba hacerle sentir que le admiraba como una tonta, y por ello le adulaba, le mimaba, le cuidaba las heridas y moretones tras esos combates físicos que a él tanto le agradaban. También le organizaba grandes fiestas, banquetes y bailes disparatados. Los dos nos rodeamos de un círculo de amistades que amaban las orgías, la música y los juegos locos en los que se bebía muchísimo alcohol. ¡Lo empezamos a pasar tan bien! Todo era jolgorio y licor de uvas ácidas, niña... La locura de la fiesta, la parranda y los excesos...

Y mientras tanto, mi guerrero me demostraba día a día cómo moría de amor por su diosa egipcia, disfrutando como un chaval encandilado de la exótica vida en palacio en el que yo le agasajaba, de las excursiones a mis desiertos y de la pesca en el Nilo, siempre ataviado con ropajes típicos de mi reino, dejando su toga romana olvidada en el interior de un viejo arcón en una de sus naves atracadas en el puerto.

Un día, mientras meditaba viendo jugar a mi pequeño Cesarión junto a las fuentes de mi jardín, comprendí que Julio César había venido a mi vida para invadirla y dominarla a su antojo, mientras que mi amado Marco Antonio había llegado para quedarse prendado de un Egipto regido por su diosa Isis en la piel de su majestuosa Cleopatra. ¡Qué gran diferencia era aquella, niña! En mi corazón, jubilosa, pensé que yo, por fin, había ganado una gran batalla: la del poder, la del amor, la de la paz de mi reino...

Y qué equivocada estaba, María, pues mucho soñé, demasiado imaginé y poco sospeché que todo un infierno estaba por caer, como una sombra indomable, sobre mí, y por ende, sobre mi amada tierra.



El comienzo de nuestra caída empezó a vislumbrarse en un cabo suelto que el destino, traidor, todavía me deparaba y que adoptó la forma de mi hermana Arsínoe. Ella permanecía todavía en Turquía, adonde había sido exiliada y recluida en un palacio tras su arresto ordenado en su momento por Julio César. Ella era la única familia de sangre que aún me quedaba tras la muerte de mi hermano, y tuve miedo... Pensé de pronto, muy incómoda, que si ella así lo decidía, podría acabar por envidia y ansias de poder con la vida de mi pequeño Cesarión. ¡Y yo deseaba firmemente que nadie se interpusiera entre mi hijo y el trono de Egipto! Ese hijo era lo más importante de mi vida, María... Mucho más que el amor que me embriagaba por Marco Antonio. Entonces, sibilina, le hice partícipe de mi preocupación a mi amante, quien escuchó atento mis lamentos.

—Eso tiene pronta solución —me dijo—. Mañana mismo ordenaré su ejecución.

Y así lo hizo. Por fin había acabado, supuestamente, con todos mis enemigos de sangre... Me había convertido, aunque no quisiera reconocerlo, en la asesina de mi propia familia. Y así, con tan solo veintiocho años, con más seguridad en mí misma que nunca, sintiéndome amada por el mayor y más poderoso amante y con su pasión bajo mi control, me sentí —¡por fin!— en la cumbre del mundo... ¡Cómo disfruté ese momento mágico!

Celebré la muerte de Arsínoe junto a mi amado general, con una gran fiesta en la que brindé por Cesarión, sabiendo que ya no tendría rival ni en el trono de Egipto ni en el de Roma. Los licores corrieron por cada estancia como afluentes del Nilo en crecida, mientras ingeríamos una brutal cantidad de alimentos que luego vomitábamos por doquier. Recuerdo que esa noche, envalentonada a causa del alcohol, le pregunté a Marco Antonio si creía que era la fiesta más cara en la que jamás hubiera estado. «Para nada», contestó ebrio, haciendo reír burlones a mis comensales. Entonces, yo, furiosa, le di una lección: «Te vas a enterar —le susurré al oído—. Y te voy a

sorprender...». Entonces me quité uno de mis hermosísimos pendientes cargados de perlas; arranqué la más grande de ellas y pedí que me trajeran una copa de vinagre. La introduje, se disolvió, y ante los atónitos ojos de mis invitados, me lo bebí. Marco Antonio contuvo la respiración. «¡Verdaderamente, esta ha sido la fiesta más cara de mi vida!», gritó jubiloso.

¡Qué gran algarabía se montó entonces a mi alrededor! Los invitados me subieron a hombros, reímos, lloramos, gritamos, bailamos, hicimos unos con otros el amor... Fue una locura, una orgía disparatada, una bacanal y un desenfreno que acabó al amanecer...

A partir de entonces, todas nuestras noches se convirtieron en alocadas aventuras, embriagadas por el alcohol y el deseo más enfermizo y apasionado. El sexo se transformó en un acto excéntrico y atrevido, y hasta con esclavos comenzamos a compartir el lecho. Nos hicimos excesivos, locos, imprudentes, lascivos, extravagantes, salvajes... Y enamorados y embriagados, no supimos ver que en Roma amenazaba tormenta... Ciegos, no quisimos entender el poder que, poco a poco, comenzaba a alcanzar en el Senado —a espaldas de mi amado Marco Antonio— un joven muy inteligente; un soldado valiente, fiel a Roma y muy ético. Un muchacho de veintidós años, Octaviano, al que todos llegarían a conocer como Augusto.

Ignorando la creciente amenaza de Octaviano por acaparar el poder, no nos percatamos de que se cernían sobre nosotros nubarrones. Estábamos demasiado enamorados y embriagados, perdiendo mucho tiempo necesario que debía haber sido utilizado para la política, y que sin embargo perdíamos disfrutando con momentos de fiesta, romance y sexo. Atados a un amor desorbitado plagado de hedonismo erótico, nos habíamos ido alejando peligrosamente de los cánones de lo que se consideraba correcto a ojos de Roma. ¡Qué gran error fue aquello, amiga mía...! Pues no pasó mucho tiempo hasta que los oídos de mis enemigos comenzaron a escuchar todo tipo de historias sobre mi persona, y a esparcir las como el polvo levantado tras los remolinos del desierto.

Algunas críticas estaban basadas en la verdad, pero no todas, niña. Pues se me acusaba de todo lo inimaginable. Fue entonces cuando, para mi desconsuelo, comenzaron a llamarme tirana, ramera, borracha, ninfómana, asesina... Me calumniaban diciendo que era una prostituta de sangre real que había hecho enloquecer a su mandatario más importante... Era tan doloroso que a mí ya todo comenzaba a darme igual... Pero si hay algo cierto y que debo confesarte, es que nuestra reputación cayó por suelos. Entonces el Senado, muy preocupado, exigió a mi amado que regresara de inmediato a Roma.

Alegaron que se le necesitaba de vuelta y rápido, y que no demorara ni un día en marchar.



A principios del año 40 a. C. Marco Antonio partió hacia a Roma dejándome profundamente triste y abatida en mi palacio de Alejandría. Enamorados hasta el extremo y sabiendo que en mi vientre se gestaba vida,¹⁴ le rogué que no me dejara. Pero mi embarazo no fue suficiente razón para hacerle comprender que le necesitaba. Me procuró cierto consuelo verle en el puerto terriblemente triste, prometiéndome amor eterno y jurándome regresar. «Roma me necesita ahora más que tú, mi reina», me susurró al oído.

Le vi zarpar con el estómago encogido y llena de temores, pues sabía que si Marco Antonio perdía su poder en Roma, todo por lo que yo había trabajado, todo por lo que yo había soñado, se desmoronaría.



Pasaron los días, las semanas... Y entonces, para mi horror, me llegaron noticias desde Roma que me rompieron el corazón en mil añicos: ¡mi amor se había casado con la hermana de Octaviano! ¿Cómo había podido suceder algo así? La rabia inicial dio paso en pocos segundos al más terrible desconsuelo... Pero no me rendí. ¡Debía actuar y hacerlo rápido! Entonces envié a dos espías que al poco tiempo me dijeron que esa boda solo formaba parte de una

maniobra típica de la nobleza romana, un golpe social para obtener poder. Así se hacían las cosas en Roma, niña... Las alianzas eran utilizadas para trepar, para escalar en los negocios o en la política. ¡Y la esposa escogida por Octaviano para mi amado no fue otra que su hermana! ¡Qué dolor!

—No le importa esa mujer —me dijeron mis espías para animarme—. Toda Roma lo sabe, majestad. No está enamorado en absoluto... Ya sabéis que las mujeres para los romanos son simples peones. Los sentimientos no importan, mi señora...

Pero yo estaba desolada. Demasiado gruesa para esperar tan solo un bebé, comprendí que quizá mi vientre cargaba dos...

—No lloréis, mi señora —insistían mis espías—. El general Marco Antonio nos recibió y nos pidió que os dijéramos que os añora más que a su propia vida.

Yo intenté entender, pero los celos me mataban... Lo único que deseaba era que el amor de mi vida regresara, y que lo hiciera antes de nacer nuestros hijos. Pero para mi total desconsuelo, ese sueño no pudo ser.



Nuestros hijos gemelos nacieron en mi palacio de Alejandría. ¡Eran tan hermosos y fuertes como su padre! Pero Marco Antonio estaba muy lejos, y desde Roma me llegaron noticias de que su corazón se sintió partido por nuestra distancia... Anhelaba conocer, mecer y besar a sus hijos.

—Sigue profundamente enamorado de su reina egipcia, señora —me insistían.

Yo sabía que eso le atormentaba... También recibí informes y chismes sobre la relación con su esposa, a quien, al parecer, él ignoraba.

—No la ama —me contaban...

Fue duro aquel trance, pero yo era fuerte, niña, y no deseaba dejarme vencer. Eso jamás. Así que le escribí y él me contestó... Y de ese modo comenzó una correspondencia entre nosotros entre la que

colábamos poemas de amor y letras de anhelo, en las que planeábamos crear un gran imperio en el que pudieran reinar nuestros hijos junto a Cesarión. Era nuestro sueño... ¡Pero un sueño que enfurecía a Octaviano! Ese maldito también tenía espías, niña... Y eso fue una atroz desventaja, pues alertado a causa de dos cartas robadas de nuestra correspondencia privada —¡cuántos espías nos traicionaron, niña!—, el joven militar se llenó de ira. No estaba dispuesto a dejarse robar un imperio que él consideraba suyo... Y para mi total horror, me declaró la guerra.

De pronto todo se turbó ante mis ojos, y comencé a temblar pensando lo que podría sucederles a mis hijos... ¿Y qué pasaría ahora con Egipto? ¿Y conmigo? Había una enorme posibilidad de ser asesinada. Me preguntaba cómo lo harían. ¿Veneno? ¿Traición? ¡Ah! Solo pensar en Octaviano me helaba la sangre...

Y mi amado... ¿Resistiría la presión?



No tardé en saber el terrible desenlace... Pues en el año 37 a. C., la gran contienda por el poder entre los dos hombres más poderosos del mundo estalló por fin. Ayudé económicamente todo lo que pude a mi amor, pero Marco Antonio no tenía la fuerza militar que yo había esperado. Decepcionada, descubrí que su campaña había sido un desastre. Perdió gran cantidad de hombres, y humillado y avergonzado, el amor de mi vida huyó a Alejandría para encontrar consuelo en mis brazos.

Llegó derrotado, deprimido y desconsolado... Yo le animé como pude, le juré amor eterno y le prometí que lucharíamos juntos por recobrar el poder perdido. Él reaccionó: llamó a los escribas y, apresurado, firmó muchos documentos en los que entregaba grandes territorios del imperio a mis hijos... ¡Entonces Roma se enteró y se enfureció! Aquello fue considerado un terrible acto de traición... Y Octaviano, colmado de ira y apoyado por el Senado, juró terminar de una vez por todas con aquella rebeldía... Me calificó de «perra peligrosa y traidora extranjera» y expuso en el Senado sus teorías

sobre mi persona como una amenaza muy seria para Roma. El gran estratega y joven Octaviano había encontrado por fin la excusa perfecta para quitarse de encima a su oponente Marco Antonio, atacar mi tierra, conquistarla y robarme todas sus riquezas. Era lo que ansiaba más: mi dinero para pagar sus futuras y malditas campañas militares. ¡Ah! ¡Egipto le importaba un cuerno! Cuánto me odiaba y cómo despreciaba a Marco Antonio...

«Desea acabar con la monarquía para siempre y proclamar la República», se quejaba desconsolado mi amante. «¡Esa inmunda y obsoleta forma de gobernar que es la monarquía debe borrarse del mapa!», me relató que gritaba exaltado ante sus senadores.

Pero yo sabía que bajo aquel odio hacia mi persona se escondía algo más: una terrible venganza a nivel personal hacia el hombre que había humillado hasta el extremo a su hermana, la esposa que un día unió su vida a la de mi amado y a la que este jamás respetó. Derrotar a Marco Antonio era, simple y llanamente, su forma repugnante de castigarle. Estaba muy claro que para quien regía ahora los destinos de Roma sería un imponente triunfo acabar con Marco Antonio...

Y así, en la primavera del año 32 a. C., para mi total desesperación, Octaviano declaró la guerra a mi reino.



Transcurrieron unos pocos años de verdadero infierno para Egipto, para mi amado y para mí... Perdíamos batalla tras batalla ante un imponente ejército romano dirigido por el más cruel de los adversarios, hasta que un fatídico día tocaron con sus malditos talones mis puertos de Alejandría. Sentí morir... ¡Comprendí ese día tantas cosas dolorosas! La que más daño me hizo, lo que más me desgarró — siendo como era una luchadora empedernida llena de sabiduría y muy poco acostumbrada a perder— fue saber, por fin y claramente, que enamorarme de Marco Antonio había sido un gran error. ¡Estaba unida al equipo equivocado! Entonces, el que a mis ojos fue un titán, ahora era un niño asustado, hundido y desesperado. Humillado hasta

la médula, era ahora un hombre acobardado ante un Octaviano feroz, invencible y osado.

De pronto tuve claro que Marco Antonio estaba acabado... ¡Pero yo no lo estaba! ¡No me quería rendir, niña! ¿Lo entiendes? Y entonces, viendo a mi amado hecho un pelele roto y devastado, decidí actuar. Y así, a sus espaldas le hice una oferta a nuestro rival. «Te pagaré si me garantizas la protección y la seguridad de Egipto y la de mi hijo Cesarión», le dije tras entregarle un cetro de oro en representación de mi realeza rendida a sus pies.

Pero ese muchacho, loco por el poder y desafiante como un chacal infectado de rabia, no quería mi dinero. Quería todo mi precioso y mágico país bajo su poder, y lo más terrible era que también quería la cabeza de Marco Antonio.



Regresé a palacio consternada... Nada dije a mi amado sobre mi encuentro traicionero, quien, a esas alturas y en mi ausencia, se había bebido todo el licor azucarado que pudo encontrar con la esperanza de matar su angustia. Y esperé... Y en la espera organicé banquetes, orgías, fiestas, cantos, bailes y música... Todo lo necesario para atontar esa amenaza latente que colgaba como una piedra en los corazones y mentes de todos nuestros amigos, los que antaño habíamos bautizado como «el grupo festivo de Cleopatra», y que ahora bauticé como «el clan del suicidio».

Y así, llegó el día en el que Octaviano y sus legiones tomaron la ciudad sorprendiendo a mi reducido número de tropas. Me di cuenta de que mi única salida era la muerte... Había llegado el momento de marchar con los dioses al más allá, pero si de algo estaba segura era de esto: no consentiría la humillación de morir en manos del perro de Roma.



No te escandalices, niña, pues el suicidio en Egipto era una forma común de morir. En mi cabeza sería mil veces mejor morir envenenada en mis aposentos, bajo el dulce arrobamiento de un sueño profundo, que en manos de un cerdo romano. Y por ello comencé a investigar... Llamé a mis magos y brujos, quienes me prepararon varias y diversas pócimas que yo obligué a probar a algunos de mis esclavos. Y así pude ver cuál de los venenos producía dolor y cuál provocaba un plácido éxtasis que atontaría mis sentidos. ¡Debía planear hasta el último detalle mi marcha final hacia lo infinito, pues si debía morir, lo haría de forma regia! Sabía que los dioses me esperaban en el más allá, ¡y no quería avergonzarles! Y así, entre brebajes, fiestas, orgías, vino y desenfreno, llegó la peor noche de mi vida...

Sería una noche trágica en la que me despediría de mi amor para siempre.



El 1 de agosto del año 30 a. C., tras una noche de fiesta y desenfreno, le pedí a mi amado que marchara a luchar, por última vez, contra Octaviano. Él no sabía que mis tropas habían recibido de mi parte la orden de rendirse... Le traicioné, sí. Lo hice. Y se encontró solo en el campo de batalla, con la única ayuda de un pelotón muy pequeño de fieles soldados... Fue su fin. Un fin desesperado que yo aproveché, niña... Pues envié a uno de mis criados a decirle que yo me había suicidado. ¡Era falso, María! ¿Pero qué más podía hacer? Yo conocía como nadie a mi amante, y sabía cómo reaccionaría: se desesperaría hasta el infinito y se suicidaría. ¡Le engañé! Fue la peor traición que cometí en vida, y créeme que me rompió el alma en mil pedazos... Pero debía hacerlo... Mi amor debía morir dignamente, sin caer en manos de aquel chacal conquistador que tanto daño nos había procurado. Yo sabía que nada más podía hacer para salvar a Marco Antonio, pues estaba acabado. Y decidí así renunciar al ser humano que más me complació, que más me amó y a quien yo más amé, por salvar a mi reino.

Egipto todo lo valía... Y escogí a mi tierra en vez de al gran guerrero; no tuve opción, niña... ¿Acaso no lo entiendes? ¡Ah, qué terrible decisión fue aquella! Sé que me acusarás de calculadora, despiadada y asesina... Pero ya da igual lo que tú pienses, querida... Pues el pasado no se puede cambiar.



Marco Antonio había sido manipulado por mí, por la mujer a quien más amaba para que se quitara la vida. ¡Pero aunque mi amante se clavó una daga, no murió! Quedó malherido... Y yo, pensando que había fallecido, ordené a mis esclavos que lo llevaran prontamente a mi mausoleo, donde yo esperaba escondida tras un pilar para espiar su enterramiento. Le había amado mucho, niña... Más de lo que imaginas. Y al ver desolada que aún respiraba, ordené que me lo colocaran en los brazos... ¡Le besé, le acaricié, le acompañé hasta su último suspiro! Y lloré con amargura cuando su alma abandonó su cuerpo.

Era el 1 de agosto del año 30 a. C. cuando mi amor me dejó para siempre, desolada, sola, desesperada y sin ganas de seguir luchando. Mi luz se había marchado y el chacal de Roma se acercaba a mi palacio... Y cuando los soldados de Octaviano llegaron al mi mausoleo, coloqué el cuerpo de mi amante sobre el suelo y hui hacia mis aposentos. Pero sabía que no tenía escapatoria. Ahora el gran general tenía a Egipto bajo su pie, y me arrestó. Yo me convertí, en menos de pocas horas, en una reina abatida, vulnerable y muy sola. Mi única esperanza era seducirle, tal y como había hecho antes con Julio César y Marco Antonio.

Pero Octaviano no era como los dos padres que me dieron hijos... Así que, haciendo de tripas corazón, me enfrenté a él, y le mostré cartas que aún guardaba en un arcón y que años antes me había escrito Julio César. ¡En ellas él juraba que no era mi deseo perjudicar a Roma! Fui persuasiva, inteligente y conciliadora... Pero Octaviano no me escuchó. Se levantó furioso y abandonó la sala... Entonces me di cuenta de que era un verdadero contrincante: un romano fiel a su

pueblo, valiente e inquebrantable frente a cualquier encanto. Era un rival a mi altura, un titán, un desalmado...

Comprendí que jamás se dejaría persuadir, ni seducir, ni comprar. Y supe que quería humillarme, hundirme y avergonzarme, haciéndome desfilas por las calles de Roma como botín de guerra, abucheada, escupida por la masa ganadora, y arrastrada por tierra como el triunfo del hombre más poderoso de Roma. Octaviano soñaba con ensuciar mi nombre, mi estirpe y mi reino y esa, querida amiga, era una clase de humillación que yo no estaba dispuesta a padecer ni tolerar.



Por fin, derrotada, devastada, sintiéndome profundamente sola y sabiendo que ya nada podía salvarme, tomé la decisión final. Entonces agarré una daga que clavé en la parte interior de mi muñeca, y junto a mis venas, introduje el veneno tantas veces probado en mis esclavos y prisioneros. No hubo áspid, ni culebra venenosa... ¡Ay, cuántas cosas habéis inventado los que tras de mí habéis investigado! No, niña, no... Fue el veneno de un escorpión del desierto, exprimido hasta la muerte por mis magos. Habían transcurrido tan solo once días desde la muerte de mi amado...

Y así, el 12 de agosto del año 30 a. C., marché hacia los dioses, desde donde te miro, te observo, te cuento y te narro...

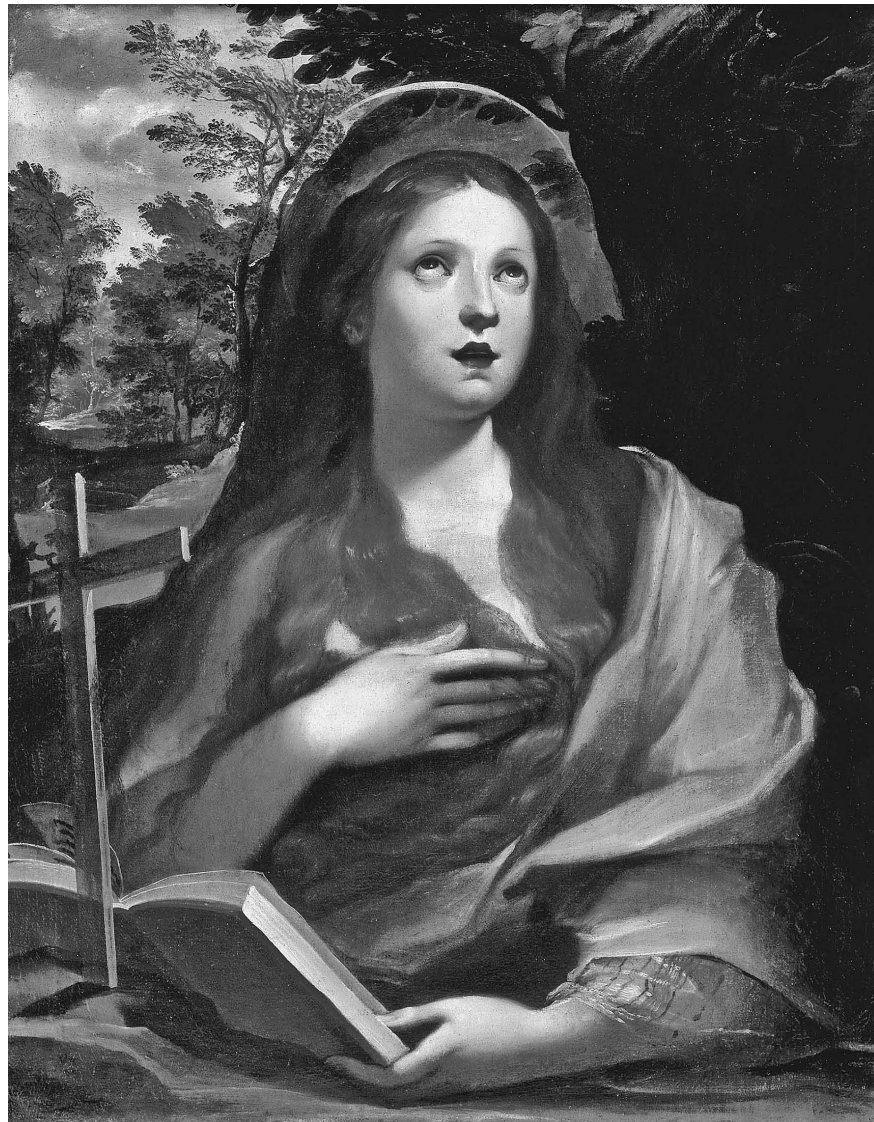
Adiós querida amiga. Me voy, me marchó... Y no me juzgues mal. Quien no te dice que tras de mí, no hubo, tal como yo, muchas reinas más.

CAPÍTULO 3

MARÍA MAGDALENA

LA VALIENTE MUJER DE DIOS

(¿Betania / Galilea, 10 d. C.? - ¿Francia, 60 d. C.?)



«Hallándose Jesús en Betania, en casa de Simón el leproso, se le acercó a Él una mujer que traía un frasco de alabastro, con perfume muy caro, y lo derramó sobre su cabeza mientras estaba en la mesa. Al ver esto, los discípulos se indignaron...».

MATEO 26: 6-8

¡Pero qué ganas tenía de que llegaras a mi capítulo, María! He estado esperándote tan impaciente... ¿Te extrañas? Es que son muchas las barbaridades que has oído decir de mí, y yo espero ahora poderte aclarar muchas cosas, mi querida amiga... Tantas que no sé ni cuánto vas a tardar en escribir mi capítulo. Ojalá que no te canses, pues es mucho —imuchísimo!— lo que tenemos que hablar. Te vas a sorprender, ya que, al igual que te ha sucedido al entrevistar a la reina de Saba, hoy descubrirás nueva información, nuevas evidencias, nuevos papiros que la arqueología ha rescatado de las tripas de los desiertos, en los que se relatan muchas cosas hasta ahora desconocidas sobre mí. ¡Y verás que fui una mujer mucho más enriquecedora y enigmática de lo que habías imaginado!

Pero, ¿por dónde empezar? Uf... Qué tarea tan complicada te espera, niña...

Comencemos por decir que soy una de las mujeres más incomprendidas de la Biblia. Fui muy envidiada y calumniada... Una gran castigada —muchas veces por los mismos apóstoles— e incluso golpeada e insultada por los viejos sabios del templo. Y a pesar de todo y con esa carga, fíjate si soy esencial en el Nuevo Testamento que aparezco en todos los libros. Toma esa... Incluso en las escenas más importantes tengo protagonismo. Y aunque fue mucho lo que sufrí en

vida, también me llevé lo mejor..., pues viví muy cerca de Jesús, ese que es tu Dios y que es también el mío. Y estuve apegada a su madre... Y eso, niña, se pongan como se pongan, ya no me lo quita nadie.



Fui protagonista de tantas historias... Viví milagros, los presencié, los memoricé, y no hay muchos que de eso puedan presumir. ¡Estuve junto a Jesús el Nazareno en los momentos más importantes de su vida! Él era un Dios vivo, María... Un Hombre-Dios al que casi nadie de mi tiempo supo entender, creer y amar como lo hice yo. ¿Sabes cuál fue el momento más importante que viví junto a Él? Pues el de la misma crucifixión. Sí, niña... Porque yo permanecí a los pies de la cruz, muerta de miedo y ya sin deseos de vivir; que bien que corrieron despavoridos sus apóstoles alejándose de aquella grotesca escena que salvó a toda una humanidad. Demostré ser más valiente que todos ellos juntos, sin despegarme de esa cruz en ese momento trágico, abrazando y consolando —en la medida que mi corazón roto me lo permitía— a su Madre Santa.

Pero no nos adelantemos. Empecemos por el principio no sea que te lées con mi relato. Hay mucha enjundia que compartir contigo y todavía mucha más que aclarar.



Se me conoce en el mundo entero como María Magdalena y eso ya te debe dar una pista de donde nací. En realidad, me apellidaba de otra manera, pero al provenir de Magdala, con el tiempo, se me acabó conociendo como María la Magdalena, o simplemente María Magdalena.

Magdala era una ciudad bulliciosa, viva y llena de luz, situada muy lejos al norte de Jerusalén, muy cerquita del mar de Galilea. El nombre completo de mi ciudad era realmente Magdala Tarichaea, que significa «torre de pescado salado». Y eso tenía su sentido, querida, pues con ese nombre se deseaba reflejar la actividad por la que mi

ciudad se conocía que no era otra que la pesca. Era imposible vivir en Magdala y no sentirse inmerso en el comercio pesquero, en los olores a redes mojadas, a mejillones o a sardinas saladas... Y por eso en los mercados de Magdala se recogían y vendían los más sabrosos productos del mar de Galilea, y de ahí la actividad frenética desde que amanecía hasta que caía el sol, con visitas de comerciantes y hosteleros que acudían en busca de pescado para sus negocios.

Yo amaba mi ciudad. Me sentía feliz rodeada de su bullicio, de sus ruidos, su música, sus luces y colores. Era como una villa gigante amurallada, con edificios públicos, grandes plazas y fuentes. Estaba situada como a ocho horas andando desde el este de Nazaret y a tres desde Cafarnaúm. Pero muy cerquita de Betsaida, de la que nos separaba tan solo un día y medio de camino. Estaba extendida sobre la falda de una montaña y su extensión llegaba hasta los llanos del valle sur. ¡Y tenía hasta un castillo en su plaza mayor! Era el más hermoso de toda la zona, pues pertenecía a Herodes. Mi palacio era más chiquito aunque estaba cerca, y desde sus ventanas podía ver muchas veces acudir al rey Herodes a pasar unos días de descanso junto a su esposa Herodías y a la hija de esta, la bella Salomé.

¡Ah! Pides que te cuente cosas de mis padres... Con gusto lo hago, querida. Eran mis padres gentes buenas y pudientes de la zona de Galilea. Yo fui la pequeña de quince hermanos, de los cuales seis perdieron la vida en la niñez. ¡En esa época, con el mundo de la medicina tan básico y todo tan precario, era casi un milagro que los pequeños de las familias sobrevivieran! Y claro, cualquier gripe o enfermedad que hoy domináis con medicamentos adecuados, en nuestra época eran insalvables. Creo que mis hermanos se marcharon al cielo a causa de enfermedades varias y accidentes caseros, cosa que hizo entristecer mucho a mis padres.

Mi padre se llamaba Zarah y llevaba sangre egipcia por las venas. Fue un hombre de negocios importante e hizo fortuna en Siria, en los confines de Arabia, en donde trabajó en el palacio y bajo las órdenes del rey sirio. Mi madre, la hermosa Jezabel, era de sangre puramente

judía, y sus antepasados habían pertenecido durante generaciones a las familias vinculadas al templo.

Cuando años más tarde me hice tan conocida —ya en la época en la que se desarrolló mi amistad con Jesús el Nazareno—, solo tres de mis catorce hermanos sobrevivían: Lázaro era mi hermano mayor y uno de los mejores amigos de Jesús; mi hermana Marta —dos años menor que el anterior—; y Prisca Miryam —también dos años menor que Marta—. La cuarta hermana superviviente de tan numerosa familia era yo, María, a la que todo el mundo comenzó a llamar «la de Magdala». Yo era la pequeña de aquel clan y tenía cinco años menos que Prisca Miryam. Esta hermana tan querida era una simplona que no veas... Pobre mía. Era muy callada y tímida. Rechazaba salir de nuestra casa, y Lázaro y Marta, preocupados por su salud, la cuidaban y protegían del mundo. Vivía sola en una pequeña casita al fondo del enorme jardín del palacete de mi hermano, y ni con el más grande empeño lograron convencerla de que se trasladara al pabellón familiar.

Éramos ricos, María... Mucho, mucho... La casa de mi hermano Lázaro en Betania era espectacular. Tenía además otras casas en otros lugares, todas con jardines muy hermosos, plantaciones de dátiles y frutos secos. ¡Y también ganados! Mis hermanas siempre vivieron con él, bajo su techo, felices y muy agradecidas por su protección. Marta se encargaba de todos los temas domésticos y mantenía las casas de Lázaro limpias, cuidadas y en perfecto estado. En cuanto a Prisca Miryam..., bueno. Pobre mía. Ella no daba lata ninguna desde su casita al fondo del jardín..., pero era un desastre y solo se ocupaba de mantener en orden su casita, tan pequeña y alejada de los pabellones principales del palacio.

Ambas, por tanto, vivían bajo el techo de Lázaro. Pero yo no, niña. Yo era muy diferente como ahora verás... Tanto, que hasta te quedarás boquiabierta.



Mis padres se marcharon al cielo siendo yo un mico de tan solo siete años. ¡Pero no creas que el dolor me traspasó el corazón! Qué va... Porque mi naturaleza era rebelde desde el nacimiento... Al ser la pequeña, mi madre Jezabel me había mimado mucho... ¡Y eso no fue una actitud acertada, María! Qué va... Salí respondona, coqueta, frívola y desobediente. Y cuando se repartió la herencia entre los hermanos, para mi estupor y júbilo, descubrimos que me cayó en manos el precioso castillo de Magdala. ¡Ni las lágrimas de Marta me convencieron para quedarme en Betania! Así que, cabezota y orgullosa, hice los baúles y me llevé tras de mí a un buen grupo de criados y sirvientas hasta Magdala, en donde mi instalé como una reina entre lujos y caprichos.

Yo era inteligente, niña... Pero una inteligente caprichosa y vanidosa. No había cumplido ni los quince años cuando, además de mi inteligencia, se desarrolló —muy llamativamente— mi belleza. ¡Ah, cuántos admiradores entonces comencé a tener! Muchos; quizá demasiados... Y me acicalaba, me vestía con sedas y me adornaba con perlas y diademas mis preciosos cabellos, que lucían en la gran ventana de mi torreón, para el deleite de los soldados romanos que visitaban de paso Magdala. Y así, cargada de vanidad, presuntuosa, alta y bella, comencé a enamorarlos y ellos a rondarme como mosquitos, sin yo tener ningún tipo de escrúpulo por ello, y creando gran disgusto en el corazón de mis hermanos, quienes desde la casa de Lázaro en Betania suspiraban angustiados al llegar hasta sus oídos los chismes sobre mis graves y libidinosos pecados.

¡Pero no era prostituta tal y como se dice, niña! Eso es una barbaridad de las muchas que se han inventado; una dolorosa calumnia equivocada. No, no, no... Hay ahora mucha leyenda rara sobre eso, María... Y tradición erróneamente divulgada. ¡No existe ninguna evidencia histórica de que fui prostituta! Ninguna en absoluto. La primera fuente de información es la Biblia, ¿no, niña? Y no dice para nada que lo fuera... Esa calumnia grave procede de un papiro de esos que estudian los profesores sabios de tu siglo XXI, y que mucho daño ha procurado a mi reputación. Se llama el papiro de «las

lamentaciones de Rabá», y proviene de estudios judíos. ¡Pero en él solo se dice que Dios juzgó duramente a Magdala por ser una ciudad entregada a la fornicación! ¿Pero cómo iba a ser de otra manera si era un lugar de paso, de tabernas y posadas, y de comercio? Y ese tipo de actividad atrae marineros, soldados, vendedores ambulantes e irremediablemente prostitutas. ¡Y además no puedes olvidar que Magdala pertenecía al imperio romano, niña! Y los romanos cargaron durante años y años a nuestra zona de terribles y altísimos impuestos que a veces eran desorbitados... Fueron entonces todas esas presiones sociales y económicas las que provocaron la decadencia moral de mi amada Magdala. Piensa que las familias vivían asfixiadas, muchas en terrible pobreza y a veces los padres, desesperados, tomaban la extraordinariamente difícil y extrema decisión de prostituir a sus hijas mayores para que toda la familia pudiese sobrevivir. ¡Pero eso no justificaba el pedazo de calumnia que se me ha clavado como una chincheta a la reputación, niña! Pues es de ese tipo de información de donde proviene mi terrible y mala fama. Así que ahora ve a tus profesores y cuéntaselo, María... Y diles que a veces hay que ser prudente con los papiros que tanto les fascinan y que con tanto esfuerzo arrancan a las cuevas ocultas de los desiertos de mi Galilea.

Mira que si no luego la gente se arma un lío muy gordo con respecto a mi persona.



Otra cosa era mi conducta con los hombres... Ahí te he de reconocer, avergonzada, ciertas cosas que aún hoy me hacen sonrojar... Ya te he dicho que era muy vanidosa, escultural y bella. Los hombres de poder me atraían, me llamaban mucho la atención y me gustaba coquetear con ellos sin freno. Mi corazón era libre y, sintiéndome enamorada de mí misma, decidí no aceptar ninguna oferta de matrimonio. ¡Y mira que tuve muchas! ¿Acaso crees que yo no les gustaba? ¡Ah, sí! Giraban la cabeza al verme sonreír desde mi balconada, con mi abundante melena del color del betún plagada de perlas enroscadas en mis trenzas, con mi piel de canela y mi boca aterciopelada. ¡Atraía a los

hombres atractivos como la miel a las moscas!, y ello me colmaba de placer. Me agradaba descubrir su interés por conquistarme, por decirme cosas bonitas, por soltarme piropos que todos en la plaza atestiguaban. ¡Ah, vanidad femenina! ¡Cuánto me ensuciaste el alma durante mi juventud! Pero es que no lo podía controlar, niña. O quizá realmente no lo deseaba, pues me sentía plena cuando me agasajaban con regalos, haciendo caso y respondiendo a sus caricias solo cuando —bajo mis estándares— los consideraba nobles o poderosos. Porque a mí los pobretones o los que no llamaban la atención por su dinero me importaban un rábano.

Entre ellos recuerdo a un general romano... Ese hombre, fornido y cercano al emperador, estuvo muy prendado de mí. ¡Se llegó a enamorar como un muchacho! Yo podría haberme casado con él, haberme ido a Roma y haberle dado un montón de hijos romanos. Pero no quise... Estaba demasiado enamorada de mí misma y deseaba conocer más afectos, entablar amistad con más hombres... Así que, como las de tantos otros, rechacé su oferta.

Mi familia sufría y las mujeres de mi entorno murmuraban. «Esta criatura acabará mal», se susurraban unas a otras con un ápice de envidia. Y es que era ciertamente sospechoso según la perspectiva judía tradicional que yo no me casara. ¡Lo veían como un disparate! No lo deseaba ni loca. ¿Para qué si era hermosa, rica, admirada y mimada por todos? Por ello me conocen como María de Magdala, y no como María de Tomás, o de Juan, o de Alejandro, pues en mi cultura, al casarse una joven, recibía de inmediato un apellido o un nombre que la identificara con su esposo. Y al no tenerlo yo, pues hasta tus días se me ha conocido como María de Magdala.



Y entonces un día llegó Él a mi vida y todo lo trastocó. Y tuve que cambiar, y echar fuera de mi corazón muchas cosas malas: la vanidad, la ambición, la frialdad, la tontería, el postureo... ¡No fue nada fácil! Yo nunca había oído hablar de Él antes de que me lo mencionara un día mi hermana Marta, pero luego supe que Él había oído hablar de mí...

Fue a causa de las lágrimas de mi hermana Marta y de la preocupación que vio en los ojos de mi hermano Lázaro —ambos muy amigos de mi Jesús—, como el Hijo de Dios supo de mí.

—Nuestra hermana María tiene un demonio dentro —le dijeron entre sollozos—. Pero ni lo quiere ver, ni desea arrancárselo de su corazón.

—El camino no será fácil para ella —contestó mi Señor—. Pero en verdad os digo que se convertirá y llegará a morar muy dentro del corazón de mi Padre.



Entonces por fin llegó el día en el que lo vi por primera vez... Fue poco después de que mi hermana me hablara de Él: que si curaba a los enfermos, que si hacía milagros por la comarca de Galilea, que si había devuelto la vista a un ciego de nacimiento... ¡Todos esos prodigios me asombraban! Me preguntaba cómo podía hacerlo y la curiosidad por conocerle en persona me traspasó el corazón.

—Ven y verás —dijo mi hermana.

—¿Y si es un mago? —pregunté suspicaz.

—No hace magia... —respondió molesta Marta—. Y si vienes le conocerás y creerás.

Y así, convencida por mi hermana y un montón de amigas suyas —entre las que estaban Verónica y Juana de Cusa, que me habían venido a visitar a Magdala—, me encaminé junto a ellas a Jezrael, en donde mi Señor predicaba.

Recuerdo perfectamente la primera vez que se cruzaron nuestras miradas... Fue durante un alto en el camino, mientras nos refrescábamos en la terraza de una posada ya cerca de Jezrael. El Nazareno llegó a la calle principal acompañado de muchos de sus apóstoles y un gran alboroto jubiloso se creó a su paso. La gente le tocaba el manto, le intentaba agarrar una manga de su túnica, acariciarle el pelo... ¡Me pareció una locura! Yo le observé presa de la curiosidad, y entonces Él levantó la mirada... ¡Pensé que ahí y en ese momento caería al suelo, niña! Porque no sé qué fue lo que me

traspasó, ni qué sutil milagro en mí se produjo... Pero el caso es que sentí un temor tan horrible, una sacudida interior tan feroz, que casi me desplomé al suelo. Me asusté mucho... «¿Qué es esto? —me pregunté—. ¿Y por qué con la mirada de ese hombre, al que yo considero un extraño mago, experimento una sacudida?». Aturdida y de pronto avergonzadísima, pegué un brinco y sin saber por qué, corrí a ocultarme en la zona más oscura de la posada, en donde más tarde me encontró mi hermano Lázaro sorprendido por mi tardanza.

—¿Pero qué haces aquí agazapada, criatura? —dijo con ojos asustados.

Yo no sabía qué contestarle, niña... Solo sé que, temblando y con un hilillo de voz, le rogué que me acompañara de regreso a Magdala, en donde desgraciadamente y para mi total desconuelo, no pude recobrar la paz durante un montón de días.



Mi camino hacia mi sanación interior no fue nada fácil, María. Fue un tormento terrible, un infierno sin igual... Porque desde ese día, nada en mi vida fue tal y como había sido antes. Golpes, revolcones, gritos, tristeza infinita... ¡No entendía qué era lo que se había despertado en mí! En los Evangelios se habla mucho de eso que me sucedió, aunque de una forma velada y ocultando mi nombre. Pero fui yo, niña, de quien el Maestro más amado sacó siete horribles demonios. Él comenzaba, por aquel entonces, a ser muy conocido por todas las aldeas de Galilea, pues liberaba a muchas personas de posesiones horribles y muy escandalosas. ¡También sanaba de enfermedades físicas y dolencias a tantos! Y lo hacía de forma pública y también privada, sin importarle la procedencia de cada persona, y sin mirar si eran altos o bajos, ricos o pobres, mansos o agitados... ¡A todos atendía! Y siempre con una sonrisa tan tierna en los labios...

Cuando le volví a ver, yo seguía muy aturdida por aquel primer encuentro y había continuado con mis pecados de siempre, que eran muchos y desagradables a los ojos de mi familia. Marta sufría mucho... Recuerdo que me preguntaba qué era lo que me había sucedido para

salir a toda prisa la primera vez que me crucé con mi Señor, suplicando como supliqué a Lázaro que me acompañara a casa a las carreras. «Es que tu Maestro me miró raro...», fue lo que alcancé a contestar.

Y entonces, sin saber por qué, le prometí que intentaría conocerle un poco mejor la próxima vez. Y ahí que marché, días más tarde, taciturna y agobiada, junto a mi hermana y sus amigas hacia un monte cercano a Gabara, en donde nos habían avisado de que Jesús estaría predicando y sanando. Me acompañaron nuevamente Verónica, Juana de Cusa, Dina y algunas amistades femeninas más, avisadas ya por mi hermana de lo sucedido en mi «primer encuentro» con el Señor. ¡Yo iba tan asustada, María! ¡No sabía qué me pasaba ni por qué temblaba de miedo! Desconocía las razones de ese terror interno, como asimismo ignoraba de dónde procedía... Y a la vez, para confundirme más todavía, no pude dejar de fastidiar y de portarme muy mal con Marta. Pues le gritaba sin razón, la acusaba de ser una mujer simple y fea —ella vestía muy austeramente a pesar de poderse costear las sedas más ricas y elaboradas—, y la herí confesándole que me daba vergüenza que me vieran a su lado. ¡Qué cruel fui con ella! Marta no se defendía... Llenaba sus ojos de bondad y lágrimas mientras que sus amigas me miraban absolutamente horrorizadas. También he de confesarte que me llevé a la extraña excursión propuesta por mi hermana a mi último amante: un romano de rica familia de Judea, cercano a Pilatos, que me trataba sin demasiado respeto y que a mí me encantaba.

Mi tristeza era inmensa... Y no entendía de dónde venía o por qué me atormentaba... La pobre Marta me animaba, me hablaba con suma paciencia y bondad, y entre sus amigas y su insistente amor, por fin, me convencieron de que subiera a la montaña en donde el Maestro enseñaba.

Cuando al fin llegamos a la cima, me sorprendió sobremanera ver a una muchedumbre inmensa de enfermos, camillas, lisiados, familias, abuelos... «¡Pero qué cantidad de gente sucia sigue al Nazareno! — exclamé con gesto despectivo en la boca—. ¡Ni que fuera un dios!».

Marta y sus amigas me lanzaron una mirada horrorizada. Y tras encontrar sitio para sentarnos sobre unas rocas, apretadas e incómodas, esperamos impaciente a que llegara el gran Jesús.



Mira, querida, qué cosa te cuento, verás. Es que en mi tiempo, cuando a una persona se le consideraba poseída, se le decía que su estado provenía tan solo de su culpa o de los pecados horribles de sus antepasados, por lo que de forma inmediata a nadie se debía acercar. Y a este tipo de personas se las consideraba impuros desde ese momento, y muchas veces ni los más piadosos judíos de mi tierra mostraban compasión. ¡Se pensaba que estas víctimas del demonio se merecían su castigo por haber obrado mal! En ocasiones, les acusaban de haber tenido contacto con ídolos falsos, quizá demoníacos, y de ahí les llegaba tal infortunio. Y salir de eso era muy, pero que muy difícil... Pero había una forma: el demonio marcharía si su víctima mostraba verdadero arrepentimiento, se planteaba seriamente un cambio de vida o comenzaba a hacer sinceros sacrificios en el templo con mucha, mucha oración brotada de lo más profundo de su corazón. La sinceridad en las oraciones debía ser pura, real y llena de confianza, mira que si no, pues nada de nada...

Sé que hoy en día, en tu siglo XXI, muchos psiquiatras dicen que aquellas manifestaciones tan violentas de gritos desesperados y patadas provenían de enfermedades psicosomáticas muy graves — ¿esquizofrenias, quizá?—, y que podían desencadenarse a causa del acoso, del maltrato infantil o del abuso. Afirman que este tipo de comportamientos abusivos podían hacer desesperar a las víctimas en la vida adulta, incluso si de niños no habían dado señales de la enfermedad. En otras palabras: los estudios antropológicos de tu era defienden que este tipo de manifestaciones tenían su epicentro en heridas profundas que provocaban traumas que, a la larga, hacían sufrir de forma horrible a la víctima hasta hacerle perder la cordura. ¡Y las niñas pequeñas eran tan brutalmente abusadas en mi época que ciertamente alguna base tenían tales conclusiones! Pues era la mía una

sociedad cruel y durísima, en la que a los criados y esclavos se les trataba como animales, el maltrato era el pan de cada día y la solución al hambre en muchas ocasiones era prostituir a los más jóvenes de la familia... Y esas heridas tan asentadas en la psique podían provocar demencias.

Pero esa infancia terrible, tan normal entre mis coetáneas, no la sufrí yo. Y por tanto aquel odio descontrolado hacia mi querida Marta, ese malestar horrible que sentía al ver a Jesús y al escuchar sus enseñanzas, no provenían, en absoluto, de maltratos en la infancia ni de cosa parecida.



La situación se me fue de las manos en cuanto regresé a Magdala. Ahí comenzó mi calvario, niña... Un calvario tan horroroso que no sé ni cómo comenzar a relatártelo. Pero creo que ese cambio vino provocado por un suceso extraordinario que viví con el Maestro, y que me conmovió hasta lo más profundo de la médula. Sucedió justo la noche que siguió a esa tarde en la falda de la montaña de Gabara, en donde vi a mi amado bendecir, sanar y liberar a numerosa gente enferma. El corazón me explotaba, María... ¡Fue algo tan extraño! Había dejado de insultar y de meterme con mi hermana, y me había calmado misteriosamente. Impresionada hasta lo más profundo de mi ser, supliqué a mis acompañantes que no perdiéramos de vista al Maestro, a quien seguimos tras el gran gentío que le acompañó hasta la casa de Simón Zabulón, un judío rico que le invitó a cenar a su mesa junto a varios fariseos del Sanedrín.

Allí, frente a todos, y sin poder mediar mis impulsos, me colé en el comedor, y llorando a mares, sin ser invitada ni esperada, me acerqué a mi Señor, destapé un frasco de perfumes y se lo derramé sobre sus cabellos. ¡La que formé, María! Qué apuro tan grande... Los invitados dejaron de hablar al mismo tiempo y todos me miraron con estupor. ¡Qué vergüenza y qué grande fue mi sonrojo! Un silencio denso como una niebla dio paso a un murmullo desagradable.

—¿Quién ha osado permitir la entrada a esta mujer? —gritó el dueño de la casa.

Ya estaba Simón Zabalón dispuesto a sacarme en volandas, cuando Jesús le frenó.

—Ve en paz, mujer —dijo.

¡Cuánto amor irradiaban sus ojos! Salí como pude de allí hecha un mar de lágrimas, sintiendo un abismal arrepentimiento por mis muchísimos pecados, y dispuesta a cambiar mi vida, mientras que las mujeres que me habían acompañado y mi hermana Marta me miraban absolutamente estupefactas.



Y entonces pasó lo que pasó... Regresé a Magdala llena de congoja y dudas, y con intención profunda de cambiar mi vida. Pero poco duró mi aturdimiento tras estar cara a cara con la bondad más pura. Porque en mi salón lleno de cojines dorados, sentado cual un rey de Saba, me esperaba mi amante enfadado, sintiéndose abandonado y deseoso de mi cuerpo y de mi cama. Y caí. ¡Vaya si caí, querida! Y desde esa noche, tras haber sido testigo de la presencia de todo un Dios vivo, y haber luego caído en lo más bajo, el demonio regresó a mi corazón. ¡Y esta vez acompañado! Así quedé poseída, herida de muerte y con el alma profundamente contaminada.



A partir de ese día comenzaron los dolores físicos... ¡Eran terribles, chiquilla! Chillaba, pataleaba, gritaba, insultaba... Los episodios de violencia se desataron de tal modo, que ni los criados podían controlarme. Yo a veces perdía la conciencia, mientras otras lloraba desesperadamente mi vergüenza. También me dio por golpear a mis esclavas y escupirles en la cara, al igual que a mi amante, quien, burdo y bruto, me devolvía los golpes y bofetadas. En alguna ocasión pataleé con tal fuerza, que rompí un par de arcones... El servicio de la casa comenzó a estar aterrado, y en un momento de cordura, derramando

lágrimas desesperadas, ordené que fueran a Betania a avisar a mi hermana Marta.

Había llegado el momento de pedirle ayuda.

—¡Que traiga al Maestro! —ordené que le dijeran. Y mis criados, aterrorizados, partieron raudos a por ella.



Después de mi liberación espiritual, me convertí en la fiel seguidora de mi Jesús. Le seguí, le amé, le acompañé... Fui su más fiel aprendiz, su más agradecida amiga. Y desde el momento en el que lo abandoné todo —castillo de Magdala, bienes, riquezas, sedas, amantes y esclavos—, para convertirme en su más amada seguidora, viví con un pie en otro mundo. Él me enseñaba muchas cosas: me hablaba de Dios Padre, me presentó a su madre María y me convenció para convivir cerca de sus apóstoles.

Yo le entendía cuando hablaba, niña... Le entendía muy bien. Mi alma se encendía como el fuego, se abrasaba de amor y captaba a la perfección sus enseñanzas. ¡Y no a todos agradaba mi cercanía! Con Pedro discutí por ello; con Juan me enojé muchas veces y con Felipe me peleé que no veas... Pero ellos jamás negaron que permanecí junto a su Madre durante los momentos más duros: la crucifixión. Algunos Evangelios te dicen que las mujeres llorábamos al pie de la cruz, mientras que otros dicen que mirábamos horrorizadas desde la distancia. Yo creo que hice todo eso y más, niña... Mi sufrimiento fue tan grande junto a la cruz que creí morir.

Tras la muerte de mi amado le enterramos en un sepulcro privado que nos prestaron y cuando regresé para ungir el cuerpo de mi Mesías —tarea que siempre hacíamos las mujeres—, ¡descubrí espantada que había desaparecido! ¡Tienes que darte cuenta de que yo vivía momentos de espantoso duelo! ¡Había presenciado el martirio de mi Jesús y ahora pensé que me lo habían robado!

Corrí conmovida a contar a los discípulos lo sucedido y ellos, descreídos, pensaron que había perdido, por fin y para siempre, la cordura. ¡Me ignoraron! Me tomaron por histérica, por exagerada e

incluso por mentirosa... ¡Ah, cuántos problemas tuve siempre con los apóstoles amados de mi Señor! No había manera con ellos. A veces he pensado que era comprensible que rehusaran creerme, pues en primer lugar era una mujer a la que, hasta hacía muy poco, consideraban loca y endemoniada.

Pedro y Juan, preocupados por mi insistencia y queriendo desenmascarar mi mentira, regresaron a la tumba, donde, boquiabiertos, descubrieron mi verdad. ¡Pedro se enfadó mucho! «¿Dónde se lo han llevado?», gritaba como loco. Pero Juan, siempre más cálido y de temple más sereno, comprendió que lo que verdaderamente había sucedido era que nuestro Mesías había resucitado... ¡Y ambos, sin mirarme siquiera, se marcharon y me dejaron sola en la tumba del amado! Pero mi Señor me tenía algo preparado... Algo que nadie hubiera sospechado jamás, con lo que ni yo hubiera soñado. Pues saliendo del sepulcro, desolada y bañada en lágrimas, aturdida por la confusión y el miedo, oí cómo alguien me preguntaba:

—¿Por qué lloras? ¿Qué te pasa?

—Alguien se ha llevado a mi Señor; alguien ha robado su cuerpo —contesté.

Entonces aquel extraño pronunció mi nombre... Sorprendida me giré y vi a mi Jesús, a mi amado. ¡Qué momento, niña! ¡Qué delirio de felicidad y plenitud! No pude tocarlo, no me dejó...

—Aún no he subido al Padre —dijo. Y me ordenó ir en busca de los apóstoles a quienes debía anunciar su resurrección.

Fue el momento más increíble de mi vida, María... Era Él quien me hablaba.

Ese momento cambió toda la historia de la humanidad, pues desde ese mismo instante el cristianismo pasó de ser un movimiento a ser toda una religión.

Me había convertido, pesase a quien le pesase, en un apóstol clave.



Pero, ¡ah!, ¡en la Biblia nunca se me nombró como tal! Tristemente en ningún episodio relatado en el Nuevo Testamento se me llama apóstol, o se me trata como a una más del grupo de mi Señor. Menos mal que Dios no ha permitido que me olvidarais. Él tiene sus formas, sus normas de mover los hilos necesarios para, en su sabiduría infinita, reorganizar las cosas. Y mira por dónde se las apañó para que en un bazar de El Cairo, en el año 1806, datos sobre mí fueran encontrados. ¡Qué cosas, Dios mío! Tuve que esperar tanto tiempo...

¿Quieres saber qué era? Pues se trataba de un texto apócrifo muy antiguo con el que se topó por misericordia divina un historiador alemán. ¿Pura casualidad? Yo diría otra palabra: lo llamaría «diosidad». Y quiso Dios que ese investigador pillase con el rabillo del ojo un manuscrito medio tirado entre un montón de papiros que el mercader ambulante intentaba vender. Cuando al fin lo tomó entre sus manos, se dio cuenta de que estaba formado por varios papiros enrollados y unidos por un cordón de cuero; la lengua era el copto —el antiguo idioma egipcio de la era del cristianismo primitivo—, y el hombre se emocionó tanto que casi le dio un jamacuco de los gordos.

El origen de este documento era bastante misterioso hasta para mí misma, y eso que desde el cielo ahora todo lo veo, y lamentablemente, ni tus universidades plagadas de sabios son capaces de dar con datos fidedignos sobre su procedencia. En un primer momento, se pensó que provenía del Alto Egipto. El vendedor ambulante juró que lo había hallado hurgando en un nicho que estaba excavado al fondo de una pared de una cueva del desierto. El investigador alemán se dirigió hacia la zona en la que el mercader aseguraba haberlo encontrado, y se sorprendió mucho al descubrir que, en efecto, allí había estado asentada una comunidad cristiana terriblemente perseguida durante los primeros siglos del cristianismo, por lo que es posible que uno de ellos —quizá un mártir—, corriendo y a toda prisa, escondiera el documento.

¡El historiador alemán se puso muy contento! Regresó a Berlín y entregó el papiro a la universidad en la que trabajaba, y con los mejores instrumentos a disposición en ese momento, examinaron con

mucho tiempo el documento, ¡para descubrir que se trataba de un texto realmente extraordinario! Era, ni más ni menos, que el Evangelio que me pertenecía... ¡No me mires así! ¡Por supuesto que no lo escribí yo, niña! Debió de ser un escriba, un cristiano de siglos posteriores, de cuyos abuelos o quizá tatarabuelos había oído historias sobre mí. ¡Y por supuesto que es un texto apócrifo! No está en tu Canon católico, aunque yo me sentí muy halagada de que se me recordara...



Te voy a contar lo que se menciona en el documento. Algunas cosas que se relatan en él son cercanas a la realidad; pero otras yo no las recuerdo así... Son cosas del paso del tiempo, niña. Tradición oral y amor a Dios... Pero lo importante es que describe cosas que vivimos tras la resurrección de mi Señor, de ese Jesús el Nazareno a quien tanto amé, y sé que te interesará saber, al menos, lo que se dice en él sobre mí. Así que escucha y verás.

El papiro relata cómo un día se apareció mi Señor a sus discípulos. Estos, absolutamente estupefactos, recibieron de su Maestro una orden clara y concisa: «Debéis difundir todas mis enseñanzas por el mundo entero», les dijo. Pero los apóstoles, atados a su humanidad imperfecta, tuvieron mucho miedo... ¡Ten en cuenta que estábamos siendo terriblemente perseguidos todos nosotros! Habíamos presenciado la terrible agonía de nuestro amado en la cruz, y pensamos que nuestra muerte sería muy semejante o quizá peor. El miedo humano es una reacción normal, niña... Yo también tenía temor pero, a pesar de ello, volví a mostrarme muy valiente. Hasta más que ellos. Y enseñé los colmillos a aquel demonio que es el miedo y dije: «No temáis; Él nos prometió que estaría a nuestro lado y que no nos dejaría solos. Nos protegerá». ¡Yo no sé de dónde sacaba esa calma y esa serenidad, María! Los apóstoles me miraban atónitos, confundidos y atemorizados... De nuevo, la mujer a la que liberó Jesús de siete demonios se ponía en pie, desafiaba a todo mal, y se erguía como una guerrera de Dios. ¡Pero no quiero que dudes de ellos, pues mira que también lo eran! Lo que pasaba era que yo era la inconscientemente

enamorada de Dios, de Jesús, de mi Maestro... Y ya sabes que una mujer enamorada es capaz de todo en la vida por defender a su amado.

Entonces sucedió algo curioso que me sorprendió mucho... Pues por fin, después de haberme ninguneado, de haberme disgustado y despreciado muchas veces, Felipe me defendió. ¡Y lo hizo con enorme energía! Y dijo de mí cosas bellas que templaron mi corazón. «María es sabia —declaró. Y en su desafío me presentó como valiente y fiel—. Es quien nos recuerda muchas de las enseñanzas de nuestro Maestro y comparte con nosotros cosas privadas que solo le dijo a ella...».

¿Y cómo reaccionaron los demás? Uf... Regular, niña... A Pedro, hombre de temperamento fuerte y santo cabezón de terco talante, aquello no le agradó. Se levantó enfadado y comenzó a preguntarme qué era aquello que yo afirmaba saber de la boca del Maestro que ellos no hubieran escuchado. ¡Eran celos espirituales, niña! De esos que han seguido existiendo hasta el día de hoy entre los cabezas de tu propia Iglesia.

Le contesté como pude, pero firme y veraz; prometiéndole expresar lo que yo pensé que era oculto para ellos... Se trataba de cosas hermosas que el Maestro me había confiado, enseñanzas sobre las batallas espirituales del hombre. No puedes olvidar que, habiendo estado poseída, yo había conocido muy bien la semilla del mal. Y mi Señor siempre mostró mucha misericordia conmigo por ese motivo... Quizá más que hasta con ellos. Y me había dado muchas advertencias sobre cómo luchar y vencer el mal.

Los demás permanecieron en silencio... La tensión entre nosotros era grande, niña; y hasta sentí que se podía cortar con un cuchillo afilado. Fue Andrés quien rompió al final el hielo con un comentario para mí poco grato.

—Yo no me creo nada de lo que dice esta mujer —dijo, dirigiéndose a sus compañeros—. Todo esto me parece extraño, y me niego a pensar que el Maestro perdiera su tiempo enseñándole a ella cosas que a nosotros no encontró el momento de mostrar.

Entonces, para mi tristeza, comenzó una disputa. Y discutimos, nos gritamos y nos enfadamos...

—¿Acaso se supone ahora que debemos escucharla a ella? — exclamó Tomás.

—¿Acaso Jesús hablaría con una mujer antes de contarnos todas esas cosas a nosotros? —intervino Pedro.

—¿Quiere decir esta mujer que la prefirió a sus apóstoles? — preguntó Juan—. ¡Eso no puede ser!

El disgusto entre nosotros fue grande, María... Yo quedé muy entristecida pensando que Pedro comenzaba a catalogarme como una rival para el liderazgo del grupo, cosa que no era cierta... Era simplemente María de Magdala, nada más que una enamorada de mi Jesús, de nuestro Maestro amado. ¡Eran celos absurdos! Todos sabíamos muy bien que la roca en la que Jesús deseó levantar su Iglesia era Pedro, su bastión, su baluarte... Yo, bueno... De mí solo puedo decir que era una seguidora valiente, enérgica y enamorada.

Todo esto es lo que refleja ese papiro del que tanto se interesaron en Alemania... Yo prefiero que seas tú quien saque tus conclusiones, niña. Es, tal y como te he dicho, un papiro lleno de controversia, pues tus sabios profesores de universidad no han logrado descubrir de dónde viene verdaderamente. Nunca antes apareció nombrado en papiros anteriores, a diferencia de otros escritos del cristianismo como los que se incluyeron en el Canon católico, que están mencionados en muchísimos documentos. Y encima, y para entorpecer más la investigación, ¡es casi tarea imposible datarlo! Pues ya sabes que los textos en copto primitivo son extraordinariamente difíciles de comprender, fechar y analizar.

Otra cosa fue lo que sucedió con otros textos en los que se me menciona, que aparecieron años más tarde y en idioma griego. ¡Con ellos fue todo más fácil de analizar, querida! Se trataba de dos textos, dos Evangelios sorprendentes que, tras otra «*diosidad*», se hallaron entre unas basuras en una barriada muy pobre de El Cairo. Y como el griego posibilita mucho la investigación, por su caligrafía ya saben tus universidades que fue escrito en el siglo III, que parece auténtico y que es una joya para cualquier teólogo curioso y ávido de descubrir datos y secretos sobre mi persona.

¡Ya sé que yo tampoco pude ser su autora! No hace falta que me lo digas, niña... Vuelvo a aclararte que aquellos que escribieron tantas cosas sobre mí fueron escribas que, a partir del siglo III, pudieron conocer el arte de la escritura. Antes de eso todas las historias y leyendas sobre nosotros —los primeros seguidores de Jesús— se transmitieron boca a boca.

El problema surgió cuando a algunos se le fue de las manos la información recibida y comenzaron a inventarse barbaridades. ¡Entonces nacieron las malditas herejías! Y vuestros historiadores ahora las pasan canutas para saber qué papiro cuenta verdades y cuál leyendas disparatadas.



Al principio, después de nuestra muerte, las reuniones de la Iglesia primitiva se celebraban en casas particulares. Eran amigos de fe que compartían conocimientos sobre la naturaleza de ese primer y hermosísimo cristianismo. La amistad de esas familias, su fe y su amor, les empujaban a unirse en oración; también comían juntos y compartían historias de conversión. Solían ser gentes humildes cuyos padres o abuelos habían conocido o al menos visto de lejos al Maestro. E igualmente los había que nos habían conocido al grupo de seguidores que tanto amamos a Jesús, ¡y en ese grupo se me incluía a mí! Qué privilegio, niña... Y así corrían historias y anécdotas que nos habían sucedido, y volaban de boca en boca entre aquellos primeros cristianos.

Las mujeres también acudían a esas convocatorias, pues, por supuesto, fueron muy amadas y protegidas por mi Jesús en sus enseñanzas. Ellas solían ocuparse de lo relativo a la preparación de la comida, de la distribución de los alimentos y de la limpieza de aquellas reuniones tan llenas de Espíritu Santo. Y todos —hombres y mujeres— compartían sus conocimientos sobre el Mesías. ¡Hablaban de Él con tanto amor! Claro que los hombres llevaban la voz cantante... Ellas se limitaban a servirles con toda atención y respeto, aguzando el oído para aprender todo lo posible sobre lo que se hablaba. ¡Y hasta entre

ellas las hubo profetas! Y no faltaron las maestras, las comerciantes o empresarias. Esto no sale en ningún papiro apócrifo, niña, que bien lo dice Pablo en sus Cartas a los Corintios.

Lo que sucedió fue que, tal y como es la naturaleza humana, enseguida comenzaron los problemas, hija... Que siempre los tiene que haber, nos pongamos como nos pongamos... Y comenzaron a haber grupos cristianos de mujeres y otros de hombres que con frecuencia discutían o peleaban por los temas de enseñanzas. Iban pasando los siglos, y ese era el problema... ¿Cómo ser fiel a lo vivido por los primeros apóstoles? Un grupo juraba que sucedió esto y el otro aquello. Y así nacieron divergencias y discrepancias que solo pudieron solventarse con la intercesión e intervención del Espíritu Santo, que si no... Menudo problema.

Y en medio de tanta vorágine religiosa y de fe, se encontraba mi recuerdo en boca de muchos y en el corazón de todos. Porque mi persona, niña, se hizo de pronto muy popular y conocida... Mi fama corrió como la pólvora; y ya no me catalogaban como una mujer que fue pecadora y villana, sino como el prototipo bueno y perfecto de lo que debe ser realmente la mujer cristiana. Y tal esplendor de mi persona duró hasta el siglo IV, cuando los primeros obispos y cabezas de una Iglesia ya más formada decidieron que el papel de la mujer debía ser limitado. ¡Y ahí les creé un problema, niña! Porque no sabían muy bien qué hacer conmigo, con mi recuerdo y mis enseñanzas.

El papa Gregorio Magno —año 595— decidió sabiamente que yo había sido la hermana de Lázaro y la pecadora que ungió los pies del señor... Eso ya fue mucho. Pero también la Iglesia llevó a cabo un movimiento sabio: el guardar todos los escritos que se fueron encontrando sobre mi persona en un cajón. ¿La razón? Pues que tenía miedo a la herejía y lo último que deseaba el Vaticano era confundir al fiel, dado que ya no había forma de saber qué era leyenda y qué realidad lo que se relataba sobre mí por todas partes. Y a causa de todas estas razones que yo respeto con sumo amor y obediencia, se retiró al olvido toda información sobre mi historia... Digamos que se me ninguneó, se oscureció mi protagonismo y el recuerdo sobre mí se

llenó de polvo y telarañas. También en esos primeros siglos se acabaron con las ordenaciones sacerdotales para las féminas.

Y desde entonces ha sido una realidad defendida que estas jamás serían ni curas ni obispos en la Iglesia católica romana.



Y pasó el tiempo arrastrando muchos siglos, guerras y contiendas. Y Europa creció, se fortificó y se hizo cristiana. Y tuvo que llegar el año 1969 para que tu Iglesia católica me reconociera como mal catalogada... ¡Creo que se arrepintió del trato con el que habían vapuleado a mi persona! Y entonces resurgí como una figura extremadamente importante, como un apóstol más. ¡Y por fin cayeron en la cuenta de que en el Nuevo Testamento se me menciona más veces que a ninguna otra mujer!

¡Pero ya se me había comenzado a estudiar antes! Pues algunos manuscritos de aquel arcón fueron extraídos vaya usted a saber por quién...Y cayeron en manos de gentes cristianas del siglo XI que comenzaron a preguntar e indagar... «¿Quién era ella?», se cuestionaban. Y la Iglesia católica respondió con mucho amor: «Era una mujer que amó mucho a Jesús de Nazaret, que fue una discípula más y que vivió pegada a sus talones durante su terrible pasión». Y así, por fin, en la Europa del siglo XI, se comenzó a hablar de mí.



¡Y la primera que hizo preguntas interesantes fue Francia! Y hurgaron los teólogos de aquella zona occidental en muchos papiros, libros y carpetas que hablaban de «María la Magdalena, la gran enamorada de Jesús el Nazareno». Hasta que un día me hice suya; ¡me adoptaron! Y una gran devoción nació en el corazón de muchos franceses —sobre todo en el sur—, que jamás aceptaron mi papel como prostituta. ¡Y cuántas cosas entonces descubrieron sobre mi persona!

Lo primero que afirmaron fue que logré escapar a Francia después de la crucifixión de mi Señor. Dijeron que encontraron pruebas de que

había conseguido salir de Palestina en un bote sin timón, aterrorizada y a merced de las corrientes, acompañada por mi hermano Lázaro, mi hermana Marta y una pequeña sirvienta egipcia llamada Sara.¹⁵ La travesía fue durísima... Pero, con la ayuda de Dios y todo su amor sobrenatural, arribamos a las costas del sur de Francia.



Y ahí hoy siguen mis reliquias, niña, para que las puedas venerar y recordarme. ¿Que dónde? Pues en un lugar muy hermoso, santo y bendecido que las guarda con esmero, fe y amor... La veneración de las mismas comenzó en el siglo XIII, cuando dos iglesias —la abadía de Vézelay (Borgoña) y San Maximino de Baume (en los Alpes Marítimos del macizo de San Baume)— aseguraban custodiar mis restos verdaderos. ¿Pero a cuál dar la razón, querida? Ambas me consideraban la patrona de Francia y sus abades sostenían que viví como ermitaña, en una cueva cercana, durante mis últimos treinta y tres años de vida, en donde no comí nada, alimentándome únicamente de la Sagrada Forma que me era portada milagrosamente por ángeles. Pero lo que yo te puedo decir es que viví poco antes de mi fallecimiento muy cerca de San Maximino, de quien me hice muy amiga y quien me cuidó en la enfermedad de la vejez. Él fue quien me proporcionó los últimos sacramentos y me enterró. San Maximino fue mi gran amigo en mis últimos momentos, un gran obispo y el primero que tuvo Aix.

Y pasaron de nuevo muchos años... Y corrieron los siglos y volaron los vientos sobre esos macizos montañosos como si de nuevo la tierra que pisé me hubiera olvidado. Hasta que Dios permitió de nuevo que resurgiera mi memoria en un 10 de diciembre de 1279. ¡Otra «diosidencia», niña! Pues gracias a escritos y códices encontrados en la abadía, un grupo de peregrinos halló mi tumba, la abrieron y se toparon en el interior del ataúd una tablilla de madera recubierta de cera con una inscripción. «Aquí yacen los restos de María Magdalena», decía... ¡Y entonces los presentes se impregnaron de un olor a flores y a perfume de nardos inexplicable! Se miraron

atónitos... Y luego lloraron..., pues no les cupo duda de que aquel aroma provenía de mis huesos, de mis restos casi pulverizados...¹⁶

¡Qué grandes misterios concede nuestro Dios a la gente de fe cristiana, niña! Embobados, extasiados, tomaron con extremo cuidado los huesos de mi mandíbula y calavera, y por orden del papa Bonifacio VIII, mis restos se depositaron de forma oficial y perenne en la hermosa Francia.¹⁷ Y aquí te espero, niña, muy cerca de la gruta de los montes de Saint Baume, rodeada de bosques llenos de leyendas;¹⁸ ahí es donde pasé los últimos treinta y tres años de mi vida como ermitaña, en contemplación, recordando a mi Jesús amado y rogándole su presencia.

¡Ven pronto y no tardes, María! Ya sabes que a ti, si me lo pides, todo te lo recuerdo.

CAPÍTULO 4

LUCRECIA BORGIA

LA PRINCESA MÁS CALUMNIADA

(Subiaco, Italia, 18 de abril de 1480 - Ferrara, Italia, 24 de junio de 1519)



«Tenía una sonrisa que iluminaba de mil maneras su rostro;
nunca antes se había visto criatura con esa alegría de vivir».

JEAN ANDREA BOCCACCIO, embajador de Ferrara, 1502

¡Ah, si hubieran existido los *paparazzi* en mi época! Se hubieran vuelto, literalmente, locos conmigo. ¡Y yo sería reina de las revistas del corazón tal y como lo fue la princesa Diana en tu siglo XX! Pues mi familia fue muy vigilada, admirada y a la vez odiada; incluso espiada y vapuleada... Realmente se podría decir que vivió en sus carnes todo lo que una familia puede llegar a soportar, incluidos hechos atroces como el asesinato, los crímenes, la traición, la lujuria, los hijos ilegítimos, el sexo prohibido... Y los mayores y más graves escándalos que te puedas imaginar. Pero yo me enorgullezco de algo muy serio, niña: de que jamás intenté hacer daño. ¡Sé que algunos de tus historiadores no están de acuerdo! Pero mira que yo no te miento... Fue mi terrible fama —provocada casi siempre por difamaciones—, las lenguas de víboras y la terrible envidia que suscitaba entre las gentes que nos odiaban a mí y a mi poderosa familia lo que me ha llevado a ser una de las princesas más dañadas, más calumniadas e humilladas de la Historia. San Felipe Neri dijo: «Calumniar es como rasgar una almohada de plumas y esparcirlas por aire; si luego quien ha provocado la difamación se arrepiente, por mucho que confiese con lágrimas al confesor, y aunque Dios le perdone tal ofensa al ver su dolor, no será capaz jamás de recoger las plumas perdidas para volverlas a meter en la almohada». Pues eso mismo me pasó a mí, niña. Y fíjate si han tenido que transcurrir un porrón de siglos para

comprobar que solo los historiadores serios me defienden. Porque los demás... Uf... Con esos no he logrado ganar aún la batalla.



Aquella forma de tirar al barro y pisotear mi nombre, contando durante años y años patrañas falsas sobre mí, me hizo mucho daño, querida... Pero muchísimo. Y fue tanto el furor y la ira de los que esparcían ese mal, y la forma de hacerlo tan cruel, que a día de hoy ya poco se puede remediar. Pues en comedillas y corralas siguen uniéndome a los errores de mi padre, el papa Borgia, que cometió muchos y muy feos... Pero eso, ¿qué tuvo que ver conmigo? Yo te digo que nada. ¡Pero si fui la que más sufrí a causa de ellos! Me pregunto por qué el mundo no lo ve, y por qué porras en tu siglo XXI se sigue apaleando mi memoria. Y no me mires así, que no te miento.

Tú solo concéntrate en contar al mundo que no fui tan mala como me pintan, ni mi sexualidad tan enfermiza e incestuosa como proclaman. Y no te preocupes por errar en pequeños detalles, que ya me ocupo yo de corregírtelos y aclarártelos luego.



Comencemos por decir que mi vida transcurrió en un momento clave de la historia de Italia, entre el siglo XV y el XVI, en donde poder del Iglesia era enorme. Y en su cabeza, regio e imponente, respetado y a la vez temido por gran parte de Europa, se sentaba mi padre: don Rodrigo de Borgia.

Mi padre fue un papa problemático, niña. Había nacido en tu España y llegó a Roma de la mano de uno de sus tíos —un obispo que con el paso del tiempo también fue papa—, que le mimó, le educó en el mundo de la Iglesia vaticana y le introdujo en la *crème de la crème* de la corte de Roma. Y así Rodrigo logró desde muy joven vivir entre algodones, rodeado de todo tipo de lujos y beneficios, honores y respetos, que en poco tiempo le permitieron convertirse en el segundo cardenal más rico de su época. Y por ello —además de por causa de

otras cosas que ahora te revelaré—, decidió no marchar jamás de Roma. Se instaló en un precioso palacio romano con toda pompa y poder; se enamoró de mi madre, se lió con ella —por supuesto sin casarse—, y engendró hijos entre los que me encuentro yo, su ojito derecho, su niña adorada, su locura y su alegría.

Y no me mires así, querida. Ten paciencia, que te enterarás ahora de todo... Quédate por ahora solo con esto: que para mí Rodrigo fue un gran padre —harto difícil si se tiene en cuenta su carácter—, y que me amó mucho. Tanto, que se le fue un poquito de las manos.



El papa don Rodrigo de Borgia fue un gran patriarca: enérgico, inteligente, terco... Tenía habilidades políticas extraordinarias que le trajeron muchos quebraderos de cabeza, y en lo que se refiere a la parte familiar, he de decirte que nos llevaba a todos con mano firme y voluntad férrea. Sin embargo, no era violento ni nos lastimó jamás, y luchó lo que no está escrito para educarnos a mis hermanos y a mí como auténticos príncipes de Italia.

Esto ahora extraña mucho al hombre de tu siglo XXI, pero es que en mis tiempos la Iglesia era la que dirigía todo. ¡Pero cuando te digo todo, es todo, niña!: la cultura, las leyes, los estudios de historia, de aritmética, de matemáticas, de arquitectura... El hombre de a pie era muy pobre, muy humilde, y generalmente dedicaba su vida al campo y a la siega.

La vida en inicio del Renacimiento era tan dura... Las riquezas escaseaban y la mortandad era muy elevada. Se padecían mucha hambre y enfermedades, y las guerras mantenían a la población andando de puntillas sobre un finísimo hilo de supervivencia. Y estando así las cosas era casi imposible que el pueblo llano se formara académicamente y aprendiera sobre religión, leyes o cultura. Así que ese mundo de la formación y de las letras quedó relegado a la Iglesia, en la que durante siglos trabajaron monjes y frailes que eran los únicos en saber leer y escribir. El resto era analfabeto, hija...

Como ves, a tu era le separa un abismo de la mía. Ahora todo el mundo sabe tanto... Supongo que los historiadores de tu mundo se preguntarán muchas veces cómo la Europa de mi tiempo pudo entonces progresar. Pero así ha sido, pues a pesar de todo y hasta del daño que pudo provocar mi regio padre cuando ejerció de cabeza de la Iglesia de Roma, Europa siguió adelante, fuerte, bella, rica y magnífica. Supongo que algo harían bien aquellos contemporáneos míos, ¿no?



Ya te he dicho que la familia de mi padre provenía de tu España, cosa que entre la aristocracia de Roma no gustó demasiado... por no decir casi en absoluto. ¿Qué por qué? Pues porque la sofisticada corte del Vaticano consideraba a los Borgia personas vulgares y malcriadas. Además, a mi padre le tenían una envidia terrible. ¿Cómo iba a ser de otra forma si parecía el rey Midas? Lo que tocaba o en donde metía la nariz progresaba en los pasillos de la casa papal de Roma. Y así logró ascender de manera sorprendente, llegando a ser vicescanciller de la Santa Sede. ¡Y esto era muy importante, María! Pues significaba que era el agente comercial y el patrón de los bienes de toda la Iglesia, un agente por cuyas manos pasaban todo tipo de documentos económicos y financieros. ¡Lo hizo bien! ¡Fue un gran administrador!, pues ya te he dicho que era astuto y rápido como un rayo, y que logró estar en ese puesto, ni más ni menos, durante cuatro largos papados sin que nadie le chistara. Y con orgullo te digo que, pudiendo haber derrochado, fue austero en gastos... Sin embargo, he de reconocerte que no fue tan ético para llegar a ser papa, pues para trepar echó mano de muchos sobornos y artimañas.

A ver... No me mires así, que aquello tenía tintes de jungla, niña... El poder es siempre muy complejo, y en el camino hacia la cima —sea la que sea, y esto incluye a la curia— es difícil evitar la vanidad, las tentaciones de pillar atajos y el ansia de llegar a la cúspide de las esferas de mandato. Y con esos tejemanejes tan enmarañados, mi

padre, don Rodrigo de Borgia, se convirtió en el papa Alejandro VI en el año 1492.



¿Que si tenía defectos? Qué pregunta más tonta, niña... Sé que sabes que los tenía, como lo sabía toda la corte de Roma. Muchos y algunos graves. Uno de tantos era mostrar un refinado y terco gusto hacia las mujeres, y a veces se enamoraba como un chorlito. Esto siempre fue terriblemente difícil de entender en la sede papal, dado que los papas anteriores a él no persiguieron así las faldas. Pero mi padre no veía una razón lógica para reprimir sus gustos hacia las bellas mujeres de Roma, y lo más sorprendente es que ellas caían rendidas a sus pies como mosquitas...

Era galante con ellas, caballeroso y un gran conversador. Su voz era dulce y melodiosa, y su sola presencia y mirada penetrante les hacía sentirse bellas e importantes. Muchas reconocían notarse extrañamente atraídas hacia él. «Es simplemente irresistible», susurraban las damas al verle pasar. Y se dejaban engatusar como bobas, por una magia embriagadora que emanaba de cada una de sus sonrisas. Eran como moscas a la miel a sus pies, querida... Y así se le comenzó a considerar como un galán que enamoró a muchas mozas, capaz de mantener incluso a algunas como amantes fieles, como mujeres profundamente atadas a su corazón, durante largos años.

La atracción masculina y arrolladora de mi padre hacia ciertas hermosísimas féminas fue verdaderamente algo inexplicable, misterioso y cautivador...



¿Que si mostraba luego arrepentimiento por tales debilidades en sexo y amores? Por supuesto que sí, niña. Muchas veces. Pregunta si no a tus historiadores, y te contarán que han podido tener entre sus manos escritos muy valiosos en los que varios testigos firmaron que le vieron derramar amargas lágrimas en no pocas ocasiones. Porque mi padre,

sorprendentemente, era capaz a veces de vivir con alma de niño y, como tal, tras el capricho se arrepentía. Entonces entre sollozos confesaba con gran pesar sus muy serias debilidades. ¡Pero la tristeza y preocupación por su alma duraban poco! Pues no transcurría demasiado tiempo para que volviera a echar de menos las caricias y los mimos de sus más adoradas compañeras, regresando a las andadas sin que el menor recuerdo de tales confesiones le turbara.

También tenía sus cosas buenas, niña. Que no creas que todo en él eran pecados y debilidades. Y entre ellas brillaba su enorme entusiasmo por nuestra felicidad —la de sus hijos—, siendo a veces protector hasta el hastío; tanto, tanto, que, como te decía, perdió en muchas ocasiones el control de los afectos. ¿Quieres un ejemplo? Déjame pensar... ¡Ah, sí! Pues como sucedió con su gran obsesión de proteger nuestra economía y finanzas... ¡Pues era una locura lo que luchó para que no nos faltara de nada! Y hasta con sonrojo te confieso que hincó el diente hasta lo inaudito para enriquecernos.

Y así vivimos en la opulencia, con criados, damas de honor y maestros que acudían a atender raudos todas nuestras necesidades —tanto formativas como hasta las culinarias y caseras—. Y fue esta una obsesión que le acompañó hasta la muerte, provocando chismorrería y murmuración incluso entre los más pobres mozos de nuestras cuadras, que cuando nadie del entorno familiar escuchaba se susurraban cosas como: «A ver en el día de hoy que hace su santidad para beneficiar a sus mocosos reales». Y es que su favoritismo levantaba comentarios escandalosos, niña, ¡y con razón!

¿Sabes que desde la entrada de mis hermanos en la adolescencia, les otorgó puestos de trabajo de altísimo nivel en las oficinas del papado? Por ejemplo, mi hermano César —producto de uno de los muchos amoríos de Rodrigo—, en 1493, y tras realizar varias tareas encomendadas por nuestro padre, fue ordenado cardenal. Lo que oyes. ¡Y ese era el primer paso que se daba para entrar en el camino hacia el papado! Y no solo hizo este tipo de movimientos calculados con César, pues pronto una larga lista de familiares cercanos —y no tan cercanos— comenzaron a ocupar los principales puestos del papado, del

gobierno y de su gabinete privado... ¿Y qué quieres que te diga? ¿Que el poder que tenía Alejandro era enorme? Pues sí, niña; eran así las cosas en palacio: la Iglesia tenía grandes pecadores y con ellos arrastraban grandes pecados. Pero fuera como fuese, bien sabes que el pasado ya no se puede cambiar.

Y, claro, las gentes, disgustadas, percatándose de tanto desatino, hablaban y emponzoñaban el ambiente en la aristocracia italiana, que comenzó a mirarnos a todos de reojo, con malicia, envidias y desencanto. Tanto fue así, que se hizo hasta famosa una frase de un embajador que no formaba parte de nuestra familia, quien, molesto por tanta adjudicación a dedo, exclamó en una ocasión furioso ante muchas amistades: «Diez papados no serían suficientes para satisfacer al enjambre de familiares».

Cuando pienso en la prensa de tu tan avanzado siglo XXI, me horrorizo, María, pues sé que, de haber nacido en tu tiempo, los *paparazzi* nos hubieran cortado a todos en rodajas como a un sabroso y picante salchichón.



Mi hermano César Borgia es considerado uno de los chicos «malotes» del Renacimiento. ¿Y cómo no iba a ser de otra manera, si el escritor más maléfico de mi época —el gran filósofo, escritor y político Nicolás Maquiavelo— se basó en su persona para escribir su maldita obra *El príncipe*? ¡Ah! Qué cruel fue aquello... Te admito que César tenía costumbres extravagantes y un carácter endiablado —muchas veces provocado por sentirse bastardo, humillación que soportaba mal y que hacía pagar duramente a quien se lo recordaba con desprecio—. Pero escribir así sobre él fue una soberana faena. Además, no fue clérigo toda su vida... Tuvo el seso suficientemente cuerdo como para darse cuenta de que si la familia Borgia deseaba seguir adelante, él debía de casarse y engendrar hijos. Así que renunció a sus votos, se casó y soñó con tener muchos hijos que pudieran de adultos reinar en Italia. ¡Y se rodeó de gente inteligente y bien capaz, niña! ¿A que eso no te lo han contado? ¡JA! ¿Lo ves? Y yo te digo que hasta se hizo íntimo amigo del

gran Leonardo da Vinci. ¿Te has asombrado? Pues sí, querida: se hicieron inseparables durante su época militar y lo nombró su ingeniero de armas durante un cierto tiempo, cosa que aún les unió más.

Por lo tanto aquellas malas lenguas, además de murmurar, le tenían envidia, pues era, efectivamente, un «enchufado» de mi padre, pero eso sí: un trepa capaz, astuto e inteligente cual zorro, que siempre procuró cuidar y representar a su país de la mejor forma que su joven vida le permitió.



César no era el único hijo ilegítimo de mi padre, María. ¡Qué va! ¡Fuimos un montón! Mira qué ristra de familia: Pedro Luis, César, Juan de Borja y Cattanei, Jofré, Girolama, Isabella, Juan Borgia, Laura, Rodrigo y por último yo. Y eso que te nombro solo de los que yo tengo conocimiento, que de la verdad de los amoríos de mi padre solo fue testigo Dios...

Mis hermanos de sangre por parte de madre solo fueron César, Juan y Jofré... ¡Ya sé que esta información es como para escandalizarse! No hace falta que me lo recuerdes. Pero como te he prometido revelarte de la verdad, pues... Te pido al menos una cosa, reina: que medites el hecho de que un cardenal engendrara hijos no iba en contra de los patrones de la sociedad renacentista. Era cosa nefasta, pero no rara... Y ciertamente en nuestro caso fuimos un porrón. Y un porrón además envenenado, hija mía... Pues entre tantos hermanos nacidos fuera del matrimonio —procreados en tantos vientres de hermosas mujeres diferentes—, y siendo rivales en los cariños y afectos del gran papa, los celos nacieron en el corazón de mis hermanos. Y con una tristeza enorme te reconozco que César nunca amó a Juan ni a Jofré, por los que siempre sintió terribles celos que le afearon mucho el alma. El pobre Juan fue quien más padeció tales revanchas de envidia, estando convencido César de la predilección de mi padre por él. Tampoco respetaba ni profesaba cariño fraternal alguno por Jofré, al que ofendió muchísimo acostándose con su

esposa. ¡Había muchas infidelidades en la corte, niña! Sé que estaba muy mal aquello...

Reconozco lo muy bochornoso que fue todo eso, que provocó comportamientos que, como verás más tarde, muchas penalidades acarrearón luego a nuestras vidas.



¡Ah, qué curiosa eres...! Mira que querer saber ya mismo alguna... Bueno. Quizá haya llegado el momento de aclararte que la más terrible, la más dolorosa, sucedió el 14 de junio de 1497. ¡Fue aquella una tragedia tan inmensa, María! Sucedió que, al caer la noche, y amparados los asesinos por las sombras de la luna, mi hermano Juan fue asesinado, su cuerpo mutilado y lanzado a las aguas del río Tíber. El hombre que encontró el cuerpo al amanecer se estremeció al verlo, y cuando se le preguntó por qué no había avisado a nadie, respondió: «He visto ya tantos cuerpos flotando, extraídos del agua del Tíber, que uno más no me pareció nada fuera de lo común». Así era nuestra vida en el año 1497, niña... Dura, oscura, terrible y llena de misterios... ¿Que si aquel entuerto terrible se resolvió? Qué va, querida mía... Pues el espantoso crimen de mi hermano Juan quedó impune, dejándonos a todos en la familia igualmente mutilados, pues te aseguro hoy que nuestros corazones jamás volvieron a recuperarse de aquel dolor.

Este hecho nos obligó a derramar un millar de lágrimas que hasta el día de hoy no han sanado... Mi padre fue quizá quien más sufrió. ¡No sabes la que lió! Pues ordenó furioso que se abriera una larga investigación que a nada arribó, quedando la verdad sumida en el pozo del misterio más oscuro. Y así, el papa se sumergió en el más terrible abatimiento viendo, impotente, cómo todo se enfundaba en un cúmulo de sucias sospechas que salpicaban a su propio hijo César... Pero nunca supimos qué fue lo que realmente llevó a la muerte a mi querido Juan, y con el paso del tiempo, mi padre se esforzó en que nadie hablara de ello, al menos en su presencia. «Es un tema absolutamente privado y familiar —repetía para acallar las lenguas—. Por lo que os ruego que no mencionéis tal recuerdo si no me queréis ver a mí

muerto». Lo peor llegó cuando, presa de aquel desespero, con llanto incontrolado y corazón hecho añicos, el papa Rodrigo comenzó a gritar ante cada cortesano que conocía al asesino y que, desgarrado, ocultaría la identidad del desalmado que un día —a causa de la envidia, los celos y la ira— le robó a un hijo amado.

Ya podrás imaginar lo que yo también sufrí, niña. Tanto, tanto, tanto, que ahora deseo relatarte cosas más gratas... Espero que no te impacientes por ello y que la espera no te agite los nervios. Mira que ya sabes que habrá tiempo suficiente para retomar el hilo de recuerdos funestos y horribles más tarde.



Mejor introduzcámonos ahora en lo que fue mi llegada a este mundo, María, y dejemos durante un tiempo de lado a mis hermanos.

Veamos... ¿Dónde comenzar? Quizá sea sabio empezar por decirte que llegué yo al mundo en Subiaco, en la provincia de Roma. Corría el año 1480, época de gran apogeo renacentista... cuando broté del vientre de una bellísima mujer de Mantua llamada Vannozza Cattanei. Mi madre tuvo cuatro esposos y un porrillo de amantes entre los que estaban el cardenal Giuliano della Rovere —que luego se convertiría en el papa Julio II—, y mi padre, don Rodrigo de Borgia, también cardenal entonces y futuro papa Alejandro VI. La época era muy disparatada con esas contiendas de faldas, querida, que ya te lo he dicho y veo que no te acostumbras... Sí, hija, sí: la corte era complicada, llena de intrigas, rivalidades políticas muy serias, asesinatos, envenenamientos y muertes extrañas. Y en esa maraña de relaciones pecaminosas y de revolcones prohibidos, nació un profundísimo amor entre mi padre y ella, convirtiéndose con los años en su amante favorita, su esposa soñada, su compañera... Y de tal relación nacimos cuatro hijos: los ya mencionados César (el mayor), Juan (duque de Gandía), yo (ila más bonita!), y el pequeño Godofredo (o Jofré). ¡Todos ilegítimos, sí! Pero reconocidos... Este hecho te parecerá una simpleza, pero para nosotros fue muy importante ser los únicos reconocidos públicamente como sus verdaderos hijos de sangre

entre los muchos que engendró nuestro padre, permitiéndonos dar así origen al regio linaje de los Borgia.

Me pusieron el nombre de Lucrecia, y mis primeros recuerdos de infancia estuvieron pincelados con las visitas de un hombre tierno y cálido que acudía varios días al mes a visitarnos a la casa que mi hermosa madre Vannozza poseía en la plaza Pizzo di Merlo. «Debes llamarlo *papá*», me instaba mi madre, a pesar de que yo miraba con ojos asombrados el ropaje carmesí de la Iglesia cubrir el imponente porte de aquel afable varón.

Sé que le adoré misteriosamente enseguida, querida; algo extraño, dado que nadie me explicaba, por ser un mico, mi parentesco con aquel hombre. Y esa adoración y respeto me duró hasta la muerte.



Antes de que yo cumpliera tres años de edad, papá me apartó, junto a mis hermanos, de los brazos de mi madre. ¡Ah, cuánto lloré al separarme de ella! Agarrada a sus faldas pataleé, demostré mi dolor y mi quebranto... Mis hermanos, más serios pero no por eso menos dañados, guardaron un silencio educado. ¡No entendíamos qué pasaba ni por qué nos arrancaban de los cálidos besos de aquella mujer que tanto nos amaba! Pero mi padre, el gran cardenal Rodrigo de Borgia, no deseó que siguiéramos a su cargo, pensando que estaríamos mucho mejor formados, educados y preparados, al lado de su hermano y en su palacio. Fue una decisión que, como niños, no entendimos, asustados como estábamos, siendo cuatro críos confundidos y bloqueados. Pero no había marcha atrás, María... Mi padre Rodrigo había concluido que no era una buena opción ser educados por una dama que, a ojos de la corte romana, no era más que su amante. ¿Que si no amó a mi madre, preguntas? ¡Qué tontería! ¡Claro que sí! Y mucho, aunque asimismo corrían lenguas que aseguraban que una nueva dama había llamado su atención. Se trataba de Julia Farnesio. Qué cosas, Señor... Pero se encaprichase con quien fuera, el caso fue que a la tierna edad de tres años marché a vivir lejos de los abrazos de Vannozza, de sus besos y caricias...

Tardé muchos años en perdonar a mi padre aquel atropello; aunque hoy entiendo que el pobre nos amaba —idemasiado!—, y no supo manejar el escándalo del que toda Roma cuchicheaba: que tenía una amante, Vannozza, y de lo inapropiado que era a ojos de la corte que un cardenal como él nos visitara tan a menudo prodigando mimos y cuidados. Quizá consideró que, si nos educaba él a través de su hermano, en cierta forma convertía su paternidad en algo más «legítimo» y aceptable de cara a la sociedad... Y aunque aparentemente lo hizo por mi propio bien, esta decisión dejó una huella muy dolorosa e imborrable en mi pequeño corazón de niña...

¡Ah, cuánto recordé a mi bella mamá el resto de mi vida! Fue una separación obligada del amor y de los cuidados de la más tierna madre, que hizo volcar mi psique entristecida en un férreo amor hacia mi regio padre, a quien comencé a adorar desde el mismo momento en el que añoré el amor suave y maternal de Vennozza. ¡Y qué terriblemente incomprendido fue este amor por ajenos envidiosos que luego la vida me trajo! Pues, utilizado por los enemigos del regio papa Alejandro, se calumnió, difamó y tergiversó ese cariño de hija a padre de tal forma, que hasta tú, en pleno siglo XXI, me has juzgado de forma cruel, injusta y perversa.



En Roma todos hablaban del profundísimo amor que el cardenal Borgia sentía por los hijos engendrados por su Vannozza, y entre ellos la locura que sentía por la niña de sus ojos: su pequeña Lucrecia. ¡No me podrás negar al menos que todos tus historiadores están de acuerdo en eso! Su amor por nosotros era tan profundo... ¡Quizá obsesivo, sí! ¿Y qué? Eso no quería decir que fuera incestuoso, niña. Y si no me crees pregúntaselo a tus profesores del siglo XXI: esos que presumen de saberlo todo...

Y por ello hizo muchas cosas buenas para nosotros, ¡como proporcionarme la educación más prestigiosa! Y así aprendí y amé las artes, la música, la poesía y la literatura. Y me convertí en una pequeña sabia de todas aquellas artes renacentistas que tanto se cultivaban en

la corte. Además, había que aprovechar el que Roma brillara, pues recuerda que sus pintores eran los mejores artistas del mundo, sus arquitectos asombraban a toda Europa y todos nos imitaban en cultura y arte. Y yo vivía y disfrutaba rodeada de semejante belleza, aprendiendo arrobada de magos de la creación como Leonardo da Vinci o Miguel Ángel... ¡Todo era esplendor en Roma, Venecia y Florencia...! ¡Qué locura saberse rozada por el mismo techo de la belleza! De pronto el arte, que hasta entonces había sido visto como un elemento únicamente unido a la espiritualidad católica o a las leyendas mitológicas griegas de tiempos lejanos, se había convertido en la gloriosa celebración del espíritu humano. ¡Y yo deseaba tanto absorber esos saberes, María! Pero no era fácil... ¿Cómo lo iba a ser si tenía mi vida, como toda fémina de la época, consagrada a la vida familiar, al respeto y obediencia a los hombres del hogar? ¡Ellos eran los que mandaban, querida! Se esperaba de nosotras sumisión... Y ¡ay de quien desobedecía! Aquello me desesperaba y deprimía... Pues yo no solo deseaba bordar, ser elocuente, modesta, sencilla, cantar al son de la cítara y recitar poemas de forma extraordinariamente femenina. Ansiaba más... Y mi padre, ávido de hacerme princesa, me cortó un día las alas, de forma cruel y precipitada...

—¡Padre! —le dije el fatídico día en el que me enteré de que deseaba desposarme con un desconocido—. ¡No deseo marchar!

—Hija mía, amada niña... —contestó con dulzura—. ¿Quién sino tu padre sabe lo que es mejor para ti?

Y para mi total desconsuelo, recién cumplidos los once años, me vi comprometida con un joven al que no conocía, al que nunca había visto, y a quien no deseaba conocer siquiera.



Ya sé que te has horrorizado, querida... Pero no te escandalices tanto, pues las niñas de mi era nos desposábamos jovencísimas; a veces hasta tal punto, que el marido se veía obligado a esperar unos años para poder consumar cualquier relación física. Hoy lo ven tus ojos como una verdadera barbarie medieval, pero es que el enamoramiento que

tanto defendéis en tu siglo tan avanzado nada tenía que ver con los matrimonios del Renacimiento. ¡No era necesario enamorarse del esposo o del prometido, niña! Así eran las reglas matrimoniales... La unión era muchas veces social, política, cosa de poder y de progreso económico. Un contrato, un legado para la posteridad de un linaje que se deseaba mejorar. Era lo común por mucho que te escandalice, querida...

¿Que si fui feliz con la elección? Qué va, querida amiga... Te aseguro que viví días de terrible agonía... ¡No deseaba contraer matrimonio ni loca! Y rezaba, y pedía a Dios un milagro que no llegaba para aplazar ese descabellado plan. No disfruté con los preparativos, ni con la belleza de las perlas y brocados con los que se estaba confeccionando mi traje de novia. Pero entonces, para mi total asombro y el de toda Italia, sucedió algo que revolucionó los días previos a mi boda: ¡mi padre, el cardenal Rodrigo de Borgia, fue elegido papa de Roma!

Lo recuerdo muy bien: sucedió un soleado día de agosto de 1492. Las campanas de todas las iglesias de mi preciosa Roma repiquetearon al viento dichosas para anunciarla buena nueva.

—¡Vuestro padre ha sido elegido papa! —gritaban mis damas de compañía, arrobadas—. ¡Señora, vuestra vida cambiará mucho a partir de ahora!

Y tanto que cambió, querida... Vaya si lo hizo, porque de un plumazo todo se precipitó, y mi padre, el gran Alejandro Borgia comenzó una campaña política muy agresiva que buscaba unificar a todas las ciudades-estado de Italia. ¡Porque mi país no estaba unificado entonces, niña! Y Alejandro VI quería poder, y lo tenía entre las manos. Ahora empuñaba el arma perfecta para dar más poder a la Iglesia tomando a los principados bajo su dominio... ¡Así que de pronto mi matrimonio con aquel prometido ya no interesaba! Y Rodrigo pensaba rápido, elucubraba qué hacer... «¿Cómo podré utilizar a mi hija para apaciguar mis reinos? —se preguntaba—. He de encontrar otro esposo para ella... Hallar a alguien que me ayude a unificar todos los estados sin derramamiento de sangre, con tratados

de paz y políticas adecuadas. ¡Los matrimonios de mis hijos se pueden convertir en un poderoso instrumento para lograr mis propósitos políticos de poder territorial! Y ahora, ¿dónde hallaré un pretendiente adecuado para mi Lucrecia? ¡Debo anular su compromiso de inmediato y presentarle a un candidato más adecuado!».

¿Que si lo encontró, preguntas? En un periquete, hija mía.



Y así fue cómo mi padre —el nuevo papa Alejandro VI de Roma— anuló mi compromiso anterior de un plumazo, y no tardó en prometerme de nuevo —cual un peón de ajedrez entre sus manos—, con un perfecto desconocido. En esta ocasión se trató de Giovanni Sforza, señor de Pésaro, hombre que poseía pocos talentos, muy poco encanto y que me doblaba la edad.

¡Qué desconsuelo sentí y cuántas lágrimas derramé sobre mi almohada!! «No os entristezcáis —me animaban mis damas—. ¡Pensad que pertenece a la familia más poderosa del norte de Italia!». Pero aquellos comentarios no me consolaban, María...

Y transcurrió el tiempo de forma lenta e insoportable, mientras mi padre, el nuevo papa, redactaba un contrato de matrimonio y negociaba con mis afectos como si fuera un juguete de guerra entre sus feudos. Y así, tras mucho tira y afloja, muchas cartas y algún retrato enviado, a los trece años de edad, me vi nuevamente comprometida, esta vez con un noble del que pocos comentarios agradables me llegaban.

¡De nada me valió suplicar, niña! Ya pude llorarle, pedirle e insistir que moriría de la pena provocada. Nada fue efectivo ante la insistencia de mi poderoso padre, quien, terco como jamás le vi, no cejó en sus planes, rogándome confianza y explicándome todas las ventajas de la gran virtud que es la paciencia.

Así que con corazón desgarrado acudí a mi boda con Giovanni, arrastrando mis pies enfundados en sandalias perladas y ataviada cual princesa. Mis esponsales se celebraron con toda la pompa y boato en la iglesia del Vaticano, y todas las bocas de Roma suspiraron al ver tanta

belleza... Todo a mi alrededor eran flores, alfombras, miles de velas llameantes y música sacra de primerísimo orden. Esos detalles acompañaron mis tristes pasos hacia el altar, que de nada sirvieron para aliviarme.

Mi boda se trató verdaderamente de una auténtica y espectacular fiesta real en la que sentí mi alma padecer escondida en mi pequeño pecho de niña. Era tan solo una criatura asustada que poco sabía lo que se me avecinaba...

Y tras la ceremonia, mi padre el papa nos acompañó junto a su séquito hasta la cámara nupcial, en donde, paciente, esperó para presenciar cómo se consumaba nuestro acto sexual. ¡Ah! ¡Ya veo que te vuelves a horrorizar! Bueno... No te atormentes, querida... Que aquello no era extraño ni anormal. Te vuelvo a aclarar que eran aquellas cosas de mi época, costumbres que hoy os parecen absolutamente terribles y desquiciadas. Pero que el padre de uno de los contrayentes sirviera como testigo de que se realizaba con corrección el acto sexual era la forma de asegurar que el contrato matrimonial se había cumplido. ¡Se hacía con reinas, reyes, príncipes y grandes nobles! Todas y todos pasábamos por ese vergonzoso trago, tan amargo para muchos y sin importancia para otros...

¿Que si mi padre y su séquito comprobaron contentos cómo se consumaba claramente mi matrimonio? ¡Pero qué cosas dices, criatura! Por supuesto que no... ¡Qué barbaridad! ¡Ni que estuviéramos todos locos! No, no, no... Teníamos una sábana protectora que cubría nuestras vergüenzas. Por ello te digo que, aunque yo estaba aturdida y bloqueada por tanta historia extraña, te aseguro que Alejandro solo hizo lo que todo padre, todo cabeza de familia —según los cánones de mi era—, debía hacer ante tal situación...

A ver si lo entiendes, niña: que te digo que era necesario que hubiese testigos que presenciaran si la joven pareja de esposos consumaba su matrimonio. Si no, ¿para qué diantres servía casarse?



Ya sé que todo esto te aturde, que no eres capaz de entenderlo y que te escandalizas pensando en lo que hube de soportar en mi noche de bodas. Pero es que las hijas de hombres poderosos en mi Europa renacentista encontraban especialmente difícil separarse de la influencia de sus padres, a los que siempre se había de obedecer sin pestañear. Y para mí, atada como estaba a las ideas y convicciones sociales y culturales del siglo XV, rebelarme contra los deseos de mi padre —quien era además ya un papa de Roma— era algo osado, descabellado y del todo imposible. Por ello, ni con el matrimonio me libré de obedecerle, escucharle y atender sus mandatos.

Mi padre, sentado ahora en la silla de Pedro, era un hombre imponente y poderoso. Seguía amándome con locura, ¡pero te aseguro que solo como hija! Sin embargo, los cortesanos, tergiversando la relación que teníamos, y equivocando el respeto y cariño que yo le profesaba, despertaron de nuevo sus afiladas lenguas que durante un tiempo habían permanecido dormidas. ¡Y entonces se desató una difamación muy extraña, querida mía! Porque nos acusaron de amarnos en demasía, levantando las sospechas de que compartíamos hasta cama. ¡Brutal mentira era aquella! Y ya sabes lo que sucede, María, cuando una gran calumnia se lanza al vacío: ¡a ver luego quién la para!

También decían cosas terribles de mi matrimonio... Que eran ciertas. Qué vergüenza compartirlas contigo, amiga... Pero te pido respeto, pues imagínate lo que debe sentir una niña de trece años como era yo —inocente y tranquila—, por un hombre desconocido, que encima me doblaba la edad, al que me obligaron a atarme de por vida.

Giovanni Sforza era además un amante pésimo, un compañero nulo y un amigo peor que malo... Así que cualquier fantasía romántica que pude haber albergado hizo *fusss...*, y voló como un viento racheado. No nos amábamos a pesar de lo mucho que intenté desearle, quererle y complacerle. Pero a mi esposo recién estrenado no le agradaban mis caricias... ¿Que te describa ahora cómo era? Pues que puedo decirte, amiga mía... Mi esposo era un hombre joven muy tímido y callado, demasiado estricto, frío como el hielo, arrogante y

espigado. Me dejaba sola mucho tiempo, pues no le agradaba Roma. ¡Yo creo que la detestaba! Y me ignoraba en palacio mientras él pasaba largas temporadas en Pésaro, en donde me explicaba —sin muchos miramientos, no te creas— que era infinitamente más feliz que a mi lado.

Y así trascurrieron tres aburridísimos años en los que la soledad fue mi mejor compañera, y obviamente ella no consiguió paliar mi tristeza, mi profunda confusión y amargura. ¡No entendía qué había sucedido para que mi esposo me tratara así! Entonces me quejé a mi padre, quien en un principio montó en cólera... (Ya vas viendo cómo era...). Pero luego se templó, pensó las cosas, meditó sus decisiones erradas y me confesó que quizá se hubiese equivocado escogiendo a tal noble compañero para mi joven vida.

La situación política italiana, en grave torbellino, tampoco ayudaba a templar los ánimos... Y en esos tira y aflojas estábamos, cuando de pronto apareció mi marido en su caballo, a todo trote y acalorado por los jardines de palacio, para anunciarnos —idejándonos atónitos!— que era la última vez que deseaba pisar Roma y que esa misma noche regresaría a Pésaro.

—Enviaré en breve soldados y un séquito para recoger a mi esposa Lucrecia —dijo, desafiando a mi padre, quien, con ojos desorbitados, no daba crédito a tal arrogancia.

¡Entonces sí que se montó una buena, María! Porque aquella decisión desencadenó la ira de mi padre, un papa complicado que, tal y como sabes, no era complaciente con aquellos que osaban desafiarle.

—Soñad todo lo que deseéis, muchacho —dijo, clavando en mi esposo sus penetrantes ojos—. Pero Lucrecia no se separará de mí, ni de sus hermanos. Permanecerá en Roma a mi lado.

¡Uf! Yo temblaba... Miré a uno y a otro sin saber qué decir... Ni pronunciar palabra podía... ¡Qué desastre!, María, pues fue entonces cuando mi padre, el papa Borgia, tomó una decisión muy desacertada que mancharía mi reputación para siempre... ¡De golpe y porrazo, y con tal de mantenerme cerca, decidió que mi matrimonio con Giovanni debía ser anulado de inmediato!

—¡Pero, padre! —grité con ojos desorbitados—. ¡Para que esto pudiera llevarse a cabo, Giovanni tendría que admitir que nuestro matrimonio no ha sido consumado!

Mi padre me traspasó con la mirada.

—Pues entonces, lo hará —dijo.

—Pero, pero..., padre...

El papa no me dijo nada más, María. Se dio la vuelta y me dejó sola, boquiabierta, aterrada y preguntándome cómo saldría yo cuerda tras estar enredada en aquel entuerto.



Lo que mi padre deseaba realmente era que pudiéramos encontrar una razón válida para obtener la nulidad eclesiástica de mi matrimonio. ¡Así, sin más, querida! Y defendía que, si la relación sexual no había sido consumada, a los ojos de la Iglesia mi matrimonio no valía nada. Yo estaba angustiadísima con aquello, niña... ¡Imagínate cómo se encontró de incómodo mi esposo! Furioso y desesperado, Giovanni respondió a la gravísima acusación que se le imputaba con absoluta negación de los hechos, y hasta rogó que se le permitiera mostrar en público su hombría. ¿Y deseas saber cómo? ¡Pues se prestó a tener relaciones sexuales en vivo y directo ante un tribunal eclesiástico compuesto por clérigos, médicos y todo tipo de testigos! Ufff... Qué vergüenza, María... Hasta ese límite llegaron las cosas. ¡Qué bochorno fue todo aquello para mí!

¿Si se llevó a cabo tal disparate? Pues Dios no lo permitió, querida... Y menos mal que la cordura regresó a la cabeza de los protagonistas de aquel drama, y el despropósito sexual no se llevó a cabo frente a todos. ¿Y por qué al final no hizo mi esposo tal escena? ¡Pues porque mi padre se dio cuenta de que, de hacer Giovanni tal muestra de su masculinidad frente a testigos, quedaría probada su inocencia! Esa fue, tristemente, la única razón de parar aquel atropello...

Y es que mi padre, el papa Alejandro, no estaba dispuesto a perder quedando mal ante los ojos del tribunal, y aunque aquel delirio de

juicio se frenó justo a tiempo, mi esposo siguió furioso, indignado y terriblemente ofendido... Y Giovanni no calmó su ira ni con mis inocentes súplicas, y se negó en redondo a concederme el divorcio. Repitió hasta la saciedad que se había acostado conmigo no solo en una, sino en muchas ocasiones y que yo jamás mostré queja... ¡Ah, qué vergüenza, María! Y yo a todo esto callada cual mosca asustada... Además, alegó algo rotundo que desafió a la mirada crítica del papa: si su anterior esposa había fallecido de parto, ¿cómo demonios él no había sido capaz de consumar? ¡Y entonces todo se lio aún más! ¡Mi astuto padre lo explicó afirmando que su difunta esposa le había sido infiel con otro hombre! La ira de Giovanni se reflejó en sus ojos y yo tuve miedo, María... En todos nuestros corazones sabíamos que mi padre le estaba obligando a divorciarse de mí por fuerza y poder, y aquello —¡qué gran dolor siento al reconocértelo!— no estuvo bien.

Al final, desencantados todos y furiosos unos contra otros, la cuestión se zanjó a través de mi hermano César, quien fue a informar a mi esposo de que, luchara contra quien luchara, se divorciaría de mí y punto.

Y así, hija mía, se zanjó la cosa.



Yo me sentía como un juguete roto en manos de todos... Sufrí mucho con aquello y mi corazón se rompió. ¿Pero qué podía hacer, amiga mía, si no era más que una cría aterrorizada y manipulada, cuya existencia era utilizada solo para obtener más poder político y financiero? Mi padre no deseaba darse cuenta de lo mucho que destrozaba mi alegría, mi paz y mi reputación.

Esta última, tras semejante escándalo, se vio dañada hasta límites inimaginables. Y las mujeres de Roma, envidiosas como víboras, clavaban sus dientes envenenados contra mi espalda como si de dagas se tratara, y ya nadie sabía en las calles de la ciudad qué era verdad o mentira sobre los avatares que se contaban sobre mi vida. Y para empeorar más las cosas con respecto a mi reputación dañada, ¡Giovanni decidió contraatacar! ¡Y su ofensiva en ese sentido fue

terrible! No deseaba rendirse e, iracundo, nos acusó a padre y a hija de todo tipo de barbaridades y ofensas muy, muy graves... Pues nos llamó amantes incestuosos, ladrones, sinvergüenzas, herejes y blasfemos... ¡Todo a la vez, caramba! ¡E inventó que mi padre deseaba tenerme junto a él no por amor paternal, sino por puro deseo lascivo, diabólico, enfermizo y repugnante a ojos de cualquier ser humano!

No dejó nada en el tintero, María... Y yo te digo hoy que grites a tus historiadores que aquello nunca fue cierto. ¿Que mi padre me amó? Sí, niña, y mucho. Pero no hubo incesto.

Acláralo, querida amiga. Mira que la calumnia no reparada lleva al acusador de falsedad al mismo infierno.



Aquello nos hizo mucho daño a todos. ¡También a mi esposo! Mi hermano César le presionaba, y él se defendía. Y al final, agotados uno y otro, y harto de ver que mi padre no cejaba, Giovanni, desesperado, decidió desistir y declarar —imuy enojado!— que era realmente impotente. Yo no daba crédito a todo aquel batiburrillo de mentiras, violentas acusaciones y falsedades... Pero ya no había marcha atrás. Así que mi hermano César ordenó a mi esposo que empaquetara todo su equipaje, cargara sus enseres sobre sus caballos y que marchara para siempre de nuestro lado, asegurándose de que entendiera que, siendo libre, debía encontrar otra esposa que fuera más de su agrado y conveniencia.

Mi padre, el invencible papa Borgia, se había salido con la suya. Me divorciaron y lograron algo mucho más sorprendente: fui declarada virgen de nuevo.



Mira qué contrariedad, «la nueva virgen de Roma» ¡estaba embarazada de seis meses según las malas lenguas! Pero no, niña... Que mi vientre no cargaba un hijo en mis entrañas... Era todo producto de mentiras y patrañas. ¡Y encima dijeron que era de mi

padre o quizá de mi hermano César! Pues yo te digo que de ninguno era... Pero, como comprenderás, la sociedad romana aquello ya no me lo perdonó. Convencida de que el niño que nació y al que llamaron Giovanni era mío —que te aseguro que no lo era—, provocó tal lluvia de escritos crueles sobre mi persona, que no hubieran cabido en una enciclopedia de tu era. ¡Ah, esos terribles buitres de nuestro Renacimiento italiano!

Uno de mis más grandes enemigos fue Francesco Guicciardini, el gran y eminente historiador florentino de mi siglo, tan admirado y considerado como uno de los hombres más cultos e influyentes de mi época renacentista. ¡Cómo se despertó con mi supuesto embarazo su odio hacia mí y hacia mi familia! Y con pluma ágil y boca sucia, nos acusó de todo tipo de vilezas, como de ser el gran motivo de la podredumbre de la curia romana. ¡Con qué furor y habilidad nos destronaba! Guicciardini añadió un terrible rumor que hasta entonces nadie había utilizado contra mí: ¡aseguró saber que yo utilizaba veneno para deshacerme de mis enemigos! ¿Pero de dónde sacaría eso, niña? Era ciertamente un arma secreta utilizada en la corte. ¡Todos lo sabíamos! Pero yo jamás jugué con tales artimañas. Había venenos sutiles, caros y eficientes que los asesinos sabían guardar en anillos, camafeos y collares. ¡Me pregunto por qué él vio en mí tal vileza! La gente, por su causa, comenzó a afirmar que yo elaboraba mi propia pócima diabólica con un supuesto polvo blanco y venenoso llamado *cantarella*, que ocultaba, sibilina, en un anillo desproporcionadamente caro. ¡Se llegó incluso a afirmar que dentro del mismo escondía una minúscula aguja! Con ella tocaba el fatídico veneno, y pinchaba, en un descuido, a mis víctimas de forma disimulada... ¡Bendito Dios, qué imaginación diabólica la de aquel hombre instruido! Y Roma, rendida a sus pies, le escuchaba, leía y alababa, mientras que nosotros caíamos en el fango de la crítica y en la infamia más detestable.

Nos odiaba; nos despreciaba a todos. Y entre ellos, encumbrada en lo más alto del rechazo y la crítica, utilizaba su pluma para romper

mi nombre. Jamás lo entendí, pues te digo, niña, que yo nunca le hice nada.



Creo que ahora ha llegado a mi relato el momento más difícil de retomar... ¿Recuerdas que te prometí comentártelo? ¡Sí! Se trataba de lo que le sucedió a mi pobre Juan, mi hermano amado...

Con tan solo dieciséis años, yo ya había pasado por mucho, María... Tanto, que mi alma de niña se había vuelto anciana. Y a pesar de eso, no quiso Dios que descansara mi infortunio, pues cuando menos lo esperaba llegó a mi vida el peor golpe de todos. Una locura, un calvario... Aquello que te quise relatar, y que mucho ahora me está costando. Sucedió poco después de que mi divorcio con Giovanni finalizase, en julio de 1497, durante una noche hermosa en la que me reuní con mis hermanos César y Juan a cenar en casa de nuestra amada madre, quien aún seguía viviendo en la casa de la plaza de Pizzo di Merlo.

Tras la cena, mis dos hermanos se despidieron con gran cariño tanto de mí como de mi madre, y marcharon callejón abajo, perdiéndose entre las sombras de la noche. Fue la última vez que vi con vida a mi amado Juan.

Al día siguiente, un pescador sacó de las aguas del Tíber su cadáver destrozado. ¿Quién pudo cometer tal atrocidad, niña? En verdad teníamos muchos enemigos... ¡Pero hasta para cometer tanto daño! Cualquiera hubiera podido romper así el fuerte cuerpo de Juan, mutilarlo horriblemente y tirarlo al río. ¿Pero quién, niña, quién...? La lista de sospechosos era muy larga... Y contra de todo pronóstico, alguna lengua habló de la culpabilidad de César, mi gran favorito, mi consentido hermano...

Mi padre casi enloqueció de dolor y yo me desgarré por dentro... Comenzaba a desesperar con la familia en la que Dios me había otorgado la vida. ¿Pero con qué clase de jauría humana convivía? ¡Ah, qué dolor indecible padecí aquellos días!

Y para colmo de males, Francesco Guicciardini no tardó en clavar su aguijón de tinta en sus escritos malvados. Y esparció ahí donde le escucharon que el primer sospechoso de aquel infortunio debía ser César, por tener múltiples motivos para odiar, por envidia, a mi otro hermano.

Las cosas iban de mal en peor, niña... Tanto, que mi padre, preocupado, me recluyó durante una temporada en un convento, en donde yo notaba cómo languidecía de tristeza ante tanta maldad y peligros.



Ya, tras el asesinato de César, de nadie nos fiábamos... Teníamos enemigos hasta debajo de las alfombras y tras los tapices de palacio, y mi padre, el gran papa hundido en la tristeza a causa de tan terrible asesinato, decidió volver a actuar antes de que me sucediera a mí algo. ¡Y no se le ocurrió otra cosa que buscarme un nuevo marido! Sí, hija, sí... Lo que oyes....

Pero esta vez tuve más suerte: el pretendiente encontrado fue más agraciado, con fama de hombre fiel, inteligente y honrado. Yo nunca antes le había visto, ni mis oídos habían escuchado pronunciar su nombre en ningún lado, pero, a pesar de ello, mi padre —terco y empeñado— forjó una nueva alianza que me pillaría de por medio. ¡Otra vez se me utilizaba como cebo para solventar políticas extrañas y entresijos bélicos! Y así llegó a mi vida don Alfonso de Aragón y Gazela (príncipe de Salerno), hijo del rey de Nápoles y el ser más hermoso y apuesto que yo había visto jamás.

La primera vez que se cruzaron nuestros ojos fue el 14 de julio de 1498. ¡Cómo podré olvidarlo, niña! Le esperé impaciente subida a una almena del palacio de Santa María, y nada más verle, caí rendida, loca de amor, a sus pies. ¡Fue amor a primera vista! El corazón me explotó... Mi caballero nada tenía que ver con mi primer esposo. ¡Cuán diferente era! Porque Alfonso era apuesto, elegante, correcto, dulce, amable, amoroso... Era el esposo con quien yo siempre había soñado. Mis damas de compañía, viéndome como arrobada, no daban crédito a

mi delirio. ¿Cómo pudo pasarme algo así, María? Yo creo que fue causa de un regalo del cielo.

Para mi deleite, Alfonso cayó también prendado como un pajarito de mis encantos, y desde ese primer momento nos amamos con todo el corazón. Qué extraña cosa es el amor apasionado, niña... Ahora los psiquiatras de tu siglo XXI, con tantos adelantos sofisticados como ha experimentado la medicina, dicen que esos cantos de amor disparatado nacen de la psique por no sé qué células que se agitan. Qué misterios más ocultos moran dentro de la naturaleza humana... Y mirando atrás me conmuevo al ver lo que realmente sucedió, que ese matrimonio acordado por motivos políticos y de poder por mi padre el papa Borgia pasó a ser de un instante a otro una alianza de puro amor...

En Roma, la historia de nuestro delirio amoroso corrió como la pólvora, y en cuestión de días no se hablaba de otra cosa en tabernas, palacios, iglesias y mercados. Pero lo que nadie pudo sospechar fue que, a causa de tanto abrazo enamorado, a los seis meses de conocer a Alfonso, mi vientre se vio abultado, ¡pues una criaturita comenzó a desarrollarse dentro! Ahora sí era cierto: me había quedado embarazada del gran amor de mi vida con tan solo diecisiete años. ¡Qué deleite experimenté al descubrirlo!

Nuestra dicha era inmensa y la feliz noticia fue celebrada en palacio. Pero qué pronto pasó, hija... Porque parecía como si el destino se hubiese empeñado en hacernos a todos sufrir lo infinito, hasta hacerme a veces preguntarme si Dios estaba conmigo enfadado...



Las nubes comenzaron a entrar en mi universo de estrellas una fatídica mañana en la que mi padre me anunció de sopetón que había organizado la boda de mi hermano César con una princesa de Francia. ¿Pero no entiendes que eso era un gran problema para mí, niña? ¿Cómo que por qué? ¡Pues porque aquello traería implicaciones muy graves! A ver si entiendes, hija... Que a veces pareces dura de mollera y nada sabes de la política de mi tiempo. Ese matrimonio significaría

hacer una alianza con Francia, ¡y ese paso iría en detrimento de los intereses de mi Alfonso amado!

De repente mi unión con el amor de mi vida era un nuevo problema político para el estado, y los lazos que yo había conseguido anudar con su familia debían de ser desanudados. ¡Incluso la vida de Alfonso estaba en peligro! Aterrorizado, huyó para salvarla, dejándome a mí en Roma, destrozada, humillada, embarazada y profundamente enamorada.

De nuevo la vida me golpeaba, María... ¡Y con qué crudeza! Desesperada supliqué a mi padre que garantizara la vida de Alfonso, y este, conmovido, envió soldados para protegerle y organizó las cosas para que pudiera verle. Y así, una preciosa mañana de otoño, con embarazo avanzado, viajé al pueblo de Spoleto —tan precioso lugar de Perugia (Umbría)—, en donde sobre una colina me reencontré con mi amado.

Yo ni sé cómo tan solo un mes después (en noviembre de 1499), tras tanto disgusto y ajetreo, pude dar a luz a mi niño precioso. Rodrigo de Borgia y de Aragón nació sano y fuerte, con los puñitos apretados y la tez muy del color de la luna. ¡Jamás me había sentido tan feliz! Mi bebé lo llenaba todo de luz y de caricias, a pesar de las muchas sombras que se nos avecinaban... Porque nuestros enemigos, furiosos, acechaban horriblemente nuestro amor, nuestra vida y nuestra cordura.

Y esperando como lobos el momento adecuado, acudieron a hurtadillas a las escalinatas exteriores del palacio Vaticano, en donde la noche fatídica del 15 de julio de 1500, cuando mi esposo acababa de salir de sus aposentos de palacio, dormitaban inocentemente un grupo de peregrinos cansados. Mi esposo se sintió a salvo entre tanto ronquido y bastón desgastado... ¡Craso error! Pues tras de sí, una sombra saltó sobre él como una hiena que desenvainando una espada, me lo atravesó brutalmente. ¡Mi pobre amado! Quedó muy malherido... Fue una traición terrible, niña: tenía heridas en el cuello, en los hombros, en un brazo... Y así me lo subieron en volandas aquellos pobres peregrinos asustados, que no fueron capaces de

describir el rostro de aquel monstruo embozado. Yo me desmayé al verle en tan horrible estado, y mi padre, ni que decir tiene que llamó a los mejores físicos y cirujanos...

¡Cuánto lucharon por salvarle la vida aquellos sabios! Estuvo a punto de irse al cielo, niña, pero solo por un gran milagro se quedó conmigo. Mi padre, horrorizado, ordenó colocar dos guardias de su total confianza durante veinticuatro horas a la puerta de su aposento. ¡Pues había que impedir como fuera que lograra entrar de nuevo aquel desalmado! Yo no me separé de la cama de mi herido adorado ni día ni noche, hasta que milagrosamente, Alfonso comenzó a recobrar la salud.

Pero para mi total horror, tan solo seis semanas después de haberse recuperado, la hiena asesina logró engañar a los guardias de palacio, entró en los aposentos de Alfonso a hurtadillas, y me lo estranguló con total y absoluta habilidad diabólica.



Mi congoja fue brutal... Esa vez consideré que el destino se había cebado conmigo, y lo había hecho de la mano del diablo.

Lloré tanto, tanto, tanto... Aunque yo no lo recuerdo bien, creo que los ojos me enfermaron. Mi padre y mi hermano, asustados y avisados de mi pésimo estado de ánimo, no subieron a verme a mis aposentos.

—No podemos verla así... —me contaron mis damas que alegaron.

Y así, sin saber cómo enfocar la situación de mi lamentable e irremediable tristeza, ino se les ocurrió otra cosa más que enviarme a otro palacio! Y allá me fui, traqueteando sobre los lomos de una yegua, llorando a mares y deseando que la muerte me arrebatara por fin de esta tierra inmunda y tan llena de pecado. ¡Pero lo peor aún no había llegado! ¿Pues sabes a quién acusaron las malas lenguas de aquel horrible pecado? ¡Ah, Roma y sus chismes! Agárrate, niña, pues esto fue muy cruel y maldito... ¡Acusaron a mi hermano César por motivos políticos! Yo casi desfallezco al escuchar tan sucio alegato... Pero, aunque en Roma los maledicentes afirmaron con certeza aquella

horrible culpabilidad, nunca se encontraron pruebas, ni testigos, ni documentación ninguna os lo atestigua a los que llegasteis en otros siglos posteriores. ¡Nada, niña! Así que ¡a callar!

Yo le amaba mucho, era un buen hermano y muy considerado conmigo. Siempre lo había sido... Y quizá por ello decidí no pensar mucho en ello, no fuera de una vez por todas a perder la poca cordura que aún me rondaba por la sesera.



Había cumplido ya los veinte años y me sentía de nuevo dueña de un alma más vieja que el mismo universo. ¡Había padecido tantas monstruosidades...! Un divorcio escandaloso, el asesinato de uno de mis hermanos queridos y la viudez provocada por otro crimen. ¿Crees que son pocos motivos para padecer, niña? ¡Y por si les parecía poco, las malas lenguas aseguraban que todas aquellas monstruosidades quizá procedían del deseo de mi padre de alcanzar cimas políticas aún más altas!

Este, desde la lejanía en Roma, y sin consultármelo siquiera, movió otro peón en mi vida. ¡Pues no había transcurrido ni un mes desde el asesinato de mi amado Alfonso, cuando decidió desposarme de nuevo! Cuando me enteré, creí desfallecer de angustia... «¿Pero ahora quien es mi pretendiente, padre?», le escribí llena de congoja. Entonces él, impertérrito y tenaz como nunca, me insistió en que aquel paso era por mi bien, por Roma, por su Iglesia y hasta por Europa. ¿Y cómo contradecir ante tanta insistencia y, en teoría, ventajas?

¿Si lo deseaba? Vaya pregunta, María... ¡Por supuesto que no! Pero nuevamente mi padre, el gran papa, ordenaba mi vida, la organizaba y manipulaba... Yo sabía, en lo más profundo de mi corazón, que él me amaba sin fronteras. Y ante un amor paternal así, y dada la época en que me tocó vivir, ¿qué otra cosa podría haber hecho sino obedecer de nuevo?



Y así, antes de que pasara demasiado tiempo, me vi casada de nuevo. Esta vez, el novio, que no esperaba impaciente mi entrada al pie del altar —su familia hubo de ser sobornada por mi padre con gran cantidad de dinero para que aquella unión se produjera!—, fue alguien incluso de un rango mucho más elevado que mis dos anteriores esposos. Se trataba de Alfonso d'Este, quien, tras la muerte de su padre, sería el nuevo duque de Ferrara, descendiente de una de las familias más ancestrales, nobles y acaudaladas de Italia. Una familia que se había hecho famosa por su mecenazgo y a quienes les habían llegado, horrorizándoles hasta la médula, todos los comentarios que sobre mí y sobre mi familia corrían por las calles romanas.

¡Entonces mi padre entró en la trampa del soborno! ¿Qué otra opción tenía, si para entonces estaban en boca de toda Italia las calumnias sobre incestos, orgías e hijos ilegítimos que en su imaginación había tenido con mi padre y mi hermano César? Así que mi futuro suegro —el duque de Ferrara— envió un intermediario a Roma con la intención de constatar si aquellas barbaridades sobre mí, que se repetían en los burdeles, eran ciertas.

Pero, gracias a Dios, que es todo misericordia y verdad, aquel secretario volvió a casa de su señor contando una versión muy distinta a lo que se rumoreaba: «Os aseguro, mi señor, que he descubierto que la dama Lucrecia es todo lo contrario a lo que se dice de ella —informó—. He comprobado que los rumores sobre ella son calumnias y terribles mentiras —muy mal intencionadas— sobre su persona. Pues he conocido a la dama, que es una joven muy dulce, agradable y melancólica... Actualmente está abatida a causa de todo el sufrimiento que la vida le ha obligado a soportar. Es además de gran talento, de increíble belleza y muy agradable trato... No ha mostrado apariencia alguna de amar cualquier tipo de libertinaje, mi señor... Yo incluso diría que todo lo contrario».

¿Quieres saber qué fue lo que puso punto final a tanta duda? Pues el dinero, niña... Ese gran amo del mundo capaz de disipar toda perspicacia y chisme extraño. Porque el duque de Ferrara estiró la mano y obtuvo de mi regio padre un contrato o acuerdo

prematrimonial en el que se estipulaba una inmensa dote que, por exigencias de toda la familia d'Este, fue de inmediato enviada a Ferrara. Así que, resignada y profundamente abatida, entré de nuevo en otro matrimonio sin amor...

Tenía miedo, María. Mucho. ¿Sabes qué temía? Pues que mi nuevo esposo no me amara, que me tratara mal o me humillara tal y como lo hizo el primero, Giovanni Sforza, quien tanto agravio, como sabes, provocó en mi vida. ¡Y, por desgracia, resultó ser muy parecido! Pues el duque don Alfonso d'Este era frío, distante... ¡Su reputación era terrible! Le gustaba andar con prostitutas de gran fama, y durante mucho tiempo yo me sentí muy ignorada, humillada por su trato de hielo y sus miradas gélidas.



Un día, de pronto, me di cuenta de que al fin se me había roto el corazón... Ya no tenía ganas de luchar, de amar, de seguir... ¡Debes entender que aún era una niña, María! Tan solo una joven que pedía amor y que deseaba darlo con toda mi alma... Lo necesitaba a gritos, pues bastante había sufrido y el amor me había sido muy esquivo. Recordaba todos los días con amargas lágrimas al padre de mi hijo Rodrigo, y miraba al cielo con la esperanza de que, desde allí, me siguiera amando... ¡Ansiaba tanto ser amada por alguien! Y para aumentar más mi pesar, comprobaba con ojos asombrados cómo mi nueva familia, los duques d'Este, no ponían el más mínimo empeño en entender mis esfuerzos por quererles, y mi agonía por sentirme aceptada en su clan. ¡Y te aseguro que probé de todo, niña! Me preguntaban despectivos que a qué venía tanto desconsuelo, y me reprochaban mis lágrimas recordándome lo mucho que me procuraban: «Que si te damos comida en abundancia; que si te vestimos con ropajes de rica tela; que si adornamos tu melena con perlas del mar Egeo y joyas delicadas...». Pero es que yo ya no tenía fuerzas ni para sonreír... ¿La razón? ¡Me habían quitado a mi bebé! ¡A mi pequeño Rodrigo, mi luz, mi vida entera! A ese pequeño ser que era mi único consuelo... ¡Había sido obligada a dejarlo en Roma, bajo los

cuidados de las damas de honor que con gran cautela había contratado mi padre! Lo sentía llorar y añorarme a muchos kilómetros de distancia, despertándome cada noche con la camisola empapada en sudor y lágrimas de madre totalmente desesperada.

Aquello no podía ni debía seguir, María... Y al sentirme así, tan aislada, sola, afectiva y psicológicamente ignorada por mis nuevos parientes, pasó algo que... Bueno, que nunca planeé ni deseé...

¡Vaya! Ahora veo chispitas en tus ojos...

Mira que eres cotilla, curiosa y chismosa.



La brisa desconocida que me acarició de pronto el alma tenía nombre y apellido: se llamaba Pietro Bembo y era el poeta de la corte. Era un caballero, hermoso como el sol, educado, tierno y amable... Al principio me atrajo de él su conocimiento de las letras y su amor por la música de cámara a la que yo era tan aficionada. ¡Y él amaba tanto la poesía! En ella había yo encontrado siempre el consuelo en momentos de gran angustia, y a través de los poemas recuperaba la armonía que tantas veces perdía mi corazón.

Pronto me di cuenta de que me miraba con ternura, con pasión... ¡Y yo anhelaba el amor hasta límites infinitos! Digamos que me pilló muy, muy herida... Muy sola y desconsolada. Y esos ojos de poeta, uffff. ¿Y qué decirte de la dulzura de su alma?

Y así, un día me levanté al amanecer pensando en sus labios, en su dulce mirar y en su poesía. ¡Me estaba enamorando de nuevo! Estaba atrapada, niña... ¿Y cómo podía huir del desconsuelo que padecía junto a mi esposo, si mi poeta era el único que deseaba cambiar mis lágrimas por perlas? ¡Caray! Qué peligroso es el amor ciego, María... Volvemos otra vez a esas sustancias del cerebro que solo los médicos de tu era han sido capaces de analizar en este tipo de circunstancias traicioneras del corazón... La pasión y el deseo brotaron entonces desde lo más profundo de mi alma, y yo intuía que Pietro Bembo me correspondía y amaba. ¿Y qué hacer ante tal situación, niña?

Corría el año 1503 cuando, por fin, me escribió un poema de amor que coló en el interior de mi manga. ¡Dios bendito me protegió de que se cayera y lo encontrara alguien de mi casa! Hubiera sido terrible para ambos... Al día siguiente, en un rincón lleno de flores en el jardín, le amonesté.

—No volváis a hacer jamás cosa semejante —le dije.

—Entonces dadme uno de vuestros rizos dorados... —replicó Pietro sin hacerme caso.

¿Si se lo envié? ¡Pues claro, hija! No pude resistirme, y ahí que le hice llegar uno de mis bucles de la nuca, perfumado con agua de lirio y peinado con peineta plateada. Recuerdo que lo besé antes de esconderlo en la profundidad de un sobre...

Bembo se volvió loco de amor... Y yo también lo amaba, ¡pero no como crees! No, no, no... No así, María... Porque nuestro amor fue total y absolutamente platónico. Nunca hubo besos, caricias ni abrazos. ¡No me hubiera atrevido, niña! ¿En esa familia, todo el día vigilada y humillada? Hubiera sido mi perdición, mi pecado, mi caída en desgracia...

Y ahora que veo que te cuesta entenderlo, te diré que eran así las cosas en el Renacimiento, pues con tantos matrimonios de conveniencia, sin amor ni pasión, ¿acaso no acababan las damas enamoradas de sus poetas, retratistas y vasallos? Por ello no era extraño que en la corte los amores platónicos fueran muy recurrentes, protegidos y hasta envidiados. Era una forma de evadirse cuando tenías el alma tan castigada, y de huir del tedio y la tristeza... ¡Imagínate por un momento que a ti te hubieran obligado a casarte con alguien no deseado!

Conociéndote como ahora ya te empiezo a conocer, creo que saldrías corriendo en dirección contraria. Así que ahora no te hagas la mojigata y no me mires tanto.



Y estando yo entretenida y consolada con esta relación de amor sin «derecho a roce», recibí, como una gota de agua fresca, una carta de

mi padre. ¡En ella anunciaba que vendría a visitarme! ¡Oh, qué alegría me produjo aquello! Corrí a informar a mi esposo, que torció el hocico... Pero no me importó. ¡Mi amado papa Borgia venía al fin! Qué ilusión tan grande... Había transcurrido un año y medio desde que había llegado con Alfonso d'Este al palacio familiar de Ferrara, y no había dejado que pasara una sola semana sin escribirle. ¡Y ahora por fin le vería!

Entonces, apenas unas semanas antes de que emprendiera su viaje, me llegó un correo urgente desde Roma.

«Señora, el Santo Padre, Alejandro VI, acaba de fallecer», decía la nota.



La noticia me estremeció como si un puñal me hubiera atravesado las entrañas... ¡No podía ser! ¿Se trataría de un error? Entonces lloré como nunca antes había llorado... Y creí morir a causa del dolor. Me preguntaba dónde estaría Dios si tanto me quitaba. Mi segundo esposo se había marchado de una forma terrible y cruel, y ahora, el único vínculo de protección que me quedaba también me dejaba para siempre.

Mi porvenir estaba siendo nuevamente emborronado por nubes tormentosas... Me preguntaba qué sería ahora de mi pequeño Rodrigo... ¿Y si a mí me ocurriera algo? Mi situación era, simplemente, pésima: mi nuevo esposo, mujeriego y amante de prostitutas caras, no me soportaba; y su familia me despreciaba e igualmente detestaba... Entonces, ¿hacia dónde me conducía la vida?

Esa última tragedia marcó un punto y aparte en mi existencia: me sentía abatida, ¡pero no había caído en otro aspecto! ¿Que en cuál? ¡Pues que al fin podría vivir fuera del dominio férreo de mi padre! Y ya libre, ¿podría quizá divorciarme?

De pronto tenía ante mí responsabilidades políticas nuevas, herencia importante en mis manos y capacidad de recuperar a mi pequeño Rodrigo... Vi, por primera vez, un futuro nuevo ante mis ojos, una salida... ¡Y no era tonta, María! Tus historiadores me describen

como ágil de mente y astuta; y estaba segura de que, con paciencia y con buenos administradores, solucionaría conflictos civiles y complejos de Italia. ¡Hasta tuve una grata sorpresa con respecto a mi matrimonio! Pues cuando propuse a Alfonso el divorcio, ¡dijo que ni loco me lo concedería! ¡Se había comenzado a enamorar al fin de mí!

Esto último me conmovió mucho, niña. Fue algo muy hermoso e inesperado, viniendo como venía de parte del más infiel de los maridos.

Pero qué vueltas da la vida, hija.



Mi matrimonio con Alfonso duró diecisiete años, y parí seis preciosos hijos a quienes adoré con absoluta y total locura. Pero mi pequeña Isabel, a quien di a luz en junio de 1519, fue la causa de mi muerte. ¡Qué sorprendente fue que los años que viví en Ferrara fueron — contra todo pronóstico— los más afables y satisfactorios de toda mi vida!

Y marché de este mundo a los treinta y nueve años, agarrada de la mano de mi esposo Alfonso, quien con el tiempo comprendió, amó y suplicó mi perdón. ¡Me quiso y admiró profundamente al final de nuestras vidas!

Me enterraron en el convento Corpus Domini, y Alfonso, roto de dolor, se desmayó... Tuvieron que llevárselo, niña... Todo el pueblo de Ferrara acompañó mi séquito funerario y fueron muchos los habitantes conmovidos que juraron ver en mí a su «duquesa amada; la mujer de más cálido corazón y espíritu de gracia». ¡Qué irónica es la vida, niña, que justo al encontrar la paz me arrebató de esta tierra!

Dos días después de mi entierro, mi esposo Alfonso, devastado, compartió la noticia de mi marcha con un amigo:

No puedo contener las lágrimas al escribir esta carta y verme privado de tal dulce y querida compañía. Por su conducta ejemplar y el tierno amor que existió entre nosotros, siempre lloraré.

Carta de ALFONSO D'ESTE, Ferrara, Italia, 1519

A pesar de todo lo que te he relatado, sé que muchos de tus historiadores no me aprecian, María... No importa, diles que no les guardo rencor. Pero no dejes de recordarles que llevé dignamente mi vida, que los rumores sobre el incesto y el asesinato fueron falsos y que nunca me abandonaron. Tristemente creo que ya no lo harán...

¿Seré siempre vista como una mujer depravada, cruel y oscura de la historia del Renacimiento...? No lo sé, querida. Por eso a ti te pido, María, que digas al mundo que esto está simplemente mal. Que se ha exagerado todo, y que Lucrecia Borgia fue solo una preciosa mujer de pelo rubio, labios carnosos y piel de seda, con ojos despiertos, sensual, femenina y buena... Pero que viví atrapada en las garras de una familia disfuncional, en la que tanto mi padre regio —el papa Borgia— como mi hermano César me hicieron sufrir muchísimo. Que me utilizaron en los años mozos de mi vida para obtener poder político y económico. Y que aquello fue muy cruel, pequeña amiga María... Y que esas posturas me hicieron muy desgraciada.

¡Ah! Y no te olvides de aclarar que solo fue al final de mi vida —cuando ya habían fallecido mis familiares— cuando pude florecer como persona, promoví el arte, la cultura e hice grandes obras de caridad.

¿Que mi familia fue perversa y complicada? Sí, niña, así fue.

Pero otra cosa es que yo fuera culpable de todo aquello de lo que se me acusaba. Y ya te digo que de eso nada de nada.

SEGUNDA PARTE

**MUJERES DE LUZ
DEL SIGLO XX**



CAPÍTULO 5

MATA HARI

LA MUÑECA DE SEDA RASGADA

*(Leeuwarden, Países Bajos, 7 de agosto de 1876 - Vincennes, Francia,
15 de octubre de 1917)*



«Amo a los militares. Los he amado siempre y prefiero ser la amante de un oficial pobre que de un banquero rico».

Palabras de MATA HARI durante su juicio militar

No imaginas lo que me gustaban los álbumes de fotos, niña... Coleccionaba montones y montones de fotografías en las que se me veía ataviada con esas ropas exóticas que tanto me agradaba ponerme para mis espectáculos... ¿Sabes que después de que me asesinaran esos canallas, mi familia encontró una barbaridad de ellas esparcidas o escondidas por todos los rincones de mi pisito? Sí, hija, sí... Debajo de la cama, dentro de los libros, entre mi maquillaje, en los bolsillos de mis trajes... ¡Ah! Qué presumida fui, niña... Las tenía porque el mirarlas me traía recuerdos preciosos de lo que un día fui. ¡Porque llegué a ser tan bonita, niña, que...! Pero, ¡ay!, qué pronto se marchita la belleza. ¡Bah! No somos nada... Bueno, no soy nada ahora, ¡pero un día sí lo fui, María! Fui la «Gran Mata Hari: la más bella y exótica bailarina que nunca hubo en Europa y hasta en el mundo entero». ¡Casi nada, reina!, ¿eh? Una artista de los pies a la cabeza, como ha habido pocas. Sí, tú riéte todo lo que quieras... Pero lo que te digo es verdad, y para que veas que no te miento, te informo de que todo sobre mi persona ha quedado escrito de la forma más recta, seria y convincente que se puede hacer. ¿Que cómo? Pues ni más ni menos que en un expediente militar del año 1917, en donde todo el juicio al que me sometieron esos canallas y que me llevó a la tumba — injustamente, te lo aseguro— fue mecanografiado.

No es broma, querida. Mira que durante los terribles interrogatorios se contó todo y más sobre mi increíble vida, que fue extraordinariamente aventurera, exótica y espectacular.



Y gracias a ese expediente hoy se saben muchas cosas sobre mí, como que nací un 7 de agosto de 1876 en Leeuwarden. ¿Cómo que dónde está eso? Qué paleta eres, caramba... A ver cómo te lo explico: Leeuwarden es la capital de la provincia de Frisia, situada en el norte de los Países Bajos. Un lugar hermoso en donde los inviernos son terriblemente fríos y los veranos muy agradables. Ahí viví mis primeros doce años más contenta que un sol, mimada por mi tierno padre, un empresario llamado Adam Zelle, que me consideraba la niña de sus ojos y me cuidaba como a una flor.

Papá Adam era pudiente —¡mucho, querida!—; y durante esos mágicos primeros años me sentí muy amada por él. Se puede afirmar que bajo su mirada protectora y amable no me faltó de nada... ¡Incluso nuestro hogar era de los más lindos del barrio! Nuestra casa era elegante, señorial y ricamente decorada. Poseía grandes balconadas rebosantes de flores que daban a los canales de la ciudad, en donde yo me deleitaba horas asomada para ver pasar los barcos bajo los puentes. Cuando mi padre se acercaba calle abajo tras finalizar su jornada, siempre miraba hacia arriba y al verme ahí asomada me gritaba: «¡Hola, mi pequeña flor!».

¿Quieres saber cuál era el negocio de papá que tanta abundancia nos proporcionaba? Pues uno que te hará sonreír, niña, pues mi padre era el dueño de unos almacenes florecientes de moda, en donde se vendían fieltros, sombreros, gorros, guantes y muchos accesorios bonitos de esos que hacen las delicias de hombres y mujeres a los que les gusta la moda. Pero el negocio que realmente nos hizo dar el salto de lo básico a la abundancia fue unas inversiones que papá hizo con ojo de lince en unas empresas petroleras situadas en el lejano Oriente y las Indias Orientales Holandesas. Todo nos sonreía entonces y nada presagiaba que nubarrones muy feos se acercaban...

¿Qué fue aquello tan malo que nos sucedió? Pues que la fortuna no duró demasiados años... Eso es lo que pasa cuando un comerciante soberbio de inmensas ganancias se pierde en algunos vicios feos como el alcohol y las lindas mujeres... Y fue por esos pecados turbios por lo que se terminó por confundir la coherencia de mi padre, y perdió su capacidad para los negocios. Y comenzó a especular con el mercado de valores sin mucho tino, y antes de que nos pudiéramos dar cuenta, lo perdió todo y nos abandonó... Sí, hija, sí... Un triunfo para el demonio, que se frotó las manos al ver cómo una familia que mucho se había amado perdía de golpe el amor, la unión y el dinero... Y mi pobre madre, la preciosa Antje van der Meulen, rota de dolor, hasta enferma cayó a causa del disgusto...

¡Aquello fue muy angustioso para mí, niña! Pues tras la enfermedad de Antje llegó el divorcio, y tras este, su terrible y espantosa depresión. Un pesar condujo a otro, y en mayo de 1891, tras unos pocos años sufriendo inmensa presión psicológica, infinita tristeza y altas fiebres, por fin Dios llamó a mi Antje al cielo, dejándome sin madre, la más bonita de este mundo, a quien yo había estado unida como la uña al dedo. Y me vi de pronto con catorce años recién cumplidos, con el alma rota y los bolsillos vacíos. ¡Qué sola y abatida me sentí, María! Y pregunté a Dios el porqué de su ira hacia nosotros, que había permitido que me quedara huérfana y asustada, teniéndome que ocupar de mis tres hermanos chicos... Pobrecitos míos...

Mira que ahora me vienen a la cabeza sus caritas pequeñas, aterrorizadas y vulnerables.



¿Y quieres saber qué fue el colmo? ¡Pues que al morir mamá, mi padre corrió a casarse con otra mujer en menos de lo que canta un gallo! La afortunada —si se puede decir algo así— fue una señora muy bonita llamada Susanna Catharina Ten Hoove, quien me rechazó en cuanto me vio. ¡Cómo me disgustaba escuchar en las noches a mi padre discutir con ella! Reñían porque ella no me deseaba a su lado. ¿Te

puedes creer lo egoísta que era? Y mi padre, un torpe enamorado y ya sin dinero con el que mantenerme en condiciones, decidió tomar una terrible solución... Lo has adivinado: me enviaron a un internado de señoritas! Yo no quería ir, María... Lloré, supliqué, intenté razonar con ellos... Pero nada, reina. Que me enviaron a aquel lugar horrible en donde estuve, sintiéndome huérfana y abandonada, hasta que cumplí los diecisiete años. ¿Y crees que la soledad en la que viví inmersa en ese lugar fue lo peor? Pues no, querida... Porque lo más terrible fue que el director del centro se fijó en mí... Yo ya era muy bonita entonces, ¿sabes? Y había comenzado a florecer como aquellas flores de nuestras balconadas, notando cómo mis pechos se redondeaban y mi cintura se estrechaba.

¿Quieres saber cómo era mi rostro? ¡Ah! Lo imaginaba... Pues mira que tenía los ojos grandes, bordeados de pestañas larguísimas sobre una piel blanca como la luna y acompañados por una boquita del color de las fresas. Mis manos eran finas y blancas como la porcelana y mi pelo negro como el azabache. Vamos, que era una monada... Entonces, ese hombre, el director del orfanato, un sinvergüenza que muchos años me sacaba por delante, me sedujo... Yo me dejé caer, o quizá no, niña, que no lo sé. Porque era tonta y estaba como alelada por la soledad y el miedo, y él me pareció procurar cierta protección psicológica. Así que perdí mi virtud entre sus brazos sucios y me utilizó el tiempo que le vino a su antojo.

Las demás señoritas internas notaron el trato amable del señor director hacia mí, y entonces comenzaron los celos, las envidias y las rivalidades femeninas que tanto daño hacen en la adolescencia, hija... ¡Y era cierto que anduve liada con ese señor! Pero fue por pura confusión y, claro, ellas no lo entendieron y me juzgaban... ¡No me juzgues tú ahora, querida! Piensa que él representaba la autoridad del lugar. ¡Y era un sinvergüenza! ¿Que por qué? Pues porque estaba casado y me utilizó para su placer. ¡Y yo era una cría, María! Una niña-mujer confundida, sola, muy vulnerable y asustada, que buscaba desesperadamente cariño. ¡Y aquellas criaturas celosas se cebaron en mí! ¡Y de qué manera! De todo me llamaban: guarra, sucia, mala... Me

molestaron mucho y me maltrataron... Fíjate que escondían mis pañitos, me quitaban el vaso de la mesilla de noche y tiraban por el patio mi orinal...

Eran perrerías sin demasiada importancia, pero molestas y desagradables. ¿Y qué hice yo? Pues qué iba a hacer, hija: callar. ¡Pues no quiero ni pensar lo que habría sucedido si encima me hubiera chivado! Capaces hubieran sido esas señoritas de pegarme..., pues a pesar de no chistar, un buen día, de forma absolutamente inesperada y sin aviso previo, fui expulsada del centro. Así, ¡PUM! De golpe y porrazo... Luego me enteré de que había sido a causa de mi reputación. ¡Ah, las envidias, niña, qué terribles son!

Y así me vi en la calle, más sola que nunca, sintiéndome perdida, usada y tirada como un pañuelo sucio al suelo. Sin embargo, ahora era consciente de que tenía un arma: era bonita y sabía muy bien que gustaba a los caballeros.

Tenía por fin una figura curvilínea y un corazón herido, y esa combinación, niña, es un peligro.



Si una cosa me había quedado muy clara cuando me vi sola en la calle era que tenía que ingeniármelas como fuera para sobrevivir. ¡Me negaba a pasar hambre! Pero sola, sin conocer a nadie y asustada, ¿qué salida tenía? Ninguna, querida... Y fue la dueña de la pensión en la que pernocté la que me dijo: «¡Usted es bonita! Ya verá como se casará pronto...». Aquello disparó en mi corazón una idea interesante: ¿y si lograba encontrar marido? De pronto me vi perdida en ensoñaciones, imaginándome vestida de novia, con perlas brillando sobre mi cabello negro y un traje nacarado de encajes cubriendo mi hermoso cuerpo. El problema era que no conocía a ningún caballero. ¿Y cómo encontrarlo, niña, si era tan solo una chiquilla? Era bonita, atractiva y muy sensual... Pero si no descubría nadie tales dones en mí, de poco servían.

—¿Y sabe usted dónde están esos señores apuestos que buscan una esposa? —pregunté inocentemente a aquella mujer.

—¡Pues aquí mismo, criatura! —dijo, señalándome con un dedo recordete un periódico abarrotado de anuncios para encontrar pareja.

Y así fue como, rebuscando y hurgando entre los anuncios, encontré la foto de un hombre apuesto, de buen ver, fornido e uniformado. «Este me agrada...», pensé. Se llamaba el coronel Rudolph MacLeod y decía que vivía en las Indias. Aquel dato me pareció muy exótico... ¡Nunca había viajado! «Qué hermoso debe ser conocer el mundo...», me dije exhalando un largo suspiro. Entonces dejé que la imaginación me desbordara, a pesar de que anunciaba su edad y para mi desconsuelo me sacaba veinte años. Era mucho... ¡Pero tuve la suerte de leer que estaba de permiso y buscaba compañía femenina! «¿Seré capaz de enamorar a este oficial tan apuesto?», me pregunté. Era tan joven... Tenía dieciocho años y ni un céntimo en mi monedero. Se me estaban acabando los recursos y comprendí que al menos valdría la pena conocer al galán uniformado.

¿Si tenía miedo? ¡Mucho, niña! Demasiado... Pero no tenía alternativa. Así que le escribí con pocas esperanzas de encontrar respuesta.

Cuál fue mi asombro y sorpresa cuando a los dos días, con un lacito azul adornado, me llegó un sobre con su letra. «Le invito a usted, señorita Margaretha, a una visita en el museo de la ciudad, a mediodía. Llevaré mi uniforme y un ramo de flores blancas en las manos. ¿Acudirá?».

¿Si fui? Vaya pregunta tonta me haces, niña.

Como si me hubiera podido permitir faltar a tan importante y única cita.



Cuando le vi en el museo ataviado con ese uniforme, ¡comprendí que mi vida podría tener un futuro, amiga mía! Porque ahí estaba él, con su bigote y sus cejas pobladas, y una sonrisa burlona que a cualquiera hubiera vuelto loca. ¡Vaya sorpresa me llevé al verle tan agraciado! Alto, fornido, apuesto, galante... Ya en esa nuestra primera cita me compartió su deseo de regresar a las Indias, en dónde me aseguró ser

muy feliz. ¡A mí aquello me pareció de lo más exótico y emocionante! Recuerda que yo nunca había salido de mi ciudad y anhelaba ver el mundo, así que le dije que nada me gustaría más que acompañarle en alguna ocasión...

Mi coronel se quedó fascinado con nuestra primera cita y comenzó a escribirme cartas preciosas, poéticas y dulces, que hicieron mis delicias. ¡Yo estaba encantada con tanto verso y tinta enamorada! Y me dejé engatusar, pensando que de tardar mucho en entregarme a sus deseos, quizá le perdería.

No me mires así, niña, que se me antoja que me consideras una golfa. ¿Y qué si un poco en efecto lo fui? ¿Qué querías que hiciera? Mi coronel me atraía, me prometía el mundo, consolaba mi soledad... ¡Llevaba tanto tiempo sintiéndome huérfana! Y de pronto ya no lo era. ¿Y sabes cómo me engatusó? Pues llevándome a restaurantes de moda en donde se topaba con amistades de alcurnia, a quienes me presentaba con orgullo. ¡Y me colmaba de dulces vinos! Yo me sentía halagada... Como para no estarlo después de tanto temor y penurias...

¿Que si me importaba que me doblara la edad? Un poco, querida. A veces los historiadores que han escrito sobre mí han querido ver en esa atracción una especie de deseo intenso de recuperar al padre perdido que tanto amé y que con tanta crueldad me abandonó siendo un mico... Quizá sí; no te lo niego. Pero lo que es cierto es que Rudolph representaba la protección perdida que yo tanto añoraba y que con desespero buscaba. ¿Y qué decir de lo mucho que su relación podría ayudarme a entrar en sociedad? Tenía amistades, posición social y pronto me percaté de que era requerido con agrado en todas las fiestas de la ciudad. ¿Cómo evitar, pues, su cariño y esquivar sus deseos de cama? Las cartas estaban echadas, querida: debía aceptar sus caricias o perdería la gran oportunidad de salir de las sombras de la vida que tanto se empeñaban en oscurecer mis pasos.

Ya veo que me miras raro... ¡Está bien, te diré la verdad! Sí, hija, sí, fui precoz en las cosas de almohada, muy activa sexualmente y muy lanzada. ¿Y qué? Ya a esas alturas sabía que a los hombres mucho les atrae la feminidad y la coquetería. ¡Y a él le gustaba mi manera de

cortejarle! Le apodé Johnny, ¿lo sabes? ¡Y, huy, lo que se reía! Eso le encantaba, niña. Y le toqueteaba de forma picante y atrevida con los dedos del pie bajo la mesa, dejándole ver que no repararía en acostarme pronto con él. ¡Cosa muy atrevida para mis tiempos, hija! No me mires de reajo, mujer... Tampoco tenía tanta importancia dado que yo acepté su oferta matrimonial al minuto y quedaban ya pocas semanas para el enlace. «¡Qué suerte que ambos seamos tan apasionados!», le susurraba...

No tuvieron que transcurrir más que unos días para que me diera cuenta de que lo había vuelto loco de amor, de deseo y de pasión.



¡Y nos casamos! Me uní a Rudolph MacLeod el 11 de julio de 1895 en Ámsterdam, en un día lluvioso, ataviada con un precioso traje de encaje crema y decorando mi frente y mi cabello negro con perlas, tal y como, risueña, lo había imaginado muchas veces, ¿recuerdas? ¡Ah, qué dicha, querida! Parecía un sueño, una dulce quimera... Había salido de la pobreza, de la soledad y de la tristeza. ¡Y para colmo de alegrías, en menos de dos años, dio Dios a mi vientre una vida nueva! Y nació de mis entrañas, en 1897, mi precioso niño Norman-John, al que arrullé en mis brazos y amé de con todas mis fuerzas. Entonces Rudolph decidió que había llegado el momento de regresar a las Indias Holandesas, y ahí que me embarqué con él, con mi niño, con una criada y un montón de maletas.



Cuando llegamos a Java una bocanada brutal de calor me abofeteó la cara. Me preguntaba cómo no me había preparado mi marido para semejante desagradable sorpresa... ¡Porque qué calor más horrible padecimos! Me costó mucho acostumbrarme a la hacienda en donde en un principio nos instalamos durante meses, hija... ¡Aquello era tan diferente a Ámsterdam! Qué mundo tan grande es el nuestro, y qué distintos son los hombres de las lejanas islas... Madre mía. No me

imaginé lo hermoso y difícil que sería aquel destino. Y luego vinieron peores, como los destinos a Malang —en donde nació en 1898 mi preciosa niña Louise Jeanne—, y de Medang, en la costa oriental de Sumatra.

Fue precisamente en Medang donde sucedió el peor evento de mi dura vida... Pues nada más organizarnos en la nueva casa, entró a trabajar como niñera una nativa. ¡En el mismo momento en el que puso esa víbora el pie, comenzó nuestro infortunio! Porque me tenía envidia, me contestaba, me desobedecía... Y yo, harta y por dejar bien claro quién era la señora y quién la esclava, le reñí duro y la maltrataba. Y entonces, un fatídico día, caímos todos envenenados. ¡Vaya casualidad fue que a ella no le pasara nada! ¿No te parece? Y enfermamos mucho los cuatro, en especial mi muñeco, mi precioso hijo Norman-John, que a los tres añitos y a causa de la terrible pócima, marchó al cielo.

¿Que si me cabe alguna sospecha de otra mano asesina? Qué va. De ninguna manera, María. Sé que aquella maldita esclava fue la responsable directa de aquella espantosa tragedia. Y creo saber la razón de ese odio y esa envidia. Fue a causa de que mi esposo Rudolph encarcelara al maldito marido de aquella víbora. Había robado, ¿sabes? ¡Y eso no estaba permitido bajo ningún concepto! Mi esposo actuó con justicia, encarceló a ese desgraciado y ella, en venganza, nos intentó matar a todos metiendo, vete tú a saber, qué tipo de veneno en la comida. Y es que no era extraño eso de los envenenamientos en las colonias, niña, que cuando alguien fastidiaba en los poblados, ¡itoma!, ocultismo al plato. Los indígenas eran así: muy salvajes y básicos, con raíces arraigadas en la superchería y con gran influencia de brujos y magos. ¡Dios mío, qué enfermos nos pusimos! Las fiebres fueron altísimas, los sudores temibles...

Yo sufrí mucho y derramé lágrimas abundantísimas con el asesinato de Norman-John; pero quien casi cae en la locura fue Rudolph. ¡Qué abatido estaba! Un día, sin que se percatara, eché uno ojo a su pluma mientras escribía una carta a su hermana. Y pude leer que le decía que lo que nos había sucedido era lo peor que le podía

pasar a un ser humano y que deseaba morir. ¡Pero lo más terrible era que me culpaba! Aquello me dejó de una pieza, niña. Y le reñí, le grité y amonesté por semejante tropelía y terrible acusación... Y me sentí tan mal por aquella sugerencia... Pues era verdad que yo —vaga con los niños, cuyos cuidados reconozco que me agobiaban— dejaba demasiado tiempo a la criada para que se ocupase de sus juegos, de su tiempo y de sus comidas. ¡Y Rudolph se empeñó que toda aquella tragedia se podría haber evitado de haber estado yo más pendiente de mis obligaciones de madre! Uffff... Las peleas que comenzamos a tener a causa de aquellas acusaciones dolorosas fueron terribles; y nació la angustia y brotaron los reproches, y nos culpamos uno al otro con gran rabia.

Una tarde, mientras bebía jugo de coco en nuestro porche con la mirada perdida en la lejanía, me di cuenta de que, contra todo pronóstico, ya no era feliz junto a mi esposo. Me había roto el corazón con tantas acusaciones y solo pensar que pudieran tener fundamento, me perturbaba...

Realmente ese día comprendí que me agitaría durante toda una vida.



Volvimos a Holanda tristes, discutiendo sin parar, con reproches constantes y un diabólico rencor muy difícil de sanar en nuestros corazones. «¿Acaso te quieres divorciar de mí?», me preguntó un día Rudolph. «Sí, me largo», dije. Y sin pensarlo demasiado agarré a mi niña —que era lo único que ya me importaba en la vida—, hice su maletita y le dejé plantado. De un momento a otro me sentí libre, ¡pero qué pronto se vio mi libertad limitada! Porque no había calculado que ambas necesitábamos de su ayuda económica, de su dinero para los gastos, para el alimento y los cuidados de nuestra hija. ¡Y se puso como un basilisco cuando se lo exigí! Madre mía, el griterío que formó... Dio voces, pegó una patada a una mesita y me insultó.

—Dame a nuestra hija —me dijo—. Yo la mantendré, que tú nada por ella haces...

¡Cuánto me humilló escucharle pronunciar esas horribles palabras! ¿Que si se la di, preguntas? ¿¡Pero tú estás loca?! ¡De ninguna manera! ¿Quieres saber lo que le dije? ¿Sí? Pues escucha y comprende: le dije que jamás, ni muerta, le entregaría a mi niña, pues ella era mi luz, el sentido de mi vida; y que si osaba arrancármela de mi lado, me mataría.



Intenté cuidar de mi pequeña lo mejor que pude, María... Pero la vida, simplemente, me lo impidió. Mal acostumbrada como estaba a vivir con un hombre que pagaba todos los gastos, ino me había percatado de lo caro que era mantener a un hijo! Sí, niña... Así te lo digo, con vergüenza y desespero. No llegaba a fin de mes, y mi hija debía estar bien alimentada y escolarizada. Así que para mi desconsuelo, en 1906 llegó el momento del juicio sobre mi divorcio —que se celebró en los Países Bajos—, en donde mi marido se explayó de lo lindo sobre mi promiscuidad, acusándome de haber sido una golfa mientras vivimos en las islas. ¡Qué apuro pasé! Y me arrancó a mi pequeña y me quedé más sola que antes, angustiada y sin saber qué hacer —inuevamente en mi azarosa vida!—, y más sola que la una.

Así que, divorciada y sin residencia fija y medio céntimo en mi monedero, hice lo que todas las separadas de mi tiempo hacían para buscar mejor vida: ¡me marché a París! ¿Cómo que por qué? Qué preguntas haces, criatura... Pues porque era ahí de donde llegaban vientos de libertad para mujeres como yo, que sin marido ni pretendientes buscaban sacarse las castañas del fuego. París era divina, fresca y llena de aventuras llamativas para toda aquella joven que quisiera triunfar. ¿Cómo que en qué? ¡Pues en lo que fuera! Porque ahí bullían los artistas, los pintores, los músicos y bailarines... En sus callejuelas se respiraba la cultura, y en cada gota del Sena se bebía frescura. Era una ciudad mágica e increíblemente hermosa. ¿Lo entiendes ahora?

Entonces agarré mis bártulos, mis maletas y mis sombreros cargados de plumas y abalorios, y me marché con el único deseo de

dejarlo todo atrás: exesposo, hija, recuerdos y tristeza...

París me esperaba con los brazos abiertos, ¿y acaso eso no lo debía yo aprovechar?



¡Ah, París, ciudad de amantes apasionados, de luces, de cabarés y música! Me instalé en una buhardillita de dos por dos, y en menos de lo que dura un sorbo de café me convertí en otra persona.

Como era bonita aún —a pesar de mi vientre algo más distendido a causa de los dos partos—, en 1903 hice mis primeros pinitos como modelo de artistas bajo el nombre de Lady MacLeod. Pero pagaban tan poco... ¡Ah, esos pintores extraños! Todo talento y escasas monedas en sus bolsillos agujereados... Así que no duré mucho en aquellos áticos helados, en donde, desnuda como Dios me trajo al mundo, tiritaba como un pajarito al viento haciendo de modelo para la posteridad de sus pinturas.

Entré entonces en un momento tan duro de mi historia, niña... No tenía dinero ni para comer. Mi buhardilla era una miniatura en la tan solo cabía un colchón fino y mis trastos almacenados de cualquier forma. Y así pronto me di cuenta de que no me salían las cuentas... ¡París estaba resultando ser mucho más difícil de lo que yo creía! Así que, con el rabo entre las piernas, algo desnutrida y agotada, regresé a Holanda. ¡Pero no te creas que vine como un pollito aplastado por la vida! No, que no y no... Eso no iba con mi persona. Pues regresé más fuerte, madura y sensata que nunca.

«¡Se acabaron las tonterías! —me dije—. Aquí no acaba mi guerra y no se rinde nadie».

Y entonces, envalentonada por la fuerza de salía de mi interior, pensé en una solución muy alocada. ¿Y si ponía en práctica todo aquello que había visto y aprendido durante mi estancia en las islas? Siempre había mirado con ojos absolutamente asombrados a las bailarinas exóticas de aquellas tierras, con esos ritmos alocados y unas vestimentas disparatadas y atrevidas. Recordé las plumas que se ponían por la cabeza, las conchas tintineantes colgando de sus

pañuelos, los cueros recosidos y los tobillos cascabeleros... ¡Todo aquello me había fascinado desde el primer momento que pisé aquellas lejanas tierras! Y pensé: «¿Y por qué no ponerlo en práctica?». ¡Al fin y al cabo, en esos años locos europeos, estaba muy de moda todo lo exótico, niña! Y los holandeses observaban con curiosidad aquellas tierras lejanas y sus pintorescas costumbres, y hasta la literatura romántica lo reflejaba. ¡Estaban aburridos de los tonos grisáceos de una Europa enferma! Y sin embargo... ¡qué hermoso era todo lo que les llegaba de Oriente! Y así se puso de moda decorar las casas con jarrones chinos, porcelana de Japón y conchas nacaradas. ¡Todos los salones de los hogares de «gente bien», tenían de repente ese tipo de cosas! Así que, ni corta ni perezosa, ahí me lancé, maja. Y me trencé mi larguísima melena negra como el azabache que había heredado de mi preciosa madre, y comencé a soltar embustes por tabernas, clubes y restaurantes. «Soy una princesa de Java —decía sin miramientos ni complejos—. Y aquí he venido para enseñar mis artes».

Y así nació por fin mi personaje Mata Hari, imás ficticio que nada! La bailarina de Indonesia, la mujer sin pasado y bella como una estrella de mar muy lejano... Una caracola de nácar, un rayo de sol esplendoroso. Sí, niña, sí, me reinventé totalmente envuelta en la más absoluta fantasía. Pero no me juzgues duramente. Pues debajo de todo aquello, tras ese montón de máscaras, debes entender que solo había una muñeca rota, vestida de seda, sí, pero de seda rasgada.... Mi corazón estaba ya muy herido y sangraba... ¿Y qué otra forma encuentras tú para apagar tanto desconsuelo? Soñaba con bailar esos preciosos bailes nativos de las Indias, integrando todas mis vivencias... ¿Acaso el baile y las ensoñaciones no te parecen suficientemente válidas?

Puedes pensar lo que quieras, pero yo no vi otra solución, mi querida María.



Mi estreno escénico sucedió en el Museo Guimei y mi nombre artístico fue Mata Hari. ¿Sabes lo que significa en malayo? Pues significa «ojo del alba». ¿A que es precioso? ¡Ah, qué acertado fue escogerlo!, pues inmediatamente se disparó mi carrera. Y comenzaron a lloverme pedidos de *striptease* —o como ahora lo queráis llamar los de tu tiempo, niña—, que, bajo mi punto de vista, no me parecieron indignos. Y durante una fiesta en marzo de 1905, me lancé, delante de un público abarrotado, a bailar tres danzas: «La invocación a Sheba», «La princesa y la flor mágica» y «La danza guerrera en honor al dios de la guerra». ¡Toma ya! ¿Y crees que no les gustó? ¡Te equivocas! ¡¡Les entusiasmó!! ¡La última de estas tres danzas me lanzó al estrellato, niña! Porque utilicé una lanza o pica de guerra que encontré tirada en un mercadillo, y la subía y bajaba, y con ella fingía que les atacaba. ¡Madre mía lo que aquello sorprendía! Y los caballeros aplaudían como locos riendo a carcajadas, mientras que las damas se tapaban los ojos con sus abanicos simulando escandalizarse, para luego ensayar —a escondidas y frente al espejo de sus recámaras— mis gestos alocados y medio en trance.

¡Jajaja! Qué cosas, niña... ¡Y no te cuento lo mucho que les gustaba mi representación con marionetas javanasas! Madre mía... Estas causaron un impacto tal que pronto se formaron colas en la entrada. Pero lo que sin duda más les arrobó fueron mis *stripteases*. Que Dios me perdone hoy por ello, ¡pero es que entusiasmaron! Y así no fue sorpresa para nadie ver que en 1905, contra todo pronóstico de fiasco, mi carrera había despegado cual cohete y llegó hasta las estrellas; y rocé la luna y hasta posé en ella mis pies descalzos llenos de cascabeles y esencias.

Por fin me sentía adorada, adulada y conmovida, pues todos me amaban: los caballeros, sus esposas, los dueños de los locales y hasta la gente humilde de las calles más barriobajeras, quienes, arrobados con los carteles anunciadores, me reconocían por las calles. ¡Ah, qué sensación tan extraña era sentirse en la cima del estrellato, niña! Recibía muchos ramos de rosas en mi camerino, ¡tantas, que a veces me veía obligada a tirarlas de cualquier manera!



Y aquella fama rodó por todos los sitios y el empujón parecía imparable.

Comencé a tener que bailar casi cada noche, iy ya no solo en clubes de espectáculos! Pues me comenzaron a llamar de casas privadas, en donde tras succulentas cenas era yo requerida para entretener a los invitados, quienes, frenéticos, me pedían el teléfono de mi pensión como presos de la más extraña alucinación enamorada. ¡Todos deseaban tenerme en sus fiestas a modo de postre lujoso! Qué cosas, niña... Y yo, mientras, mentía y mentía, haciéndome pasar por una verdadera princesa de Java. ¿Si todos me creyeron? Vaya pregunta, niña... Yo creo que no... ¿Pero qué más da eso ahora? ¡Ganaba cien francos por noche! ¿Acaso crees que entonces importaba quién era verdaderamente aquella extraña bailarina hindú-javanesa-princesa-tahitiana? Porque yo ya perdí el control de lo que en verdad representaba. Y cuanto más raro era mi exótico baile, más aplaudían y se agitaban. ¡Las coreografías que diseñaba eran un disparate! Pero ese París, tan ávido de novedades y exotismo, todo lo aceptaba. ¡Y soltaba unos embustes tremendos por la boca!: que si nací en Java, que si mi madre me parió en la selva, que si me recostó en una gran hoja de palmera, que si me bañó en las cálidas aguas que del cielo tropical caían... ¡Y que aprendí a bailar aquellas danzas cuyo significado mágico solo yo conocía! Qué sé yo cuántas mentiras bonitas...

Y a ver cómo les explicaba luego a mis admiradores que me había inventado todas aquellas danzas javanesas, que nada a la realidad se parecían. ¡Pero si ni realizaba los movimientos característicos de tales danzas! Y así mis piernas, la posición de las rodillas y sobre todo el lenguaje de las manos, eran un churro monumental; un verdadero cóctel de mil esencias, imágenes y posiciones inventadas. Pero eso sí: itodo marcado con una grandísima sensualidad! Yo sabía que aquello era la clave: mis movimientos extremadamente exagerados, sensuales y lentos, con los que simulaba que entraba en una especie de trance

que a todos dejaba ensimismados... ¡Y los pobres incautos creían que era mi danza la que hacía entrar en trance a mi cuerpo! Cuando de magia nada había, maja... Qué va. Eran todo tontadas y artimañas esotéricas en las que conjugaba con maestría lo extraño, lo exótico, lo inventado, el erotismo y carne demasiado expuesta.

¿Que si a veces me preguntaban curiosos más información con la que me arriesgaba a ser pillada? ¡Huy, sí, niña...! Menudos apuros pasaba... Pero me las apañaba con rapidez y con agilidad en la lengua —bien cargada de mentira!—, explicándoles cosas como que «solo los que allí nacen y viven pueden luego comprender todos y cada uno de los significados mágicos, religiosos y misteriosos que entrañan tales danzas». Y con eso, milagrosamente, tiraba...

Llegó un punto en el que tanto era lo que repetía mis historietas locas y sofisticadas, que acabé convenciéndome de que eran todas realidad. ¿Sabes que eso pasa, verdad? Ocurre con los mentirosos patológicos, niña... Y yo creo que con tanto mentir y tan duro pasado en el alma, caí en esa enfermedad tan fea... Creo que los médicos de tu era ahora la han bautizado como mitomanía. No me quiero justificar, pero fue una lástima, hija. Porque los periodistas me preguntaban muchas cosas, y yo ya no sabía qué le había contado a uno y a otro, formándome a veces un lío muy grande y enredándome en mi propia mentira. ¡Qué enredos montaba, Señor! Y así luego me sorprendía a mí misma leyendo cosas que yo misma había dicho en prensa y que hasta a mí escandalizaban.

Pero ya no había remedio, hija... Pues muchos incautos — ¡muchísimos!— me creían... E imagínate lo que es luego salir de eso, que ni el mejor malabarista es capaz de desatar tanto nudo, tanto lío y tanto despropósito imaginativo.



Y con toda aquella fama y admiración, irremediabilmente y como comprenderá, comenzaron a llegar los amantes...

En febrero de 1906 fui contratada por la ópera de Montecarlo, en donde conocí al teniente Alfred Kaiport, ique enseguida me hizo su

querida! Me trataba muy bien, era muy adinerado y me llevó a vivir a Berlín. Me prometió enseñarme el mundo entero, ¡y ciertamente viajamos mucho! Como tenía tanto dinero...

En enero de 1907 bailé en Viena y él, muy galante, me acompañó. ¡Ah, qué debilidad he sentido siempre hacia los oficiales! Esos uniformes, chica... Me gustaban tanto... Despertaban mis más ocultos deseos y florecían descabelladamente mis encantos. Dicen que cuando me enamoraba, ¡hasta mi piel lucía sonrosada! Qué cosas...

Una vez le comenté a un amante que «prefería ser la amante de un oficial pobre, que de un banquero rico». Primero abrió mucho los ojos y luego soltó una gran carcajada al aire. ¡Pero si era verdad, niña! Para que se me acuse de ser solo una interesada... ¡Qué gran mentira! Mi mayor placer era poder ir a la cama con ellos, sin pensar en su dinero; como también me gustaba probar con distintas nacionalidades... Y con todos esos gustos extraños y altamente escandalosos, no fue una sorpresa que la familia de Alfred Kaiport se enfureciera... Ya lo entiendo, niña, pero qué quieres que te diga. ¡Llegaron incluso a amenazarle!

«Si no dejas a esa lagarta tomaremos acciones legales», le dijeron.

Y claro, me dejó tirada... Yo sufrí mucho, pues le apreciaba. Pero pronto se me pasó el susto, hija, pues generoso y bueno me dejó trescientos mil marcos que me iluminaron la vida como un rayo de sol. Ya ves que Dios, a pesar de mis pecados, se apiadaba.



¡Y regresé a París! Otra vez al cabaré, a las danzas y a mi buhardilla soleada. Y poco perdí el tiempo, maja, pues al poco de llegar, el banquero Rousseau me hizo su amante. ¡Con él viví en la más delicada opulencia! Y me regaló casas hermosas: una en el campo y otra mansión en Turín a la que llamé finamente La Dorée. ¿A que suena elegante?

Y seguí mi vida, mi camino, mis amores prohibidos y mis juergas. ¡Me había convertido en una mujer viajada, internacional y muy interesante! Fue entonces cuando, sin que yo me percatara apenas, un

rumor muy feo comenzó a correrse sobre mi persona... Yo fui muchas cosas, María, y sé que no todas santas. Y también es cierto que antes de la guerra mantuve relaciones con tres oficiales alemanes, ¡pero tal hecho no significaba que yo estuviera implicada en el espionaje! Ese feo chisme se susurraba en fiestas y locales, cuando, por una vez era inocente de semejante difamación...

Para colmo de males todo se complicó a causa de los vientos de guerra que se respiraban por calles y bulevares. Toda Europa temblaba... Y yo me preguntaba cómo siendo tan solo una bailarina exótica se me podía confundir con un elemento de espionaje. ¡Y solo porque me relacionaba con personas influyentes de Berlín, sin ningún tipo de interés político por mi parte! Además, ¿cómo iba yo a saber entonces que se iba a desencadenar una guerra?

Y entonces todo se precipitó... Recuerdo bien la fecha: fue en junio de 1914, mientras me encontraba en Berlín preparando un contrato que me proporcionaría seis meses de trabajo como actriz de espectáculo en el teatro Metropol. ¡Y entonces se declaró la guerra en Europa! Dios mío, qué miedo pasé... La policía comenzó a tratarnos muy mal a todos los extranjeros y la población alemana siguió su ejemplo.

Un día me llamó el presidente del banco en donde tenía guardados todos mis ahorros, ¡y para mi horror me informó de algo inaudito que me hizo mucho daño! ¿Te puedes creer que alegó que, como yo había vivido ya diez años en Francia, Berlín me consideraba francesa? Y me dijo que por ello, y por ser «enemiga del pueblo alemán» —¿de dónde sacaría eso, Señor!?, se negaba a devolverme mi dinero. ¡Y se apropió encima de todas mis joyas! Qué terrible fue aquello, María... Tuve que irme de Berlín a las carreras y sin un centavo.

Cuando llegué a mi país me sentí muy avergonzada, terriblemente sola, deprimida y devastada. No tenía nada, María: ni dinero, ni amigos, ni casa... Y en medio de aquella soledad y desespero, apareció como un pequeño regalo un ángel de la guarda a tocar a mi puerta. Se trataba de un antiguo amante tierno que no me había olvidado: el

coronel Van Capellin, un hombre casado, rico y muy bueno... ¡De nuevo vino a rescatarme el cielo, María! Y él, viéndome envuelta en lágrimas, apiadándose de mi tan precario estado, me instaló en La Haya en un cómodo y lindo apartamento. Y..., bueno..., como era de esperar retomamos nuestro amor prohibido.

¡No me mires así, niña! ¿Pero qué querías que hiciera? No tenía salida, no había solución a mi terrible vida... Todo estaba cayendo en picado, y si no fuera por él, sabía que moriría. Y fíjate que aun contando con su cariño y apoyo, mi estancia en La Haya fue muy triste y desoladora... ¿Por qué? Qué cosas tontas preguntas a veces, niña... ¡Pues porque mi hija vivía ahí! ¡Estaba cerca, María! Y la sentía, y olía su piel y soñaba con verla. Pero todo era imposible para mí y, desgarrada, lloraba amargamente cada día.

Estar pisando el mismo suelo que la sangre de mi sangre no me hizo bien, niña... Algunos de mis amigos, en especial el doctor que me ayudó a dar la luz en su día a mi hija, trataron por todos los medios de que me reuniera con ella. No la había visto en seis años... Pero todo esfuerzo fue inútil, amiga mía, pues mi preciosa Jeanne Louise se negaba a verme.

Mi corazón se desangró por ello. Nada podía hacer más que seguir adelante, sonreír y soñar con no perderme la alegre vida.



La última actuación de mi carrera como bailarina fue en La Haya, pero no tuvo, ni por asomo, la acogida que yo tanto anhelaba. ¡Y cómo añoraba París, sus calles, bulevares, avenidas y parrandas! Y tanto fue lo que deseaba regresar que, desoyendo toda recomendación, abandoné de un día para otro La Haya y me escapé a mi ciudad de ensueño. ¡Craso y gravísimo error, amiga mía! Porque lo que me esperaba ahí fue todo infortunio, un descabello y una tragedia.

Para empezar, ¡vaya chasco me llevé al pisar mi amada ciudad! Nada más poner un pie en París me instalé en el hotel Plaza, junto a la Ópera. Era junio de 1916. ¡Pero es que ya al respirar el perfume del hotel en donde tantas cosas hermosas había vivido en el pasado, noté

que muchas cosas no eran lo soñado! Porque el París que un día abandoné para regresar a La Haya se había convertido ahora un gran desconocido... En sus calles sembraba el pánico la guerra, e inmediatamente noté que mi gran fama como bailarina ya no importaba. Mata Hari estaba de capa caída; había desaparecido bajo las sombras de una mala reputación al ser considerada una simple, sucia e ignorante cortesana.

¿Dónde había quedado tanta adulación, tanto ramo de rosa y tanta audiencia? En nada, niña; en nada... La actriz y bailarina que un día había sido famosa había caído en la mayor de las desgracias convertida en una sombra de lo que fue. Y para empeorarlo todo, ien boca de las gentes se repetía mi nombre como sospechosa de espionaje! ¡Me llamaban «la sucia furcia de los alemanes»! ¿Habrase visto mayor vejación e injusticia? Porque dime, niña, ¿qué había hecho yo para merecer tanto desprecio y calumnia? ¡Pero si en nada les había servido! Daba igual con quien intentara limpiar mi nombre, mi reputación o mi palabra, pues todo lo relacionado con mi nombre estaba embarrado y pisoteado por la falacia.

Así que un día, saliendo a pasear por los hermosos y únicos en el mundo jardines de la Tullerías, me supe vigilada... No te puedo explicar lo que mi corazón padeció al ver tras de mí andando a un hombre con disimulo, tomando notas y parando cuando yo lo hacía, acelerando cuando yo avanzaba, y clavándome una mirada de hielo si yo le miraba. ¡Qué extraña sensación fue saberme espiada cuando yo sabía que no había hecho nada!

Días más tarde supe que dos detectives me espiaban día y noche, controlaban toda mi correspondencia y escuchaban todas mis conversaciones telefónicas. ¡Y así descubrieron mi amor por el nuevo oficial en mi vida! Él fue el único amor por el que perdí la cabeza, el que más amé y quien más me amó... Mi luz, mi tesoro, mi fuerza y mi alegría. Se trataba del oficial Vadim de Maslov, un joven de veintitrés años nacido en Odessa y proveniente de Lapan. ¡Qué digno y verdadero fue nuestro amor ciego!

¿Y quién estaba detrás de toda aquella injusta situación? Pues el capitán Ladoux, el jefe del contraespionaje francés, que tanta desgracia acarreó a mi vida. Todos mis pasos estaban contados y cada uno anotado.¹⁹ Yo ya me había percatado de la presencia de aquellos detectives militares —iera tan obvio, niña!—, cuando un buen día se me acercó uno, y con mirada penetrante me dijo: «*Madame*, debe acompañarme de inmediato al 282 del bulevar Saint Germain».²⁰ ¡Yo no tenía ni idea de qué se trataba aquello, María! Pero, obediente como un corderito que acude al matadero, les acompañé sin chistar.

Al llegar me recibió muy cordialmente un caballero vestido de civil: era el maldito capitán Ladoux, quien me dijo:

—Si ama a Francia, ¿estará dispuesta a prestarnos importantes servicios? ¿Ha pensado en ello?

—Sí y no —contesté.

—¿Pero lo haría? —insistió. Yo dudé... Nunca lo había considerado—. Usted debe ser muy cara...

Yo me reí más por nervios y angustia que por otra cosa.

—Eso... ¡Definitivamente, *monsieur*! —contesté. Y como todo se trataba de sobrevivir, acabé aceptando.

Jamás lo habría hecho si hubiera sabido que firmaba, con todas las consecuencias, mi propia ejecución.



Y entonces sucedió lo que yo más temía: ¡mi pobre Vadim fue gaseado en combate y quedó muy traumatizado y débil! Aquello sí que me partió el alma, María... Llegó hasta mis brazos, gravemente herido, cojeando y con un parche en el ojo, pues lo había perdido a causa del gas. Qué horrible momento... ¡Tuerto quedó mi amor! Qué brutales son las guerras que siembran al mundo el sinsentido...

Le recibí con mil caricias y le cuidé, mimé y consolé durante muchos días. Una noche de lluvia feroz, mientras nos abrazábamos en el lecho, me pidió que me casara con él... ¡Acepté gustosa y feliz su proposición! Pero éramos unos pobres amantes sin recursos y no deseé nunca tener que engañarle para subsistir. Entonces recordé la

propuesta del maldito capitán Ladoux... Era mucho lo que deseaba pagarme por «ese trabajito», y tuve por seguro que nos sacaría durante mucho tiempo de la necesidad.

Así que le hice llegar recado y me reuní con él y le dije: «Iré a Bruselas con mis mejores galas y frecuentaré la alta sociedad. Una vez ahí, sé que lograré conocer a algún alto mando militar alemán al que procuraré sacar la información que a usted tanto interesa, capitán Ladoux».

¿Y cuánto le pedí por honorarios? Mucho niña, demasiado. Porque me negué a mover un dedo por menos de un millón de francos. Ya sé que era una barbaridad para la época, querida. ¿Y qué? ¿Y quieres saber una cosa? Pues que me regateó; intentó burlarme la cantidad y hasta protestó. Pero a mí aquello me dio igual, pues terca como una mula, me agarré a la cifra deseada hasta que aceptó.

Recuerdo que esa tarde nos dimos un apretón de manos... Y que, por la noche, pedí una botella de champán para mi amado.



¡Pero, ay! ¡Pronto me di cuenta de que aquella aventura de espías y misterio me iba a costar muchos disgustos, trabajo y riesgo! Pues nada más comenzar a preparar mi viaje, me di cuenta de que para ir de París a Bélgica —que estaba ocupada ya por los alemanes— tenía una frontera holandesa que atravesar. Entonces gruñí a Ladoux, quien me dejó escoger entre dos opciones: atajar pasando por Suiza y Alemania o pillar un camino muy largo que me haría atravesar España. Y yo, después de mucho meditarlo, decidí tomar la ruta sur hacia Bélgica, pasando por tu precioso país. Abordé un barco en Vigo y seis días después llegué a Bélgica sin ningún traspies por el camino. ¡Pero ay! ¡Que todo se fue al traste al llegar al canal de la Mancha, hija! Pues los ingleses desviaron el buque para inspeccionarlo y uno de los policías ingleses que abordaron el barco sospechó sobre mí, me agarró de un brazo y me sacó en volandas de allí. ¡Y me enviaron a la jefatura central londinense!

¡Qué gran tropiezo desproporcionado fue aquello! Al final, resultó que todo se debía a un malentendido, pues tal policía me había confundido con una espía famosa alemana. ¡Vaya torpe y cuánto retrasó mi viaje aquel incompetente muchacho! Finalmente, y después de mucho tira y afloja, me liberaron con la condición de no regresar a Holanda. Y con tanto disgusto y atropello, no me quedó otra que volver a España, que era de dónde había partido. ¡Un desastre inesperado!

Recuerdo que por fin llegué a Madrid agotada, muy nerviosa y deseando pillar la cama. Así que me registré en el hotel Ritz, desde donde escribí de inmediato al capitán Ladoux para notificarle lo que me había sucedido en tierra inglesa. Luego, y tras darme un largo baño reparador, decidí actuar por mi cuenta. ¿Cómo? Pues astutamente, niña: tomando el álbum diplomático de la oficina del hotel que contenía todas las direcciones de las embajadas en España para encontrar la alemana. Y así averigüé que en ese momento en la embajada el agregado militar era el mayor Arnold Kalle y que vivía en el paseo de la Castellana número 23. Ese mismo día le llamé con voz melosa y educada, y logré que me recibiera al día siguiente.

Ansiosa, gracias a lo que parecía ser mi primer pequeño triunfo como espía, esa misma noche escribí al capitán Ladoux pidiéndole nuevas instrucciones. «Puedo hacer lo que me plazca con el mayor Kalle —le dije—, que es quien tiene la posición más alta en la embajada alemana». Y tal cual, niña. Y al día siguiente, maquillada, perfumada y con tacones de salón, me lo engatusé como a un chorlito, le seduje y saqué algunas informaciones que no tardé en hacer llegar al capitán Ladoux. ¡Pero vaya chasco me llevé cuando este me comunicó que todo lo que el alemán me había revelado como el gran secreto de sus más fieles aliados resultó estar ya en conocimiento de Francia! Vaya pérdida de tiempo, niña... ¡Y yo que tuve que hacer de las mías para lograr embelesarlo!



Dos días después —lunes 11 de diciembre para ser exactos—, me encontré con el agregado militar francés, el coronel Denvignes, ¡quien se enamoró perdidamente de mí también! Ay, qué cosas, hija... Una que era un bombón y ellos que eran unos hombres tontos y manipulables ante una cara bonita.

El coronel Denvignes me pidió que lograra sacar información algo más valiosa al mayor alemán, pero este era de los listos, niña... Y comenzó a desconfiar...

Entonces tuve mucho miedo, porque vi en su mirada reflejada la desconfianza. ¡Y tal cual sospeché, tal cual se cumplieron mis temores! Porque el muy canalla ordenó que me investigaran y todas mis artimañas salieron a la luz... ¡Y entonces se organizó contra mí la mayor de las trampas! Pues este hombre envió información a Alemania sobre mí, y tal mensaje fue captado por la radio de la Torre Eiffel. ¡Qué horrible canallada! Y así, el miércoles 13 de diciembre, el general Halle me mencionó por primera vez como «la agente H21», quien les había proporcionado —¡supuestamente!— informaciones muy completas.

¿Si era todo verdad, me preguntas? ¡Que no, querida! ¡Que era todo mentira! Pues yo a ellos nada dije, nada transmití y no proporcioné nada... Pero el daño ya estaba hecho, y los míos comenzaron a pensar en mí como una supuesta y gran espía a favor de Alemania.

De pronto me convertí en un gran problema para todos: los alemanes querían que desapareciera y los franceses me tomaron por traidora. Y en medio de esas terribles acusaciones, aterrada, confundida y muy alarmada, me trasladaron a París, donde pasé las más horribles seis semanas. Me vigilaban de cerca y cualquier movimiento inocente era causa de sospecha.

Y así, un terrible 13 de febrero de 1917, el juez de instrucción ordenó por fin que me arrestaran.



Francia sufría, ajena a lo que a una pobre actriz mitómana le pasara... Y a finales de 1916, ese hermoso país, que me había adulado hasta la saciedad en mi época dorada, se enfrentó una gravísima crisis. Sus tropas estaban debilitadas, el pueblo comenzó a padecer hambre y la moral cayó estrepitosamente sobre una tierra ensangrentada. ¡Y entonces se maquinó una vergonzosa campaña para levantar el ánimo de los parisinos utilizando mi persona!

«El muy eficiente servicio secreto francés ha interceptado a la más peligrosa espía que deseaba perjudicar a Francia», dijeron.

¡Qué abominable maniobra! ¿Y pensaban que mintiendo de esa manera alegrarían al pueblo? ¡Yo no daba crédito a tanta injusticia, niña! Y así, con tropelías y embustes, me encarcelaron en la prisión más horrible de toda Francia, la de Saint-Lazare, en una apestosa celda junto a mujerzuelas agresivas y peligrosas. Ni agua me dieron esa primera noche; y los días siguientes fueron mi calvario, mi infierno, mi Gehena. ¡Y encima algunos historiadores han asegurado que los guardias, enamorados, me colmaron de privilegios! ¿De dónde se sacó tan grande mentira? ¡Para nada! Viví unos espantosos días alejada de toda comodidad, todo lujo o privilegio, sin entender nada, sin comprender aquella afrenta disparatada.

El mundo, de pronto, me era ajeno. ¡Estaba tan sola habiendo sido una mujer acostumbrada al halago de las masas! Qué horrible final, niña... Mi único interlocutor con el exterior eran mi abogado o el capitán Bouchardón.

Un día, desquiciada, escribí a este último una larga carta. «El impacto me ha alterado tanto que ya no soy yo misma —le decía con tinta emborronada—. Creo que estoy enloqueciendo... Le suplico que no me deje encerrada en esta celda ni un minuto más. Es terrible mantener a una mujer como yo aislada bajo semejantes condiciones. No puede imaginar lo que son las condiciones de vida en Saint-Lazare: la soledad, la tristeza, la inmundicia y la degradación más depravada...».

¿Pero crees que escuchó mis lamentos? ¡Para nada! El capitán Bouchardón los ignoró cual sordo, ciego o lerdo. Era un terrible el juez

de instrucción oficial, el encargado de interrogarme, de escuchar a los testigos y de investigar posibles evidencias. ¡Y se negó a mejorar mis condiciones injustas y repulsivas! Yo creo que disfrutaba viendo sufrir a su más famosa presa, pues no era entendible tanta imprudencia. «Capitán —le volví a escribir días más tarde, desesperada—. Me siento muy débil para levantarme. Anoche escupí sangre. Grité con terror, pero nadie me escuchó. Tengan piedad de mí». Escribí mucho, niña. Quizá dos veces al día al capitán Bouchardón para suplicarle clemencia, pero mis quejas caían una y otra vez en saco roto. ¡Nadie me creía, nadie me atendía! Y ahí, entre cucarachas, ratas y pestilencia, casi perdí la cabeza... «Se lo ruego, capitán... —insistí en otra misiva—. ¿Por qué me llevan a la desesperación en una celda en donde enloquezco? ¿Por qué me quiere hacer sufrir así? Puede amenazarme, pero tiene que entender que no puedo decirle lo que no sé. Por favor, basta».

¿Que si le proporcioné otros nombres de espías? ¡Por supuesto que no, niña! ¿¡Cómo iba a hacerlo si no lo sabía!?! Pero sí que le conté algo que... Bueno, que no había contado antes y que mucho me turbaba...

«Está bien —claudiqué un buen día—. Deseo declarar». Entonces llamaron a Bouchardón, que acudió raudo como una hiena. Y a él dije: «He decidido decir la verdad... Si hasta ahora no lo había confesado fue porque estaba avergonzada... En octubre de 1915, estaba en mi casa en La Haya. Era tarde y mi criada Ana ya dormía. Alguien llamó a la puerta y fui a ver de quién se trataba. Frente a mí estaba el cónsul alemán en Ámsterdam, Kremmer, que había escrito para anunciar su visita, pero sin decirme por qué deseaba verme. Él sabía que había pedido un pasaporte para ir a Francia. Me dijo: “Sé que va a ir a Francia. ¿Podría hacer algo por mí? Conseguir cualquier información que pudiese ser de nuestro interés. Si acepta, le pagaré veinte mil francos”. Pero nunca cumplí con lo que me pidió Kremmer. Estoy segura de que fue entonces cuando me asignaron un número H21. ¡Le juro que nunca me consideraré una empleada para los alemanes! ¡Nunca llevé a cabo ningún acto para ellos de espionaje! ¡Jamás he ido en

contra de Francia! ¡No cabe en mi cabeza hacer algo así! ¡No causé la muerte de ninguno de sus soldados!».²¹

Pero no me creyeron. Mi culpabilidad era necesaria para ellos, para Europa y para Francia.



El juicio se llevó a cabo a puerta cerrada. Nada podía protegerme ya de esos brutos desalmados, mentirosos y crueles militares. Y así, horrorizada, escuché:

—*Madame* Margaretha Geertruida Zelle, más conocida como Mata Hari. Se la acusa de:

»Ser culpable de haber entrado al puesto militar de París en diciembre de 1915 con el fin de obtener información militar secreta para Alemania, una nación enemiga.

»En Holanda: de ser culpable de haber entregado al cónsul, general Kremmer, documentos o información que ponían en peligro la seguridad de posiciones militares francesas.

»En Madrid (diciembre de 1916): de ser la misma persona culpable de haberle comunicado al agregado militar alemán, Kalle, información para desestabilizar a Francia en la guerra.

Yo escuché aquellas barbaridades con los pelos como escarpías, niña, y comprendí que ya no había marcha atrás, que me condenarían a muerte por traición y espionaje, y que la votación ganaría por unanimidad.



Qué horrible fue mi destino final, amiga mía... Todos me dieron la espalda, hasta el hombre a quien había amado con total locura y por cuya causa arriesgué de aquella forma mi frágil vida.

Nunca pude imaginar que los humanos pudieran ser tan cobardes. Pero sí lo son, hija... Morí sola, perdida en la más terrible agonía, repitiendo hasta la saciedad que era inocente de los cargos y de las mentiras.

Y la fría mañana del 15 de octubre de 1917 llegó, como llega la aurora tras la noche. Me condujeron al muro y me ofrecieron una venda para taparme los bellos ojos que durante mucho tiempo encandilaron a tantos... ¡Pero me negué a aceptarlo! ¿Por qué? Porque yo no era una cobarde, María. Y de nada debía avergonzarme... Entonces, para asombro de todos los presentes, lancé un beso con la mano a aquellos jóvenes asustados que a punto de apretar los gatillos estaban. Sus fusiles produjeron un sonido sordo... Y después... la nada.

Me marché de este mundo a la edad de cuarenta y un años, sola, abandonada y cual fugitiva malvada. ¿Y qué fue de Mata Hari? Pues que aún sigo en la mente de algunos... Pero la verdad es que no somos nada, reina. Pero que nada de nada.

CAPÍTULO 6

COCO CHANEL

LA MAGIA DE UN DEDAL

(Saumur, Francia, 19 de agosto de 1883 - París, 10 de enero de 1971)



«Si naciste sin alas, no hagas nada para evitar que crezcan».

«No hago moda: yo soy la moda».

COCO CHANEL

Hay algo que nadie me podrá negar jamás, *chérie*... Y es que saliendo de la nada, del barro, de las calles y de la mayor de las miserias, ¡me subí a la cúspide de mi mundo! Y me codeé con Picasso, Stravinski, Isadora Duncan, y con duques, condes y princesas... Pregúntame en qué palacios cené y te lo contaré. ¡Ah! ¡Cómo disfruté al ver un día cómo los grandes de mi época me pedían compartir sus mesas! Y ahí quedaron tiradas por la cuneta del olvido muchas mujeres que, habiendo nacido en cuna de marfil y plata, fueron malas y chismosas conmigo... ¡Les di a todos en las narices, ma *chérie*! Después de los muchos puñales me clavaron en la espalda y lo cruelmente que me trataron mientras luchaba por conquistar el mundo de la moda... Y es que la envidia entre las mujeres es un pecado terrible, *mon amie*... Destruye amistades, familias y hasta vidas enteras. Y si no me crees, pregunta a tus contemporáneos de la moda y te darán datos sobre mi valía, te hablarán de los logros que procuré al mundo del estilismo femenino, y la revolución alocada que provoqué en las mujeres de principio del siglo XX, tan deseosas de dar un paso hacia un nuevo mundo, algo que ya era necesario tras un terco y aburrido estancamiento en todas las áreas del arte. Porque no me negaré que la costura es un arte... ¿O no, *ma chérie*?

¿Y quieres saber a qué se debió tal explosión en la confección femenina? Pues a causa de mi humilde dedal, que, utilizado con

maestría, fue capaz de cambiarlo todo, María... Los cánones de belleza femenina deberían agradecerme y hasta besarme los pies, haciendo como hice a la mujer aún más bella, más sensual, más preciosa y elegante. ¡Esto último como nunca nadie antes! ¿Y por qué? Pues muy sencillo *ma chérie*, porque supe anticiparme a mis tiempos, y rompí muchos moldes feos de barro para convertirlos a base de puntadas mágicas en puro cristal. Y las mujeres, ya de por sí bonitas, se volvieron espectaculares. ¡Y eso lo logré yo sola! Sí, pequeña española, sí: asómbrate cuando te digo que supe dar la expresión estética adecuada a los cambios profundos que las mujeres de mi época necesitaban, dando una puntada aquí y otra allá con un estilo y maestría que a todos dejaron embobados una, dos y hasta tres décadas.

¡Ah! Ya sé lo que estás pensando... Qué doloroso, María, verte ladear la cabeza como rumiando: «Sí, bueno, pero, solo fuiste la amante; nunca la esposa». Sí... Tienes razón; no te lo niego... Mi dedal me encumbró en lo más celebrado, lo más chic, lo más admirado... Pero los hombres no me supieron amar bien. ¿Qué decirte, *ma chérie*? Solo deseo contarte la verdad, que no es más que otra historia dura, con gravísimos momentos y también inmensos rayos de sol que, con paciencia, tesón e infinito esfuerzo, plagaron toda tela de hermosura. ¡Y eso a base de agallas, *mon amie*! ¿Y sabes cuál ha sido mi gran compensación? Pues esta: que mi legado en tu siglo XXI sigue adelante. ¿Acaso no es como un milagro?



Mi nombre no era Coco, sino Gabrielle; y ciertamente me apellidaba Chanel. Y no nací en París como muchos biógrafos han afirmado, sino en Saumur, en el corazón de la región de Países del Loira, en donde hay un castillo precioso que a muchos turistas llama la atención. Pero para mi desgracia, no era reina de ningún castillo, ni mis padres entonces soñaron con que algún día mis tacones pisarían palacios, pues mi madre me echó de sus entrañas en la cama nupcial de una de las más humildes viviendas del campo de Saumur. Era la nuestra una

casita de muy limitadas dimensiones, abarrotada de trastos y de cachivaches que mi padre almacenaba. Éramos gente de campo y de labranza, más pobres que las ratas... Y por ello y por muchas cosas más que ahora te relataré, mi infancia fue muy, pero que muy complicada.

Mamá era una mujer muy sencilla llamada Eugénie Jeanne Devolle, hermana del portero de un edificio situado en Courpière, un pueblo pequeñito del norte en la zona de Puy-de-Dôme, Auvernia. Y fue precisamente en tal edificio a donde se trasladó mi padre, Albert Chanel, un vendedor ambulante de esos que vendían medicamentos y productos de salud a comercios, farmacias y hospitales. Fue en el invierno de 1881 cuando la menuda e inocente Eugénie Jeanne decidió visitar a su hermano —el portero—, y en esa visita familiar conoció al golfo de papá. ¡Y la enamoró en un santiamén! La muchachita cayó en los brazos del rufián cual mosca en el café más dulce, y antes de que se diera cuenta —iera tan inocente la chiquilla!—, estaba embarazada.

Pobre mamá... ¡Era tan joven e inexperta para las cosas de la vida! Teniendo tan solo diecinueve años, ¿cómo iba ella a imaginar las penurias que viviría junto a mi padre? Pues su oficio no daba para mucho; yo diría que para casi nada... Él, agobiado por su trabajo y viajando a causa del mismo sin parar, marchó una mañana a no sé qué comercio lejano, dejando atrás a una Eugénie con una falta de su regla y sospechas de haber concebido una pequeña criatura no deseada por su amado. Así que, haciendo de tripas corazón, hizo una maletita de minúsculas proporciones y salió en busca del padre de la criatura, que vete tú a saber por dónde andaba. Y estando así las cosas, creciendo y creciendo en su vientre la criatura, se puso de parto en medio de una taberna pública, en donde, con mucha dificultad y mucha sangre vertida entre gritos de dolor, dio a luz a mi hermana mayor, Julia Berthe. La pobre tuvo que regresar con su bebé recién nacida al edificio en donde su hermano seguía de portero, con el rabo entre las piernas y sin esperanzas de volver a ver a su amado.

¡Pero Albert reapareció! Mira por dónde regresó a Saumur, en donde, con ojos desorbitados, supo que era padre y que había dejado muy solita a mi madre... Entonces se volvieron a liar... Ya sé, ya sé, *ma*

chérie... Mamá, una boba; papá, un desastre... Pero lo cierto es que decidieron seguir juntos a pesar de que Albert no deseaba boda. Y así mamá concibió de nuevo; y el 19 de agosto, gritando a pleno pulmón, llegué yo en el hospicio general de Saumur, un hospital público de la ciudad que gestionaban las hermanas religiosas de la Providencia. Era tan pequeñita y frágil... Parecía que iba a romperme como una bombilla del más fino cristal. «Nuestra hija no sobrevivirá», musitó Albert al oído de mi madre.

Pero vaya si se equivocaba, *mon amie*... Pues duré mucho; tanto, tanto, que viví los acontecimientos más fundamentales de finales del XIX y hasta un avanzado siglo XX. Creo que jamás imaginó que esa pequeña cosita frágil y debilitada, llegaría a cumplir los ochenta y ocho años entre aclamaciones, premios, fortuna y halagos.



Pero, ¡ay!... ¡Qué duros fueron esos primeros y horribles años! En casa no había de nada. Y cuando te digo «nada», es que era una nada monumental... Cuando nací, mi hermana Julia Berthe tenía apenas un año y mamá, agotada y medio inconsciente por el duro parto, no se dio cuenta de que mi apellido fue inscrito mal por las monjas. Así que en los documentos sobre mi persona, los biógrafos dicen que me llamaba realmente Gabrielle Chasnel. *Mais non, ma petite!* ¡De eso nada...! ¡Yo me apellido Chanel! Cuando regresó mi padre de sus viajes y descubrió que su segunda hija había nacido, presionado por la familia de mamá —que le dio una dote de cinco mil francos—, decidió por fin dar el paso y casarse. Y así, un día soleado de 1884 y teniendo yo un año, unieron sus vidas bajo la mirada de Dios y por la Iglesia, en una capilla de Courpière, a la que luego no siguió festejo. Después, aumentaron la familia con cuatro hijos más: una hija —Antoniette—, y tres varones —Alfonso, Lucien y Agustín, que murió a las pocas hora de nacer.

Pero que yo me llamaba Chanel eso te lo aseguro, *ma chérie*... Años más tarde corregí aquel error garrafal en mis papeles, y ese Chasnel desapareció como el humo, estando desde entonces todos mis pasaportes con el apellido para mí por Dios escogido. Y para

redondear el halo de excentricidad bella que ya por entonces me rodeaba, añadí una fruslería que te hará sonreír... ¡Pues decidí que además de Gabrielle, me llamaría Bonheur.²² Sería un segundo nombre que luego a mis amistades aseguré —muy a sabiendas de que era una mentira— que las monjas me habían así llamado para atraer sobre mí la suerte.

Pero aún faltaba mucho tiempo para beber vino caro y tener amantes pudientes, *mon amie*... Todavía quedaba por sobrevivir a una infancia durísima, terrible y dolorosa, para la que no todo niño nace preparado.



Los años comenzaron a pasar y la suerte nos esquivaba... Y pobres como las ratas, tuvimos al final que tomar la decisión de irnos a vivir al campo, en donde mi madre se deslomaba trabajando como campesina y escociéndose las manos entre ortigas y cardos. ¡Qué pobreza tan abismal padecimos! ¿Qué si papá Albert trabajaba? *Mais oui, ma chérie!* Pero no creas que demasiado... Seguía con su vida errante a causa de sus ventas y a veces nos llevaba a nosotros, sus niños, a los mercados, en donde correteábamos descalzos o ayudábamos con los recados.

Eran aquellos tiempos durísimos para las mujeres del campo, para las familias sin recursos y los hombres con trabajos básicos. Se nos consideraba a todos como ciudadanos de segunda clase... ¡Las mujeres no podían ni votar! Y los hogares eran dirigidos con mano ruda por los varones, los maridos —muchas veces despiadados. Y había que obedecerles sin chistar, Marie... Así era la vida en el campo; así era la vida de mamá... Y por ello las esposas, hijas y madres, muchas veces se veían obligadas a servir en las casas como doncellas, cocineras o niñeras... ¡Y ese hubiera sido mi futuro, *ma chérie!* Menos mal que no quiso Dios que fuera así...

Y un día, *ma belle* mama, desesperada, agobiada y sin saber ya ni cómo alimentarnos, decidió con un corazón desgarrado meternos en un colegio católico, el mayor de la región. Era, a decir verdad, un

orfanato llevado por monjas muy estrictas y disciplinarias, que acogían con mucha austeridad a cientos de niñas abandonadas o sin recursos. ¡Y ahí me llevó de la mano mi padre durante una lluviosa mañana otoño, Marie...! «*Adieu, ma petite Gabrielle...*», me dijo al marchar.

Cómo iba yo a imaginar que nunca más le volvería a ver.



Y pasaron los años... En el orfanato no nos faltaba lo básico: alimento, cuidados y trabajo. Ellas, esas religiosas duras y estrictas, nos enseñaron muchas cosas... ¡Pero la más hermosa fue la costura! ¡Cuánto aprendí con ellas y qué poco luego supe agradecerlo! Pues fueron aquellas buenas mujeres de Dios las que me enseñaron zurcidos, apaños, patrones y confección.

¿Que si echaba mucho de menos a mis padres? *Mais oui, ma chérie! Qu'est-ce que c'est que cette question?*²³ Era tan sola una chiquilla sola, muy sola en el mundo, pero mi corazón aún estaba en el de mi madre. Ni ella ni mi padre me visitaban, y yo sufría por su ausencia y su recuerdo. ¿Si les perdoné? ¡Por supuesto! ¿Acaso no sabía de sus terribles penurias y de su congoja? ¿Qué pretendías que hubieran hecho los pobrecitos?

Pero para lo que no estaba preparada fue para que un buen día la madre superiora me llamara a su despacho. «*Petite Gabrielle...* —me dijo agarrándome la barbilla—. Le debo decir que su bella mamá ha marchado al cielo...». ¡Ah, qué terrible fue para mí recibir de sus labios tan terrible noticia, Marie! Creí desfallecer; creí morir... Mi bella y humilde mamá se había ido al cielo a los treinta y un años tras haber padecido una terrible neumonía... ¡La vida tan dura que había llevado hasta entonces minó demasiado sus defensas!

Mi padre Albert Chanel, tras esa horrible pérdida, confundido y sin saber qué hacer con todos nosotros, se marchó a una ciudad vecina y rompió toda nuestra familia... ¡Nos abandonó, Marie! Entregó a sus dos hijos varones a las autoridades, y estas los recolocaron en el seno de una familia campesina de acogida, mientras que dio instrucciones a las monjas de que nos cuidaran ellas, ya que él no regresaría. Y tal cual

lo dijo, lo cumplió, *ma chérie*... Pues nunca más le volví a ver, como jamás volví a oír mencionar su nombre. Para él yo había muerto... Ahora ya sabía que mi hogar sería nuestro orfanato...

Era un centro católico, se llamaba el monasterio de Aubazine, y estaba situado en Corrèze. Las monjas —de la congregación del Santo Corazón de María— comprendieron la situación y no pusieron ningún reparo en retenernos...

Pero yo quedé absolutamente desolada, hundida y devastada...²⁴ En nada encontraba consuelo. Entonces, viéndome derramar lágrimas amargas, una de las religiosas me dijo: «No llore usted, *petite Gabrielle*... Entreténgase con la aguja y el dedal. Mire que he observado que es usted ágil con los dedos. ¡Venga, haga un esfuerzo! Verá que coser también puede ser cosa de Dios».

¿Y sabes una cosa, *mon chérie*...? Pues que esas palabras cambiaron mi vida, y mira que jamás las he olvidado.



Y dicho y hecho, Marie. Mis hermanas y yo aprendimos muy rápido que no teníamos otra salida que agradecer estar vivas, juntas y unidas. ¡Y con los dedos ocupados en coser, bordar a mano y planchar! Y cuando ya las lágrimas se nos comenzaban a secar, recibimos un respiro con la noticia de que nuestros abuelos paternos —Angelina y Henri-Adrien Chanel— deseaban tenernos a su lado durante las vacaciones de verano. ¡Y esto significaría estar junto a nuestras tías Adriana y Luisa! Qué soplo de aire fresco fue recibir tan grata acogida... Y ahí que nos fuimos en la época estival, más agradecidas que nada y con un montón de mariposas revoloteándonos por las tripas. ¡Por fin un poco de consuelo y una pizca de alegría!

Junto a Luisa comencé a pasarlo fenomenal. A las dos nos gustaba coser, zurcir y enredar con encajes, perlitas y bolitas de colores que pillábamos ahí y allá. ¡Cómo comenzaron a deslizarse entonces las horas entre los dedos! Y reíamos, y nos contábamos chismes e historias.

—Aprendes rápido —me dijo un día.

—Es que soy observadora —contesté entusiasmada.

—Pero te falta tino con los accesorios... Mira. —Entonces me señaló una ristra de bolitas perladas que había anudado y que muy elegantemente había cosido a un sombrero—. Y si ahora añadimos una pluma, pues...

¡Qué hermoso le había quedado el sombrero, Marie!

Y así, junto a ella, aprendí a fijarme en esas cosillas vanas, en esos adornos tontos que nos vuelven locas a las mujeres y que nos atontan y engalanan. Y en nada me era fácil añadir más y más adornos a los sombreros que juntas comenzamos a confeccionar. ¡Quedaban tan bonitos! Y les pegábamos hojas, flores secas, plumas, encajes, cintas y sedas... Aquello me encandiló. Y al final del verano me di cuenta de que había aprendido a sacar partido a cualquier telilla deshilachada, a un simple gorrito de paja y hasta a una babucha sin suela. ¡Pero, ay! Que el verano finalizó... Y tuve que regresar al orfanato, en donde me esmeré mucho en los bordados.



Y pasó el tiempo, corrieron los meses y luego los años. Y todos los veranos regresaba a casa de mis abuelos paternos, Angelina y Henri-Adrien Chanel, en donde mi tía Luisa me esperaba ansiosa para retomar nuestras batallas con el dedal, el hilo, las bolitas perladas, las plumas y las cintas de seda. Y al cumplir los dieciocho, las monjas del orfanato me informaron de algo que ya esperaba: «*Ma petite Gabrielle* —me dijo la madre superiora—, ha llegado usted a la edad adulta y ya debe ceder su cama, su pupitre y su plaza a otra muchachita necesitada». Y supe entonces que debía enfrentarme a la idea de que el mundo estaba ahí fuera, esperándome inquieto, amenazante y a rebosar de muchos peligros frente a los que hasta entonces me había sentido ajena. ¡Así que tuve que marcharme!

¿Pero adónde ir si a nadie tenía? Menos mal que mis abuelos regresaron de nuevo a mi vida, y aunque no podían mantenerme, al menos me ayudaron a entrar en otro colegio llamado Notre Dame — esta vez en la pequeña ciudad de Moulins—, en donde aceptaban a

muchachitas con talento pero con graves problemas para pagar las cuentas.

¿Que si logré un puesto? *Mais oui, ma fille!* Aunque allí sufrí mucho... ¿Quieres saber por qué? Pues porque pronto se corrió, como la arena en una tormenta del desierto, que yo no pagaba los gastos, ni la matrícula, ni siquiera mis papeles ni los lápices... Y sufrí muchas burlas y afrentas por parte de mis compañeras. Era «la cutre» de la escuela, la paria, y eso suponía una enorme diferencia con mis compañeras. «Es una muerta de hambre», oí una vez decir a una de las alumnas pudientes de mi clase. Aquello me marcó, *mon amie...* Por la noche lloré un poquito, pero al amanecer ya era otra. «Algún día esta lerda se pirrará por llamar mi atención», me prometí a mí misma.²⁵ No sé cómo explicártelo, Marie..., pero es que mi corazón dio un brinco en el pecho.

Creo que fue ese momento en el que decidí que un día Gabrielle Chanel sería famosa.



¡Y llegó el año 1903! Ya era una señorita... O al menos así me sentía. Y comencé, junto a Luisa, a hacer pequeños encargos, leves cositas: que un chalequito de bebé, que si un sombrero con plumas, que si una falda de niña o una pañoleta de raso... ¡Y Luisa y yo nos regocijábamos cada vez que alguien del barrio nos hacía un encargo! Pero por mucho que nos esforzábamos en tener clientes y por más que bien contentos quedaban, no había forma de llegar a fin de mes sin penurias. Así que nos propusimos encontrar trabajo en alguna empresa que nos proporcionara un poco de alivio y nos procurara un filete de vez en cuando...

¡Y llegó la oportunidad, Marie! Un sastre de Moulins oyó hablar de nosotras, y al necesitar costureras nos localizó y contrató enseguida. ¿Qué era lo que allí hacíamos? Pues un poco de todo, *ma fille...* Porque realmente aquello era un pequeño almacén, una tienda de telas en la que el dueño —y sastre— hacía trajes a caballeros elegantes de Moulins.

Enseguida ese buen hombre se dio cuenta de que yo era ágil con mi dedal y mi aguja, y ya no me quitó el ojo de encima. «Cose usted muy bien, *madeimoselle...*», me dijo un día. ¡Pobrecito! Era un buen hombre que un empleo digno y serio me ofrecía, pero enseguida comprendí que no deseaba quedarme atada demasiado tiempo a su sastrería... ¿Por qué? ¡Ah, *ma fille!* ¡Pero si es fácil de entender! Pues porque el sueño de llegar a ser «la gran Gabrielle Chanel» ya había nacido en mi corazón, y el empleo, aunque digno y correcto, se me quedaba pequeño. Además comencé a fijarme en los muchachos de Moulins que entraban en la sastrería, que eran apuestos y alegres...

Y no transcurrió demasiado tiempo para que alguno de ellos comenzara a cortejarme, a mandarme alguna flor y hasta a invitarme al baile. ¡Ah, los bailes de Moulins, *ma chérie!* ¡Pero qué divertidos y lindos eran! En cuanto vi el primer espectáculo, con aquellas exóticas bailarinas danzando embutidas en aquellas lentejuelas, me volví loca. ¡Pero loca de alegría! ¡Cuánto se abrieron mis ojos cuando descubrí el mundo de las bambalinas, Marie! Qué hermoso y atractivo era... Todo en él me estremecía: las luces, los focos, los columpios, las bailarinas, los cómicos, los brillos, las pelucas, los adornos para el pelo, las coronas...; los trajes repletos de perlitas y cascabeles, los sombreros de copa, las ligas rojizas... ¡Y la música! ¡Ah, qué divertida!

De pronto las monjas, el orfanato y el silencio de las clases pasaron a pertenecer a un pasado sombrío y apagado. Decidí que no volvería a pensar en ello, y comprendí que entre bambalinas encontraría el futuro que tanto había anhelado.

Y entonces, con todo el desparpajo, ¡comencé a colarme en los camerinos y vestuarios! Lo lograba hablando con las bailarinas, haciéndoles reír y charlando de mis cosas. Y como era alegre y bonita, enseguida hice amistades entre bambalinas. Fue entonces cuando recibí una increíble oferta: ¡el director de la sala de espectáculos me propuso un papelito en escena! Huy, qué nerviosa me puse...

¿Si acepté? *Mais oui, Marie!* Fue cosa sencilla, no imagines grandes triunfos sobre las tablas, pues fueron tan solo dos actuaciones en las que cantaba repitiendo *Ko-Ko-ri-Ko-Kó, qui qu'a vu Coco?*²⁶

Ahora te sonará a chino, *mon chérie*, pero en aquella época formaba parte de una tonadilla popular que narraba la historia de una muchachita que había perdido a su perrito llamado Coco; y por eso, al poco tiempo, todo el público me comenzó a llamar «la pequeña Coco».

Por fin había nacido una estrella, Marie... Una estrella que sería grande, y que algún día refulgiría con los más hermosos destellos; se llamaría Coco y se apellidaría Chanel.

Bajo las luces del escenario yo era feliz. Comenzaba a sentirme libre, a soñar, a volar perdida en las quimeras de un mundo mágico, extrañamente ajeno a la dura realidad de mi vida. Y eran aquellos ropajes divertidísimos, excéntricos y llenos de lentejuelas, y aquellas ligas y pelucas disparatadas, los instrumentos que utilizaba para evadirme de las preocupaciones y las vicisitudes del día a día. ¿Que si me pagaban bien? *Mais non, mon amie!* Ganaba tal miseria con esa pequeña actuación, que ni para pagar la luz o el gas me llegaba. ¡Pero si lo que obtenía era lo recaudado al pasar el platito entre el público tras mi actuación! A veces me daban buenas monedas, pero otras... Uf, ni con un franco regresaba a casa. Todo dependía de cómo hubiese el público apreciado esa noche mi representación, y de la generosidad de sus bolsillos...

Pensarás que aquello era un sinvivir; sin embargo, y a pesar de la crudeza de la situación, aquel acto teatral loco y dicharachero lograba hacerme escapar a locas ensoñaciones que muy gratamente me aliviaban. ¡Y antes de que pudiera darme cuenta todo el público del cabaré me conocía como *la petite et belle Coco Chanel*. Era un comienzo, *mon amie*... Quizá no como para tirar cohetes, pero aquel bailecito y aquella canción disparatada lograron que la gente comenzara a fijarse en mí.

¿Que si recuerdo el nombre de aquel teatrillo barato? *Oh, la, la, mais oui!* Se llamaba La Rotonde... Pero no te creas que destaque mucho, pues las demás compañeras, preciosas bailarinas de infinitas piernas, eran mucho más esbeltas y bellas que yo. Digamos que yo tan solo fui una de las tantas muchachitas denominadas *poseuses* que bailaban un ratito para entretener al público entre las actuaciones

principales, realizando una especie de acto chiquito que fuera lo suficientemente extenso como para permitir a las actrices genuinas del local cambiarse y maquillarse entre sus atracciones.

Y así, actuando noche tras noche, siendo bonita, alegre y animada, llegó a mi vida mi primer «amigo especial». ¿Quieres que te explique cómo comenzó nuestra historia? Pues siéntate cómoda, *ma chérie*, pues creo que lo que ahora te voy a contar, te va a interesar.



Étienne Balsan era un joven oficial muy apuesto; un entusiasta del deporte y amante del buen vino; un hombre arraigado a las buenas cosas de la vida. ¡Pero lo más importante era que poseía una inmensa fortuna! Su familia era la dueña de un impresionante negocio textil... Comprenderás que era precisamente lo que yo necesitaba, *mon amie*...

Étienne acudía con frecuencia al cabaré de La Rotonde y un día se me acercó.

—¿Cuántos años tienes, *petite Coco*? —me preguntó, tras introducirme por el escote un billete de cinco francos.

—Veintiuno, *monsieur*...

Y en menos de dos segundos y para mi desilusión, me informó de que ya tenía una amante fija y ningún deseo de sentar la cabeza.

—No me casaré jamás, pues soy un alma libre, muñeca...

A estas alturas ya te habrás percatado de que yo no era tonta, Marie. Yo te diría que el hambre y las penurias padecidas desde mi nacimiento me habían espabilado y hecho muy consciente de lo muy difícil que sería que algún hombre de alta cuna me hiciera su esposa. Y comprendí que si le presionaba demasiado, él me apartaría. *La petite Coco* nunca valdría ni un ápice a ojos de su pudiente y chic familia, ¡que seguramente me odiaría! ¿A qué provocar entonces un escándalo social que le perjudicara? *Mais non!* Eso hubiera sido una imprudencia, *ma Marie*... No obstante, si de algo me di cuenta de inmediato, fue de que él podría ser mi pasaporte seguro para salir de mi pobreza, de aquel cabaré disparatado y de las tan humildes condiciones de mi vivienda.

Y directamente y casi sin preámbulos, me lancé a enamorarlo. ¡Tenía que conseguirlo, *ma chérie!* ¿Lo comprendes? ¿Qué remedio tenía sino hacerme la diana de su cariño, de sus afectos y de su compañía...? No pretendí en ningún momento el matrimonio, y aun así, fui literalmente a cazarle cual zorro a la gallina. ¿Que si lo logré? ¡Jajaja! *Mais bien sûr, ma chérie!*²⁷ Esa sería la primera pero no la última vez que tendría que utilizar mi atractivo sexual para obtener favores, rozar sueños o alcanzar el triunfo. Me sabía muy bonita, lista, alegre, ¡y el hambre y la necesidad me habían vuelto valiente!

De pronto me di cuenta de una extraña realidad: me había convertido en una guerrera —en una preciosa fémina—, cargada hasta los dientes con todas las armas de mujer necesarias e imaginables para alcanzar los fines que yo quisiera.

Digamos que me había transformado en una soñadora que no pararía hasta lograr alcanzar mis más bellos sueños.



Étienne Balsan se volvió loco, loquito, loco por mis huesos, y en tan solo doce meses después de nuestro primer encuentro en Moulins, su amante —Émilienne d’Alençon— salió por la puerta grande hecha un mar de lágrimas, echando hipidos al aire, despotricando contra mí y arrastrando torpemente sus maletas. ¡Y yo me mudé en un santiamén al bello y espectacular castillo de mi amante sin el menor escrúpulo!

Se llamaba el castillo de Royallieu, y estaba situado muy cerca de Compiègne, una zona destacada por maravillosos bosques con senderos ecuestres en donde se desarrollaba una vida placentera de caza y partidos de polo.

¡Y qué pronto me acostumbré a las increíblemente maravillosas habitaciones del castillo, a los criados, a las cenas, al vino caro y al champán! La vida comenzó a sonreírme, *ma chérie*; y llegaron montones de amigos de mi nuevo novio al castillo a divertirse, a montar a caballo, a jugar al póker; a bailar en las noches de lluvia frente a la inmensa chimenea del salón y a beber. Eran gentes «de bien», si por esa expresión entiendes que procedían de altísimas

cunas, de cucharas de plata y abotonaduras de marfil. ¡Y qué bellas mujeres traían! Todas alegres, jóvenes y divertidas.

¿Si me sentía un poco extraña en su compañía? Un poco, *mon amie*... Para qué te voy a mentir... Pues me miraban un poco de reojo, como la nueva amante, la querida, «la bien pagada», la mantenida. Sus frías miradas me traían a la memoria a aquellas compañeras tan malas que tanto me hicieron sufrir en el colegio, ¿las recuerdas? ¡Ah! ¡Se trataba nuevamente de la envidia de la que te hablaba! Pero no te creas que eso fue lo más doloroso durante mi estancia en el castillo de Royallieu... Había algo mucho peor... ¿Y qué crees que puede ser peor que eso? Pues que en lo más profundo del corazón me convencí de que nunca llegaría a ser su esposa. Y no deseé ser la novia eterna, la Pompadour amada, o ese trofeo hermoso del que uno de pronto se cansa... ¡Y había muchas de esas entre los amigos de mi hombre, Marie! Muñecas rotas, hermosísimas y mimadas... «Pero y yo... ¿hasta cuándo?», me preguntaba. Pues sabía que aquellas no eran las esposas de tales caballeros, ni siquiera sus novias formales.

—¿Dónde están las mujeres de tus amigos y por qué no vienen? — pregunté una noche de amor a Étienne, sobre la almohada.

—Ellas no están invitadas... —contestó, justo antes ponerse a roncar.

Era curioso, *mon amie*, de que nadie se escandalizara de eso...



Vivimos juntos y enamorados durante los siguientes tres años. ¡Y en qué estado de felicidad y despreocupación disfruté de esa dicha! Pues, por primera vez en mi vida, no tuve preocupaciones, angustias y tormentos. ¡Tantos lujos pagados a mi antojo me hacían rozar el cielo! Los criados me trataban como una reina y mi amado me enseñó a montar. ¡Pero qué hermosos son los caballos, *mon amie*! Tan bellos, salvajes y puros... Y como era ágil y tenía las piernas fuertes, dediqué mi tiempo a conocerlos, a montarlos, a domarlos y galopar al viento. ¡Qué bien se me daba, Marie! Estar en sus lomos era como flotar por el

paraíso dejando que la brisa de los más bellos montes se entremezclara en mi pelo.

¡Qué raro es el destino! Ahora me sentía inmersa en el extraño mundo de los ricos entre los ricos, ahí en donde no hay sensación de tener que trabajar. ¡Y encima se expresaban tan bien! Yo, avispada, con ojos y oídos ávidos de aprender, lo pillé todo muy pronto: acentos, expresiones, forma correcta de cruzar las piernas, cómo decorar el cabello o colocarme las perlas. Observaba en silencio y captaba todo lo que a ellos, desde la cuna, fácil se les había pegado. ¡Hube de ser muy astuta para que no se me notara lo poco que en mi vida había tenido de tales y finos modales! De algo me sirvió mi paso por aquel cabaré, mis amistades con aquellas lindas actrices y sus técnicas de actuación aprendidas. ¿Te das cuenta, *ma chérie*? De todo saca una ventaja en la vida. Hasta del teatro barato. Ya ves...

Y así, esa *petite Coco*, que había llegado al mundo en las más pobres circunstancias, era ahora una preciosa mujercita con andares de princesa, vocabulario exquisito y ademanes refinados. ¡Y de gran conversación encima! Pues a pesar de tanto aprendizaje callado, mi corazón seguía siendo el cascabel alegre y desenfadado que tanto había hecho reír a mis amistades del teatro. Entonces ya puedes suponer que sucedió...

¿Ah, no? Pues muy fácil, *ma chérie*... Pues tal y como era de esperar, los demás caballeros comenzaron a fijarse en mí. Y eso, *ma fille*, siempre trae problemas.



¿Sabes qué fue lo único que eché de menos en el castillo? ¿No lo adivinas, Marie? Pues aunque te parezca una locura, fueron mis costuras. ¡Sí, *ma petite amie*! Recordaba con añoranza aquellas sedas que junto a Luisa bordaba; los sombreros que con plumas decorábamos y toda aquella parafernalia... Y habiendo observado con tanto tiento a las amigas pudientes de mi amado, me percaté por fin de que la moda femenina de mi tiempo era un absoluto y auténtico disparate. ¡Porque vaya lío eran aquellos polisones! Tanta faja

apretada y corsés aplastantes... ¡Qué ridícula, absurda e incómoda! ¡Uffff...!²⁸ Y fue entonces cuando elucubré que eso tenía que cambiar, pues de nada valía sentirse eternamente esclava de la incomodidad y los aprietos encorsetados. Y comencé a hacer dibujos de noche, a lápiz primero y luego a tinta. ¡Qué bonitos me estaban quedando! Buscaba lo provocativamente sencillo, liviano... Y así, en el verano de 1908, con veintiséis preciosos años, me presenté junto a mi Étienne en una carrera de caballos. ¡Menudo jaleo se formó con mi cómodo atuendo, *ma fille!* Las mujeres, sin dar crédito a lo que veían, me miraron asombradas..., pues en vez de como una dama, llegué ataviada cual caballero —con corbata y todo—, cubriendo mis hombros con uno de los abrigos de uno de mis nuevos amigos. ¡Y tapé mi pelo negro azabache con un gran sombrero de paja decorado con un inmenso lazo! ¡Jajaja! Ese fue el toque femenino que hizo girar a tantas cabezas. ¡Yo creo que nadie se fijó en los caballos! Porque se pusieran como se pusieran, mi estampa quedó absolutamente preciosa, sugerente, diferente y enigmática. ¡Y cómo me reí cuando me criticaron! La alta sociedad femenina rabió de envidia... ¡Me veían tan atrevidamente bonita!

¿Que si me sentí triste? ¡Nada de eso, *ma chérie!* Pues, por mucho que disimularan, aquellas damas de alcurnia lo que padecieron esa jornada fue la más terrible envidia; la que es de la peor calaña: la más temida, atrevida y odiada. ¿Sabes cuál es? ¡Pues muy fácil! La que produce ver extraordinariamente atractiva y bella a otra mujer. Una combinación perfecta: un coctel Molotov entre la fascinación, el odio y la más absoluta admiración.

Creo que ese fue un gran día. Había aparecido en sus vidas la gran Coco Chanel, aquella a quien muy pronto todas esas arpías desearían arrimar sus zapatos de tacón.



Desde ese día no dejé al pobre Balsan tranquilo. «*Mon amour...* —le decía—. Necesito tu ayuda para comenzar un negocio».

Mi amado me escuchaba con atención y tiento, e hizo números, estudió ciertos aspectos contables y muy pronto estuvo seguro de mi éxito. ¡Le había quedado muy claro el día de las carreras que su *petite Coco* era una explosión de talento! Y generoso y comprensivo, me ayudó. ¡Y cómo!

Primero me invitó a vivir con él en su precioso apartamento en la ciudad, y me compró muebles amplios para que experimentara cortando patrones, cosiendo y enredando. ¡Y en nada ya tenía hecho sombreros! Llamaba a sus amigas y estas se entusiasmaban. «¡Qué lindos, Coco!», decían. Me compraban todo lo que veían y encargaban más...

Étienne Balsan pronto se dio cuenta de que aquello no era un *hobby* para mí: me había lanzado a una aventura que me llenaba los ojos de estrellas... «Étienne, *mon amour*... —le susurraba al oído—. Quiero hacer de esto mi profesión...». ¡Pero mi amado no estaba de acuerdo! Entonces comenzaron nuestras disputas, los gritos y reproches, y empecé a asustarme. ¿Y si mi amado no me quisiera ayudar a arrancar? ¿Y si estaba empeñado en que fuera una amante sin alas, siempre atada a él, cosiendo para divertirme y no para alcanzar fama? ¡De pronto estaba ante una encrucijada, *ma chérie*...! Por un lado moría por montar mi negocio, ¡pero no tenía ni un franco! Y cuando ya comenzaba a entristecerme y a ver finalizado mi sueño de hadas, apareció Boy, el más apuesto, valiente y adorable de los amigos de mi novio.

Ya sé lo que me vas a decir: «¡Aprovechada!». Pues sí, *ma fille*... Así fue. De nuevo, no tuve más remedio que poner pies en polvorosa ante los problemas y salir volando. Pero esta vez me pillé las manos, pues antes de que pudiera controlarlo, la que me había enamorado como una colegiala fui yo de mi nuevo muchacho.²⁹ Por fin un hombre de pies a cabeza, un capitán inglés, serio, amoroso y fiel, me había atrapado. No me lo pensé un minuto, *ma chérie*: con una mano aparté de mi vida a mi pobre Étienne Balsan, y con la otra agarré a Boy — Arthur Edward Capel—, el gran, único y maravilloso ser que me supo hacer profundamente dichosa.

¿Y cómo le dejé? ¡Ay, mira que eres curiosa! No te gustará saber esto, Marie... Pero ya qué más me da. Total, te he prometido la verdad...

Bueno, pues escucha, *ma fille*: le dejé de una manera muy cruda y cruel... Verás, le escribí una nota en la que le decía,

Mi querido Étienne:

Jamás seré capaz de pagarte todo el confort y la ayuda que me has brindado mientras he estado contigo. Me marchó con Boy Capel. Perdóname, pero le amo.

Coco³⁰

Y sin mirar atrás, hice mis maletas y me fui con Capel a París ese mismo día.



Mi capitán inglés entendió muy rápido el inmenso fuego que me explotaba en el pecho.

—*Petite Coco*, sé que deseas triunfar en la moda —me repetía.

—*Oui, mon amour*... Más que una vida.

—¡Pues algo me dice que vas a triunfar! Pues eres seria, trabajadora, valiente... Y tienes un inmenso deseo de cambiar el mundo de la moda femenina, tan terriblemente fea e incómoda. ¡Eres tan fuerte y creativa! Una gema latente y preciosa...

¡Ah, mi Boy! Créeme si te digo que todas esas cosas bonitas le salían directamente desde el corazón.

¿Cómo era mi nuevo amante? Qué quieres que te diga, *mon amie*, más allá de que Arthur Capel era muy rico y un jugador de polo atractivísimo; un *playboy* —tal y como os gusta ahora llamar a este tipo de hombres tan embelesadores y enigmáticos—. Yo me sentía algo culpable por ser él uno de los más íntimos amigos de mi querido Balsam... Pero la vida es así, *ma fille*, dura y fría como el hielo; y yo para entonces sabía muy bien que solo se vive una vez, que los trenes pasan veloces y que de no subir en la parada adecuada, los sueños se

esparcen como ceniza al viento. Así que me agarré a Boy cual garrapata desesperada. Además, me sorprendí al descubrir que le admiraba... ¡Creo que era la primera vez que yo admiraba a un hombre! Pues de todos los amigos de Balsan, Boy era el único que trabajaba. ¡Y mucho! Y por ello ganaba grandes cantidades de dinero con el que vivía cual rey y me mimaba.

Me instaló en su casa de París, ¡tan elegante y hermosa! Y comenzamos a salir de fiestas, a amar la noche, los bailes, la locura... ¡Era tan absolutamente preciosa y disoluta la ciudad de París a principios de siglo XX! Bullía el licor en los cabarés y era imposible fallar al teatro o a la ópera. ¡Y del brazo de Boy yo de nada me privaba! Era la Francia de la *Belle Époque*, en donde la sed por una nueva libertad, por el arte, la comedia, el atrevimiento, la pintura y la música, reinaba por doquier. ¡Todo era de pronto atrevido! Picasso, Dalí, Monet, Juan Gris... ¡Todos estaban ahí! El ingenio más elocuente y enriquecedor se mascaba y producía en las tabernas de París. Llovía en un espectáculo callejero, ¡y nacían cuadros o sinfonías cual champiñones brotaban por los campos! Era increíble, Marie... ¡Ah!, si hubieras estado... ¡Te hubieras embelesado!

Y en medio de toda fiesta y sarao, llevada del brazo por un orgulloso Capel, estaba yo, aprovechando cada minuto y cada respiro, para hacer contactos, para lograr direcciones, teléfonos y encargos. Y así, poco a poco y con gran tesón —y utilizando el dinero de Boy como si fuera mío, te lo reconozco—, comenzó a nacer mi pequeña empresita de moda: una tienda de sombreros diseñados por mí en una de las zonas más exclusivas de París. ¡Pero lo más curioso es que Étienne Balsam decidió aportar de pronto capital!

Sí, Marie: seguía enamorado de mí... Eso sí que fue sorprendente e inesperado, y es que *l'amour* es así, *ma fille*: locura, sexo, pasión, dinero... Todo junto y revuelto como una bomba de metano.³¹



¡El éxito fue inmediato y tremendo, *mon amie*! Pues me dio por hacer los diseños simples, finos y elegantes, y nada exagerados. ¡Y atrás

quedaron las frutas, las perlitas, las plumas y los encajes! Tía Luisa y sus diseños ya pasaron a formar parte del pasado... ¡Madre mía, qué colas se organizaron en mi puerta! Todo París deseaba tener uno de mis sombreros, tan simples y prácticos. ¡Eran revolucionarios! Pero yo, no satisfecha con el éxito de los fieltros, quise más. Y mi Boy nuevamente me ayudó con su dinero y su amor. ¡Y monté mi primera *boutique*! Fue en sur de Normandía, en Deauville, lugar de veraneantes ricos y elegantes. Ahí tuve de nuevo gran éxito de ventas con una prenda nueva y revolucionaria que creé: ¡el *tricot*! Los trajes y camisolas eran prendas de lujo orientadas hacia el ocio y al deporte confeccionadas con tejidos de bajo costo. ¡Lo nunca visto hasta entonces, *ma fille*!

Las señoras se volvieron locas, tiraron los corsés a la basura y con mis *tricots* lucían cómodas, modernas y activas... Por fin podían bailar, correr, reír y hasta jugar al tenis sin que necesariamente tuvieran que desmayarse en el intento. ¡Fue otro éxito tan grande...! Mi colección triunfó y mi reputación, antes tan mala, se llenó de halagos y vítores inesperados. ¡Al fin, Coco Chanel despegó!



—Has roto barreras, *dear*... —me dijo orgulloso mi capitán.

—Sí, Boy... Pero estoy triste...

Mi amante inglés se me quedó mirando con ojos muy abiertos.

—¡Pero por qué si lo has conseguido todo, Coco!

Me encogí de hombros...

—Es que quiero más.

Entonces lo vi, pues frente a mí, cuadradote y torpón, mis ojos descansaron sobre uno de los botes del tocador de Boy. ¡Era el envase perfecto para un perfume! Me encantó... Y entonces comenzó a rondarme el crear una esencia, un olor que con los años se convertiría en el más caro, exquisito y magnífico perfume de todos los tiempos: mi maravilloso Chanel n° 5... Pero eso solo se logró muchos años más tarde, pues aún quedaba vivir muchos avatares: algunos buenos, otros

malos y otros espantosos y terribles, con el olor del mismo infierno impregnado en ellos.



Claro, *ma fille*... ¿A qué me iba a referir sino a la espantosa guerra que estalló en el verano de 1914? ¡Ah, la Primera Guerra Mundial! ¡Dios quiera que nunca tengas que pasar por algo así!

Veintiún millones de personas heridas de gravedad con gravísimas secuelas y cerca de ocho millones de muertos fue el saldo de aquella diabólica e imparable contienda. ¡Qué horrible fue aquello! De pronto el suelo francés se vio empapado de sangre... La hambruna invadió los hogares y ya, obviamente, no había lugar para la moda. ¡Todo era dolor en Europa! Y a pesar de tanto desatino, el miedo y los toques de queda, yo supe aprovechar el momento. ¿Cómo? ¡Ah, pues como tantas veces lo había hecho! Con toda la creatividad y la imaginación que encontré por los últimos escondites de mi corazón, tan herido por todo lo que veía.

Y lo que veía eran mujeres que se vieron obligadas a ayudar en la guerra: unas haciendo de carteros, otras trabajando en fábricas; algunas conduciendo camiones y otras elaborando colchas y camas... Y todas necesitaban ropa, ¡y cómoda y barata! Y yo, desde mi ventana, las observaba pasar por las calles, pisando con prisas los charcos, corriendo bajo las bombas, asustadas... Y me conmoví al ver la ropa que usaban: prendas de tejidos muy básicos, muy masculinas y fáciles de coser. ¡Y comencé a diseñar trajes de guerra para esas valientes mujeres! Descubrí así la más barata de las telas: una de gran flexibilidad y extraordinariamente cómoda. Se trataba de un tejido de textura lanosa que hasta entonces solo era utilizado para la ropa interior masculina: los famosos calzones, ¿los recuerdas? ¡Y transformé la necesidad de vestir en pura moda! Así de claro...³² De esa forma comencé a crear jerséis de colores para mujeres a juego con faldas plisadas. ¡Todo comodísimo y muy práctico! ¡Y lo increíble es que quedaron superelegantes!

La colección fue un éxito tan rotundo e inmediato, que para mi entendimiento se debió a un milagro. Como asimismo lo fue que tanto a Boy como a mí nada nos pasó bajo las bombas y la tragedia. La verdad es que tuvimos muchísima suerte, *mon chérie*: logramos marchar a España, en donde en la costa vasca de Biarritz decidí expandir mi negocio al ver que allí nada pasaba. Las gentes pudientes se refugiaron en ese pequeño oasis de paz, en donde las bombas no parecían tener cabida. ¡Y ni corta ni perezosa logré abrir tienda! ¿Que si tuvo éxito? ¡Muchísimo, *ma petite amie*! Algo inesperado y sorprendente, dadas las circunstancias tan graves que nos rodeaban.

Por primera vez en la vida me sentí fuerte, poderosa y victoriosa... ¡Había salido viva y triunfante de tantas contiendas en mi joven vida! Entonces, con una fuerte sensación de independencia, decidí dar un paso que a Capel le sorprendió sobremanera.

—*Mon amour* —le dije una mañana, mientras paseábamos de la mano por las bellas playas vascas—. Te quiero devolver todo el dinero prestado.

Boy me miró con ojos grandes, asustados...

—¿Y eso, mi vida?

—Bueno... Ya no lo necesito, pues la casa Chanel se acaba de establecer, digna, poderosa e independiente... He arrancado, Boy. Lo he logrado.

Capel estaba incómodo y puso alguna que otra pega; pero yo insistí... Y le devolví todo.³³



¡Pero, ay, los hombres, querida mía...! Son débiles y celosos, extraños e impredecibles... Pues yo no sé si fue aquella sensación de que me escapaba entre sus dedos, o un machismo tonto, mal entendido y cerrado, lo que comenzó a alejarme de mi amado de la forma más dolorosa que yo jamás pude imaginar. Pues de golpe y porrazo, entrado el año 1918, eufórica de amor y confiada, casi me muero cuando Boy me invitó a cenar para anunciarme la mayor de las traiciones...

—Me caso, Coco... —me dijo, agarrándome ambas manos.

¡Yo creí desfallecer, Marie...! ¡Cuánto dolor sintió mi alma! La afortunada era una preciosa belleza aristócrata, lady Wyndham. ¡El amor de mi vida no me había sido fiel! Fue un descubrimiento terrible, *mon amie*... Algunos amigos me revelaron después que llevaba años con varias mujeres. ¡Y yo, tonta y ciega de amor, nada vi! Uf... Qué dolor... Aquel descubrimiento tan desafortunado me rompió el corazón en mil pedazos. ¡Cuánto duele el amor cuando es verdadero, Marie! Mucho; demasiado... ¡Y mi Boy Capel se casó! Y como una tonta descerebrada, tras la boda le admití como amante. ¡Qué vergüenza sentirme así utilizada! Pero le amaba... Aquello fue muy duro... Pero yo me consolaba pensando que al menos era mío por unas horas. Y aquel desatino y esos cuernos a su esposa duraron hasta el año 1919, cuando la peor sacudida del destino me abofeteó la cara. Pues un error de cálculo, una estúpida torpeza al volante, se llevó a mi Boy Capel al cielo... Sucedió durante alguna hora tardía de la noche del 21 de diciembre. Ya ves, *chérie*..., quedaba poco para la llegada de la Navidad. Y fíjate si fue mala, que hasta pensé que no había Dios, ni Niño Jesús, ni Navidad, ni nada.



De repente estaba sola. Y triste, abatida y devastada. ¡Ya te he dicho que creí morir, Marie! ¿Y sabes lo que hice? Pues vestir de negro... Se acabó el color, los adornos y las fruslerías. ¡¿Para qué si con nadie era feliz!? Y entonces quiso el destino darme una alegría: ¡resultó que confeccioné un vestido negro que volvió locas a las parisinas! De verdad que mi historia es curiosa, *ma fille*... ¡Dios mío, qué cosas!

Y así se hizo famosísima la Casa Chanel, con su «pequeño vestido negro» a la cabeza como marca de la empresa, que presenté en el año 1926 y que fue calificado por la revista *Vogue* como «el atuendo que toda mujer llevará». ¡Toma! ¡Trágate esa, que hasta hoy ese vestidito negro ha sido la cumbre de mi marca y de mi esencia! Qué extraño es el mundo de la moda... Pero qué extraño, Marie...

Y a pesar de tanto éxito profesional y tanta alabanza de la prensa, mi corazón no sanaba su herida: había perdido al amor de mi vida, mi todo, mi luz, mi fuerza. Y entonces, una mañana al despertarme, llorando y llena de rabia, decidí —i injustamente, lo admito!— que toda la culpa de mis desgracias provenían de la maldita gente chic de París. Ellos siempre me habían envidiado, ignorado y fastidiado. ¡Malditos vagos! Enfurecí... Creo que perdí un poquito la cabeza, *ma fille*... Pero fue por el dolor de la pérdida. ¡Y decidí vengarme! ¿Cómo? Pues demostrando a todos esos ricos opulentos sinvergüenzas que yo era la mejor diseñadora de moda del mundo.

Aún no sabía cómo lo lograría, pero ese mismo día comencé a trazar un plan. «Esta gentuza que durante tantos años me han ninguneado, regresará un día a mis pies suplicándome una cita, un traje o un regalo».



Comencé por reinventarme, con toda la cara de este mundo, mi propia historia. ¿Que era malo decir de qué tipo de miseria provenía? Pues no lo haría. Y pensé: «Muy bien... Mira por dónde que ahora nació aquí y allá, y mis padres fueron tal o cual; y estudié aquí o acá...». Y eran tantos los embustes que soltaba a unos y a otros, que la gente al final se hizo un lío y ya no sabían cuál era la verdad o la mentira. ¡Y ahora algunos de mis biógrafos me han acusado de padecer mitomanía! ¿A que lo has oído? ¡Ah! ¿Lo ves, *mon amie*? Así es la vida.

¡Pero ya no me frenaba nadie! Y abrí, nuevamente con gran tesón y esfuerzo, otra tienda. ¡Pero esta vez en la zona más elegante y rica de París! Y así se instauró la Maison Chanel, ni más ni menos que en 31 de la rue Cambon. ¿Nada mal para haber sido una huerfanita de Saumur, verdad?



¡Y entonces despegué, Marie! ¡Y cómo! Mi tienda se abarrotó de mujeres hermosas, ¡pero sobre todo ricas! Y les vendía trajes de

increíble calidad, cortados con mi magnífico ojo clínico. Y así las rellenitas parecían bellas actrices, y hasta las poco agraciadas eran cisnes... Mi imagen entusiasmaba. ¡Me había convertido en la estrella tan soñada! Mi imperio crecía, las ventas volaban...Y para continuar con el glamur en el que ya me había encumbrado, decidí tomar una suite-apartamento en el hotel Ritz, hotel lujoso como ninguno, y lugar de reuniones de personajes importantísimos, variopintos y de primer orden.

De pronto todos ellos buscaban mi amistad, mi magia, mi cercanía... Y a todo me invitaban. ¡Cómo estaba cambiando el cuento, *ma fille!* ¡Ah! Y cómo a veces eso me irritaba...

Y con tanta fiesta y jolgorio, sintiéndome en el corazón un hueco insoportable a causa de la ausencia de Boy, comencé a hacer algo compulsivamente que, conociéndote, sé que te escandalizará de nuevo. *Oui, ma fille!* Porque me dio por tener una ristra tremenda de amantes, dándome igual la edad de los mismos, el grosor de sus cinturas o el tamaño de sus miembros.

¡Sí, *mon amie!* Cómo descontrolé aquello... Solo me interesaba utilizarlos para llegar aún más lejos. ¡Y me importaban poco sus sentimientos! Pues solo eran simples trofeos.³⁴ Y así comencé, por ejemplo, un tórrido romance con el compositor Ígor Stravinski, a quien conocí gracias al empresario de los Ballets Rusos Serguéi Diáguilev, y a quien acogí, junto a toda su familia, durante un verano en mi vivienda. ¡Y hasta pagué algunas de sus numerosas deudas! ¿Qué más me daba si ya tenía para vivir en opulencia? ¡Y luego también concedí mi afecto al hombre más rico de Inglaterra! Ni más ni menos que el mismísimo duque de Westminster, a quien conocí en Montecarlo en las Navidades de 1923. ¡Se enamoró de mí como un chorlito, *ma chérie!* Me llenaba mi suite del hotel del Ritz de París con montones y montones de ramos de rosas, inmensas cestas de frutas y cartas abarrotadas de frases del más apasionado amor, que imprudentemente hacía llegar por avión desde Londres. ¡Y fue así cómo se enteraba la gente! Y había chismes, y corrían las lenguas y sé que me fustigaban... Pero a mí, a esas alturas, ya poco me importaba el

«qué dirán», o estúpidos «dimes y diretes». Todos teníamos una edad, *ma chère*, y pocas ganas me quedaban de enrabiarme por esas cosas... Así que no veas cómo lo comencé a pasar en su compañía, acudiendo a sus invitaciones para quedarnos en Londres durante los veranos, adonde nos desplazábamos desde su imponente casa de campo, y en donde me presentó sin demasiadas ceremonias a *monsieur* Winston Churchill y a un montón de amigos importantísimos, de los que copié la forma de sus pantalones de montar, sus telas de *tweed* y el corte de sus capas de caza para mis próximas colecciones. ¡Y tanto se encaprichó el duque de Westminster de mí que me pidió matrimonio! ¿Te imaginas semejante locura?³⁵ ¡Por supuesto que no acepté! Además estaba el pequeño detalle de que estaba casado... ¡Hubiera sido un disparate, Marie!



¿El perfume? ¡Ah, mira cómo ahora te has acordado de eso...! ¡Qué buena memoria tienes! *Ah, mais oui...*, *le Chanel n° 5*! ¿Cómo olvidarlo? Desde aquel día que observé aquel bote en el tocador de Boy, no me lo había podido quitar de la cabeza. ¡Había llegado el momento de lograr alcanzar ese gran triunfo, Marie! Porque a la gran Coco Chanel ya nada ni nadie la frenaba... Y así, en el año 1923, di ese gran salto al vacío y creé mi dorado y perfecto perfume con el número de mi suerte: el n° 5. ¡Ni que decir tiene que en nada se convirtió en el perfume más caro del mundo! ¡Y Coco Chanel triunfaba! E innovaba, e innovaba e innovaba... Sin angustiarme por las críticas o las lenguas mal intencionadas. ¡Y comencé hasta mi colección de pantalones para las mujeres! Madre mía, cómo se desataron las lenguas entonces... ¡Qué barbaridad! Cuánta furia guardaban dentro esas víboras. Y yo me reía por lo bajinis, *ma chère*, porque mientras ellas criticaban mi ingenio, yo me divertía triunfando a lo grande, viendo cómo, tras tanto criticar, esas mujeres se peleaban por llevar mis prendas.

Al fin me había convertido en una reina: la monarca de la alta costura, del dedal, del hilo de seda... Tenía el mundo de la moda rendido a mis pies, y las mujeres me amaban y odiaban a la vez.

Venían en mí el reflejo de un nuevo mundo: el de la libertad. ¡Había roto tantos cánones! «¿Pero qué tiene esta mujer que tanto fascina?», se preguntaban unas a otras en los cócteles.

Yo sabía la respuesta, *ma chère*. ¿La sabes tú? Era fácil de ver, Marie... Porque, con toda seguridad, te digo que lo que les di, claramente, fueron alas.³⁶

CAPÍTULO 7

PEGGY GUGGENHEIM

LA LOCURA DE AMOR ENTRE UNA MUJER Y UN LIENZO

(Nueva York, 26 de agosto de 1898 - Padua, Italia, 23 de diciembre de 1979)



«Fue una carrera la de Peggy muy satisfactoria: se involucró con los surrealistas y luego con el expresionismo abstracto; así que ella empezó en un punto, en un lugar del arte y terminó en otro. Es como un puente, un carácter puente».

MAX ERNST en una entrevista televisiva sobre la que fue su esposa «Creo que no tengo miedo a nada... Nunca lo he tenido. Ni a los nazis, ni a las SS... Creo que tener miedo no va con mi carácter».

«Es horrible envejecer; es la peor cosa que te puede pasar. Por eso me he negado a que mi alma envejezca. Nunca. Jamás».

PEGGY GUGGENHEIM

¿Quieres saber cuál ha sido mi mayor logro? ¡Cómo que mis hijos! Qué va, querida: te equivocas. De ninguna manera, reina. Que no, no, no. Como tampoco mis maridos ni mis muchos amantes. No das una, ¿eh? ¡Más quisieran esos! Encima de que me hicieron sufrir lo indecible... Mi mayor triunfo, querida, fue descubrir a Jackson Pollock. No lo olvides nunca. Y después viene todo lo demás: mi colección de cuadros y todas las exposiciones que organicé. ¿Sabías que fui la primera en exponer a Hans Hofman, a William Baziotés, a Clyfford Still, a Motherwell, a Rothko y a Pollock? Pues sí, querida, y a mucha honra, pues nadie daba un centavo por esos lienzos y mira hoy lo que ha pasado. Y entre todos ellos —siempre según mi criterio—, brillaba por encima de todos Jackson Pollock. ¡Nadie creyó en un principio en él más que yo! Vaya chasco que se llevaron todos después de enfangar mi nombre todo lo que quisieron y más a causa de que yo valoré su trabajo. Y al captar su genio y valía, y la brutal creatividad de su loco pincel, le compré muchas obras que con el correr del tiempo se

convirtieron en valiosísimas. ¡Ja! Al final tuvieron que darme la razón todos aquellos críticos de arte que durante años me llamaron cosas tan feas como «loca, absurda y estúpida coleccionista de obra barata». ¡Pero si lo que sucedía era que yo estaba dotada de una intuición especial para captar el talento ajeno incluso antes de que se manifestase! Y dime, ¿por qué no lo supieron ver? ¡Mentecatos envidiosos! Eso es lo que eran todos esos estirados críticos con la cabeza atiborrada de sí mismos... Me pregunto qué pensarán ahora de todo lo que logré. Quizá estén en el mismo infierno arrancándose los pelos de las barbas,³⁷ aunque sinceramente ya me da igual, pues, ¿a qué preocuparse a toro pasado, cuando ahora, por fin, en el siglo XXI, se ha comprendido que la que entendí todo fui yo? Y es que a mi época le costó un mundo darse cuenta de que lo que realmente sucedía era que me estaba adelantando a mi tiempo, mostrando un ardiente deseo de ser libre, independiente y moderna. ¡Mi postura ante el arte fue una osadía con la que ninguna mujer de principio de siglo XX se atrevió a enredar! Y por eso se me prejuizó y hasta me sacaron las tripas a base de escupir veneno con las lenguas.

¡Ya sé que era porque no se entendía, María! Hasta ahí llego... Y es que era la sociedad de entonces muy victoriana y seca; y de la mujer se esperaba sumisión y obediencia al marido, como ser tranquila y serena. Todo lo contrario a mí, hija, que no obedecía ni a mi sombra y me negaba a aceptar que yo fuera vista cual maravilla si para ello tenía que ser una mosquita muerta. Y yo mosquita muerta, nada de nada, querida... Y esa pasión que por el arte moderno yo sentía descolocó a toda mi familia, que no tardó en echarme piedras hasta desangrarme la cabeza. ¡Porque, uf, lo que me hicieron sufrir desde entonces, hija mía! Y es que no entendían mi alma ni mis ansias de amar; como tampoco mi deseo de volar como una libélula encendida a la luz de luna entre los lienzos manchados de pintura.

«Mira que son raros tus amigos, jovencita», decían mis parientes mirándome de reojo... Y ciertamente lo eran. ¿Pues acaso no eran artistas? Y dime, querida: ¿qué maestro del arte no tiene rarezas? Si no fueran así serían un aburrimiento, un sopor y un tormento. Y no

tendrían talento, ni agallas, ni sueños... Cosa que me hubiera matado, María, dado que lo que me gustaba era soñar y perderme entre esos cuadros locos llenos de pasión, de expresión y de fuerza.

Creo que ese tipo de arte se convirtió en mi propio reflejo, en un espejo de mi propia extrañeza, pues mirando hacia atrás sí te reconozco que he sido un poco rara, amiga mía. Como también excéntrica, narcisista y bohemia. ¿Y qué le vamos a hacer, bonita? Una nace como nace.

Pero mejor te cuento mi historia por el principio; no vaya a ser que te asustes desde estas primeras líneas y salgas corriendo despavorida como hicieron muchos al conocerme.



Nací más fea que Picio. No sé quién es Picio, querida... Es que se lo escuché decir un día a Pablo Picasso y me entró la risa floja —más por el nombre que por su impertinencia—. Y es que Pablo era así: un encantador de serpientes brutote, zafio y adorable. Yo le aprecié muchísimo, a pesar de las cosas que soltaba con esa lengua mordaz que tenía cuando se pasaba con el ron, cosa que sucedía a menudo. Además, era cierto que yo nunca fui una mujer de rostro agraciado. ¿Y crees que me importaba? Un bledo, querida.

Un día, alcanzada la pubertad y viendo tan guapas a mis amigas, concluí que nunca sería una muchacha deseable, glamurosa y socialmente aceptada a causa de mi rostro tan poco amable a la vista. Pero mira qué vueltas da la vida, que con cara fea y todo, ¡caramba si ligué después todo lo que me dio la gana! ¡Jajaja! Sí... Mucho, querida. Quizá hasta un poquito demasiado, llegando a acumular tantos amantes que ni en una libreta sus nombres cabían, y nunca me faltaron pretendientes a pesar de mis rarezas y excentricidades. Y eso no lo puede decir todo el mundo, ¿a qué no? Por eso Pablo no me ofendió con aquel comentario.

—¿Y tú qué sabes cómo era yo cuando nací? —le espeté.

—¡Ah! No tengo ni idea —contestó, encogiéndose de hombros—. Solo me lo he imaginado.

¡Jajaja! Pablo era así... Éramos todos tan locos en aquella época nuestra en una Francia disparatada, porque en París todo era arte y amor mezclado, como el que mezcla en una paleta de madera un montón de lágrimas de colores extraños y apasionados.

¿Que si toda mi vida fue alocada? Yo creo que sí, querida... Y muy desde el principio.

Fíjate sino la familia en la que Dios se empeñó que naciera...

Yo siempre he pensado que en el mismo día de mi parto ya comenzaron mis rarezas.



Llegué a este mundo en Nueva York un 26 de agosto de 1898. Mis padres se llamaban Florette Seligman y Benjamin Guggenheim, ambos con sangre en las venas de familias que se dedicaron durante años y años a ser vendedores ambulantes.

Los Seligman —mis abuelos por parte de madre— eran más listos que el hambre, y pronto salieron adelante hasta lograr meter el hocico en el mundo de banca, en donde hicieron una fortuna muy considerable. Los Guggenheim —otra tanda de trepas muy inteligentes — entraron en el negocio de la minería, y en cincuenta años ambas familias pasaron de ser vendedores de puerta en puerta a tener estas fortunas gigantescas.

Mamá Florette era una de las hijas más jóvenes de la familia Seligman. Tuvo dos hermanas y un hermano, ¡y todos muy excéntricos! Creo que fue de esa rama de dónde saqué yo tantas cosas raras en mi carácter, pues fíjate que mamá ya tenía manías cuando me dio la vida. Una de ellas era hacer todo por triplicado. Por ejemplo, llevaba siempre tres relojes, uno a la vista y dos tapados con las mangas. También repetía todo lo que decía tres veces... Supongo que tu padre, el psiquiatra,³⁸ podría darte una explicación... Como también podría exponerte las razones por las que tía Fanny cantaba sus frases en vez de decirlas con normalidad. Y así, cuando la invitaban a un baile, todo el mundo sabía que habían llegado porque entraba cantando y montando una escandalera. «¡¡¡Y aquí he llegado

yooooo...!!», voceaba en si bemol. Sacaba de quicio a mi tío —su esposo— y eran legendarias sus broncas. Como aquella en la que un día, harto de tantas excentricidades, le quiso atizar con un bate de beisbol en la cabeza con la intención de matarla y así quedar liberado de ella de una santa vez. Pero como esto no le funcionó, pues no se le ocurrió otra cosa que lanzarse al fondo de una presa cercana a Nueva York con pesas en los bolsillos hasta que se ahogó. Toma esa, querida. Para que luego la gente dijera que era yo la rara... ¡Pues qué hubieran dicho de haber conocido a mamá, a tía Fanny y a su marido! Aquellos comportamientos no eran normales, querida, que ya lo sé yo y no hace falta que me lo digas. Menudo corte debían de sentir los más elegantes anfitriones de Nueva York al ver llegar tal cortejo de chicas raras a sus fiestas o meriendas, tan extraordinariamente bien vestidas y ataviadas con las más finas sedas, sombreros de plumas y joyas delicadas.

Sin embargo, papá Benjamin Guggenheim era otra cosa: guapo, esbelto, rico y eternamente tierno. Ya habrás captado lo que yo le adoraba... Como también quería con todo mi corazón a mi hermana mayor, Benita, y un poco menos a la pequeña —Hazel—, que era todavía más rara que mamá. Yo quedaba en medio de la familia como si fuera un sándwich vegetal, y no tenía mucha relación con nadie más, siendo realmente mis únicas amigas estas hermanas, dado que mamá nunca nos dejaba invitar a otras niñas para que vinieran a jugar a casa. ¿Te parece raro, no es cierto? A mí también. Y es que Florette era así: un disparate de madre, una locura de educadora y un desastre manejando los afectos maternos. Así que nunca invitó a amiguitas, como hace todo el mundo, para que sus niñas tuvieran ese desahogo afectivo tan importante de la infancia.

De todos modos, no puedo negarte que vivíamos y nos trataban como la realeza. ¡No nos faltaba de nada! En la cochera había tres lujosos carruajes y poseíamos dos mansiones en la Quinta Avenida y sirvientes, criados y niñeras... De todo, querida. En casa, mis padres celebraban grandes fiestas, y yo, tímida, me quedaba fisgando, en bata y zapatillas, desde los escalones superiores de la gran escalinata de mármol, observando embobada a las hermosas mujeres de la alta

sociedad burguesa que llegaban a casa, preciosísimas y perfumadas. ¡Qué trajes más espectacularmente bellos vestían! Y yo suspiraba desde aquellos barrotes de mármol soñando con que algún día me casaría como ellas y también parecería guapa... Y entonces, una noche, durante una de esas maravillosas fiestas de mamá, vi algo que me turbó: a papá Benjamín saliendo al *hall* a hurtadillas mientras el resto de los invitados charlaban y daban sorbitos al champán en el gran salón del fondo. Era muy tarde y supongo que papá pensó que su pequeña Peggy ya no estaría con la carita incrustada entre los barrotes de la escalinata. Entonces, para mi total asombro, vi que una dama, tan linda como una fina copa de cristal, se le acercó y... ¡se besaron apasionadamente! Yo contuve el aliento; me había quedado de una pieza... Papá no me vio. Giró sobre sus pasos y dejó marchar hacia el salón a su amada, yendo él tras ella no sin antes recolocarse el cuello de la camisa. Pero aquello no lo olvidé, y no habían pasado más que unos pocos días cuando durante la cena no se me ocurrió otra cosa que decir delante de todos: «Papá: debes de tener una amante porque eres muy guapo y sales todas las noche». ¡Entonces me gané una bronca de aquí te espero! Me echaron de la mesa con grandes gritos y aspavientos y me refugié junto al piano del salón donde lloré a mares. Yo le adoraba...

Fue unos años más tarde cuando por fin me confirmaron que papá Benjamín Guggenheim era un gran mujeriego que no tenía una, ni dos, ni tres..., ¡sino un buen porrón de amantes! Y toda la verdad salió al fin, pero de una extrañísima manera. Pues aconteció la gran tragedia de los mares, esa que sacudió a toda la ciudad de Nueva York y hasta yo diría que al mundo entero... ¡El *Titanic* se había hundido con mucha gente inocente dentro! Y entre esas mil quinientas víctimas del glaciario asesino estaba mi adorado padre. Sus hermanos, destrozados, fueron a recibir a los supervivientes, y para su total asombro se encontraron con aquella amante linda como la copa de fino cristal, quien aceptó una enorme cantidad de dinero a cambio de guardar para la posteridad un prudente silencio. Pero no creas que era mala, María... ¡Qué va, pobrecita! Pues entre lágrimas amargas

describió con toda suerte de detalles cómo mi padre le había cedido su puesto en el bote salvavidas. ¡Y resultó ser cierto, querida! Pues antes de morir a Benjamin le dio tiempo de escribir una nota apresurada que entregó a un grumete diciendo: «Muchacho: si yo muero y tú vives, te ruego que hagas llegar esta nota a mi esposa».

Y como el chico vivió, la nota llegó a casa. En ella decía: «Esposa mía, deseo que sepas que muero como un caballero».

En fin... Cosas de la vida, querida.



Yo tenía tan solo trece años cuando el mar de hielo se tragó a mi padre, y aquella espantosa situación me turbó mucho. Pero mucho, mucho... Tanto que me agarré una depresión muy seria que mamá Florette no supo ni por asomo atender. Pobrecita, no la culpo, ¿sabes? Es que creo que las madres de esa época no sabían ser buenas madres, y mucho menos si eran de la alta sociedad: tenían demasiadas fiestas, un sinnúmero de recepciones y una barbaridad de óperas a las que acudían más acicaladas que la Cenicienta en pleno baile. Los niños nos quedábamos bajo el cuidado de las niñeras, que no sabían más que dar el cariño apropiado dada su condición de empleadas pagadas. Y punto pelota. Así que creo que toqué fondo, María...

Y para además aumentar mi angustia, los administradores de mi familia nos explicaron que papá Benjamin había perdido muchísimo dinero con malas inversiones justo antes de fallecer de tan trágica manera; y nos quedamos muy mermados económicamente —si heredar cuatrocientos cincuenta mil dólares de esa época te parece poco... Yo sí pensé que aquello era una minucia de herencia, pues lo comparaba con la obscenamente disparatada fortuna de sus hermanos. Y mamá Florette, con todo ese lío, se convirtió en una mujer insoportable. No había quien la aguantara, María... ¡Y me sacaba literalmente de quicio! Me molestaba todo el tiempo agobiándome con tonterías y encima me aburría muchísimo a su lado. Era para mí horrible estar con ella; simplemente, no nos entendíamos... Y dadas estas circunstancias tan incómodas para

ambas, comencé de forma inevitable a alejarme de sus afectos. ¡Es que eran muchas nuestras peleas, con tiras y aflojas y discusiones que no conducían a nada! Y yo, rebelde, me negaba a que me pudiera controlar, cosa que la enfurecía. ¡Ah, no! Antes muerta que dejarme manipular por mamá Florette. ¡Menudo petardo de vida me proponía!

Quizá todo aquello formaba parte de la maldita adolescencia que tanto disparata las hormonas; pero el caso es que un buen día mamá comprendió que había perdido todo el control sobre mi persona, y que por mucho que me mangoneara o chinchara con sus tontadas de madre loca, su derrota estaba asegurada. Y entonces —harta—, tomó la decisión de la que tantas madres echan mano cuando no saben cómo domar a sus fieras.

Lo has adivinado, querida... En efecto: mamá me envió a un colegio y santas pascuas.



El colegio en cuestión era pequeñito, estaba situado en la calle Oeste con la 77 y estaba preparado solo para atender a nueve alumnas —todas jóvenes de familias judías muy ricas. ¡Y mira por dónde que ahí lo pasé mucho mejor que en casa! ¿Te sorprende, verdad? Pues así fue... ¿Por qué? Pues porque para empezar hice amigas y aprendí una barbaridad de cosas preciosas y divertidísimas como el francés, el arte y la cultura. ¡Y también modales! Porque aquel colegio era —como habrás supuesto ya— un centro solo para «niñas finas», en donde nos obligaron a hablar hasta con un acento raro,³⁹ chasqueando la lengua de una cierta forma que hacía resbalar las eses, las efes y las zetas... Supongo que a las maestras les parecería elegante; no sé yo por qué... Pero el caso es que fue ahí, aprendiendo y divirtiéndome con mis primeras amistades, donde comencé a maquillarme de forma extravagante y a depilarme las cejas tal y cómo se las rasuraban entonces las actrices más bellas de Hollywood. ¡Y esto me hizo muy popular en mi clase! «Mira que eres atrevida», me decían entre risas. Y yo respondía dando pasos del charlestón, que también me pirraba. Creo que me había vuelto una rebelde, y además, para disgusto de mi

madre, ¡me satisfacía serlo! Menuda se puso cuando observó mi nuevo modo de vestir o de acicalarme... Y comenzó a darme una lata por ello que... ¡Uf! Pero qué latosa se puso... Y para colmo de males se empeñó en que debía encontrar pretendiente rico con el que casarme, para tener hijos muy rápido y llevar una vida como la de ella: con un montón de criados y niñeras a los que pudiera dar muchas órdenes. ¡Y a mí ese tipo de vida me horrorizaba! ¡Pero ni hablar! Eso no era para mí, María... Y no le hacía caso y ella, percatándose de mi rebeldía, rabiaba. Entonces y para no discutir a todas horas me busqué un empleo. Huy, querida... Aquello sí que fue revolucionario.

«¿Una Guggenheim trabajando a los veinte años en la librería Sunwise Turn?», murmuraban horrorizadas las amistades estiradas de mi madre a sus espaldas. «¡No debería Florette permitir semejante rebeldía!». Vaya criticonas que eran, jopetas...

«Una señorita como ella trabajando... ¡Vaya desfachatez de niñata mimada! ¡Peggy se ha convertido en la oveja negra de los Guggenheim! Pobrecita, Florette... ¿Y ahora qué hará con ella?», repetían cual víboras envenenadas. «Tenemos que ir a hablar con Florette para decirle que, como siga así, su niña no llegará a nada bueno en la vida».

Entonces iban correteando a casa de mi madre, quien las recibía con un té exquisito, para ponerle, literalmente, la cabeza como un bombo.



¿Que si mi madre luego me reñía? ¡Por supuesto! Pero ya no había marcha atrás, pues a los veintiún años, y gracias a mi empleo en esa librería, había entrado en contacto con artistas, escritores, filósofos y muy excéntricos pensadores que de la Europa de vanguardia llegaban en masa para «hacer las Américas»... Y desperté del sueño más pesado, de la rutina y del letargo, y sentí nacer en mí un irrefrenable el deseo de vivir, de explorar, de desplegar las alas... Y atrevida, comencé a vestirme con cualquier cosa rara que llamara la atención: me colocaba plumas, perlas, gorros, bufandas... ¡Todo lo que pillaba! Y me

volvía loca de alegría al provocar así a la gente con quien me cruzaba. Muchos eran amigos de mamá y de los tíos Guggenheim, y me miraban de reojo y cuchicheaban. ¿Pero sabes una cosa? Pues que no me importaba.

A partir de entonces sospeché que siempre llamaría poderosamente la atención, pues había decidido ser diferente. Como también supuse que no sería fácil mi camino, y que con toda probabilidad encontraría montañas empinadas difíciles de escalar en las que irremediablemente tropezaría. Pero también algo en lo más profundo de mi alma me susurraba que todo intento valdría la pena, y tomé la firme determinación de que nadie, ni mi madre siquiera, me haría estancar en lo anodino.

Mi tiempo de aburrimiento había sido conquistado, vencido y nunca regresaría a semejante bodrio de estilo de vida.



¡Y por fin llegó París a mi vida! Bueno... Quizá deba decírtelo al revés: «fue mi vida la que aterrizó en París». Sí; eso suena mucho mejor. ¡Pero qué difícil fue mi llegada, querida! Me sentía tan perdida, tan sola y desamparada. La palabra más correcta sería «vulnerable». ¡Mucho, hija! Porque París era el lugar más excitante del mundo y en él todo bullía: las artes, la música, el teatro, la danza... Hasta en la moda Coco Chanel arrancaba, y todo era desconcertantemente bello y atractivo. ¡Pero fue tan difícil sobrevivir! Digamos que todos los que amábamos el arte —menos Coco, que enseguida se las apañó de lo lindo con sus amantes— éramos un montón de *probretones*, colmados de talento hasta las cejas, pero sin un salario fijo con el que llevar una vida organizada.

«París es una ciudad libre y abierta», me dijo un día Jean Cocteau. Y me animó a pasármelo en grande aprovechando la revolución artística que brotaba por doquier y a borbotones. El dadaísmo surgía con fuerza a causa de la Primera Guerra Mundial, del horrible sinsentido que es el derramamiento inútil de sangre; y toda esa tristeza se reflejó enseguida en el arte. ¡Todos mis amigos pintores,

bohemios y marxistas comenzaron a pintar obras con temática muy dura y violenta! Y yo las miraba embobada y contra todo pronóstico las entendía... Y hasta la ciudad de Nueva York me parecía de pronto paleta, con su burguesía apalancada y su cultura adormecida. Y pronto me convertí en una verdadera bohemia y me mezclé con gentes variopintas: bailarinas locas, actores y actrices, pintores, escultores, decoradores maravillosamente extraños y un sinfín de chalados maravillosos colmados de ingenio... Y me hice muy amiga de los que yo pensé que algún día serían grandes: Picasso, Leonide Massine, Fernand Léger, Daniel-Henry Kahnweiler, Gertrude Stein, Alice B. Toklas, Kiki de Montparnasse... ¡Era esta última tan bella! Y todos esos genios acudían a la llamada de París atraídos como por un imán y se instalaban en buhardillas cutres, llenas de cucarachas y sin calefacción alguna. ¡Y pintaban, y creaban y escribían! Y entre tanto talento y tan grandes inteligencias, me daba vergüenza reconocer que yo nunca había ido a la universidad...

¿Cómo que «vaya tontería»? No, chica... Era un apuro grande reconocer eso ante tanto inteligente y tanto intelectual narcisista. ¡Y mira que yo quise ir y no hubo manera! Pues si no fui, la culpa la tuvo mi hermana Benita, que me convenció tercamente de que no fuera. «Eso es para pobres o gente tonta», decía. Así que no me quedó otra solución que reconocer ante mis nuevos amigos que me estaba educando a toda prisa junto a ellos, absorbiendo con los sentidos su arte en bares y cafés, callejones y cabarés... Y pillaba cosa aquí, cosa allá de este o aquel otro pintor, que me explicaban las teorías sobre el cubismo, el surrealismo, el dadaísmo y todas esas ideas maravillosas y revolucionarias de ese momento mágico.

Y llegó el día en el que, enredando entre todos ellos, conocí a un hombre... Era un pintor y escritor muy atractivo, alto y delgado de carácter huraño. ¡Y caí en sus redes cual chorlita! Se llamaba Laurence Vail, y vivía inmerso en la más pura bohemia parisina. Su talento como pintor me volvió totalmente loca. ¡Era extraordinario aunque él se negaba a aceptarlo! Quizá no lo quería saber; qué se yo, María... Pero lo que sí sé, es que supe enseguida que él era capaz de entender sus

pinceles, de hablarles y arrancarles secretos que no todos los ojos podían captar con simpleza. A veces me quedaba embelesada mirándole deslizar los colores sobre el lienzo...

Verle pintar era magia pura.



Y pasaba el tiempo y me quedé a pesar de lo difícil que se estaba poniendo el asunto. Pues aunque de pronto se me hacía difícil sobrevivir, comprendí que aquella era mi gente, mi nueva familia, a la que debía acoplarme y a la que debía aprender a amar. ¿Por qué? Pues porque supe que aunque todos me consideraban «la extranjera», París me había enamorado. Ya no quería ser «Peggy Guggenheim la norteamericana». ¡Aquel mote me horrorizaba! Deseaba que París me adoptara. ¡Y comencé a ser tan feliz que hasta pensé que me había vuelto guapa! ¡Y es que al fin lo era, María! ¡Ellos me habían hecho sentir bonita! Me arrancaron el complejo que tenía de patito feo y me lancé a ser retratada. Y ahí están cual testigos de lo que te digo las fotos maravillosas que el gran fotógrafo Man Ray me tomó y que lo demuestran. ¡Al fin alguien se daba cuenta de que yo, en el fondo, era también linda! Man Ray era americano y nunca perdió el acento de Brooklyn, y logró que durante esa sesión de fotos me sintiera muy bella... «No he sido yo quien se ha dado cuenta de lo preciosa que realmente eres, Peggy —dijo, al verme sonreír tan satisfecha—. Ha sido mi cámara. A ella nadie ni nada la puede engañar; así que si sus lentes dicen que eres bonita, es que lo eres, querida».

Me sentí muy hermosa al oírle decir eso.

Digamos que hasta como una princesa.



Y como no podía ser de otra manera en París perdí mi virginidad. ¡Hasta entonces había sido muy pava, hija! No había tenido novio en Nueva York, ni pretendientes, ni nada... ¿Recuerdas que mi madre se desesperaba con eso? Y como me decían que era tan poco agraciada,

había pensado que tampoco podría gustar demasiado a los varones que ella barajaba como posibles candidatos. Pero no me importaba, pues me parecían muchachos aburridos y sin sal; hijos plomos todos de sus amigas de Manhattan de la alta sociedad. Menudo tostón, hija... ¡Ninguno era parecido a mi Laurence Vail! Para nada. Él fue mi primer pretendiente en París y le debí parecer tan inexperta en cosas de amores... Porque lo único que yo sabía entonces sobre el sexo era lo que había observado de jovencita y fotografiado sobre los frescos eróticos de Pompeya. ¡Aquello era pornografía romana antigua y me encantaba! Me demostraba que nuestro mundo no había cambiado nada. Yo estaba fastidiada porque a mis veintitrés años aún era virgen y mis amigos de París se burlaban, y por eso buscaba deshacerme de mi virginidad como fuera ya que no la quería ya para nada. Y te reconozco que para eso utilicé a Laurence Vail... Y mira, fue con él como perdí mi virginidad al fin.

Al principio las cosas entre nosotros fueron bien. Laurence me cortejó cual caballero, llevándome a la Torre Eiffel para, después de darme un largo beso, proponerme matrimonio. Así que, no demasiado enamorada pero ansiando sentirme querida y cuidada por alguien por fin, acepté y me casé con él. ¡Y tuvimos dos hijos maravillosos! Una niña, a quien llamamos Pegeen, y un bebé rollizo, a quien llamamos Sindbad. Nombres raros, ya lo sé... Pero es que éramos raros los padres también... Y al poco tiempo de tener a mis niños desgraciadamente las peleas comenzaron. ¡Eran fuertes, María! A veces demasiado... Y un día, para mi terror, las broncas se volvieron violentas, amargas, horribles... Aquello no era bueno ni sano... Nos estaba destrozando. Laurence me golpeaba, ¡no con frecuencia! Pero cuando lo hacía era aterrador... Una vez se puso de pie sobre mi estómago y me hizo un daño terrible, y en otra ocasión me metió en la bañera y mantuvo mi cabeza bajo el agua durante un largo rato... ¡Creí morir! ¡Qué horror! No me fui al otro barrio de puro milagro... Pero aquel percance siniestro sirvió de algo: para darme cuenta de que aquello se estaba tornando muy peligroso.

¿Que si mi esposo me mantenía dignamente? ¡Qué va! ¡Pero si Laurence no tenía un céntimo! Y por ello pasábamos penurias y discutíamos sin cesar. Él me acusaba entonces de hacerle sentirse inferior y avergonzado. Entonces alargaba el puño y... ¡pum!, acababa en mi cara. La verdad es que yo a veces era cruel, María... ¡Le decía cada cosa! Le sacaba de quicio... ¿Por qué? Pues porque sentía que era un inútil para traer dinero a casa y nos tenía metidos hasta el cuello en la pobreza... Y mis niños sufrían. Él se defendía llamándome todo tipo de improperios: corta, fea, tonta, idiota, gorda inmundada... ¡Aquello era muy duro! Mi autoestima sufrió mucho al lado de Laurence. Así que tras siete difícilísimos años al fin hice las maletas y nos divorciamos. ¡Y mira por dónde que tras el divorcio nos hicimos amigos! Y comprendí que a veces suceden estas cosas y que si dos personas se aman —da igual si poco o mucho—, quizá se aman más y mejor en la distancia. Qué cosas, ¿verdad, hija?

Y así Laurence se volvió de pronto un grato amigo con quien charlar horas y horas, pero ya nunca pensé en regresar a su lado y la verdad es que no me importó, pues no le amaba como para tanto...



Pero, ¡ah!, John Holmes era otra cosa muy distinta... A él sí le quise muchísimo, tanto como el sol a la luna y vuelta... Fue la nuestra una relación de amor verdadero, profundísima y eterna. Fíjate que aún hoy, esté donde esté, todavía le amo. Era inglés, un apuesto escritor cuya labia era como la magia: todo lo que decía encandilaba. La gente se quedaba arrobada escuchándole pues sabía del mundo, de las cosas del alma... ¡Y a mis hijos los trataba muy bien! Y como era un gran deportista y le gustaba la montaña, se los llevaba a pasear y muchas cosas les instruyó sobre los pájaros, las ardillas, los ríos y sus aguas... Con él aprendí también a pensar por mí misma, y a apartar de mi cabeza muchas actitudes tontas y frívolas que había adquirido desde niña en ese mundo absurdo de la burguesía americana en el que me crié. «Debes aprender a ser libre como las águilas», decía. ¡Ah, cuánto nos amamos y qué feliz me hizo mientras estuvimos juntos, querida!

¿Si nos casamos? ¡Qué va! ¡Pero si no podíamos! ¿No te he dicho que estaba casado? ¡Ah, perdón, querida! Es que son tantas las cosas que viví junto a él que me atropello en el relato... No, no, no podíamos casarnos. ¡Cuánto lo hubiera deseado! Él estaba casado con una mujer bonita que se llamaba Dorothy con la que había tenido descendencia. Muchas veces le pedí que se divorciara de ella... «¿Pero para qué?», decía. Y yo callaba, porque a su lado era feliz, casada, soltera o como fuera. Lo peor fue cuando me quedé embarazada, no solo una, sino siete veces... Y siete veces tuve que abortar.

¡Ah! Ya sé lo que piensas, porque vaya cara que has puesto, hija... Pero dime: ¿dónde cabía un nuevo bebé en mi vida? En esa época era durísimo ser divorciada y tener hijos con un hombre casado con otra mujer que los rechazaría. ¿Qué iba a hacer? Sé que fue una decisión estúpida y que yo ya podía haber aprendido a ser cuidadosa y haber evitado engendrar tanta criatura, pero ya no tiene remedio... Ya nada puedo hacer al respecto, querida...

Y fíjate que esto de los hijos se complicó mucho, pues en medio de todo este lío, y por dar gusto a Laurence, separé a los niños: yo me quedé con mi pequeño Sindbad y a mi exesposo le entregué a Pegeen. ¡No me mires así, María! Claro que me costó... ¡Pero es que no me hacía con los niños! Mi papel como madre era deficiente, no sabía educarles y los niños sufrían. Pensé que para ser una mala madre, mejor sería entregar la niña a su padre. ¿Si no les amaba? ¡Anda, no preguntes esas tonterías! ¡Claro que les quería! Pero tampoco debes escandalizarte por escucharme decir estas cosas, pues no me niegues que no todas las mujeres del mundo saben ser madres. Yo era de las que no sabía, María, a pesar de que les quería con locura. Es difícil ser madre, ¿sabes? Una no nace sabiendo esas cosas...

Al final, creo que la vida —o Dios si existe— se enfadó... Nos castigó, querida; pues tras cinco años de intenso y puro amor, John Holmes, cumplidos los treinta y seis, murió. ¡Se me marchó al otro barrio! ¡Y para colmo fue a causa de una grandísima estupidez! ¿Pues te puedes creer que falleció por una rotura de la muñeca? Tuvo que

entrar en quirófano y su organismo no fue capaz de aguantar la anestesia. Como lo oyes... No me digas que no fue mala fortuna...

¿Y qué fue lo que pasó conmigo? Pues qué iba a pasar, hija... Que me volví a quedar sola, y esta vez absolutamente desesperada, con el corazón devastado y un montón de problemas frente a mí sin resolver. No sabía ni cómo empezar a levantar mi vida tras la muerte de John, ni qué trapicheos tendría que llevar a cabo para salir de tan lamentable estado de tristeza.



Las noticias que me llegaban desde Estados Unidos tampoco ayudaban a cargar la pena sobre mis doloridas espaldas, pues me enteré por carta de que mi adorada y preciosa hermana Benita, la única amiga verdadera de mi infancia —pues con Hazel nunca me llevé demasiado bien—, murió dando a luz a su bebé. ¡Quedé absolutamente devastada! Y lloré largas y amargas lágrimas saladas que me irritaron mucho los ojos, y hasta me planteé acabar con mi propia vida... Porque ahí no acabó la cosa, querida. ¡Qué va! ¿No te digo que Dios quizá se vengó? Porque Hazel, de quien yo sospeché alguna vez que estaba enajenada, se subió al tejado del hotel Surrey llevándose consigo a sus dos pequeños de uno y tres años. Al parecer padecía una fortísima depresión tras muchas discusiones y peleas que habían acabado por malograr su matrimonio con el apuesto Milton Waldman —el padre de esos angelitos—. ¡Y no se le ocurrió otra cosa que lanzarlos por el tejado del hotel! Claro que luego alegó que «se habían caído sin querer»... ¡Tócate las narices, chiquilla!

Aquello nunca se esclareció, María... Todos los periódicos escribieron sobre el caso afirmando que nadie, ni Hazel misma —quien había quedado en un estado de profundo shock—, podía entender cómo esas criaturitas habían caído trece pisos abajo desde los brazos de su mamá y de aquella horrible manera.

Así que, como verás, la vida, ladina, se estaba cebando conmigo de una atroz manera; créeme si te digo que hasta yo en esos días pensé

que se me agotaría la poca cordura que aún me quedaba tintineando por la sesera.

Y estando así las cosas, ahora te parecerá que mi vida y la de la gran Coco no fueron tan distintas, pues solo nos diferenció la cuna, que no la cama. Y es que yo ya comenzaba a desbarrar en esto de los afectos, querida... Y no sabía cómo salir del hoyo, sentir vida... ¡Ansiaba tanto ser feliz y saberme amada por alguien! Pero la pura verdad era que me ahogaba en la tristeza... Era profundamente desgraciada... Date cuenta que todo se había desmoronado a mi alrededor: tenía en mis espaldas un matrimonio fallido, un divorcio desagradable, un amor verdadero muerto, una hermana amada fallecida y otra loca perdida... Y a todo esto, ¡el dinero se me comenzaba a acabar! Debía salir adelante como fuera, pero no solo llenándome los bolsillos de monedas, sino encontrando la forma de cargar el alma de afectos, que sedienta estaba de ellos hasta límites críticos. ¿Y cómo busqué sanear eso? Pues con cama, con revolcones y muchísima imprudencia sexual, tal y como hizo Coco. Pero ella fue más lista que yo en eso de escoger adecuados amantes, pues supo entender que si tenían dinero enfilarían su destino hacia lo apropiado y el éxito. Pero yo era un desastre en esas cosas, María... Tenía sed de vivir, sabía que por los hijos que Laurence me había dado valía la pena seguir luchando. Había descubierto que la vida puede ser brutalmente adversa y, gracias a Dios, no me dejé vencer por los pensamientos de suicidio. ¡Eso nunca, querida! Así que comencé a utilizar mi vida sexual para conectar con el mundo, para buscar la maldita felicidad que se me escabullía como un ratón por los canales de un puerto oscuro y seco. Y miré a mi alrededor y ahí estaban ante mí los artistas de barriada, con ojos hambrientos de aventuras y ganas de pasárselo bien conmigo. Y con ellos apacigüé la soledad: una maldita soledad que no soportaba... ¡La odiaba, María! Y le enseñé los dientes y hasta le pegué una mordida, porque comencé a tener un porrón de novios, todos artistas, todos gloriosos... Tenía tanto sexo con ellos que llegué a asustarme pensando: «¿Y si soy ninfómana?» ¡Porque era una locura

lo mucho que utilicé yo la cama! ¿Pero qué iba a hacer? ¿Morir sola? ¡No! Eso ni de broma...

Otra cosa era el dinero de mis amantes, porque... Mucho genio y figura, pero, hija, es que parecían todos tener un agujero en el bolsillo por donde desaparecían cual gato en la noche todas sus nimias ganancias.



Uno de mis grandes amantes fue Samuel Beckett, el gran dramaturgo, poeta y novelista irlandés. ¡Cómo me gustaba oírle hablar! ¡Era brillantísimo, querida! Esa labia me volvió majareta; me fascinó... Nunca había conocido a nadie como él. ¡Y en la cama era un león! Me ponía el cuerpo loco y perdido de pasión... Fíjate que luego se hizo famosa una anécdota sobre nosotros que se nos fue de las manos por culpa de los empleados del hotel en donde nos alojamos durante una de nuestras escapadas amorosas. ¡Porque se chivaron a la prensa de que estuvimos cuatro días seguidos sin salir de la cama haciendo y *requetehaciedo* el amor! Solo abrimos la puerta cuando nos llegaban los sándwiches que de vez en cuando pedíamos al servicio de habitaciones. Y claro, aquello chocó mucho al personal del hotel y lo guardaron en la memoria para luego emponzoñar la mía cuando, ya famosa, cobraron algunas perrillas por contarlo. ¡Gentuza aprovechada! Fue muy frustrante estar en boca de todos a causa de tales menudencias personales. Pero ya sabes cómo es el mundo: cuando no eres famoso nadie te mira a la cara. ¡Pero cómo cambian las cosas cuando uno roza la fama! Y como a mí me gustaba tener amantes, antes, durante y después, pues... ¡Tuve tantos, querida! Eran de todo tipo y condición, aunque yo me sentía atraída por los más bellos, los más sensuales, atractivos, fuertes y varoniles... Pero en lo que verdaderamente me fijaba era en la inteligencia que mostraban, en su capacidad artística, en el duende del arte que fluía por su sangre. ¡No lo podía evitar! Creo que les amaba a rabiar por esa mezcla explosiva que es el arte, el amor y el sexo apasionado... Sus obras me salvaban, me daban la vida y me hacían salvaje entre las sábanas.

¿Que si alguno me hizo daño? ¡Ah, sí, por supuesto! Muchísimos de ellos... Verás, María, es que esos hombres del mundo del arte suelen ser muy egoístas, extraños y malotes... Y por eso muchas de esas relaciones no me trajeron nada bueno a nivel personal y afectivo, pues a veces me dejaban tirada como una colilla mal fumada por cualquier esquina. Hubo efectivamente muchas relaciones que me lastimaron mucho... Pero lo que jamás me hizo daño fue su arte, pues ese me salvó, literalmente, la vida.



Y estando en esas, recibí una llamada desde Nueva York: ¡mamá Florette había muerto! Sentí una mezcla extraña de sentimientos en el corazón... Por un lado, me entristeció saberme sola en el mundo, y por otro, sabía que no la añoraría. Nunca nos habíamos llevado bien. No fue una buena madre, y se me llenaron los ojos de lágrimas al darme cuenta de que yo tampoco estaba irradiando luz en mi papel ni como madre, ni como hija... Mis peques estaban acabando el colegio y ya comenzaban a desplegar sus alas, ¡y yo ya no sabía qué hacer con ellos! Así que un día me fui a Londres y me senté en un café con una amiga.

—Quiero montar algo que tenga que ver con el mundo de la cultura, pues mamá Florette ha muerto y me ha dejado una pequeña herencia que puedo utilizar para encauzar ese sueño.

—¡Pues monta una galería de arte! —me recomendó mi amiga—. Tienes ojo para esas cosas y seguro que te irá bien.

Y así nació, en 1938, mi pequeña galería a la que llamé Guggenheim Jeune. ¡Solo duró tres años, querida...! Pero ¿y lo bien que lo pasé? ¡Aprendí una barbaridad encabezándola! Ese fue mi comienzo en este mundo tan bello y extraño que es el impresionismo, el expresionismo y el surrealismo abstracto. Y llamé a mis amigos pintores de París y les dije: «¡Venid y traedme trabajos! Veremos cómo se nos da venderlos aquí». Y entonces aparecieron colgadas en mi pequeña galería obras de Jean Cocteau, de Picasso, de Dalí... Esa pequeña galería transformó mi vida de la noche a la mañana. ¡Yo diría que completamente! Y a Beckett hasta le daba plantón a veces, quien,

aburrido, esperaba en París mi regreso para retomar nuestros amores de cama. Pero es que el vivir dentro de mi galería, aprendiendo a negociar, a explicar y a vender esos maravillosos cuadros, me volvía loca de alegría, me absorbía y entusiasmaba... ¡Estaba como poseída por esas pinturas y su fuerza me embriagaba! Eran como un imán para mis pupilas y para mi alma... El surrealismo se comenzaba a entender por fin —¡ya era hora, hija!—, y sus bases explicaban que el inconsciente era la fuente de toda creatividad. Esta era la respuesta del arte del futuro, y yo aprendía rápido sobre todo aquello de forma sorprendente, María... Miraba esas obras, las escrutaba, las inspeccionaba con amor verdadero, como si cada uno de aquellos cuadros fuera oro puro que nadie entendía más que yo. Y hoy mis biógrafos concuerdan en que yo comenzaba —¡sin apenas percibirlo!— a desarrollar una increíble intuición, un ojo clínico para pillar cuándo una obra valía la pena y cuándo no. ¡Y ese fue el patrón de mi vida hasta el final de mis pasos por esta tierra! Pues desde esa experiencia y mirando los cuadros colgados en mi pequeña galería de Londres, comprendí que el mundo necesitaba conocer —y sobre todo entender— ese arte considerado tan raro, tremendo y absurdo. Y deseé ardientemente que todas las gentes se acercaran. ¿Cómo perder algo así de valioso en el mundo, si superaban todo lo visto, todo lo trabajado en artes plásticas? Y fui valiente, querida... Mucho, mucho, pues hubo tanto experto que me lo quiso tirar por tierra y pisotear mi intuición que...

Hoy miro para atrás y me pregunto conmovida de dónde saqué tanto coraje.



De pronto las cosas estaban cambiando... ¡A mejor! Vaya sorpresa, hija...Y empezaba a resonar mi nombre como una exquisita innovadora, como experta capaz de cazar al vuelo lo valioso dentro del arte moderno. «Es perspicaz y astuta para entenderlo», se cotorreaba por los museos de Londres. Aquello era como un milagro, María... Pues nunca había ido a la universidad, ¡pero mi corazón funcionaba

con el arte! Lo entendía, lo absorbía, lo transmitía con cabeza y sentido, mientras que muchos críticos renombrados decían que lo que yo defendía era solo chatarra que de nada servía. ¿Y sabes una cosa? Que se equivocaban. ¡Pero mucho, muchísimo, María!



¿Que si tuve asesores y ayuda? ¡Sí! ¡Bendito Marcel Duchamp...! Él fue mi gran apoyo, mi instructor en tantas cosas... Le conocí en 1921 cuando comenzó a salir con una de mis mejores amigas, Mary Reynolds. Él fue quien me explicaba por las noches, entre cerveza y panecillos, las principales diferencias entre el arte abstracto y el arte surrealista. Organizó todas mis exposiciones y me salvó la vida, pues yo para eso no servía mucho, querida... ¡Me armaba cada lío con la contabilidad! Pero él era un lince y organizaba las salas, los pagos, los cobros, la prensa, las llamadas... No sé qué hubiera hecho sin Marcel. ¡Fue mi maestro en aquel avatar! Gracias a él comprendí que cualquier objeto —icualquiera!—, hasta un urinario para varones, puede llegar a ser una obra de arte, ¡pues el arte junto a él se convertía en pura magia! «Solo tienes que ponerlo en la postura adecuada, dejar que sea regado con la luz adecuada...y *voilà!*», decía. Él fue quien me enseñó a sacar partido hasta de la última pincelada de los cuadros de Picasso, de Kandinsky, de André Masson, de Kermadec, de Salvador Dalí, de Joan Miró, de Eileen Agar, de Max Ernst... Y yo me sentía feliz, y aprendía dichosa embebiéndome lo que brotaba de los lienzos con tanta magia y locura... ¡A pesar de que algunos críticos me hacían la vida imposible! No entendían nada, querida... Como aquella asesora que tenía mi tío Sullivan que un disgusto muy gordo me procuró. Te lo voy a relatar por pura rabia, pues fue mucho el daño que me hizo y la tristeza con la que sembró mi corazón. Escucha bien querida y entenderás lo que te quiero decir...

Pues verás: resultó que mi amigo Kandinsky —que el pobre mío era entonces un muerto de hambre— me suplicó que pidiera a mi tío Sullivan Guggenheim que comprara una de sus primeras obras. Así que, ilusionada, se lo recomendé a mi tío, quien me dijo que no

entendía bien tal arte y que por tanto no le quedaba más remedio que esperar la opinión de la baronesa de Rebay —Hilla Rebay—, que era su asesora en todos los asuntos de la compra de obras de arte. ¡La baronesa era la fundadora de la colección Guggenheim de Nueva York y era muy respetada por todos los críticos de la ciudad que me vio nacer! Por ello su influencia era grande y su opinión muy tenida en cuenta... Luego me llegaron rumores de que era su amante, cuando ya había yo recibido su tan poco grata respuesta. ¡Fue muy impertinente, dolorosa y grosera, María! Guardé la carta para que gentes de la posteridad como tú lo supierais. Esto me decía en ella:

Querida señorita Peggy Guggenheim de la galería Guggenheim Jeune:

Su galería será la última que use nuestra fundación en caso de necesitar usar una galería. Encontramos que propaga mediocridad, cuando no basura.

¿Habrás visto mayor falta de educación, María? ¡Era una maleducada! Yo podría ser rara, excéntrica, golfa en la cama o lo que tú quieras... Pero por encima de todo era una dama. Sabía que todos los Guggenheim me consideraban la oveja negra de nuestra familia y que algunos hasta se avergonzaban de mí en público... ¡Pero yo era una mujer educada y nunca le falté al respeto a nadie! Procuraba ser amable con todo el mundo, generosa y auténtica... De ahí que muchos amantes y amigos a los que ayudé en mi vida luego me hirieran. ¿Pero grosera? ¡No como ella! Esa bruja malvada... ¡Y tenía loquito de amor a mi tío Sullivan!

Yo creo que aquella respuesta fue producto del miedo, de la inseguridad... Como mi nombre comenzaba a sonar por sí mismo, quizá pensó que ahora regresaba la sobrina Guggenheim excéntrica y loca desde Europa, con un aire renovado y vanguardista, para robarle su puesto en la fundación de mi familia, que era un clan al que yo pertenecía por sangre y derecho. Y claro, aquello no le gustó, siendo tan dinámica y mandona como era... Debió de sentirse amenazada por una terrible rival a la que todos, durante mucho tiempo, tildaron de chalada y fea.

¿Que si le respondí? ¡Claro que sí, querida! Era tímida y me consideraba a mí misma una señora, por muy oveja negra que fuera. ¡Pero no tonta ni cobarde! Así que, ni corta ni perezosa, le envié esta nota:

Querida baronesa Rebay:

Me divertí mucho con su carta... Creo que usted tiene una idea equivocada sobre mi galería de arte. Durante dieciséis años he vivido entre amigos artistas. Mis motivos son puros... No busco ganar dinero, sino ayudar a artistas.

Sinceramente,

Marguerite Guggenheim

¿Lo ves? Ya te lo he dicho: yo era una dama. Pero una de los pies a cabeza.



¡Y la galería mientras tanto marchaba viento en popa! Y llegaban y acudían a mí cada vez más artistas con cuyos trabajos me extasiaba... A ellos les hacía poco caso al principio, pues mis ojos se quedaban pegados a sus lienzos. ¡Qué mágica fuerza emanaban! Y después, cual segundo plato, reposaba mi mirada lánguida sobre sus maestros, de quienes a veces me enamoraba y otras no... Porque entre ellos había algunos cuyas personalidades eran muy extrañas y difíciles, querida. Eran como un apéndice de mi amor que iba a la cola de sus trabajos, porque siempre para mí lo primero fueron las pinturas y luego, cual segundo plato, llegaban ellos a mi corazón. Los adoraba a todos, sí... Pero enamorarme, enamorarme..., pues no. Mira que eso era otra cosa.

Lo que verdaderamente me volvía loca era su arte, itan extraordinario, tan veraz y poco entendido! Era raro incluso para mí, María... Pues mi cerebro, mi entendimiento y mis emociones despertaban al ver esos lienzos de una manera inexplicable. Hoy sé que yo hubiera hecho las delicias de cualquier psiquiatra como tu

padre, pero entonces yo pensaba que era más o menos una mujer normal, con una especie de «duende mágico» en la mente que me obligaba a pirrarme por ese tipo de pintura que parecía haber sido creada solo para mí... En cuanto a sus locos creadores solo puedo decirte que todos, sin excepción, eran mucho más interesantes que las personas que no son intelectuales. ¡Sus cabezas y sus formas de pensar y de ver el mundo me atraían como la cerilla al fuego! Luego intimábamos y entonces pasaban cosas: quizá buenas, quizá malas... Pues no fueron pocas las veces que estos artistas me decepcionaron como personas, siendo en muchas ocasiones su arte lo que los superaba. Créeme si te digo que hasta se volvían de golpe mediocres con el pincel... ¡Qué disgusto tan grande, hija! Digamos que todos ellos eran un inconcebible misterio en todo sentido, y yo, cual boba encandilada, los adoré a todos.



Entonces di el gran salto: ¡decidí cerrar la galería y abrir un museo! ¿Que por qué me lancé a tal locura? Pues muy fácil, querida: porque me di cuenta de que en Londres no había un museo de arte moderno, así que me dije: «Pues lo monto yo, y listo». Tal cual, reina. Pero no creas que lo logré sola. ¡Qué va! Aquello era una osadía tan grande, María... ¡De pronto estaba asustada! Era una apasionada, una loca de un arte que nadie entendía y comprendí que me arriesgaba mucho, hasta demasiado... Así que pedí socorro a un gran amigo llamado Herbert Read, quien para entonces ya tenía fama como gran conocedor de la pintura de vanguardia. ¡Me costó lo mío seducirlo!, pues estaba muy contento con su puesto de editor en la revista *Burlington*. «¡Pero si yo te propongo ser el director de mi nuevo museo de arte moderno de Londres!», le dije. Y dicho y hecho... Entonces nos pusimos manos a la obra, y me consiguió para la inauguración ni más ni menos que una lista de artistas para cortar el hipo de un zarpazo, pues la categoría era de no creer... Y así llegaron obras de Marcel Duchamp, de Pablo Picasso, Giorgio de Chirico, Joan Miró, Kazimir Malevich, Piet Mondrian, Alexander Archipenko,

Alexander Calder, Alberto Giacometti, Paul Klee, Jacques Lipchitz, Amedée Ozenfant, Yves Tanguy, Henry Moore y Wolfgang Paalen.

Vaya... Veo que te has quedado sin respiración, querida... Tú tranquila, mujer... Toma aire, no vaya a ser que te caigas y te des un porrazo. Mira que aún me queda mucho que contarte.



Pero entonces, para mi total horror y para el del mundo entero, estalló la guerra... Era el año 1939, y los vientos bélicos me hicieron comprender que, por muchos artistas de gran genio que estuvieran dispuestos a comenzar a traer sus creaciones a mi museo, si era bombardeado, se perderían irremediablemente sus maravillosas obras para siempre. ¡No podía correr tal riesgo...! ¿Lo entiendes, querida? Así que me vi obligada a posponer tan preciosa empresa y todos esos sueños mágicos. No sabía hasta cuándo, ni si podría culminar mi quimera, pues me llegaban noticias horribles desde Múnich, en donde me dijeron que las SS habían organizado una exposición con las obras de mis admirados maestros, con la única intención de hacer creer al público que eran mamarrachos, y su pintura pura chatarra. ¡Se burlaban de esas obras, María! Y empujaban a los críticos a describirlas como «arte degradante o repugnante». Yo no entendí nunca ese empeño que pusieron en organizar tal exposición,⁴⁰ a la que bautizaron como el «*Entartete Kunst*» o «Arte Degenerado». ¡Seiscientas cincuenta pinturas mágicas reunieron para luego insultarlas! Qué cosas suceden, querida; pero qué cosas tan raras...

Y con miedo en las venas partí a toda prisa hacia París, en donde pedí a Herbert Read que me ayudara a contactar a los pintores para adquirir todas las obras propuestas. ¡Qué difícil tarea, María! Sé que de haberme quedado demasiado tiempo podría haber acabado metida en un campo de concentración por causa de las SS, pues ya sabes que yo era judía. Así que corrí hacia los bulevares que tan bien conocía y me dediqué a buscar a los artistas.

Durante el primer mes de guerra intenté comprar una obra de arte al día. Fue un poco difícil, pero gracias a amigos como *madame*

Van Doesburg, Howard Putzel o mi querido Marcel Duchamp —que me presentaban a los artistas—, me apañaba, poquito a poco, y adquiría lo que podía. Y los pobres artistas, que no tenían ni para comer pues nadie quería sus obras, se volvieron locos sabiendo que una americana las entendía y deseaba. ¡Y comenzaron a buscarme y a llamarme a todas horas! Y así aparecían por casa Joan Miró, Picasso o Dalí, que a veces me despertaba y se acercaba a mi cama para que viera la obra que cargaba. ¡¡Jajaja!! Ahora me río... ¿Sabes por qué? Porque una vez pagué uno de sus cuadros bajo las sábanas, con un ojo medio abierto y el otro cerrado. Dalí me lo metió por las narices y me dijo: «¡Cómpramelo, Peggy, que no te arrepentirás!». Y eso hice, querida... Casi sin verlo lo adquirí por una minucia. Hoy, mirando hacia atrás, comprendo la inmensa suerte que tuve... ¡Y encima me sentí amada! Porque en muchas ocasiones me enamoriscaba de ellos y acababan enredados en mis enaguas. Como me sucedió con el gran artista Constantin Brancusi. ¡Qué dedos mágicos tenía para esculpir estatuas y cubrirme de caricias! Observarle mientras trabajaba se convirtió en mi más profunda droga placentera... Era un hombre menudo y maravilloso; mitad campesino y mitad dios. Cuando por fin le compré una estatua llamada *El pájaro*, lloró mucho, y no sé si porque le pedí una rebaja tremenda...

A ver, no me mires así, querida... Debía pensar también en mi economía, que por entonces ya comenzaba a minar ceros. Pero cierto es que cuando Brancusi me entregó *El pájaro* y lo vio en mis manos, se derrumbó. Yo creo que le dio mucha lástima separarse de él, importándole poco el precio... ¡También me pasó con Giacometti! Era este un artista con un cabezón muy grande... ¡Vaya pelo tenía! Parecía un león... ¡Pero un león inteligentísimo! Su conversación me volvía loca, me arrebatava.

Realmente todos ellos tenían una mente privilegiada. Y yo, complacida escuchándoles, aprendía y aprendía como una parvulilla obsesionada... ¡Pero debía tener cuidado! Pues al ser tan listos, a veces me costaba muchísimo trabajo regatearles, ¡y yo ya no estaba para grandes gastos, María! Claro que los pobrecillos eran tan baratos... Ya

imaginas, ¿verdad? La guerra, el hambre y que los críticos no entendieran su arte provocaban un cóctel de problemas muy graves para sus ventas. Y ellos se agobiaban y sufrían... ¡Tenían que comer como todo hijo de vecino, María! Y arañaban una moneda aquí y otra allá... Y yo, por mi parte, peleaba, no fuera a ser que me quedara sin un chavo de lo poco que ya guardaba de la herencia de mamá Florette. Andaba justilla, querida, y eso para una chica Guggenheim que había nacido en cuna de nácar era muy humillante y doloroso.

Al final, y quizá por llevar en mis venas la sangre de antepasados listos como lince para los negocios, aprendí a volverme muy ágil y cautelosa con las transacciones, y me las arreglé para juntar el núcleo de una de las mayores colecciones de arte moderno del mundo por la ridícula suma de cuarenta mil dólares. ¡Simplemente rompí todas las reglas! Senté precedente. No había habido hasta entonces mujeres que se hubiesen implicado de esa manera en el mundo del arte moderno, que siempre había sido un campo totalmente masculino. Pero ahí estaba yo: ¡y con dos narices! Me puse el mundo por montera... El arte fue mi libertad, mis alas, mi brisa... Hice lo que quise, entendí lo que nadie entendía y compré en el momento adecuado. En otras palabras: fui una total avanzada para mi época, adquiriendo con coraje pinturas cubistas, impresionismo extremo y apostando siempre a caballo ganador. ¡No todo el mundo ha logrado algo así, querida! Tenía convicción, agallas y muchísima intuición. Ahí se centraba mi don... Pero, a pesar de todo, a pesar de que yo sentía en mi corazón que daba en el clavo, muchos críticos —gente bien formada— me seguían menospreciando... ¡Qué duro fue soportar aquellos insultos y semejantes puñaladas! «¡Pero si está loca como una cabra!», repetían mis primos cuando en Nueva York alguien me mencionaba. Me había convertido para ellos —y para muchos expertos— en la diana del ridículo y de las burlas. En otras palabras: en una paria.

Pero aquello no minó mis fuerzas. ¡No me rendí, María! Me negaba, además, a que descubrieran un solo ápice de la tristeza que comenzaba a asomarme por los ojos.



Hitler bombardeaba Europa según le venía en gana, querida... ¡Y todo un continente sufría! Como tú eres creyente, pide a Dios que nunca tengas que pasar por algo así. ¡Es una tragedia humana tan salvaje una guerra! Y mientras que Hitler tiraba sus locas bombas sobre el cielo de Noruega, en París yo luchaba para que alguien me guardara y protegiera mi colección. ¡Estaba dispuesta a lo que fuera con tal de que no les pasara nada a los cuadros! Temblaba... Me horrorizaba pensar que los aviones alemanes vendrían a volar París en mil pedazos y que todas esas pinturas llenas de magia quedarían hechas polvo entre los escombros de la ciudad más hermosa del mundo. ¡No sabía qué hacer ni cómo sacar las obras de París! Fue entonces cuando mi amigo Léger, a quien acababa de comprar un cuadro maravilloso, me dio la idea. «¡El Louvre no perderá la oportunidad de guardarte las obras a cambio de un trueque al final de la guerra!», me dijo. Y allá me fui, con grandes esperanzas de que me las aceptaran, icoa que hicieron enseguida! Mas luego, ¡mi gozo en un pozo, María...! Porque no sé quién en la dirección del Louvre decidió que todas esas obras de arte eran un despropósito, una chatarrería... «Este Dalí es una birria —me dijeron ufanos—. Ya no le digo este Miró, o este loco, ¿cómo se llama? ¡Ah, sí...! El Picasso ese...». Yo no salía de mi asombro... ¡Y para mi mayor desesperación decidieron que me llevara de inmediato todas las obras! Entonces sí que caí en la más terrible desesperanza... Pero como tenía claro que no me equivocaba con aquellos maravillosos trabajos de vanguardia, entró Dios en juego, pues como un milagro apareció de la nada uno de los operarios que en su día me había colgado cuadros en mi galería. Era un hombre brutote, de esos que igual que arregla una gotera, te pinta un taburete del baño. ¡Y me reconoció! «Doña Peggy —me dijo—. No se preocupe usted. Mire que ahora hago trabajos en el puerto». Y ese bendito brutote logró embalarme toda la colección con sumo cuidado y la guardó entre mis enseres domésticos en las tripas de un barco. Y así embarcaron en cajas hacia Norteamérica todas mis obras maravillosas, mezcladas con mis mantas, mis cacerolas, mi ropa y mis zapatos.

¿Si pasé miedo en el trayecto? ¡Cómo no, querida! ¡Muchísimo! Temblaba... Imagínate lo peligroso que estaba el mar en aquellos momentos: submarinos enemigos, aviones aliados... Nos podrían haber matado a todos y mis maravillosos cuadros hubieran acabado en el fondo del mar, sirviendo de postre pincelado a los tiburones más hambrientos de un océano endiablado.



¡Pero lo logré! ¡Qué felicidad sentí al posar mis pies en mi ciudad, María! Nueva York nos recibió a mis pinturas y a mí en julio de 1941, junto a mis hijos Pegeen y Sindbad, y al que era por entonces mi nuevo amante: el irrepetible, el magnífico y único Max Ernst.

Max era el hombre más guapo del mundo. ¡Me tenía loquita por sus huesos! Era pintor, escultor, poeta, guionista y... mujeriego. Sí, hija, sí... Ya sé que vas a pensar: «Pues vaya ojo clínico que tenía esta para los hombres». Así era... Todo lo aguda que fui para darme cuenta del potencial de una obra maestra, no lo tenía para escoger a los maridos ni a los amantes... ¡Y a pesar de saber lo mucho que le gustaban a Max las faldas me casé con él! Le adoraba, pero sobre todo, le admiraba. ¿Que si él a mí también? Yo creo que no, María... Tristemente, sé que no fui demasiado correspondida... ¡Me engañó tantas veces! Y es que las mujeres no me lo dejaban tranquilo un minuto: le rondaban como moscas a un tarro de mermelada y él se dejaba chupar el azúcar. ¡Era tan vanidoso! A su lado yo sentía una explosión inmensa de sentimientos... Por un lado, mi autoestima aumentó mucho, pues comencé a ser envidiadísima por mujeres bellas. ¡Qué vueltas da la vida a veces, querida! Porque el patito feo, la oveja negra de los Guggenheim, se había casado con uno de los hombres más atractivos del momento artístico. Creo que se casó conmigo porque se sintió muy agradecido de que le salvara la vida... Pues era alemán de religión judía, y las SS le tenían echado el ojo de una manera muy agresiva. ¡De no habérmelo llevado conmigo casi de contrabando, hubiera acabado achicharrado como una patata frita en un campo de refugiados! Creo que debió de creer que tenía una deuda

conmigo, y como yo no escondía mi admiración ni mi amor por él, pues... Su vanidad era inmensa, y era tan excéntrico que a veces me cuestionaba si estaba del todo bien de la cabeza, pues ¿sabes que le pillé muchas veces poniéndose mi ropa? ¡No se inmutó siquiera! Y desde entonces se ponía mis pelucas, mis boas de colores y hasta mis faldas...

Una vez me compré un abrigo de visón blanco, me lo arrancó de un zarpazo nada más llegar a casa y se lo puso encima. Así que tuve que salir a comprarle uno también a él, pues yo quería recuperar el mío... ¡Pero es que curiosamente era a la vez muy masculino!: fuerte, fornido, delgado, atractivísimo... Yo reía a mares con esas cosas suyas que a muchos escandalizaban. Era tan narcisista... ¡Y tenía celos de mis amistades del mundo del arte! Pues debes saber que cuando llegamos, Nueva York tenía ya su pequeño nicho de pintores modernos. Eran casi todos exiliados que habían llegado exhaustos de una Europa en guerra que no les entendía y que de haber permanecido en ella, hubieran perdido la vida. Algunos habían salvado el pellejo por un pelo —pues los nazis eran implacables localizando judíos escondidos—, y habían huido como locos con sus cuadros a cuestas, que no eran sino absolutas joyas del vanguardismo. Y ahí que comenzamos a cenar en el Soho y en Tribeca con gente como Joan Miró, Léger, Tanguy, Masson, André Breton o Mondrian... ¡Menuda magia tenían esas cenas neoyorquinas! Max se enfurruñaba acusándome de coquetear con todos... ¡Pero no era cierto! ¿No ves que me tenía enamorada? Pero aproveché y saqué jugo inmenso y junto a ellos me deleitaba: y muy pronto en Nueva York comenzaron a considerarme como un cable de unión entre los artistas americanos y mis amigos de Europa. ¡Por fin mi nombre comenzaba a tintinear en la mente de los sabios! Vivir entre estos increíbles artistas, rodeada por ellos día sí y día no, era una sensación maravillosa... Y yo me sorprendía pensando que quizá París hubiese muerto para el arte, y que quizá había llegado la hora a mi ciudad de Nueva York, en la que de sopetón bullía el encanto y lideraba de un día a otro la vanguardia, lo más extremo, nuevo y valorado.



¡Y logré mi sueño, querida! Pues por fin, en octubre de 1942, abrí la mejor galería del mundo: Arte de este Siglo, la bauticé. ¿Te gusta el nombre? A mí me encanta...

Estaba situada en la calle 57 y te puedo asegurar que fue la primera galería internacional en la ciudad de Nueva York, en donde se mezcló con maestría el arte moderno americano y el europeo. Y enseguida nos hicimos famosas las dos: mi galería y yo. Y acudía gente extraordinaria —locos de las artes plásticas, de la danza moderna, del teatro, de la música... Todos variopintos, sorprendentes, deliciosos y con grandísimos dones para entender el arte y la cultura. Y entre ellos no faltó mi adorado, muy difícil de carácter y extraordinariamente complicado, Jackson Pollock. ¡Tampoco Mark Rothko, ni Robert Motherwell! Todos querían estar conmigo y con mi negocio. Madre mía... Me propuse que mi galería les diera fama y luz a todos y por ello en mis paredes sucedían cosas increíbles.

¿Como qué? Bueno... Déjame pensar... ¡Ah, sí! Como que Robert Motherwell se subiera a una silla y que con una larga caña diera clases de arte a quien lo deseara; o que se dieran conferencias o charlas interesantísimas sobre filosofía, surrealismo o el dadaísmo... La guinda era ver trabajar en vivo y en directo a mi Jackson Pollock: ¡la gente se asombraba muchísimo! Era como tener un escaparate frente a tus propios ojos que reflejara el surrealismo. ¡Mi galería fue la bomba, María! Era una impresionante innovación para Nueva York, que la acogió con inmenso respeto y sorpresa. «Tiene dentro a un grupo radical de increíbles artistas que están redefiniendo el arte contemporáneo a zancadas monumentales», decía la prensa especializada. El espacio, las curvas y la decoración que coloqué dentro la hizo ultramoderna. ¡Un espectáculo que la gente miraba con ojos asombrados nada más cruzar la puerta! Pues toda ella, mi galería, era un reflejo puro y verdadero de lo que era yo: una obra de arte humana en el más puro estilo abstracto. Un lugar que reflejaba mi «yo» más absoluto con reflejos, colores, hilos transparentes que mecían las obras

al recibir la más mínima caricia de aire... ¡Todo era nuevo, distinto y perfecto! Y por ello yo abría mucho las ventanas, para que entrara la brisa de Nueva York y todo lo inundara. ¡Yo entendí lo que significaba el movimiento en el arte, querida...! Diseñé junto a Motherwell un sistema para que las luces se encendieran y apagaran solas. ¡Qué ambiente más curioso proyectó eso en todas las salas! Era todo radical; lo nunca antes visto. Y todo lo luché muy sola, muy cansada y abatida, sintiendo de vez en cuando los brutales agujijones de algunos «expertos» que seguían insistiendo —¡erre que erre!— en negar la valía de todo mi trabajo.

Fui una coleccionista autodidacta que sufrió muchísima soledad en todo el proceso. Pero el cliente —el espectador— se volvía loco... ¡Y compraba, compraba y compraba...! Y yo, mientras tanto, percibía cómo por fin atizaba en las narices a mucha gente; a personas malas que en el pasado me habían puesto la zancadilla, que habían ensuciado mi nombre restregándolo por el suelo como una bayeta vieja.

¿Cómo quién? Qué pregunta, querida... Pues como los Guggenheim, que siendo de mi propia sangre tardaron una vida en darse cuenta del daño infligido y de la valía brutal de lo que hacía.



¿Que si soy rencorosa? Yo creo que no... O por lo menos no deseo que así me recuerdes, pues aunque sufrí —¡y mucho!—, he perdonado a todos. Incluso al cirujano plástico que me destrozó la cara. Sí, hija, sí... Hasta eso tuve que padecer en cierto momento de mi vida. ¡Cuánto sufrí y en qué descabellado momento se me ocurrió ponerme en sus torpes manos! Pero es que yo no era bonita, María... Qué va. En mi juventud, sí tuve una figura preciosa, pues era esbelta y muy delgada. Mi pelo era castaño y mis ojos verde azulados. ¡Pero qué nariz más grande escogió Dios para mí, hija! Aquello parecía un pepino pegado al rostro. Y por eso me lancé, y fui de las primeras en hacerme cirugía... Y salió desastroso. Claro que un poco de culpa fue mía, pues estaba viendo que los doctores no entendían lo que yo les pedía, y en mitad de la operación les obligué a parar en seco. Sí, querida... Un

horror, una catástrofe que me hizo padecer un dolor infinito. Aquello fue algo inaudito... Y cuando la cirugía destrozó mi nariz decidí no volverme a retocar jamás... ¡Y la cara me quedó hecha un cuadro de Picasso! Pero una obra de Pablo vale millones, y mi pobre cara ya nada valía. Y entonces me hundí, ¡y cómo! Ya no volví a ser tan alegre como antes, sino tímida y reservada... Tenía el corazón hecho añicos y hasta en el habla se me notaba. Vocalizaba de forma nerviosa y agitada, hasta que un buen día, para mi total horror, me percaté —¡como todos los que me rodeaban!— de que había desarrollado un tic. ¡Lo que me faltaba, hija...! ¿Quieres saber en qué consistía? Pues en sacar la lengua constantemente y sin remedio...

Jackson Pollock siempre me decía: «Toca mis lienzos que eso te tranquilizará». ¡Y tenía razón...! Era observándole pintar cuando mi lengua descansaba de ese horrible tic que tanto me avergonzaba. Porque era el arte mi calma, mi luz, mi alegría y mi consuelo... Parecía como si el resto del mundo no fuese capaz de amarme como lo hacían esas obras.



Veo que ahora quieres que te hable de Pollock, ¿verdad? No me extraña... ¡Todo el mundo querría! Le conocí en el invierno de 1942 y su obra me pareció un galimatías tremendo. ¡No había quién la entendiera! Y por mucha intuición que yo tuviera —desarrolladísima por entonces—, su creatividad me desbordaba. Entonces llegó Mondrian en mi auxilio, quien, despacito y con calma, me explicó la valía de sus trabajos. Y todo se disparó dentro de mí, y como una posesa comencé a adorar su trazado, su fuerza, la magistral manera de enlazar y mezclar los colores, cómo amé las mil proezas que a simple vista no se pueden pillar en los trabajos de Pollock.

Y así, un día, sin casi meditarlo, le pedí que me pintara todo el muro de mi nueva galería —la que monté en la calle 61—. La primera vez que le vi fue mientras trabajaba como carpintero en el museo de mi tío, y fui yo quien le saqué de ahí, quien le pedí que se dedicara plenamente a su creatividad y dejara escondidas dentro de un cajón

sus pesadas herramientas de trabajo. Y cambió por fin el martillo por el pincel, y dedicó su mágico tiempo a hacerme ese mural para el recibidor de la galería que ocupó, ni más ni menos, que una pared entera.

Fue un trabajo extremo, una joya, un delirio de uno de los más grandes pintores del siglo XX. ¡Y yo había logrado que me lo plasmara como mural en mi galería! Qué gran locura y qué golazo tan inmenso conseguí con semejante ocurrencia...

Pero pronto tuvimos problemas, pues ¡Jackson era tan difícil como persona, María! ¡Uf...! Era un ser tan destructivo y atormentado... Y como todos mis amigos genios, cuando comenzó no tenía un dólar en el bolsillo. ¡Y ahí estaba su amiga Peggy para sacarle del pozo! Así que le presté dinero para comprarse una casa en las afueras de Springs, en Long Island, en donde por fin, en soledad, tranquilo y apaciguado, lograba concentrarse y pintar sobre el lienzo cual un hombre enamorado de los colores y del trazado... Era un genio, María. ¡Y de los más grandes! Lástima que fuera tan antipático... Le horrorizaban la gente, las fiestas, las reuniones...

—¿Qué es lo que te sucede, Jackson, que no hay manera de hablar contigo? —le pregunté un día—. ¿Y por qué rechazas que te presente a mis amigos?

Él me miró con ojos vidriosos y me contestó:

—No me gusta el ser humano... Entiende una cosa Peggy: solo mi pintura me hace feliz.

Pasé junto a él momentos de extraordinaria complejidad... Pasaba hambre, no tenía ahorros, ni cuenta bancaria. Así que yo, preocupada, le concedí un pequeño salario de trescientos dólares al mes. No era mucho, pero gracias a esa seguridad ficticia, de inmediato floreció y se convirtió en uno de los mejores artistas del siglo XX... Siempre estuve a su lado en los comienzos, apoyándole, cuidándole, dándole la seguridad que tanto anhelaba. ¡Y yo entendía con una claridad cristalina que su trabajo era el de un genio!

Un día, por ayudarle a promocionar su trabajo, le organicé con todo mi cariño y esfuerzo un almuerzo en el hotel Chelsea. ¡Pero me

dejó tan mal frente a mis amigos, María! Porque aquello fue un desastre: se puso tan nervioso y agitado, y bebió demasiado vodka y se emborrachó tanto, que luego vomitó delante de todos... No recuerdo qué invitado me dijo por lo bajinis: «Peggy, deberías enmarcar la alfombra; un día podría valer millones».

Y mientras yo pasaba por esto con Pollock, me di cuenta de que mi marido, Max Ernst, me engañaba... ¡Uf! ¡Me hizo tanto daño! ¡Con qué cuernos me adornó la coronilla! Primero se lio con Leonora Carrington, a quien juró amor eterno... Para luego dejarla también como un trapo usado y enrollarse a lo loco con Dorothea Tanning. ¡Y a causa del amor que sintió por esta última me pidió el divorcio! Y de nuevo me encontré sola, abatida y sin amante. Desde entonces me volví muy solitaria... Y sufría mucho por ello, pues yo deseaba ser amada, invitada a fiestas y que la gente me acogiera tanto como yo la había sabido acoger durante años y años...

A la vez sucedió algo curioso: como mi fama de experta en arte moderno crecía, la gente comenzó a sentirse extrañamente acomplejada a mi lado. ¡Era el colmo, María! Y sintiéndose minimizados a mi lado, muchos dejaron de llamarme! «Eso a veces ocurre, reina —me dijo Pollock cuando me quejé con él de mi soledad—. Y ten cuidado, que yo veo que los que se te acercan encima te intentan explotar». ¡Yo no me daba cuenta, querida! Era muy inocente para esas cosas y siempre que he podido he sido muy generosa, ingenua, desprendida... Muy buenaza. Y es cierto que abusaban... ¡Incluso mis artistas tan queridos! Abierta y genuina, en mí no encontraban engaños. ¡Todo lo contrario! Intentaba ser fiel amiga, aguantar sus rarezas y que ellos sintieran paz notando mi transparencia. Nunca quise aprovecharme de nadie, ¡si no de ayudarles en toda medida!

La verdad, María, es que ya me empezaba a cansar de tanto amar y no sentirme correspondida... Pues me di a todos mucho. Quizá demasiado.



Entonces llegó una editora a mi vida y me convenció para que escribiera un libro. ¡Tenía tanta ilusión! Lo hice y... ¡No veas la que se armó! Porque conté muchas cosas privadas, ¡y mi familia se puso cual basilisco! Me llamaron cosas terribles: loca, descarriada, ninfómana, drogadicta, mala hija, mala madre, mala esposa, y hasta fea irremediable... En fin. Nunca entendí por qué se enfadaron tanto... ¿Que si hablé mal de los Guggenheim? ¡No! ¡Mi libro era solo de sexo! Y como los hombres con los que yo me relacioné eran todos muy promiscuos, pues ¡¿qué querías que dijera?! Su reacción fue criticarme horriblemente: ¡me llamaron incluso furcia! ¡Pero si yo solo hacía lo que hacían los hombres que estaban conmigo! Y dime: ¿por qué es siempre así, María? Los varones todo lo pueden hacer y socialmente es permitido. ¡Pero, ah! ¡La que se forma si lo hace una fémina! Digamos que se convierte en lo peor: en una paria, una guarra, una sucia, una perdida...

¡Y la prensa lo aprovechó de lo lindo! Y arrastraron mi nombre en artículos, en revistas, en corrillos, en cafés y en todo tipo de programas radiofónicos. Fue un *bullying* en toda regla... ¡Dios mío, cómo se me despellejó...! Y todo porque fui valiente y conté en un libro muy brillante, audaz y atrevido lo que quise y me vino en gana. Es cierto que era un escrito muy loco y lleno de sentimientos claros y descripciones picantes que iban al grano. ¡Y en él relataba solo cosas mías! ¡Uf...! Fíjate que horrorizó hasta a mis amigas más queridas y me pusieron a caer de un burro... ¡Eso sí que me hizo daño! Me lastimó muchísimo porque yo nunca había sido cruel con ellas.

¿Que si recuerdo la peor crítica entre ellas? Pues claro, ¿cómo olvidar las barbaridades que contó mi amiga Mary McCarthy? ¡Fue tan cruel! Yo tenía una fortísima fuerza sexual, mucho apego al sexo y eso lo transmití en todas las facetas de mi vida. Y dejé claro que tomaría el hombre que quisiera y en el momento que quisiera... Y eso molestaba. Y para que termines de sorprenderte, te diré que también tuve sexo con las mujeres. Pero reconozco que fue por probar, pues no me atrajo demasiado. Realmente quienes a mí me gustaron mucho, pero mucho, fueron los hombres.

Y fue entonces cuando sucedió algo raro... Pues una vez publicado el libro y el escándalo montado, los hombres comenzaron a encontrarme irresistiblemente atractiva! Qué cosas, querida... Y se me comenzaron a acercar inundándome de piropos. «Es que eres muy libre, tienes un alma bonita», decían. Y me deseaban, y yo me dejaba amar o amaba a mi conveniencia. Todo muy excéntrico, pero así era... ¡En la madurez resultó que los hombres me rondaron cual abejas a la miel! Debió de suceder que mi miel se convirtió en dulce cuando antes debía ser agria... «Es que tienes un aura increíblemente sexual —me decía Calder—. Eres como un animal femenino extraordinariamente sexual en donde se mezcla a la perfección lo más bello de la Antigüedad, con lo más ardiente de lo moderno». ¡Y eso que Calder no era de los que más me piropoaban! Imagínate lo que me decían los demás... Y todo esto, más la excentricidad que rodeaba a mi carácter, hizo que aquellas críticas se triplicasen.

¡No te enfades tú ahora también conmigo por haber escrito el libro! ¿Y qué iba a hacer? ¡Pero si así era mi carácter, hija! Yo no me metía nunca en la vida de los demás, y cuando deseé que respetaran la mía tal como era —que, de acuerdo, era un poco un disparate—, pues no lo hicieron. Y es que así era mi alma: no me importaba lo que nadie dijera, nunca me había importado. Era mi forma de ser desde niña. Y a esas alturas y ya con una edad, pues no iba a hacerme la mojigata, ¿no te parece?



Un día, harta de todo lo que estaba sufriendo en Nueva York, cerré la galería y regresé a Europa. Siempre supe que volvería a la vieja tierra... Y así lo hice: ¡me marché e instalé en Venecia! Y dejé atrás a la ciudad que me vio nacer, a un montón de artistas a los que había ayudado a triunfar y que había cuidado, mimado, protegido y hasta lanzado al estrellato. Y me largué. «¡Adiós, adiós! Me voy...», les dije. Luego en la prensa —aduladora cuando quiere y torturadora cuando se le antoja— aparecieron cosas como: «Peggy Guggenheim se ha marchado dejando un legado en la historia del arte americano de inmenso valor. Su

marcha ha sido una gran pérdida para el arte de Nueva York. Como directora de su galería aquí, ha hecho más exposiciones con nuevos artistas que otros lo hicieron en todo el país».

«¡A buenas horas, mangas verdes», me dieron ganas de gritar. Porque ya no regresaría...



Y me instalé en Venecia, en donde me volví, literalmente, loca de amor por sus canales, sus aguas, sus casas, sus calles, sus palacios, sus gondoleros... ¡Jajaja! No me mires así, niña, que a estas alturas ya deberías de estar acostumbrada a mis cosas. Miraba mi reflejo sobre sus aguas y me sentía divina. ¡Todo era arte y color en Venecia! ¡Madre mía, qué ciudad más bella! Toda ella era como un cuadro, quizá el mejor pintado del mundo entero. E hice algo muy atrevido, muy «yo»... Muy loco y apasionante: me quedé en ella para siempre.

Pero para ello tuve que comprar un palacio, ¡y lo llené de obras de arte! No te creas que me costó mucho dinero, pues nadie lo quería. ¡Estaba el pobre tan vetusto y deteriorado! Tenía goteras por todas partes y los antiguos dueños no sabían ya qué hacer para desprenderse de él; ¡y aquí que llegó una americana cuasi chalada que entendió su belleza y que deseó quedárselo! Era un pequeño palacio raro, pues no tenía segunda planta... Y es que supongo que todos los palacios del mundo las tienen... No sé... ¡Y fui tan extraordinariamente feliz en él! Y para no sentirme sola nunca, me compré un montón de perritos. ¡¡Que llegaron a ser cincuenta y siete entre camadas, regalos y adquisiciones personales!! Y todos hacían pipí y caconas y hasta parían en casa. Una locura, querida...

Y a pesar del lío, de los cincuenta y siete perritos, del palacio sin dos pisos y todos los inconvenientes que quieras, te diré que vino a visitarme TODO EL MUNDO, y cuando digo TODO EL MUNDO es TODO EL MUNDO. Porque ahí desfilaron Picasso, Miró, Dalí, Pollock, Motherwell, Kandinsky y quien tú quisieras... ¡Y eso que no soy nada sociable! Creo que ya entonces me había convertido en una vieja solitaria, aunque me seguían gustando las fiestas. ¡Esas mucho, madre

mía! ¿Y lo mejor sabes lo que era? ¡Que todos aquellos amigos pintores me dejaban sus dibujos tirados por todos lados!, en los cajones, en sus armarios, en la piscina, en la cocina, en los balcones... Un día me encontré en el papel del baño un montón de dibujos que Steinberg dejó pintados a plumilla. Imagino que los debió de hacer mientras hacía sus necesidades...

Así que con todo ese personal en casa metido día sí, día también, organicé muchas fiestas. ¡Y cómo lo pasábamos! A veces sucedían cosas... ¿Cómo que como cuáles? Pues de todo, reina... Como incidentes, escándalos, peleas entre amantes, sexo apasionado... Venían también muchos amigos homosexuales y, durante una pequeña etapa, me declaré lesbiana. ¡Y me apañaba para dar de comer a todos! Yo estaba encantada... Aunque luego se quejaban diciendo que era muy mala cocinera, que la pasta que servía era malísima y el vino que compraba era muy barato y apestoso. ¡¿Pues no querían encima que les diera comida cara?! De ninguna manera... A esas alturas ya me había vuelto algo tacaña, y consideré que esas cosas ya no importaban. ¡Lo que verdaderamente me llenaba era sentirme feliz junto a ese tipo de gente que decía que me admiraba! Y todos eran libres para disfrutar, reír, pintar, compartir, amar...

Yo vestía como me daba la gana: hasta coronas me ponía y me paseaba. Recuerdo que Calder me hizo durante su estancia unos pendientes que luego fueron la envidia de las grandes damas de la moda. ¡Me diseñó hasta la cabecera de mi cama! Fue todo en mi palacio muy divertido, excéntrico y loco... E inmersa en esa locura, feliz y explosiva dentro de ese palacio, tuve la suerte de recuperar la energía: ¡y abrí otro museo! ¡Mi museo más soñado: el de Venecia!



Y seguí ayudando a escritores, artistas, actores, pintores... Tal y como había hecho desde jovencita. Yo seguí siendo su gran mecenas, la más importante del arte moderno del XX... ¡Y nunca esperé que me pagaran por ello o me lo agradecieran! Solo di gracias a la vida por haberme hecho una enamorada del arte abstracto, de la cultura vanguardista.

Ahora tenía mi palacio lleno de vida, de genio y figura. ¡Ese palacio fui yo, María! Ese palacio fue y es hoy *la gran Peggy*. La más valiosa entre todos los Guggenheim.



¿Que si algún recuerdo malo debo tener de esa época? Bueno... Sí. También los hubo, querida... ¡Ay, mira que hacerme recordar eso...! Sí, te lo contaré, no temas... Por mucho que me duela recordar lo que permitió Dios que sucediera. Que no fue otra cosa más que mi niña, mi luz y mi cruz, se me fuera. No te entristezcas por mí, querida... Ya sabes que siempre acepté ser una madre mediocre; quizá hasta una mala madre. Porque no supe entender jamás a mi Pegeen, que era muy difícil y extraña... Venía con frecuencia al palacio de visita, y siempre la encontraba muy nerviosa y muy infeliz. ¡A veces se volvía muy violenta! Y nos insultaba e incluso atacaba... Recuerdo una noche en la que me persiguió por la cocina dando voces terribles empuñando un cuchillo... Pobrecita: estaba muy enferma. Era quizá esquizofrénica... Y es que, tal vez a causa de mi mal ejemplo, tuvo muchos amantes desde muy jovencita y se volvió tremendamente promiscua. Yo le reñía —¡a pesar de haber sido el peor modelo en ese tipo de cosas para ella!—, y claro, la criatura pues no entendía...

Pero la quise muchísimo, con locura. Y mi niña intentó quitarse la vida una y dos, y hasta tres veces. ¡Era tan neurótica! Me gritaba, rompía los muebles, destrozaba su cuarto... A veces se atacaba a sí misma con una cuchilla... ¡Llegó a decir que solo se sentía a salvo en un avión, con la esperanza de que se estrellara y se muriera! Todo eso era terrible para mí... Al final se casó con un hombre muy perverso que la maltrató mucho y al que odié: un alcohólico, un desalmado que la golpeaba...

Así que, un buen día, fue hallada muerta. ¡Se había suicidado con barbitúricos! Nunca supe cómo amarla, cómo cuidarla... ¡Aunque creo que lo intenté todo! No me juzgues, María... Supongo que yo era como una mujer con corazón de niña, intentando cuidar de otra niña.



¿Si he sido feliz? Sí y no, querida... Pero quizá he sufrido más de lo que he sido feliz. ¡He tenido tantas dificultades en la vida!: problemas familiares, muchas rarezas, guerras, dolor, soledad, golpes, ruinas... Amantes buenos y malos, maridos que me han herido... ¿Y crees que algo me ha compensado tantos avatares y tristezas? Parece mentira que tú me preguntes eso, niña... ¿Cómo que no lo sabes? Te respondo: FUE EL ARTE, María. Ese arte que supe descubrir, entender, vivir, explicar, cuidar y explotar... Él fue toda mi alegría. Y ahí os queda.

Disfrútalo, no seas tonta; y di a tus contemporáneos que no perdí el tiempo. Pues sin duda fui la más fiel experta, la mejor crítica y la mayor mecenas. La descubridora del más maravilloso arte moderno del siglo XX; tan abstracto y tan disparatadamente valioso como lo fui yo misma.



Datos de importancia de Peggy Guggenheim:

- Peggy Guggenheim fue la descubridora y la mejor mecenas que ha habido jamás del arte contemporáneo y surrealista del XX.
- Descubrió a los mejores artistas y los promocionó para que triunfaran. Cuando descubrió a Pollock, uno de sus murales valía doscientos dólares. Hoy cada uno puede llegar a valer ciento sesenta y cinco millones de dólares.
- Regaló cincuenta obras de Jackson Pollock a muchos amigos.
- Todos los cuadros de los artistas que descubrió hoy cuestan millones de dólares.

- Al final de su vida, el Louvre le pidió disculpas por el trato recibido en el pasado y le suplicó organizar una exposición con toda su colección.
- En el año 1969 se expuso su colección en Nueva York a petición de sus tíos Guggenheim, quienes le hicieron un museo extraordinariamente moderno para exhibir todas sus obras. Hoy es uno de los más importantes del mundo.
- Exigió que en su palacio de Venecia se conservaran gran cantidad de obras. Actualmente es uno de los mejores museos-palacio del mundo.
- Murió en Padua (Italia), el 23 de diciembre de 1979, a la edad de ochenta y un años. Está enterrada en el jardín de su palacio en Venecia junto a catorce de sus perritos. La causa de su muerte fue una apoplejía.
- La colección de arte moderno de Peggy Guggenheim es una de las más visitadas del mundo entero y quizá la más importante. Contiene trescientas veintiséis obras de arte de más de cien artistas y tiene millones de visitantes al año.



Valoración actual de algunas de las obras de arte de su colección:

- Paul Gauguin: doscientos cincuenta millones de dólares.
- Paul Cézanne: doscientos cincuenta millones de dólares.
- Pablo Picasso: ciento setenta y nueve millones de dólares.

- Amedeo Modigliani: ciento setenta millones de dólares.
- Francis Bacon: ciento cuarenta y cinco millones de dólares.
- Jackson Pollock: ciento sesenta y cinco millones de dólares.
- Willem de Kooning: ciento sesenta y dos millones de dólares.
- Gustav Klimt: ciento cincuenta y ocho millones de dólares.
- Edvard Munch: ciento diecinueve millones de dólares.
- Mark Rothko: noventa millones de dólares.
- Jasper Jones: ochenta millones de dólares.

CAPÍTULO 8

MARÍA CALLAS

EL SUSURRO DE CRISTAL

(Nueva York, 12 de febrero de 1923 - París, 16 de septiembre de 1977)



«Primero perdí mi voz; luego perdí mi figura; después perdí a Onassis».

MARÍA CALLAS

Mi historia está enclavada de lleno en la ópera, y se me conoce como «la última gran diva». ¡Ríete tú ahora de vuestras grandes estrellas! Porque yo fui la mejor, la más grande, brillante y refulgente de todas. Sin comparación ninguna, niña. La gran reina del *bel canto*, la dama entre las damas de los escenarios de la ópera del mundo entero. ¡Y hasta monarcas, presidentes y grandes hombres de las finanzas me aplaudieron! Y eso no se puede decir de muchas más. ¿Verdad, querida? Debes contar al mundo que no lo tuve fácil... ¡Ah, no! ¡Mis comienzos fueron muy duros! Sufrí muchísimo de niña, de joven y de adulta... Una barbaridad, María... Y a pesar de todo, ¡mira! Hasta hoy mis discos se venden como roscos de azúcar y miel.



Mis padres también pasaron lo suyo... Pobrecitos míos... Tuvieron que meterse en un barco abarrotado de emigrantes camino hacia Nueva York, en una travesía horrorosa en la que mi madre vomitó tanto que se deshidrató. ¡Menudo susto se llevaron! Y llegaron ambos a la Gran Manzana agotados y con los nervios a flor de piel, sin saber el idioma y sin tener idea alguna de por dónde empezar a caminar.

¿Quieres saber cómo se llamaban? Tenían nombres raro, muy de raíz griega y todo eso, haciéndose impronunciabile nuestro apellido para muchos norteamericanos. Se llamaban George Kalogeropoulos y Evangelia Dimitriadis, aunque a mamá todo el mundo la conocía por

el apodo de Litsa. Era muy bonita y elegante, pero autoritaria y mandona, hasta el punto de que se ganó la fama de tener totalmente dominado a mi sumiso y tímido padre. Y es que papá George era un hombre tranquilo, apacible y sereno, hijo de un granjero humilde que con gran esfuerzo y coraje llegó a tener su propia finca en la península del Peloponeso, y fue capaz de administrarla con cordura y prudencia.

Mamá Litsa en cambio provenía de una familia ciertamente más adinerada, siendo su padre un coronel del ejército griego que la educó en principios morales estrictos y quizá un poco victorianos —típicos en aquel entonces entre la alta sociedad de Atenas—, que le marcaron el carácter hasta convertirla en una mujer un pelín complicada. Y digo «un pelín» por no decir «un pelón», porque, con el paso del tiempo, se volvió peor que compleja... Yo acabé mis días llevándome francamente mal con ella, como más adelante te contaré. Una lástima, hija, dado que intenté ayudarla hasta el final... Pero cuando una hija rompe con una madre, sus razones tiene para hacerlo. Pero no adelantemos acontecimientos y sigamos con sus comienzos en la andadura norteamericana, que no fueron fáciles y agradables.

¿Que si alguien les ayudó a instalarse? ¡Qué va, querida! Aquellos primeros pasos por tierras de Nueva York no debieron de ser una fiesta, hija mía... Fue más bien todo lo contrario, pues aterrizar en suelo gringo fue un trago difícil de asimilar. Digamos que lo pasaron francamente mal, pues conocían a muy pocas personas y fue un suplicio intentar encontrar una pequeña vivienda en la zona en donde había emigración griega. Pero tras varios avatares, lo lograron, y al menos eso les facilitó acoplarse un poco a la ciudad de los rascacielos, tan opuestamente diferente a la provinciana y campesina Atenas.

Evangelia llegó además afectada, muy deprimida y estresada, pues acababa de perder a su hijito Vasilis a la edad de dos años a causa de la meningitis. ¡Nada la consolaba! Y al ser muy religiosa y creyente en milagros, rogó al cielo un bebé varoncito que sustituyera a Vasilis en sus afectos dañados. Papá luego me contó muchas veces que mi madre no logró nunca superar la pérdida de su hermoso bebé, y que su carácter ya nunca fue el mismo tras la marcha al cielo de forma tan

temprana de esa criaturita inocente. Pero, bueno, triste o contenta, la cosa es que se instalaron no sin tropiezos en su nuevo destino. Por fin tenían un hogar neoyorquino, minúsculo e humilde, en donde se afanaron en aprender el idioma de la tierra conquistada por sus tacones.

Al poco tiempo, y tras varios tiras y afloja, papá, hombre luchador y deseoso de traer el pan a casa, se puso a trabajar con una ilusión enorme. Tenía ganas de asentarse y convertirse en un verdadero ciudadano americano, con pasaporte, papeles en regla y lo que hiciera falta.

¿Que si no deseaba volver a Grecia? Yo creo que no, María... Él llegó al país en donde se promete que los sueños se hacen realidad, y en Atenas ya lo pasaban mal... No veía futuro en su precioso país de origen, y desde que puso los pies en América se convenció de que lo mejor sería dejar atrás el pasado, las raíces y lo que fuera, para que nuestra familia se asentara y se sintiera para siempre norteamericana. Y luchó como un burro para sacar adelante un pequeño negocio farmacéutico, en donde decidió cambiarse hasta el apellido, ya que era complicadísimo de pronunciar en Estados Unidos y nadie lograba llamarle correctamente. ¡Y lo transformó en Callas! Tal cual, reina. Bueno, primero pasó a ser Kalos, para luego quedar en Callas. Suena más bonito, ¿no te parece?



En esa ciudad de los rascacielos se quedó mi madre embarazada... ¡Qué contenta se puso! Corrió a contárselo a las vecinas y a todas dijo que Dios había escuchado sus ruegos. «Ahora llegará al mundo mi varoncito agraciado y muy parecido a mi Vasilis», repetía cual papagayo. «¡Me lo ha enviado él desde el cielo!», insistía, acariciándose la barriga hinchada. Y entonces comenzó a tejer patucos azules, jerséis grises y gorritos oscuros, llamando a la criatura de su vientre Petros. Pero, para su total desilusión y desconsuelo, vine yo a nacer el 2 de diciembre de 1923.

—¡He parido una niña! —me contaron años más tarde que gritó aterrorizada—. ¡No la quiero... Que se la lleven!

—Pero señora... —dijo la enfermera.

—¡Que se la lleven le digo! —voceó—. ¿Y dice usted que esta es mi hija? ¡Yo no quería una hija! Ya tengo una. Así que llévese a esta.

Al parecer, luego rompió a llorar desconsoladamente y pidió que nadie me volviera a acercarse a su lecho... He pensado muchas veces en esta terrible anécdota y creo haberla perdonado un poco... Pues al parecer Evangelia había sufrido tanto en el parto que quizá ni se dio cuenta... ¡Y es que nació enorme! ¿Quieres saber cuánto pesé? Pues cinco kilos y medio, querida... Una barbaridad tremenda; y sin anestesia ni nada, pues... ¡Imagínate cómo estaría! Pero bueno... El caso es que me rechazó, y mi padre, dolido hasta lo más profundo de su corazón, no supo qué hacer ni qué decir. ¡Qué horrible debió de ser aquella escena para él! Y con el disgusto del sexo de bebé y tanto jaleo, resultó que nadie había pensado en un nombre para una niña... Así que mi padre se puso a cavilar y decidió que me daría los nombres que más le agradaban, y así fui por fin bautizada en la religión ortodoxa bajo los nombres de Anna María Sofía Cecilia Kalogeropoulos. Ya ves, querida... Casi nada.



Pasaron algunos días desde el parto, y mi madre Evangelia no cambiaba ese corazón de hielo, María... Durante mis cuatro primeros días de vida se negó a tomarme en brazos mientras que mi padre sufría... «¡Solo deseo cuidar a Jackie!», repetía Evangelia terca como una mula. Y yo lloraba desde mi cuna, con el alma captando aquel rechazo maternal que se quedó grabado en ella cual clavo oxidado y que infectó desde ese momento nuestra relación futura. Y así, durante mi infancia, tuve que crecer junto a una madre distante y fría, que me repetía sin cesar que yo debía de haber nacido varoncito para sustituir a Vasilis. Y como mi padre viajaba sin cesar a causa de su trabajo, pues mi vida familiar fue una rosa llena de espinas...

Pero con muchas, y requetemuchas espinas, María...



¡Y para colmo de males llegó cual tsunami la peor de las crisis financieras! Y mi querido padre George las pasó canutas con su negocio farmacéutico... Tras mucho tira y afloja, no tuvo más remedio que vender el local y hacerse vendedor de medicamentos de forma ambulante. Sí, hija, sí... Un desastre... Aquello fue un golpe tan grande para nuestra pequeña economía... Tuvimos que mudarnos una, dos y hasta seis veces de casa, de barriada y de colegio... Y nos trasladábamos de aquí para allá, de un hogar nimio a otro tipo pulga. Hasta que al final logramos organizarnos en un pisito situado entre Harlem y el Bronx, en una calle llamada Washington Hights, perteneciente a una barriada de gente humilde y trabajadora... Y mi madre, para fastidiar hasta a los dioses del Olimpo, se acordó de pronto y nadie sabe por qué, de sus raíces elegantes y de alcurnia, decidiendo que desde ese día yo no debía hacer amiguitas en la zona.

«Son unas mediocres para ti, nena...», decía. ¡Y me prohibió bajar a jugar a la calle! ¿Qué te parece, reina? ¡Ah, cuánto me hizo sufrir su terca decisión disparatada!

¿Y entonces yo qué hacía? Pues imagínate... Mirar desde la ventana llena de nostalgia, y morirme de tristeza al ver saltar a la comba a las niñas del vecindario, que ajenas a mi encierro me miraban a veces desde abajo preguntándose si acaso estaba enferma. Mi único respiro llegaba algún que otro día, cuando me permitía bajar unos minutos junto a mi hermana mayor, Jackie, al parque del fondo de la calle. Era ahí dónde pillaba un poco de aire libre, y respiraba y sonreía al ver a las familias de los vecinos sentarse y disfrutar de un picnic, de una merienda o de unas risas... ¡Ah, cuánto hubiera yo deseado vivir pequeñas experiencias familiares semejantes a las de aquellas humildes familias! Y me ponía morada de envidia a ver cómo reían juntos, comían y charlaban... Digamos que el control de mamá se me hizo asfixiante de verdad, haciendo nuestra relación tan extraordinariamente difícil en casa, que hasta me volví enfermizamente tímida y reservada. ¡Y comencé a comer fatal! Tanto

estrés lo tapaba metiéndome de todo en la boca, hasta que engordé y comencé a sentirme muy poco agraciada... Un día me miré al espejo y recuerdo que pensé que me había convertido en un patito feo y despeluchado... ¡Me sentí repulsiva...!

«Nadie me querrá cuando sea mayor», me dije.

Y miraba de soslayo a mi hermana mayor, Jackie, tan bonita, esbelta y acicalada... Comprendí que no teníamos nada que ver la una con la otra, siendo ella alegre, divertida, bonita y sociable... Era, sin duda, el ojito derecho de mi madre, mientras que yo era un estorbo para ella, una paria...⁴¹ Así que ya habrás comprendido que para mí la niñez fue una etapa lamentable...

La soledad me abrumaba, me consumía... Mamá me cambiaba, además, de colegio con enorme frecuencia, lo que hacía muy difícil que lograra establecer amistades duraderas, verdaderas o profundas. ¡Es que aquello me mataba, querida! Pues cuando conocía a una amiguita y por fin rompía el hielo de la melancolía, ¡zas!, llegaba Evangelia y me trasladaba a otro colegio. Sin explicaciones, ni aspavientos. ¡Y me volvía a sentir perdida! No había manera de que hiciera amistades en esa situación, niña... Me sentía tan sola, tan apartada del mundo, tan desvalida...

Entonces sucedió algo que cambiaría un poquito mi vida... ¿Quieres saber qué fue? ¡Ah, sí! Pues hija mía, sucedió que un día papá entró en mi cuarto y me vio lánguida y llorosa.

—¿Qué te pasa, mi niña? —me preguntó, acariciándome el pelo azabache que tenía.

—Nada, papá...No te preocupes —contesté.

Pero George sí se preocupó... Salió a la calle y regresó con una jaula con dos preciosos periquitos dentro.

Cómo iba nadie a imaginar que aquellos increíbles animalillos me cambiarían, literalmente, la vida.



Comencé a pasar las horas observándoles, dándoles de comer, viéndoles dormir... ¡Su canto me fascinaba! ¡Me volvía loca de alegría,

María! Qué hermoso era escucharles... Parecía que se entendían, que se comunicaban... Y yo, que a nadie tenía para entretenerme, comencé a desear llegar a casa para estar con ellos, limpiarles la jaula, entregarles el pienso y acariciarles las plumas. ¡Estoy segura de que mis periquitos me reconocían! Si vieras lo listos que eran... ¡Muchísimo, querida! Cantaban en cuanto me veían llegar y ese canto me embriagaba...

Y así, un día, tal como cualquiera, comencé a silbarles. ¡Y me respondían! Y poco a poco, con mucha paciencia, fui imitando los sonidos preciosos que emitían sus piquitos... ¡Cuánto me sorprendí al descubrir que era buena imitadora de su dulce canto!

Creo que ese momento fue mágico... Hoy estoy segura de que aquel fue el comienzo de mi carrera.



Los pericos me estaban cambiando la vida... ¡Ya sé que es raro, querida! ¿Pero qué quieres que te diga? A veces la vida supera a la ficción... Y yo comencé a pasar las horas feliz al lado de esa jaulita y ya hasta sonreía... Y mi madre, atónita con mi capacidad de emitir los altísimos sonidos de los periquitos, comenzó a arrimarse. «¡Vaya cantarina estás hecha!», me dijo un día con sorna. Al menos comenzó a darse cuenta de que yo existía y quizá de que merecía también ser amada tal como ella amaba a Jackie. Y así se estrechó un poquito nuestra relación de madre-hija... No es que fuera como para tirar cohetes, querida... Pero al menos era un comienzo.



No recuerdo cuánto tiempo habría transcurrido desde que se dio cuenta Evangelia de que yo era capaz de imitar a los pericos, cuando para mi total asombro, durante una mañana cualquiera, mamá me soltó de sopetón que si deseaba dar clases de canto. «¡Sí, mamá!», grité alborozada. ¡No me lo esperaba! ¡Aquello sí que fue una sorpresa! Menudo notición fue para mí recibir tal proposición... Y como si de un

sueño se tratara, comencé a acudir a una escuela de canto a la que no faltaba ni medio segundo. ¡Ah, con cuánta ilusión acudía!

Pero, ¡ay!, que Evangelia —ya de por sí mandona— ise volvió absolutamente dominante! ¡Comenzó a dirigir mi vida de forma enfermiza! Todos mis movimientos debían de pasar por su batuta, su hocico y su cabezonería. Vamos, que me comenzó a controlar y dirigir cada uno de mis pasos, cada una de mis respiraciones y cada uno de mis cantos. ¡Es que no me dejaba tranquila ni a sol ni a sombra! ¿Y quieres saber qué hacía yo mientras tanto? Pues casi nada, hija... Porque no lograba dar un solo paso sin ella acuciándome, agobiándome y pisándome los talones. «María haz esto; María haz esto otro; María apura los altos; María afina los bajos...». ¡Por Dios, qué angustia de mujer era aquella madre para mí! Cuánto me fastidiaba y cómo odiaba yo su férrea correa en mi cuello, que ni un perro hubiera estado más atado a su mano de madre dominante griega. ¡Y es que era tremenda la presión que ponía en mi aprendizaje y en todo lo que tuviera que ver con mi progreso en el canto!

Mis profesoras se desesperaban con ella... Sí, hija, sí. Qué vergüenza. Yo creo que se obsesionó en cuanto mi profesora de entonación le comunicó que yo tenía futuro en este mágico mundo de la voz. Entonces vaya si se agitó... ¡Muchísimo, querida! Quizá entendió que algún día podría vivir de mi voz, que sería una *prima donna* y que hasta llenaría teatros... Yo qué sé... Hoy solo puedo decirte que me agobiada, me atosigaba y que dirigía todo en mi vida. Y ella esperaba que me comportara adecuadamente y que la obedeciera sin chistar... ¡Y para colmo seguía empeñada en que no tuviera amigas! ¿Qué te parece? ¡Era una tortura, María!

«Si no me obedeces te dejo de pagar las clases de canto», amenazaba. Yo era muy tranquila y no deseaba confrontaciones ni peleas. ¿Entonces qué podía hacer, querida? ¿Cómo defender mi terreno? Porque te aseguro que yo era muy buena niña... Demasiado... Y no protestaba ni me defendía. ¿Para qué? Sabía que de hacerlo disgustaría mucho a mis padres y en casa no se me toleraría que me rebelara en lo más mínimo. ¡Menudo era papá con las mañas! No lo

consentiría. Y como yo no era rebelde, pues callaba, me tragaba la rabia y no daba problema alguno a Evangelia, quien aprovechaba para meterme el dedo en el ojo. «He sacrificado todo por ti, niña —me repetía—. Y ahora debes luchar por el *bel canto*, que es lo que quieres hacer en la vida. Pero nunca olvides que yo, a causa de cuidaros a ti y a tu hermana, tuve que dejar pasar trenes muy gratos que jamás volverán». ¡Y era así como intentaba hacerme sentir culpable de que deseara tener mi propia vida! ¡Pero si nunca me había mostrado cariño, ni amor! Nunca me abrazaba, María...

¿Que cómo me sentía? Pues cómo me iba a sentir, hija: fatal. Pues ahora que por fin lograba hacer mis pinitos en la escuela de canto, y que en mis ojos comenzaba a brillar la ilusión, mi difícil madre se me acercaba cual mosca pegajosa a la miel más sabrosa durante mucho tiempo ignorada...

Hoy miro para atrás y me doy cuenta de que en realidad lo que sucedía era que esa mujer que me dio la vida estaba simple y profundamente amargada.



No me riñas por decir eso... ¿Acaso no deseas que te cuente la verdad? Pues la verdad era esta: que me tenía como unos celos extraños que la atormentaban mucho y que, de paso, a mí me machacaban. ¿Y sabes por qué? Pues a causa de que ella siempre soñó ser actriz y triunfar en el mundo de Hollywood, cosa que quedó en simples quimeras... «Tú lo lograrás —me decía—. Yo ya, por tu culpa, no puedo» Entonces me ponía el abrigo y me llevaba en volandas hasta la biblioteca pública de la Quinta Avenida, en donde me quedaba junto a ella leyendo todo lo que la tarde estirara. Y ahí que fui devorando poco a poco a los clásicos, desde Platón hasta Shakespeare. ¡Todo lo debía leer y retener como fuera! Era su meta que me formara más que nadie, que me convirtiera en la más lista. ¡Pero si a mí solo me interesaba el canto! «A mí lo único que me pirra es la música clásica, madre», le repetía.

¿Quieres saber una anécdota de aquella época? Pues que el primer día que sujeté entre mis dedos las biografías de Chopin, Mozart o

Beethoven, casi me echo a llorar de alegría en plena biblioteca. «¿Pero qué mosca te ha picado, niña?», preguntó mi madre, arisca. «Pues que a mí me gustan estos hombres, madre... —respondí—. Pero mucho, mucho... Y que su música me vuelve loca. Fíjese, madre, que la aprendo sin esfuerzo alguno y hasta memorizo las notas...». Y regresé a casa como poseída de amor por esos seres mágicos que llenaron de luz el mundo con sus partituras.

«La niña está contentísima con los clásicos», llegó diciendo mamá Evangelia a casa. Entonces papá me dio una alegría tremenda: ¡me compró una radio! Eso ya fue para mí la panacea... La encendía en cuanto llegaba del colegio, y buscaba como loca las emisoras de música clásica.

¿Y qué fue lo que pasó con los periquitos? Pues qué iba a pasar, querida... Pues que quedaron relegados a un segundo plano, los pobrecitos... Arroándome como me arrobaba con un montón de conciertos que retransmitían todos los días de la semana en la radio, los animalitos quedaron ocultos en un rincón de la salita. Porque con esa radio algo había cambiado: de pronto el llegar a casa se convirtió en un placer ansiado e inusitado. Ya no estaba triste a la salida del colegio: ¡tenía una razón para llegar rauda!

Un día aquel concierto varió... ¡Y entonces lo que viví fue un éxtasis del cielo! Porque la programación había decidido retransmitir *Medea* de Luigi Cherubini... Dios mío, chica, creí volverme loca de alegría... Las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas y deseé, con todo mi corazón, ser un día capaz de alcanzar esas notas tan bellas. Pero ¿cómo lo haría siendo tan fea? Estaba segura de que la soprano, cuya voz me extasiaba en la radio, debía ser hermosísima. ¿Y qué podría hacer yo, habiendo engordado tanto y con una nariz pegada al rostro como un soberano pepino mal colocado? Y es que en plena adolescencia me había convertido en una muchachona gorda, fea e hinchada. Digamos que no era, en absoluto, agraciada...

Esa noche me acosté angustiada, pensando que quizá jamás lograría ser bonita como aquella magnífica soprano que tanto me había deleitado interpretando *Medea*.



Como las mujeres somos tan cotillas, pronto en el colegio se corrió la voz de que yo cantaba y de que no lo hacía mal. ¡Y eso me vino de perlas! Pues aunque me moría de vergüenza a causa de la timidez que padecía por ser tan fea, los profesores decidieron pedirme que cantara en la fiesta final de curso. ¡Qué nerviosa me puse, hija! Me temblaban las rodillas, los muslos y hasta la barbilla... ¡Pero fue un éxito tan grande! Los padres de las alumnas y profesores me aplaudieron a rabiar, y yo sonreí como nunca antes, pues en mi corazón surgió la idea de que, por muy fea que fuera, mi voz era bonita. ¡Les había gustado mucho!

Desde entonces puedo decirte que me agarré a mi voz para vivir la vida... Era consciente de que era horrorosa, pero en cambio mi voz era todo lo contrario: era una perla preciosa, fuerte, digna... ¡Y gozaba sabiendo que ahora todos lo reconocían! Hasta mamá. Y así ese día triunfal en el colegio tomé una decisión: lucharía como un David contra un Goliat y vencería. No quedaba otra solución a mi soledad y a mi angustia. Y si mi madre no me amaba, soñé que sería el público quien lo haría. Digamos que ese día me di cuenta de que me había hartado de sentirme minimizada; ahora sabía que tenía una voz privilegiada y decidí que la mimaría con sumo cuidado, pues podría ser mi pasaporte a la fama.

¿Y sabes entonces lo que se me ocurrió? Te vas a reír... Decidí, ni corta ni perezosa, apuntarme a un montón de concursos de canto para niños. ¡Jajaja...! No te extrañes, querida, pues en esa época se puso de moda, hija... Y todos los peques cuyos padres creían que tenían talento para la música iban de radio en radio, de tele en tele, para luchar por lograr alcanzar el premio tan ansiado. ¿Quieres saber qué pasó? ¡Pues que en el primero al que me apunté quedé en segundo puesto! Estaba contentísima, querida... Y entré en casa dando saltos y llamando a voces a mi padre. «¡Papá, papá, papá! —gritaba—. ¡Que casi he ganado el concurso de canto!». Le busqué en su cuarto, en la cocina y en la salita... Pero nada... Para mi tristeza y desilusión, nadie me

respondió... ¿Y sabes por qué? Pues porque George no estaba por ningún lado.

«Tu padre ha marchado y desgraciadamente no sé si regresará», fue lo que recibí como respuesta cuando pregunté a Evangelia el porqué no me había esperado.

Desde entonces vi a papá George cada vez menos... Digamos que vivía en casa y no lo hacía. Yo sospechaba que a veces dormía fuera, en otro lugar en donde librarse de aguantar a Evangelia, hartito como debía de estar de ella. Y así de ser cuatro pasamos a ser de golpe y porrazo tres.

Entonces cumplí los trece años, y para mi desconsuelo sucedió lo que temía...



—Niñas —nos anunció una mañana mi madre a Jackie y a mí mientras desayunábamos—. Vuestro padre y yo hemos tomado una decisión que espero que entendáis...

Mi hermana y yo nos miramos asustadas. «A ver qué nos dicen ahora», recuerdo que me susurró.

Mamá nos clavó una seria mirada.

—Veréis... Vuestro padre se va a quedar a vivir aquí en Nueva York.

—¿Y nosotras? —preguntó Jackie, sin poderse aguantar la lengua.

Mamá soltó un largo suspiro antes de contestar.

—Bueno... Pues, pues, pues... Vaya... No sé cómo decíroslo... Veréis, nosotras, niñas mías, nos volvemos a Grecia.

—¿Y eso por qué? —me atreví a preguntar, dando un grito—. ¡Yo no quiero marcharme dejando a papá atrás!

Evangelia me clavó una mirada de hielo, se arremangó las mangas y dijo:

—Tú a callar, María. Porque si nos vamos es precisamente a causa de tu futuro. Verás, aquí en Nueva York encontrarás demasiada competencia. ¡Es una ciudad endiablada para triunfar! Pero en Grecia, sé que serás una estrella.

Yo me quedé muda, María... Pero la decisión estaba tomada: ni me habían preguntado siquiera.



¿Que si a mamá le importó dejar atrás a papá George? ¡Qué va! ¡Le dejó tirado sin reparo ni pena! Ella ya no estaba enamorada y estaba claro que él no la aguantaba. La decisión fue en muchos aspectos compleja y tuvo resultados extraños... Pues nada más pisar Atenas me di cuenta, con gran tristeza, de que por mucho que me hubieran educado repitiendo que llevaba en las venas sangre griega, yo no pertenecía en absoluto a ese país. ¡Y mira por dónde que caí en que hablaba griego de pena! Como siempre habíamos hablado en casa en inglés, pues... ¡Todo se me hizo extraño en la tierra de mis padres! Mi corazón, se pusiera mamá como se pusiera, era americano. Así me sentía y así me captaron todos en Atenas. Y por eso, a ojos de mis compatriotas, yo no era más que una mezcla, un cóctel de lo más rocambolesco entre Nueva York y el Olimpo. Y nada mejoró mi situación el que hablara pésimamente griego, ¡y encima con acento del Bronx!

Dadas tantas condiciones adversas, me vi de nuevo muy sola, muy triste y llena de melancolía. ¡Mi destino parecía esquivar las amistades! No tenía ninguna, María... Así que de nuevo me aferré a mis periquitos, que habían viajado dentro de su jaula muy asustados todo el trayecto desde las Américas. ¡Menos mal que también había un viejo piano en el pequeño apartamento que alquilamos! Y así, entre los pajaritos y las teclas, encontré las herramientas necesarias para paliar tanta soledad y tanta pena...

¿Que cómo pasaba los días? Pues cantando, y cantando y cantando, niña... ¿Qué iba a hacer si eso era lo único que me agradaba? E imaginaba que yo era aquella Medea, hermosa, alta y delgada como una espiga dorada. ¡Y no descansaba ni de noche! ¿Que por qué? Porque no podía, querida... Era la única forma que tenía para no perder el equilibrio que tanto me había costado lograr en las cuerdas vocales en aquellas clases maravillosas que había dejado atrás

en Nueva York, y que tanto me habían complacido. Así que cantaba a todas horas, dándome igual si mareaba con ello a los vecinos, a Jackie o a Evangelia. «Iremos a ver a alguien interesado en el mundo de la ópera por si pudieran contratarte», me repetía esta al verme tan obsesionada. Pero mi voz era ya entonces demasiado sofisticada, muy perfecta para los cánones de la ópera de Atenas. ¡Y ni en eso dimos en el clavo! Uf..., qué desastre, María. Cuánto sufrí aquellos días... Me rechazaban en todas las pruebas diciendo cosas como: «Esta muchachita tiene una voz acristalada; suena diferente a todo a lo que estamos acostumbrados en Grecia». Lo pasé muy, muy mal, y vertí muchas lágrimas... Me preguntaba cómo era posible que nadie captara que yo, María Callas, tenía una voz que expresaba amor, belleza, pasión, incluso rabia o euforia. Yo era la mejor... Pero ellos, por alguna razón que desconozco, no se daban cuenta.



Y llegué a los dieciséis años gorda como un zurullo y con un rostro de vieja. ¡Era horrorosa, María! Muy, pero que muy fea... A veces me preguntaban en las pruebas que si mentía al decir qué edad tenía... Vaya vergüenza que sentía... ¡Estaba tan afligida! Hasta en eso vivía humillada. Y cuanto más me daban a entender que era fea, más me desahogaba ensayando, cantando y actuando frente al espejo de mi cuarto de baño. ¡Porque también estaba aprendiendo a actuar! Y no lo hacía nada mal, ¿sabes? Todo lo luchaba solita, llena de pena, sin amigos ni grata compañía.

Y entonces, un buen día, harta de tanta precariedad y lucha, decidí tomar yo las riendas; y arremangándome la faja me fui al conservatorio de Atenas. ¿Cómo que a qué? ¡Pues a rogar que alguien me escuchara una prueba! Con dos narices, niña, que ya harta estaba de tanta tristeza. Y tuve una fortuna grandísima, querida; pues ahí estaba la que sería mi gran maestra, mi amiga, mi madre postiza, mi compañera... Se trataba de doña Elvira de Hidalgo, una profesora llegada de España, que accedió a escucharme unos minutos. ¿Y sabes lo que sucedió? Pues que se quedó de piedra... ¡Y removiό Roma con

Santiago! Porque llamó a todo el mundo, avisó al director del conservatorio y me consiguió, en tiempo récord, una beca para el canto.

Por fin parecía que Dios escuchaba mis ruegos... Empezaba a comprender que, fea o bella, yo tenía algo que los demás no tenían: agallas y una voz parecida a la de un ángel sin alas.



Cuando llegué a casa una tarde me sorprendió ver a mi madre en la ventana. «¡Sube, María! ¡Corre! ¡Aprisa, niña!», gritó. Yo pensé que se habían muerto los pericos o algo... Subí de tres en tres los escalones, con la lengua fuera y llena de pánico.

Pero resultó que no habían fallecidos ni los pájaros, ni nadie... Sino que me habían aceptado, para recibir clases gratuitamente en el conservatorio.

Lo has adivinado, niña: la maravillosa Elvira de Hidalgo había logrado la beca, convirtiéndome de sopetón en su alumna más joven. ¡Pero bien contenta que estaba, querida amiga! ¿Y sabes por qué? Pues porque ella ya se había dado cuenta de que yo podría llegar a ser la mejor voz que por allí hubiera pasado.⁴²



Mi profesora, Elvira de Hidalgo, siempre hablaba bien de mí. ¡Qué persona tan necesaria fue en mi vida y cuánta luz aportó a mi destino! Me daba coraje, me animaba, me instruía... Estar a su lado se convirtió en mi gran placer, en mi armonía... Se daba cuenta de que yo estaba arrebatada junto a ella, que absorbía todo lo que decía, que entendía de lo que me hablaba. Porque Elvira y yo hablábamos la misma lengua: la de la música, la de la melodía, la de las notas más hermosas, más fuertes y poderosas. La confianza que puso en mi trabajo hizo que explotara por fin la seguridad en mí misma. Ella logró hacerme sentir valiosa, ser alguien, ser admirada por la potencia de mi voz de cristal... A su lado comencé a fiarme de mis pulmones, de mis cuerdas vocales y

de mi entonación en el canto. «María, llegarás lejos —me dijo un día—. Y si tú quieres, cuando roces la cima yo estaré a tu lado...». No tengo palabras para describirte lo que sentí al escucharla decir eso, querida. De pronto ya no me sentía sola, pues por fin tenía a alguien a mi lado que me entendía y comprendía mi amor y mi fuerza en el canto.

También mis compañeros de clase habían sido escogidos con pinzas y gran escrutinio por ella. Éramos, simplemente, un equipazo... ¡Todos impecables, muy trabajadores y profesionales! Y yo les escuchaba cantar, ensayar y entonar, como si en la misma Medea me encontrara trabajando. Eran todos tan magníficos... Y yo no alejaba la oreja de sus voces: todo lo absorbía de los tenores y las sopranos, y escuchando las instrucciones que Elvira les daba, aprendía el doble. ¡Y los frutos de mi aprendizaje se comenzaron a triplicar cual champiñones en un campo abonado! Antes de que Elvira se diera cuenta, ya era yo capaz de elevar las notas hacia los tonos más altos, logrando agudos increíbles con un control que hasta a mí me asombraba. Era como si notara que una extraña magia salía de mi garganta que a todos dejaba embobados. Hasta yo me quedaba anonadada. «¡Elvira! ¿Has visto? —preguntaba extasiada—. ¿Lo has oído? ¡He llegado a la nota más alta!». Elvira me miraba esbozando una inmensa sonrisa y respondía: «Tú sigue, María; y ya verás como la Callas será algún día conocida».



Un día, tras una agotadora clase de afinación de cuerdas vocales, Elvira pidió verme en privado. Qué susto me pegué, niña... Fíjate: pensé que algo había hecho mal y que quizá me expulsaría. ¡Pero fue todo lo contrario!

—María —me dijo—. Ahora no me cabe duda de que tú vas a poder hacerlo todo. Absolutamente todo. Lograrás ser la reina del *bel canto*. ¿Y quieres saber por qué? Pues porque no tienes ningún miedo al escenario, como tampoco te achantas a la hora de salir en mitad de una escena. Verte cantar es un placer, niña... Me transmites una tranquilidad y una confianza plena, pues cuanto te toca cantar, algo

dentro de mí me dice que no habrá fallos, que tu voz será perfecta. Y esto no lo logro obtener en los demás alumnos de tu grupo.

Yo me quedé de una pieza... ¡Se me cortó la respiración y creí que me desmayaba! ¡Mi profesora alababa mi trabajo, María! Piensa que en esa época yo era tan solo una niña medio griega medio americana, que a veces me llamaba Callas y otra Kalogeropoulos. Una emigrante vacilante que dependía al cien por cien de una madre extraordinariamente difícil que me mangoneaba y chinchaba como si fuera una párvula descontrolada... ¡A mis ojos yo no era nadie! Y ahora me enteraba de que mis profesores estaban encantados con mi trabajo... ¡Y a pesar de la lata que les daba Evangelia! ¿Te he dicho que esta les volvía locos? Sí, hija, sí... ¡Señor, qué tabarra les daba! Aparecía a todas horas exigiendo verme, interrumpiendo los ensayos solo para ver cómo yo entonaba. Creo que la pobre Elvira tuvo mucha paciencia... Pobre mía... Y debió de darse cuenta del plomo que era mi madre y de lo mal que me atendía en aquello de los afectos familiares; y por ello comenzó a tratarme como una verdadera madre.

Gracias a Elvira, a su amor y confianza, los cuatro años que permanecí en el conservatorio bajo su enseñanza, sentí que el destino me había traído a una especie de segunda madre. La quise mucho... Tanto como la nieve al agua.



Por fin cumplí los diecisiete años... ¡Y llegó a mis manos mi primer papel! ¡Ah! Cómo me esforcé por lograrlo y resplandecer en él, hija... Llegaba la primera y me iba la última; me estudiaba todas las partituras —las mías y las de mis compañeros—, y me lo aprendí todo absolutamente de memoria. ¡Todo! Aunque debo reconocerte que esto último fue por necesidad pura... ¿Y sabes por qué? ¡Jajaja...! Te vas a reír, pero es que no te he confesado que, para colmo, yo era miope perdida. No veía tres en un burro, querida... Ni siquiera al director de orquesta, ¡y, como puedes suponer, eso añadía un terrible estrés a mi vida! Así que no me quedó otra que agudizar la memoria, empollarme todas las partituras y no dejar escapar una frase sin sabérmela. Era la

única forma que encontré para tranquilizarme, para lograr cerciorarme de que no me equivocaría en nada. Digamos que ese ejercicio de memoria suplió esa disfunción de la vista que tanto me agobiaba. ¿Has pensado alguna vez en lo difícil que debe ser para un tenor o una soprano no poder captar los movimientos de su director de orquesta? ¡Eso es un infierno para un profesional del escenario, querida! Pues así anduve yo muchos años, ya que con gafas de culo de botella no podía verme el público cantando... Pero no me vino mal tal tropiezo de mi salud visual, pues gracias a ello desarrollé la capacidad de estudiar a fondo todas y cada una de las óperas a las que mi vida se vio después unida. Como también, al no tener que fijar mi mirada en mi director de orquesta, pude desarrollar mis capacidades de actuación. ¡Todas las sopranos han de mirar por el rabillo del ojo a su director, niña! ¿Te habías fijado alguna vez en ello? Pues así es... ¡Pero yo ya no lo necesitaba! Como no me quedó otra que aprenderme todo de memorieta, pude desarrollar esas técnicas de actuación tan bonitas que luego, con los años, muchos profesionales de la música me alabaron. ¡Cómo me gustaba actuar, amiga mía! Me sentía libre como un pájaro por el escenario pudiendo mover las manos, los brazos, agitar el torso y mirar a todo el mundo como si estuviera enfadada. ¡Toda expresión me era permitida! Vamos, que no daba piruetas porque hubiera sido un escándalo; aunque ganas no me faltaron. Digamos que cada una esas óperas se convirtieron en mis padrenuestros particulares. Todas me las aprendí de corazón y en todas actuaba cual actriz de Hollywood. «María Callas es magnífica», decían. Y así, en menos que canta un gallo, me convertí en una pequeña estrella. Fea quizá, pero refulgente como un sol de mediodía.



En el año 1940 se comenzaron a respirar en Grecia terribles vientos de guerra, y en abril de 1941 Atenas fue ocupada por italianos y alemanes. ¡Y durante los siguientes tres años Grecia sufrió muchísimo, María! Si lo hubieras podido ver... El horror vivía en cada hogar, el miedo nos

invadía... La inseguridad era inmensa y la población comenzó a pasar frío y hambre, pues todo escaseaba.

¿Que si seguimos adelante con las clases de ópera en el conservatorio? Pues sí... Ahí íbamos, renqueando y temiendo ser cualquier día bombardeados. Pero sin embargo y contra todo pronóstico, tuvimos suerte. ¿Por qué? ¡Pues porque resultó que las fuerzas de ocupación amaban el arte! ¿Qué cosas, verdad? Pues así fue, hija... Y sin que ni lo hubiéramos imaginado siquiera, nos vimos protegidos por algunos militares de muy alto rango que pidieron que trabajáramos en una ópera de renombre para entretener a sus tropas. Y siendo todavía más fea que un pecado, y gorda cual salchichón, ¡resultó que me escogieron como *prima donna*! ¡Ni más ni menos que para interpretar el papel principal de *Tosca*! ¡Toma ya! Era un papel de mucho calibre para una niña-mujer de dieciocho años como yo era. ¡Y mi actuación fue arrolladora, electrizante, magnífica...! Y además sucedió algo que nadie se esperaba y mucho menos yo misma... Pues fíjate, querida, que mi madre durante tal ópera, enamoró a un coronel italiano. Lo que oyes... ¡Qué vueltas da la vida, amiga mía! Mi pragmática mamá Evangelia fue y se echó un amante, un hombre poderoso, un coronel italiano llamado Mario Bonalitti que por dar gusto a mi madre me logró varios contratos como soprano en Salónica, en donde canté como uno de mis periquitos ante un montón de oficiales alemanes e italianos. Y ahí fue donde conocí al barítono Vangelis Mangliveras, mi compañero de reparto, quien, aun doblándome la edad y teniendo dos amantes ya, me enamoró como una colegiala boba... Y es que yo sería fea, hija, pero deseaba sentirme amada, deseada por alguien, hartita como estaba de no tener novio, ni amante, ni nada... Y ahí estaba Vangelis Mangliveras, con una voz imponente, unos pulmones privilegiados para los tonos bajos y algún que otro atributo físico que me volvió loca y del que ahora, por educación y finura, no te pienso contar nada.



Parecía que la vida me comenzaba a sonreír, querida... Por fin tenía un amante y mi voz comenzaba a hacerme famosa. Corría agosto de 1944 y de pronto me cayeron, como lluvia de flores, un montón de contratos para cantar. ¡Mi nombre comenzaba a sonar por fin, hija mía! «Esa poco agraciada mujer tiene una voz angélica», murmuraban los corrillos musicales. Y para procurarme mayor tranquilidad, la guerra tocaba a su fin. ¡Y por fin en octubre llegó la liberación de Atenas! La guerra finalizaba y la música, de pronto, se convirtió en un símbolo de libertad. Pero, ¡ay!, que esos corrillos que tanto me habían elogiado, ¡se volvieron contra mí de un día para otro! «Esa mujer cantó para los invasores... —criticaban rabiosos—. ¡No la sigáis! ¡No la aplaudáis!».

Uf, qué mal momento viví, María... Y entonces pasó lo peor que me podía suceder: que me echaron del conservatorio.

¿Que si perdí la beca? Sí, hija, sí... Vaya berrinche tuve al enterarme. Aquello fue tristísimo y muy doloroso para mí...: una traición, una patada en los riñones. Y entonces, una mañana en la que me vio llorar a mares, Mangliveras me propuso matrimonio... ¡Qué cosas, querida! La fea, la gorda María Callas, recibía una proposición matrimonial. ¡Por fin! Y yo que pensé que nunca nadie me lo propondría...

¿Que si acepté su oferta? Ni loca, querida... No, no, no... Mangliveras no era hombre para ponerme un anillo en el dedo en ese momento de mi vida, pues mi único marido, mi única pasión en esa específica etapa, era la ópera; y ni Mangliveras, ni el más guapo de los hombres de este mundo, me hubieran arrancado en ese momento clave de mi soltería. Así que decidí una cosa que te sorprenderá mucho: dejé atrás a mi amante, a mi madre y al repudio de Atenas; y compungida por el rechazo del conservatorio, hice las maletas y regresé a Nueva York.

«Si no me quieren en Grecia, lo harán en mi verdadero país: Norteamérica».

Y así, hala, con dos narices, me embarqué hacia mi amado Nueva York.



Papá George me recibió en el puerto. ¡Cuánto había cambiado! De pronto tenía canas y un bigote pronunciado que le daba un aspecto muy elegante y masculino. ¡Qué alegría sentí al abrazarle, María! El pobre no había progresado... Me contó que seguía con salario mínimo.

—Pues yo poco puedo ayudarte, papá —le dije con inmensa tristeza—. Ya sabes que tengo tan solo veintiún años, medio centavo ahorrado en el bolsillo y dos pequeñas maletas llenas de partituras.

—¿Eso es todo? —me preguntó papá, preocupado.

—No te angusties, padre —le dije—. Porque ahora sé que tengo un tesoro escondido; una gema pulida y preparada para el estrellato. —George me miró de soslayo sin entender que me refería—. Hablo de mi voz, padre... —le aclaré—. Porque en ella he puesto todo mi corazón, mi confianza y mis sueños.

¡Y fue durísimo, María! De nuevo me sentía forastera en mi propia tierra, un lugar que no me conocía y que ignoraba mi talento. Mi sueño era entrar a trabajar en el Metropolitan, vivir junto a mi padre y luchar contra viento y marea para conquistar un futuro que en ese momento se me hacía incierto. «¡Soy muy luchadora, papá!», repetía a George cada mañana justo antes de salir a la calle para ir de audición en audición. Y no fueron pocas las decepciones que me abofetearon el rostro, como aquella vez en la que en el Metropolitan me rechazaron. Y pasaba el tiempo y yo sufría, pues nada encontraba, y papá desesperaba... Y nos vimos en serias dificultades para llegar a fin de mes, por lo que tuve que ponerme a trabajar en cualquier cosilla: cantando en bares, en restaurantes y hasta limpiando de vez en cuando alguna oficina. Y así estuve, muy cansada y preocupada hasta los veintitrés años cuando, como bajado del mismo cielo, llegó a mi vida un gran director de ópera de Verona que buscaba desesperado una soprano. Cuando me llegaron las noticias —era ya el año 1947—, yo ya estaba muy frustrada por no haber podido cantar en ningún lugar adecuado para mi gran voz... Estaba triste y muy decepcionada; ¡así que no di crédito a mi suerte cuando Giovanni Zenatello me llamó para una prueba!

Cuando llegué a su oficina, temblaba como una hoja al viento. Yo sabía quién era él, pues de joven había sido tenor, un buen cantante. Ahora era empresario y producía grandes óperas que mucho público atraían. Y no sé ni cómo ni de dónde saqué fuerzas para dar tonos altos, ¡que me salieron providencialmente de maravilla! Entonces Zenatello, arrobado, dejó caer la colilla que fumaba al suelo. ¡Se le cayó literalmente de los labios!

—Queda usted inmediatamente contratada, señorita Callas —dijo, clavándome unos ojos humedecidos.

Y ahí empezó todo. Lo había logrado.



Mi nuevo productor me trasladó a Verona y trabajé en los ensayos con unos nervios tremendos. ¡Arriesgaba mi futuro como soprano, María! Debía darlo todo, dejar toda la carne en el asador... «Señorita Callas — me repetía cada mañana en los ensayos—. Tenga usted bien metido en la cabeza que tendrá un papel estelar ante veinticinco mil personas. ¿Lo entiende, verdad?». ¡Madre mía! ¿Te imaginas los nervios que yo tenía? Así que trabajé como una loca, tomándome muy en serio tal oportunidad, pues sabía que de hacerlo bien tendría un futuro en Italia.

¿Que si lo logré? ¡Qué pregunta, querida! ¡Jajaja! ¡Pues claro! Abarroté, canté y triunfé... Y todo con nervios de acero, con voz de ángel, con seriedad y profesionalidad impecable. Pero tenía un gran inconveniente: seguía siendo muy fea, María... Y mi aspecto me atormentaba. ¡Qué importante es el físico para la mujer, niña! Y cuánto sufrimiento me producía no verme bonita ni esbelta... Si vieras la barriga llena de chichas que tenía... Uf, qué lástima, querida...

Sin embargo, parecía que esta característica de mi físico poco importaba a Zenatello y a Tullio Serafin. Tullio fue mi director de orquesta, quien me apoyó sinceramente desde el principio de mi aventura de Verona... Y no despistes este nombre, niña, pues fue él quien luego me ayudó muchísimo en mi carrera, pues estuve junto a él, pegada a sus talones sabios, durante los siguientes diez años,

convirtiéndose en mi amigo, mi consejero y maestro en todas las cosas esenciales sobre el escenario...

Por fin parecía que arrancaba, María... ¡Al fin tenía amigos importantes en el mundo del *bel canto* que me comenzaban a admirar, a pesar de mi físico lamentable! Y me conmovía al ver que me apoyaban, que admiraban mi voz y mi capacidad y seriedad en el trabajo. Todo esto significaba una aportación importantísima en mi vida.

Y entre todas estas cosas que me estaban sucediendo, tal vez la más importante era que me desprendía, por fin, de las garras y el control de Evangelia.



Pero había una cosa que me continuaba atormentado... Y es que seguía gorda y muy fea, y aquella condición me abrumaba, me hundía en la tristeza. Ya no deseaba salir con nadie a pesar de que mi nombre comenzaba a tintinear en los oídos de los críticos y aficionados con admiración y orgullo. ¡Pero es que mi público seguía percatándose de mi pobre físico! Y decían sobre mí cosas tan humillantes como «Esa pobre soprano griega con cara de ogro y voz de ángel». ¡Ah, qué cruel puede llegar a ser el ser humano, María...! Y daba igual lo que yo cantara, o la gente que acudía a verme y que aplaudía arrobada. Porque tras el éxito sobre las tablas, yo llegaba molida a casa, sola y triste, sin nadie a mi lado que me arropara.

Un día me harté, chica. Pero de verdad... Aburrida de estar siempre sola, sin compañía, ni amores que me consolaran de los palos de la vida, comencé a buscar amigos masculinos que me dieran un poco de calor al corazón, que cansado lo sentía ya a causa de tanta lucha y tanta soledad acomplejada. Y mira por dónde apareció en Verona, en donde trabajaba junto a Tullio Serafin y Zenatello. Se trataba de un empresario italiano llamado Giovanni Battista Meneghini, de cincuenta y dos años. Era veintiocho años mayor que yo, icoa que no me importó nada! ¿A qué poner pegas a tal minucia, niña? ¡Se volvió loquito por mis huesos, por muy gorda que estuviera!

Y yo le agradecí tanto su amor... Era un apasionado de la ópera, un loco de las partituras... Y me quiso tanto, tanto... Pobre mío. Yo estaba confundida, María. Debes entender que me sentía extraordinariamente vulnerable, sola y vacía. Y de pronto aparecía en medio de mi solitaria vida un hombre generoso que me pagaba todo, que me colmaba de regalos, que me invitaba a cenas a la luz de las velas y me llenaba de perfumes caros. Enseguida respondí a sus caricias, y entonces me llevó a su amada Venecia, de donde provenía. ¡Y me enseñó toda la ciudad como el mejor de los guías! Y entre esos canales maravillosos aprendí a discernir la belleza enredada en la más increíble aura de amor, de pasión y ternura... Giovanni Battista Meneghini se volvió majareta de amor por mí, dejó todo su trabajo empresarial para ocuparse de mis asuntos, y de mi trabajo como soprano. Mientras que yo... Bueno... ¿Qué decirte, querida? Pues que hice lo humanamente posible por corresponderle como se merecía. Lo único importante para mí en ese momento fue no sentirme sola, y convirtiéndome en su amante me volví más segura, más serena... Hasta comencé a verme guapa y todo. Qué cosas hace el amor cuando se desparraama sobre alguien con un corazón herido, ¿verdad, querida? Hasta el aspecto físico cambia.



Durante el siguiente año viví con él en Verona, y él devolvía mis caricias pagándome hasta la academia. ¡A su lado no me faltaba de nada, niña! Y al poco tiempo de vivir juntos me rogó que le aceptara como agente artístico. «Yo lucharé duro por tus contratos, María —me aseguró—. A partir de ahora, no quiero que te preocupes de nada». ¡Y le creí y lo acepté! Pero, hija... Qué decepción tuve cuando al poco tiempo descubrí que no era muy avisado para ello, pues me encontraba solo papeles extraños... A veces hasta muy poco apropiados, pues eran agresivos, violentos y hasta algo vulgares o demasiado exóticos para una mujer tan gruesa como yo lo era. Y me veía hecha un desastre, apretujada en los disfraces de los papeles de *Aida*, de *Nabucco*, *Turandot* o *Parsifal*, generalmente cantados en

teatros muy pequeñitos, incómodos y de poca afluencia y fama. ¡Y, para colmo, no me pedía en matrimonio! A mí aquello me parecía muy raro... ¿A qué tanto retraso en formalizar lo que era ya necesario? Debes regresar al pasado y darte cuenta de lo que estaba en juego: ¡Italia era muy puritana entonces, amiga mía! Y muy católica también... Y vivir así, amancebados en una Verona poco dada a estas libertades, era una osadía; ¡y yo no tenía ganas de que me tiraran piedras! Aún rondaba por mi alma herida aquel desprecio horrible que viví en Atenas tras la marcha de los alemanes...

Y estando entonces nuestra situación tal mal vista, le apremié para que se decidiera. Pero nada, hija, que no había manera.

—¡Mira que regreso a Estados Unidos y te dejo solo! —le amenacé.

Entonces, quien salió de su despacho como un loco fue Tullio Serafin.

—¡Tú de aquí no te vas, María! —me dijo todo acongojado.

—Muy bien —contesté ufana—. Pues entonces consígueme el «ofertón de los contratazos», mira que si no, yo me largo.

Y Tullio no perdió un segundo, querida...

¡Ay, cómo son los hombres cuando se percatan de que se les escapa una buena gema! Tullio llamó a muchos empresarios del nivel del director de La Scala de Milán —Arturo Toscanini—, diciéndoles:

—¡No debe irse! ¡Mire que su voz tiene algo que es extraordinariamente anormal! Es pura y sublime la belleza que sale de sus cuerdas vocales... ¡Magia pura! ¡La voz de Callas es única y poderosa! ¡Por Dios, que no se nos vaya! Ella es un regalo para Italia...

Arturo Toscanini le contestó diciendo:

—Nunca hemos interpretado el *Macbeth* de Verdi, porque nunca he encontrado una voz de cristal. Y además la protagonista debe ser fea, grande, y tener casi un voz de hombre... ¿Cree usted, Tullio, que su gema podría acoplarse a tal papel? Si es flaca, podríamos meter telas y algodón bajo su ropaje.

—Le aseguro que no hará falta —se apresuró Tullio a responder.

—Bien, pues tráigala entonces —dijo Toscanini antes de colgar.

Y a los pocos días me vi junto él frente al piano de La Scala, ensayando primero tímidamente y lanzando verdaderos brotes de genio al final.

Al acabar, clavándome unos ojos anonadados, susurró:

—Señorita Callas, si usted quiere, haremos *Macbeth* juntos.

Y a la gorda, fea y miope María Callas, la mujer a la que habían rechazado en las mismas pruebas hacía tiempo, entró con un contrato buenísimo en La Scala... Era mi sueño, María. Era por lo que tanto había peleado.

¿Que si acepté? ¿Pero tú estás tonta, niña? ¡Vaya que sí acepté! Como que hice cuatro óperas seguidas en el mismo primer año ahí. Ya no salí de ese escenario en siete años más.

Por fin había nacido una estrella.



Y de ahí a la gloria, querida... Así como lo oyes. Y a *Macbeth* le siguieron años de triunfos, rosas, fiestas y homenajes...

En Florencia hice *Norma* de Vincenzo Bellini, y conquisté Italia. Después llegó Venecia, en donde arrasé. Los críticos decían: «La Callas tiene vibraciones especiales, una magia espectacular; es como el canto de los ruiseñores. Pone la piel de gallina. Escucharla es tener sensaciones de perfección que comunican; es la expresión plena de la magia del lenguaje musical; una gigante de la ópera; todo un personaje... Se transforma en la piel de sus protagonistas, los representa con perfección exquisita; tiene muchísima personalidad, y un don de actriz suprema...». ¡De pronto todo eran halagos, María! Era asombroso... Mi responsabilidad era enorme... Y la tensión que llevaba encima de los hombros, insoportable; y por eso me emocionaba y lloraba durante los aplausos. Me conmovía muchísimo... Era muy profesional durante los ensayos y llegaba otra vez la primera para marchar a casa a la una de la madrugada, casi junto a los limpiadores del escenario. Digamos que guardaban las escobas cuando yo salía por la puerta de atrás. ¡Ya había dicho Elvira de Hidalgo que yo era una gran perfeccionista! ¿Crees que es un defecto? Quizá un

poquito sí, porque no veas la tabarra que daba a todo el mundo: hasta que no salían las cosas perfectas yo repetía, y repetía, y repetía... Consideraba que el público lo merecía. ¿Querían escuchar a la mejor soprano del mundo? Pues entonces me tendrían, pero me tendrían perfecta. Si no era así, de nada servía que yo cantara.

Y convertí el trabajo en una droga; y solo trabajaba, trabajaba y trabajaba... Los ensayos se volvieron una obsesión para mí, una fiebre, una enfermedad... ¡Y no paraba de cantar hasta considerar que mi ensayo había quedado glorioso! Era muchísimo lo que sobre esas tablas me deslomaba —a veces hasta catorce horas seguidas—, porque te aseguro que sobre ellas me dejaba la piel, el alma... Y todo valía la pena, pues contra todo pronóstico, me había convertido en la gran María Callas.

¡Y de pronto tenía Italia a mis pies, querida! Recibía cientos de ramos de rosas, regalos, bombones... Y Giovanni Battista comenzó a sufrir pensando que le dejaría. ¡Así son los hombres! Qué criaturas posesivas y tercas, Dios mío... Y envuelto en locos celos comenzó a insistir y a rogar que nos casáramos. «¿Pero cuándo?», le pregunté. «Cuanto antes, *amore mio*...», contestó. Así que, sin invitados, a las carreras y con solo dos testigos que encontramos por ahí en la iglesia, nos casamos en Verona a toda prisa. Corría el año 1949, y recuerdo que la capillita era muy pequeña, muy linda... Miré a mi esposo y comprendí que me amaba con locura. No era el más agraciado ni el más rico, pero para mí su amor sincero era sin duda lo mejor que me había pasado. Porque Meneghini me era fiel, daba la vida por mí y deseaba complacerme en todo. ¡Y me entendía! Respetaba mis eternas horas de trabajo y sabía todo sobre mi sueño, aquel que él compartía: hacer de mí la más grande, la única, irrepetible e inigualable MARÍA CALLAS. Así, tal cual y en mayúsculas.



Y pasaron algunos años y las críticas, tan excelentes en un principio, comenzaron a hablar sobre mi sobrepeso y aspecto tan poco agraciado. Esto me humilló muchísimo, María... ¿Acaso no entendían que

intentaba hacer las mil y una dietas que por todos sitios se anunciaban? Pero el estrés, la mala alimentación y los muchos sacrificios a causa del trabajo, me impedían bajar de peso. ¡Era desesperante, querida! Y mi inseguridad regresó y mi carácter se agrió mucho... Lo pagaba con el pobre Giovanni, a quien reñía sin ton ni son. Entonces apareció una amiga de la familia de mi esposo y me dijo: «¿Has probado el nuevo método de adelgazar? Se trata de ciertas huevas ya secas que logran que los alimentos no engorden...». ¡Y caí en esa trampa, María! Adquirí las huevas mágicas, que no eran sino de tenia, con lo que mi cuerpo comenzó a adelgazar de manera prodigiosa. ¡Y es que yo soñaba con ser tan linda y esbelta como la misma Audrey Hepburn! Era esa actriz tan preciosa y elegante... Guardaba una foto de ella en mi cajón, y la sacaba de vez en cuando para recordar que, si me esmeraba, algún día sería como ella. Y sucedieron cosas terribles a causa de eso... Como aquella vez en la que, estando sola en la bañera, la vi salir desde mi interior. ¡Qué asco y qué desagradable fue aquella escena! La agarré como pude y la tiré por el inodoro... Supongo que al tirar de la cadena llegaría al mar... Pero lo curioso es que nunca más volví a engordar, comiese lo que comiese, incluso si eran dulces o pastas. Y mi cuerpo quedó esbelta y precioso y se me transformó hasta la expresión de la cara...

¡De pronto la foca era un cisne, querida! Me miraba al espejo y asombrada, llamaba a gritos a Giovanni, quien acudía raudo desde el salón pensando que algo me pasaba. «¡No es nada, *amore mio!* —le decía—. Es que solo quería enseñarte cómo hoy he perdido otro kilo». Entonces mi marido se ponía contento porque yo me vanagloriaba de ese pequeño éxito, y salía a comprarme un regalo: a veces ropa, a veces zapatos... ¡Y a veces bombones! Estos últimos luego los devoraba yo ya tranquila, sabiendo que no me iba a suceder nada.

Y así, dieciocho meses después de haber comenzado aquel «tratamiento» con huevas, ¡había logrado perder cuarenta kilos! Parecía una diosa. Mi estructura ósea era hermosísima, y de pronto se me veían los ojos, unos preciosos y grandes ojos oscuros en los que antes nadie reparaba. ¡Había recuperado toda la expresión de una

mujer bonita! La gente se me quedaba mirando con absoluta fascinación. ¡Fue una transformación asombrosa!



Y entonces comencé a acaparar la atención de los grandes modistos, de los grandes productores y actores de Italia. ¡De repente todos querían conocerme! Y así fue cómo llegó a mi vida el maravilloso y único Luchino Visconti. ¡Qué grandes amigos fuimos! Él me enseñó tanto... «Tienes que mejorar tu trabajo escénico», me dijo. Y comenzó a trabajar conmigo, ayudándome a perfeccionar mi técnica interpretativa, haciendo de mí una estrella de teatro. Lo primero que logró fue relajar mi elegancia de movimientos. «¡Así, María, así!», gritaba exageradamente moviendo las manos. Debo tanto a Luchino... ¡Esas expresiones! Cuánto gustaron luego al público quien, totalmente conquistado, me comenzó a admirar más y más... Los críticos hasta lloraban. «¡Es mágica cuando se queda inmóvil! —escribían en sus críticas musicales—. Actúa como una reina de Saba, como una diosa; Callas es la más grande, la más hermosa...».

Aquello era una locura, querida... Había cumplido los treinta y dos años y ya me había hecho legendaria.



Y llegó el gran esplendor, ese que solo trae la fama, los elogios continuados y la adoración desmesurada... ¡Corría el año 1958 y la Ópera de París me había contratado! Mi sueño se había cumplido... Entre el público estaban los más grandes magnates, las más bellas actrices, las impecablemente vestidas damas de la alta sociedad, los artistas, los músicos, los empresarios... Todo el que era «alguien», estaba esa noche frente a mí en París, observando, embebidos en mi arte. El concierto fue retransmitido a las nueve de la noche —en la única emisora de televisión que entonces existía en Francia— y seguido por un gran banquete en mi honor al que estaban invitados cuatrocientos cincuenta comensales. Todo se sirvió en los elegantes y

ornamentados salones de la gran Ópera de París que, lujosos e imponentes, acogieron enseguida a espectaculares invitadas ataviadas con diademas, pulseras de zafiros y brillantes, y a caballeros con pajarita de raso al cuello. Los invitados estaban allí para agasajarme, para rendirme honor... ¡A mí, María! ¡A la más grande soprano de todos los tiempos! En eso me había convertido y eso es lo que ellos adoraban: a una mujer extraordinaria, perfecta, preciosa, delegada... Y entre ellos, gentes a quien yo nunca antes soñé conocer: Chaplin, Jean Cocteau, Zeffirelli, Luchino Visconti... Mis ojos se posaron en un hombre extraño... Era grande y tosco, y llevaba gafas con cristales muy gruesos. Iba impecablemente arreglado con un esmoquin de solapas brillantes y llevaba un gran puro en la mano. Me miraba desde lejos y me estremecí cuando nuestros ojos se encontraron... Me sonrió misteriosamente desde su esquina...

—¿Quién es ese señor de ahí? —susurré en el oído de Visconti, que conocía a todo el mundo.

—¿Quién es quién? —preguntó, levantando una ceja.

—Ese hombre del puro grueso de ahí...

—¡Ah! Ese es Ari... —contestó con una mueca despectiva. Y entonces me explicó que era un magnate, un hombre recio, riquísimo y casado—. Ten cuidado, María... —añadió—. Aristóteles Onassis es un hombre misterioso; tiene mucho poder en negocios algo turbios y extraños. A mí me parece zafio y oscuro.

—¿Y por qué debo tener cuidado? —Mi sorpresa iba en aumento—. Ni que fuera mi productor o mi agente.

Pero Visconti no dijo nada. Me miró de soslayo mientras daba un sorbo a su champán.

Yo no entendía a qué venía tanta historia y tanto silencio.

—¿Qué? ¡Por Dios, Luchino, dime algo!

—Ya te he advertido, mujer: que tengas cuidado. Ari tiene fama de estar envuelto en problemas de petróleo y no tiene clase alguna. Solo dinero, dinero y dinero... —Acto seguido, Luchino me ignoró y comenzó a atender a otra invitada.

«Pues a mí que tenga dinero no me parece mal asunto», pensé para mis adentros.

Entonces, y para mi total estupor, vi como Aristóteles se me acercaba despacito, con paso seguro y amplia sonrisa en el rostro.

—*Madame* —me saludó, besándome la mano—. Soy Aristóteles Onassis... Quizá no me recuerda, pero yo a usted sí. Nos vimos por primera vez en Nueva York hace unos meses en una cena que ofreció en su honor Elsa Maxwell... ¿Se acuerda ahora de mí?

Y entonces, cual fogonazo, vino a mi mente de nuevo el rostro de ese personaje extraño que, en efecto, no me quitó ojo durante aquella fiesta divertidísima que había organizado, ciertamente y en mi honor, la periodista más cotilla y famosa de Hollywood. Elsa Maxwell, la columnista de chismes, quien llevaba ya años loca de amor por mí, era más gruesa y más fea incluso de lo que yo lo había sido. Era lesbiana y me perseguía, me escribía, me adulaba... ¡Su columna de rumores era temida y admirada por toda la industria del cine! Todo el mundo la temía y respetaba. Pobre Elsa: yo jamás respondí a sus afectos... Por su causa mucha gente dijo que yo también era lesbiana y que vivíamos un tórrido amor escondido. ¡Era falso, María! Pero yo la quería mucho, era mi amiga y me daba mucha lástima. ¡Y, efectivamente, a su fiesta había sido invitado Ari! Ahora lo recordaba. Y comenzamos a charlar con mucha educación por mi parte y por parte de él con gran galantería.

No habían pasado ni dos horas cuando le había calado totalmente, y ya sabía que era duro, burdo, inteligente, carismático y encantador... Un lince para las finanzas, un león. Era ni más ni menos que el más poderoso magnate de los negocios de las islas griegas, el poderoso Aristóteles Onassis.

Después pasamos toda la noche bailando... Me cortejó... Yo era mucho más alta y curvé mi espalda para que no se notara la diferencia entre ambos. Pero a Ari no le importó. Me susurró: «No hace falta que te agaches, María. La gente afirma que soy más alto cuando me pongo de pie sobre mi fortuna».

Antes de marchar a casa me agarró del brazo, me llevó a una esquina de un balcón y me dijo: «Os invito a tu esposo y a ti a mi barco. Hagamos un crucero a bordo de mi yate. Lo pasaremos muy bien, te lo prometo».



¿Que si acepté? ¡Claro que no! Bueno... Quizá solo al principio. Y le rechacé, y rechacé, y rechacé la invitación... ¡Porque no paraba de insistir! Me enviaba notas, me llamaba su secretaria, me llenaba la casa de ramos de rosas... Dios mío, qué apuro pasaba yo con Giovanni quien, sorprendido, confiaba en mi lealtad y no se preocupaba. Pero estaba un poco enfadado, como es natural. «Ese hombre nos traerá problemas, María», me dijo un día mientras desayunábamos barajando si debíamos aceptar o no su invitación a su magnífico yate, el *Cristina*. Ari había bautizado así a su barco en honor a su hija — Cristina Onassis—, de quien las malas lenguas decían que era una joven compleja y muy herida.

—¿Y por qué? —contesté yo, disimulando no tener demasiado interés.

—Pues porque he pedido información sobre él y nada de lo que me llega es bueno.

—A ver..., cuéntame. —Entonces Giovanni comenzó a relatarme que ese hombre tosco y millonario era un acomplexado, que todo el mundo le invitaba por su dinero y no por su persona o su carisma como negociador. Que era un bruto, un tosco, un nuevo rico sin modales ni finura. Que todos en Nueva York le miraban por encima del hombro y que siempre luchaba por tener ese maldito barco lleno de estrellas de cine, de actrices, de modelos y de gente extraña de las finanzas.⁴³

—Pero si me han dicho que todos los veranos va Winston Churchill... —dije, a modo de defensa.

Giovanni se quedó pensativo.

—¿Estás segura de eso?

—¡Y tanto! —respondí—. Me han contado que una vez intentó comprar Mónaco y que casi logró monopolizar el mundo del transporte marítimo árabe. Y que su yate es opulento y precioso. ¡Y que Churchill le profesa auténtico cariño, que se han hecho verdaderos amigos y que cuando va al *Cristina* hablan en cubierta hasta el amanecer. Pero eso sí: acompañados por buen vino y mejor whisky.

—Mmmm... ¿Y qué más sabes?

Di unas vueltas disimuladas a mi té antes de contestarle.

—Pues poco más... Solo que, para Onassis, ese barco es un hogar, una oficina y un lugar para mostrar su poder a los poderosos. Cada año lo utiliza para invitar a los grandes de la política, del comercio, las artes y la economía. Sus hijos viven también en el barco, pero, al parecer, Aristóteles no les presta demasiada atención, dejándolos al cuidado de las niñeras. Es que está muy ocupado con sus negocios...

—Mmmm... ¿Y qué has oído decir sobre su mujer?

—Pues poco... —contesté, encogiéndome de hombros—. Que Tina es una mujer preciosa y muy joven, a la que le gusta mucho salir de fiesta, divertirse... Porque Aristóteles no tiene demasiado tiempo para ella.

—Vaya... —Mi marido parecía cada vez más interesado—. ¿Y se puede saber cuál es tu fuente para contarme todas estas cosas?

—Luchino Visconti.

—¡Ah! —exclamó, abriendo mucho los ojos—. Entonces tiene que ser verdad.

—Sí que lo es, *amore mio*.

Y no pienses que yo dije algo más, querida... Fue él quien, tras nuestra conversación durante el desayuno, decidió que aceptaríamos la invitación del naviero.

—Al fin y al cabo, Winston Churchill es el hombre más admirado y respetado de Inglaterra —añadió—. ¿No te parece, *amore mio*?

—Claro, claro... —contesté algo sofocada y aturdida.



El 22 de julio aterrizamos en Mónaco, en donde inmediatamente embarcamos en el *Cristina*, para disfrutar de un pequeño crucero que duraría tres semanas. ¡Me quedé de una pieza, María! Porque el lujo de su interior era algo de otro mundo... Un lujo ambivalente y extraño, elegante y tirando a opulento. Había oído hablar muchas veces del yate, ¡pero no me lo imaginaba tan extravagante! «Me he gastado cuatro millones de dólares en remodelarlo por completo», me susurró Onassis al subir a cubierta. ¡Y no me extrañó en absoluto! Pues había piscina con mosaicos, juegos de mesa, grifería de oro, bañeras de mármol; los salones tenían chimenea de lapislázuli y de noche nos quedamos asombrados al ver cómo la piscina se transformaba en pista de baile al ser cubierta por un inmenso cristal nacarado. Tenía nueve lujosas suites decoradas con extremo cuidado...

Me di cuenta de que todo en el *Cristina* deseaba reflejar el poder y el magnetismo de su dueño. Magníficos chefs preparaban constantemente los más exquisitos platos griegos, y cada uno de nuestros deseos era atendido de inmediato por una preparada y profesional tripulación. Yo no dejaba de abrir los ojos llenos de asombro... ¡Era como un sueño de dioses griegos estar en ese barco! De pronto recordé mis orígenes, mi pasado... ¿Quién hubiera dicho que algún día atraería la atención de un hombre tan importante y adinerado? ¡Yo, *María la gorda*, la niña fea que un día vino del lejano Nueva York y a quien ni su madre quería! Qué vueltas da la vida, Señor...

Miré a mi alrededor y hubo un detalle que captó inmediatamente mi atención.

—¿De qué es este cuero tan suave de los taburetes del bar? — pregunté a Ari—. Se ve que es piel, pero al tacto es como la seda... Nunca he visto nada igual.

Ari me clavó una mirada y sonrió como solo lo sabía hacer él.

—Estos taburetes están forrados de la piel de prepucio de las ballenas azules que cazan mis barcos.

¡Pegué un brinco y retiré la mano!

—Pero... ¿Y eso no es ilegal? —logré preguntar. Ari soltó una carcajada al aire, y evitó responder. Se encogió de hombros y dirigió su atención a otra cosa.

Solo meses más tarde alguien me informó de que, por supuesto, la caza de ballenas que llevaba a cabo Ari estaba prohibida, y que las autoridades marítimas andaban locas por pillarle con las manos en la masa. Pero, por lo visto, él no se dejaba atrapar con facilidad.



En esa travesía pasaron muchas cosas... Pero una de las más hermosas fue conocer a Winston Churchill y a su esposa, quien durante muchos años había desarrollado gran cariño por Tina Livanos, la esposa joven y bonita de Ari. «¡Llevamos seis años aceptando la invitación de Tina y de Ari y nos traemos hasta a nuestro par de loros en su jaula de oro!», me contó en cuanto me la presentaron. Era una mujer muy agradable, afable y tierna, que no paró de cuidar con extremo cariño a su gordinflón marido.

Aquel crucero por el bellissimo mar Egeo marcó un antes y un después en mi vida. Hasta entonces no había tenido jamás unas vacaciones dignas... ¡Llevaba veinticinco años sin parar, querida! Había dedicado absolutamente todo mi tiempo a trabajar, a hacer realidad mi sueño de convertirme en la mejor cantante de ópera del mundo. Y ahora, en las aguas hermosas de Grecia, se abría ante mí una ilusión nueva, una luz desconocida dentro de mi alma, una quimera... Miraba a Ari de soslayo y notaba que ya le quería... Y también percibía cómo me comía él con sus pupilas.

Antes de mí hubo muchas mujeres hermosas en sus cruceros: Liz Taylor, Lee Radziwill, Jackie Kennedy, Marella Agnelli... Pero sé que, a pesar de ello, se sentía totalmente solo... Había logrado todo lo que se había propuesto en la vida: dinero, poder, respeto internacional y una esposa millonaria y muy bonita que le había dado dos preciosos hijos, Cristina y Alexander. Pero su corazón sangraba y yo lo sentía. ¡Ah!, aquel crucero, querida..., fue el comienzo de tantas cosas...

Ari y yo nos quedábamos por la noche en cubierta hasta muy tarde. La luna se reflejaba sobre las aguas del mar Egeo y compartíamos secretos, y bebíamos y hablábamos, reíamos y hasta llorábamos... Abrimos nuestros corazones y todo nos lo contamos... ¡Éramos almas gemelas! Así lo supimos mientras todos los demás dormían.

—Estamos ambos casados, Ari... —le susurré, notando cómo mis lágrimas saladas corrían por mis mejillas.

—Mi matrimonio lleva ya muchos años muerto —contestó.

Entonces nos besamos. ¡Dios mío, cómo nos habíamos enamorado! Yo me volví loca por él... Le notaba enredado en mi alma como él supo que ya me pertenecía.

¡Qué horrible estrés pasé el resto del crucero, querida! ¿Cómo tapar y disimular un amor tan fuerte? ¡Si hasta los dioses del Olimpo lo estaban presenciando!

Me había enamorado y había caído en las redes de Cupido de forma intensa y profunda. En ese crucero me di cuenta de que nunca antes había sentido algo parecido... ¿Era eso amar con locura? Sí, sí y mil veces sí, me repetía aturdida.

Paramos en Turquía, en su tierra natal. Y nos llevó a visitar las ruinas de Esmirna, en donde delante de todos me agarró de la mano y me ayudó a subir por los peldaños de las antiguas ruinas. Ya no había marcha atrás... ¡Estábamos absolutamente enganchados! Estaba deslumbrada por mi amor griego; hablar con él me llenaba por completo. ¡Dios mío, qué química tan fuerte explotó entre nosotros! Y al llegar la noche, ¡vuelta a la cubierta! Y otra vez nos rozaba el amanecer charlando, compartiendo secretos, hablando de nuestro pasado... ¡Los dos habíamos sufrido tanto en nuestros comienzos!

—Ari, somos almas gemelas, ¿lo sabes? —le pregunté.

Y Ari asintió con lágrimas en los ojos.

¡Y al día siguiente sucedió algo todavía más increíble! Resultó que Ari deseó amarrar en Estambul, en donde bajamos todos del barco para conocer al patriarca ortodoxo de la ciudad que ¡increíblemente tomó con sus manos nuestras dos cabezas y las bendijo a la vez! ¡Dios

mío, qué rara sensación nos causó a todo el grupo aquel gesto! Inmediatamente yo lo interpreté como un signo del destino... Sentíamos de pronto una atracción sobrehumana, tremenda, que no podíamos controlar ni frenar... ¡Y tanta admiración mutua!

Esa noche, abrumada por tanto amor, por esa bendición del patriarca y por todo lo que explotaba dentro de mi corazón, abandoné a hurtadillas el camarote que compartía con mi esposo y fui al de Ari.

Fue nuestra primera, que no última, noche de pasión.

Cuando casi al amanecer regresé a mi camarote, mi esposo estaba sentado sobre la cama, algo preocupado por haber despertado viéndose sin mi compañía a su lado.

—María —me dijo, clavándome una mirada llena de angustia—. ¿Qué está pasando...?

No lo dudé, querida... Aquello ya no tenía remedio. Así que, llena de valor, le dije:

—Nuestro matrimonio acaba de finalizar, Giovanni... Me he enamorado perdidamente de Ari. Lo siento mucho.

Un mes más tarde, Tina y yo presentamos nuestros respectivos divorcios a nuestros esposos. Qué duro fue dar ese paso, María... Pero para entonces ya me había acostumbrado a vivir la vida como si todo fuera una simple, dura, trágica y magnífica ópera.



¿Y cómo crees que reaccionó Giovanni? ¡Uffff! ¡Fatal! Muy, muy, muy mal... Me insultó, lloró, golpeó los muebles de nuestro apartamento y me gritó horriblemente. Pobre mío... ¡Pero lo peor fue que me amenazó con suicidarse! Yo lo había sido todo para él, su gran amor, su niña mimada, su gran triunfo... Me había descubierto siendo nada y ahora me había convertido en la gran María Callas, el cisne más hermoso, más elegante, más glamuroso... ¡Habíamos crecido juntos! Habíamos subido montañas, atravesado valles y pasado también dificultades. «¿Y ahora me dejas?», decía con ojos anegados de lágrimas.

¡Y las malas lenguas fueron terribles conmigo, María! ¡Qué barbaridades se dijeron! «La diva es una furcia; esa cantante roba maridos, habrase visto mayor golfa...». De todo dijeron sobre mí y a mi marido le beatificaron como un gran santo. Así era la sociedad entonces con estas cosas... Los periodistas también se cebaron con nuestro amor, pero yo estaba profundamente enamorada y no quise dar marcha atrás. Ari lo era de pronto todo para mí; incluso más que el propio canto.

Y por fin, tras mucho drama entre unos y otros, el 17 de agosto, Onassis se presentó en mi casa, hice todas mis maletas y me marché con él, dejando a un Giovanni Meneghini roto en mil pedazos, llorando como un niño en el salón del que hasta entonces había sido nuestro hogar. ¡Le abandoné, hija! Y él, furioso y profundamente herido, no tardó un segundo en contactar con la prensa a quien contó todos mis pecados cometidos con pelos y señales. Y como Tina aún no se había divorciado de Ari, pues... fue todo un terrible escándalo.

¿Y cómo se arregló todo con Giovanni? ¡Ay, nena! De la forma en la que todos los hombres arreglan las cosas: mi exmarido me pidió dinero. ¡Y Ari se lo dio!

Y ahí acabó mi vida junto a Giovanni: decepcionado él y decepcionada yo.



¡Y Ari y yo por fin nos sentimos libres! Y comenzamos a querernos abiertamente, a adorarnos en público y en privado. Nuestra vida íntima era muy activa, muy agitada... ¡Vivíamos literalmente una pasión griega! Y sus caricias me hicieron sentir muy hermosa, muy deseada, delgada y preciosa. Yo, que nunca había saboreado el amor verdadero, saboreé muchísimo mi amor íntimo con mi griego. ¡Me hacía muy feliz sentirme la mujer más amada por uno de los hombres más poderosos del mundo financiero! Él me mimaba, me compraba la ropa más cara... Me ayudó incluso a perder más peso y dio órdenes a todos los diseñadores de París para que me atendieran como una reina. «Quiero que vistas como tu Audrey Hepburn —me decía—. Sé

feliz, mi vida». Y comencé a vestir de forma que toda cabeza se giraba tras mis tacones. ¡Nunca estuve más bonita! Pero a mí solo me importaba hacerle feliz y que se supiera amado. ¡Y el mundo temblaba! Y se frotaba las manos, pues tenía ante sus *flashes* a dos de las personas más conocidas del mundo que ya no se ocultaban. ¡Y eso les fascinaba! Así que acudíamos a fiestas en donde bailábamos felices, ajenos a nubarrones negros que, hipócritamente, se avecinaban...



Y como todo en la vida tiene su castigo, un día descubrí que estaba embarazada. ¡Qué feliz me hizo esa noticia! Corrí a contárselo a Ari y..., para mi total asombro y horror, este enfureció. ¡Se puso como una pantera! Y me llamó cosas que... ¡Uf! Cuánto lloré ese día... Yo no quería abortar, ¡deseaba tanto ser la madre del bebé de mi amado! Pero Onassis no lo quería... «¡Debiste ser prudente, María!», me gritó delante de la tripulación. Qué apuro pasé, Señor... Y yo, no sabiendo muy bien qué hacer ni dónde meterme, me agarré al *Cristina*, en donde me encerré siete largos meses para esconder mi barriga. Y luego me enteré de que también Ari había pedido en su día a su esposa Tina abortar, a lo que ella se negó y dio a luz a su preciosa Cristina. ¡Pero no sin antes recibir una paliza! Solo Dios sabe cómo logró Tina que su bebé no se malograra tras los golpes, y la pobre Cristina nació, pero nunca fue su niña bonita, pues mi Ari siempre prefirió a Alexander. ¡Y ahora se repetía la historia! Madre mía... Yo también me oponía a abortar y él me gritaba, dejándome devastado el corazón y el alma rota en mil añicos. ¡Ah!, qué duro es sentirse rechazada por el hombre al que una ama...

Fue durante esos episodios de peleas por salvar al niño de mis entrañas, cuando comenzó a caérseme la venda. ¡Resultó que Ari tenía un genio terrible! Yo tampoco era fácil, María, pues ya para entonces me había convertido en una gran diva, y aguantaba lo justo... Me había vuelto muy temperamental y polémica, y tenía estallidos de cólera y llegaba incluso a ser maleducada. ¡Pero él era peor!⁴⁴ Ni que decir tiene que quedé absolutamente devastada por tal petición. Y por

supuesto que no aborté... ¡No lo hubiera resistido! Entre otras cosas porque ya estaba de seis meses y medio de embarazo del que nadie se enteró, pues me las apañé para vestir trajes amplios y caftanes que estaban muy de moda en el momento. ¡Lo había llevado todo con extraordinaria privacidad y ahora Ari deseaba que me deshiciera de nuestro hijo! Aquello fue el comienzo del final... Dejé de trabajar en la ópera y me dediqué a cuidarme, a dormir mucho y a comer bien. ¡Mi niño lo necesitaba!

La gente, mi público y los críticos musicales se preguntaban: «¿Pero dónde se ha metido la Callas?». Porque hasta ese momento yo había dado entre veinte y veinticinco conciertos al año, y desde mi embarazo todo era silencio y misterio... Y alcancé mi octavo mes de gestación sumida en la mayor tristeza. Me preguntaba cómo había sido posible que el gran amor de mi vida me hubiera tratado así... Sospechaba que le sucedía algo, ¿pero qué? Yo le preguntaba y él me contestaba huraño: «Nada...».

Un día me avisó de que debía realizar un viaje de negocios por el Caribe y que yo no le acompañaría. «Regresaré en cuanto pueda», me dijo a modo de despedida. Pero quiso Dios que nuestro pequeño se adelantara... ¡Qué espantoso trago padecí entonces, María! Porque me empeñé en que naciera antes de tiempo y con cesárea —algo en lo que mi ginecólogo no estaba de acuerdo—. ¡Pero a ver quién llevaba la contraria a la Callas! Y le exigí sacarme al niño antes y aquella operación precipitada salió mal... Y mi ángel, a quien llamé Omero, llegó al mundo en Milán el 30 de marzo de 1960, moradito y con cardiopatías que le robaron la vida ese mismo día. Solo vivió unas horas mi pequeño y muchas veces me pregunté luego si, de haber sobrevivido nuestro hijo, quizá nuestros destinos hubieran terminado de otra manera.



Ari regresó de su viaje y la vida siguió adelante. Yo intenté amarle, hacerle feliz, jugar a ser su esposa y a organizarle las cosas del yate *Cristina*. Y poco a poco dejé el canto. ¡Ya no me importaba tanto! Pero

había algo en Ari que... No sabía lo que era, pero percibía cambios. A veces me amaba mucho y así me lo hacía notar. Pero otras veces miraba al horizonte y se quedaba profundamente pensativo...

Ese cambio en su forma de ser fue un golpe muy duro: yo dejaba la ópera y la fama por su amor, mientras que él me utilizaba como si fuera tan solo una amante más... Entonces caí que quizá nuestro amor no sería para siempre. ¿Acaso no me habían advertido mil veces que Onassis era un mujeriego empedernido? ¿No me dijeron que pronto se cansaba de la misma? Empecé a tener miedo... ¡Porque yo deseaba serle fiel! ¡Le amaba con locura!

—¿Por qué no ensayas el canto? —me comenzó a pedir con frecuencia.

—No quiero... —le contestaba.

—¿Y por qué?

—Porque quiero estar aquí contigo... Ya no necesito volver al mundo de la ópera.

Y de forma irónica, fue precisamente ese deseo de dejarlo todo por él por lo que Onassis se fue desilusionando con respecto a mí. ¿Por qué? Pues muy fácil, querida: porque él siempre deseaba tener a su lado a la mejor, a la más famosa, la más bonita, a la más triunfadora... ¡Y de pronto sus ojos me veían como una maruja casera! Parecía que, si desaparecía la ópera de mi vida, yo ya no le interesaba... Me había convertido en una mujer normal, y eso a Onassis ya no le interesaba.

Entonces, una mañana, todo explotó. Se había levantado de mal humor y clavándome en los ojos un hielo frío pronunció las palabras que me hicieron partir:

—Tú te crees la gran cosa del mundo porque tienes un pito en la garganta, que ya ni funciona bien.

«Ahora y aquí esto se acaba», pensé.

Me había roto el corazón en mil pedazos.



Durante nuestro romance apasionado amé a ese hombre con toda mi alma. ¿Y qué había pasado? Algo se había roto dentro de mí que ya

nada ni nadie lograba reparar. Ni siquiera volver a los escenarios de la ópera. Y llegó el verano de 1967, y un nuevo rostro bellísimo comenzó a aparecer junto a Ari en la prensa. ¡Ni más ni menos que la maravillosa Jackie Kennedy! ¡Los *paparazzi* se volvieron totalmente locos! Me perseguían por la calle y me atosigaban a preguntas incómodas que me hacían temblar de rabia y pena. «¿Y qué piensa de este nuevo romance de Aristóteles Onassis?», me preguntaban metiéndome los micrófonos por la boca. No podía ni ir al dentista tranquila. Siempre notaba su presencia acosándome mientras trataba de huir con mis tacones de Chanel.

—¿Saben si se van a casar, señora?

—No lo sé; no sé nada —contestaba. Y luego, tras las puertas de mi piso de París, lloraba confundida, asustada y total y absolutamente devastada.



¡Y vaya si se casaron! ¡Claro que sí! Al parecer, Ari decidió que la viuda de América era más hermosa y más deseada; más admirada y más conocida que incluso la reina de Inglaterra. Y Onassis fue a por ella en cuanto quedó viuda. Yo estaba devastada... Me llegaban las noticias y me rompía por dentro; ya para entonces yo supuse que se casarían, pues Jackie era una gran dama y no consentiría estar de amante de nadie. Y enfadada y muy herida, cometí un error: dije a mis amigos que Onassis me había obligado a abortar... Fue producto de la rabia, del rencor y de la herida tan profunda que me dejó su amor. Y no te niego que, en mi fuero interno, deseaba que tales noticias le llegaran a Jackie, y que ella se horrorizara y le abandonara. Ya sé que estuvo mal, y que lo desapruebas... Pero te tranquilizará saber que no sirvió de nada: Jackie siguió adelante supiera lo que supiese y a pesar de lo que yo inventé, y para mi total desconsuelo, contrajeron matrimonio en la isla de Skorprios, un preciosísimo islote, situado en el mar Jónico, que Onassis había comprado mientras estuvo conmigo.

¡El mundo entero se quedó mudo! ¡Fue un escándalo! Pero yo la entendí un poco... Pues Ari se hacía querer y la había cortejado hasta

el desfallecimiento. Y ella, aterrada por lo que había vivido, captó una sensación de seguridad, de protección y de paz, que solo Ari supo darle. ¡Y a ella le chiflaba el dinero! Y eso le sobraba a Onassis.

¿Y yo? ¿Quieres saber cómo acabé, María? Pues creí morir de tristeza... El golpe fue brutal, tan salvaje, tan abismal que ya nunca fui la misma. Perdí peso, perdí la voz y perdí a Aristóteles Onassis. Ya no deseaba vivir...

Y mi vida, desde entonces, se apagó como una velita.



Datos de importancia del final de la vida de María Callas:

- A las cuarenta y ocho horas de celebrarse la boda con Jackie Kennedy, Ari dejó sola a su flamante esposa para continuar con sus negocios. No tuvieron luna de miel. El matrimonio fue profundamente infeliz y Onassis vivió un desencanto muy serio al darse cuenta de que Jackie Kennedy solo deseó su dinero.
- Regresó temporalmente con María Callas, quien vivió enamorada de él hasta el final de su vida.
- Onassis se arrepintió siempre de haber contraído matrimonio con Jackie y no con María Callas.
- María luchó por revitalizar su carrera como soprano, pero su voz nunca se recuperó, viviendo épocas de éxito con temporadas más flojas.
- Intentó tener algún romance y vivió una pequeña aventura con el escritor, poeta y director de cine Pier Paolo Pasolini, quien se declaró homosexual y murió asesinado en circunstancias muy extrañas. Llegó a decir que «María era la

única mujer a la que había logrado amar siendo él homosexual».

•

Aristóteles sufrió una pérdida espantosa: su hijo Alexander murió trágicamente en un accidente de avioneta. Desde entonces, Onassis vivió un profundo declive psicológico y físico, que al final le condujo a la muerte.

•

Su único consuelo tras la muerte de su hijo lo buscó en María.

•

A comienzos de 1975, Ari se puso muy enfermo, casi se sintió morir. Y entonces envió un mensaje urgente a María a París. La nota decía: «Por favor, ven a verme. Te amo, María, siempre te he amado, pero a veces no he sabido amarte bien, pero en la medida de mis posibilidades, quise amarte bien. Lo intenté».

•

Aristóteles Onassis murió el 15 de marzo de 1975, en el hospital, acompañado por su hija Cristina, quien le arropó con una manta de color rojo que le había regalado María Callas. Fue con lo único que él deseó morir. Jackie Kennedy no estaba y solo acudió al día siguiente desde Estados Unidos.

•

María Callas jamás recuperó la felicidad.

•

Sola, casi ciega, con gafas muy gruesas, apenas salía ya ni de paseo. Se la veía sola, sin ese glamur de antaño. Sin pintar ni arreglar. Abandonada a sí misma.

•

Murió a los cincuenta y tres años, el 16 de septiembre de 1977, tras una larga temporada tomando somníferos muy fuertes que le provocaron un ataque cardíaco.

- Murió sola. Su cuerpo fue hallado por la criada al día siguiente. La televisión aún seguía encendida.
- Sus cenizas fueron transportadas a Grecia, en donde hoy descansan en paz en el mar Egeo. La ceremonia de esparcir sus cenizas fue un poco accidentada. Cuando el alcalde de Atenas, en presencia de todas las autoridades, se disponía a lanzarlas al agua, una ráfaga de viento esparció las cenizas sobre los asistentes al acto y solo una pequeña parte de ellas alcanzaron su objetivo y fueron a reposar al mar.
- Todas sus posesiones fueron subastadas.
- María Callas ha sido la mejor cantante de ópera de todos los tiempos y se considera que cambió este género lírico para siempre. Es una leyenda, un icono. Un Leonardo de la música. Ella se ha hecho incluso más grande tras la muerte.

EPÍLOGO

NO SOMOS NADIE, QUERIDO LECTOR...

Y llegamos al final de este escrito, querido lector, ¡y no son pocas las aventuras que hemos recorrido juntos a través de mis letras! Ya ve que soy muy teatrera e imaginativa, tal y como decían mis padres... Pero, ¿y lo bien que me lo paso? ¡Ah, eso no me lo quita nadie...!

Y ahora, como usted me ha acompañado, no me puede negar que no se ha aburrido a mi lado... Pues ¿acaso podrá olvidar las tormentas de arena que cayeron sobre nosotros atravesando los desiertos de Saba? ¿Y esos besos robados que nuestros ojos captaron en los jardines de Alejandría entre Marco Antonio y Cleopatra? ¡Tantos peligros hemos vivido juntos usted y yo! Y mire, aún estamos aquí... Hemos sobrevivido a todos los avatares. Y ahora, ¿cómo olvidarlo?

¿Se acuerda de cómo hemos luchado junto al ejército romano? Menudas palizas nos han dado... Y nos hemos levantado, nos hemos sacudido el polvo de la armadura, ¡y al palacio de Cleopatra, que nos han invitado a celebrarlo!

Y hemos bailado y bebido vino exquisito en los palacios de Jerusalén, en aquellas fiestas mágicas que Salomón preparaba y en las que observaba arrobado a su hermosa reina de Saba. ¿Lo recuerda? Han sido tantos los detalles que usted y yo hemos captado...

Y no olvide que hasta un muerto en Galilea vimos resucitar junto a María Magdalena... Y, caramba, esto no lo puede decir todo el mundo, ¿verdad?

Desgraciadamente, en nuestro recorrido también hemos sufrido, ¿pues cómo no hacerlo viendo cómo se suicidaba a causa de la mayor desesperación la más bella reina egipcia, Cleopatra? Y cómo no horrorizarnos cuando fusilaban a la humilde Mata Hari, tan sola y abandonada después de años de gloria, admiración y alabanzas... ¡Qué mal acabó la pobre...! Y yo que cuando la empecé a investigar creí que era mala... ¡Pero si resultó ser una pobre mujer!

Y mire lo que le digo: que si algo he aprendido estudiando las biografías de estas ocho mujeres de luz, es que no somos nadie, querido lector... Pues todas sufrieron lo indecible, y lucharon contra viento y marea para llegar al final, fuera cual fuera... ¡Y en muchas ocasiones sus muertes fueron terribles! Solitarias, abandonadas, drogadas, asesinadas, envenenadas... ¡Uf! Habiéndolo tenido todo, acabaron por tener nada... ¿Lo ve? No somos nadie, querido lector.

Mire sino cómo murió mi gran diva... Era María Callas la más grande entre las grandes, y murió sola, devastada y con un físico abandonado y el alma apagada. ¡Ella, que fue tan poco agraciada, y que de patito feo llegó a ser el cisne más admirado! Pero la vida golpea y araña... Y uno acaba como acaba. Y nuestra pobre soprano favorita terminó con gafas de culo de botella, sin peinar ni perfumar... Ella, que había sido tan bella. ¿Lo ve? No somos nadie, querido lector.

Mire sino a la gran Coco Chanel. ¡Madre mía, qué mujer más hermosa! Inteligente, triunfadora, creativa y reina de la moda. Hasta las jóvenes de hoy desean ser dueñas de un bolso, unos zapatos o un pantalón de su marca... ¡Ah, pobre Coco, pobre muchacha...! ¡Pero si era una humilde criatura medio abandonada! Ni un duro tenía cuando comenzó su trayecto de creadora, y al final su imperio perdura. ¿Pero y sus momentos finales? Sola, drogada, de trato difícil y buscando la muerte desesperada.

¿Y Lucrecia Borgia? ¡Vaya sorpresa descubrir que ahora los grandes historiadores defienden su inocencia! ¡Pero si fue calumniada!

¡Ah, qué mala es la envidia, querido lector...! Y yo que la prejujué años y años. ¡Benditos historiadores! Si no fuera por ellos, vaya lío habría entre los biógrafos e investigadores.

¿Y qué me dice de Peggy Guggenheim? ¡Madre mía, qué desastre y a la vez qué gloria de mujer! Porque ya ha visto que Peggy lo fue todo, como un revuelto sabrosísimo de ajetes y setas cuya receta al final salió gustosa de puro milagro. ¡Pues vaya cantidad de calamidades tuvo que vivir! Y ahora, su huella es tan inmensa que a día de hoy uno se reconoce cateto si no ha visitado, al menos una vez, la ristra de impactantes obras de arte que por su coraje y valentía nos han llegado. ¡Bravo, querida mía! Valiente Peggy, tan desastrosa, tan divina... Gracias por tu legado, por tu ejemplo de luchadora y tu valentía. Aunque tengo que reconocer que vaya vida loca tenías... En fin... Lo importante es que tu luz ha perdurado y hoy, gracias a ti, todos esos artistas maravillosos y mágicos son admirados.

En realidad, no eres la única, Peggy, pues todas las mujeres aquí mostradas son mujeres de luz, todas con sus cosas, sus errores muy suyos, sus complicaciones...

Y usted, dígame, querido lector, ¿quién es perfecto? Desde luego no yo. Qué más quisiera... Esas mujeres de luz eran humanas, como usted y como yo. Y a pesar de vivir al límite y de dejar huella para la eternidad, no puede negarme que son todas un ejemplo de vida, de superación, de valentía y de coraje... ¡Mire que no se rendían ni a la de tres! Y gracias a eso, hoy tenemos sus huellas.

Y acabo este escrito recordándole que en la vida nunca se puede juzgar, pues todos somos un mundo, un misterio único e irrepetible, con nuestras heridas y posos del pasado que van formando, perfilando y estableciendo un alma. ¡Y todos podemos tropezar por el camino! Este nunca es fácil, ya lo ha visto...

Pues ni siendo reinas enojadas, ni pobretonas llenas de sueños, para estas mujeres la montaña nunca resultó una colina que ascender con ligereza. La vida nunca es fácil, ni para ellas, ni para nadie.

Usted y yo no somos *paparazzi*, querido lector. Pero no se entristezca, que ya tenemos este libro mío para habernos hecho con los

secretos, los logros y también las miserias de estas ocho maravillosas, impactantes y ejemplares mujeres de luz.

Y ya me despido de usted, que vaya cantidad de historias le he contado. No se me despiste, que muy pronto regresaré a su lado.

Con todo mi cariño, siempre.

www.mariavallejonagera.com

BIBLIOGRAFÍA

- BOURGEAULT, Cynthia, *The Meaning of Mary Magdalene. Discovering the Woman at the Heart of Christianity*, Shambhala, Boston, 2008.
- CHANEY, Lisa, *Coco Chanel: An Intimate Life*, Penguin Group, Londres, 2011.
- CHAUVEL, Geneviève, *Lucrecia Borgia: La hija del papa*, Edhasa, Barcelona, 2011.
- CLAPP, Nicholas, *Sheba: Through the Desert in Search of the Legendary Queen*, Houghton Mifflin Harcourt, Boston, 2001.
- COELHO, Paulo, *The Spy: A Novel of Mata Hari*, Vintage International, 2007.
- COLOMBANI, Roger, *Bellas indomables: mujeres con grandes destinos*, Narcea, Madrid, 2001.
- CRAIG, Mary W., *A Tangled Web: Mata Hari: Dancer, Courtesan, Spy*, The History Press, Gloucestershire, 2017.
- EDWARDS; Anne, *Maria Callas: An Intimate Biography*, St Martins Press, Nueva York, 2003.
- EMMERICH, Anne Catherine, *Mary Magdalene in the Visions of Anne Catherine Emmerich*, Tan Publishers, Charlotte, 2011.
- EVANS, Peter, *Nemesis: The True Story of Aristotle Onassis, Jackie O, and the Love Triangle that Brought Down the Kennedys*, Harper Collins, Nueva York, 2009.
- FO, Darío, *Lucrecia Borgia, la hija del papa*, Siruela, Madrid, 2014.

- FONTAINE, Carole, *With Eyes of Flesh: the Bible. Gender and Human Rights*, Sheffield Phoenix Press, Sheffield, 2009.
- FRANCIS HUDSON, Jill, *The Last Queen of Sheba*, Lion Fiction, 2014.
- GEORGE, Margaret, *The Memoirs of Cleopatra*, St. Martin's Griffin Publishing, Nueva York, 1998.
- , *Mary, Called Magdalene*, Pan eBooks, 2002.
- GILL, Anton, *Art Lover: A Biography of Peggy Guggenheim*, Harper Collins, Nueva York, 2002.
- , *Peggy Guggenheim: The Life of an Art Addict*, Harper Collins, Nueva York, 2010.
- GUGGENHEIM, Peggy, *Confesiones de una adicta al arte*, Lumen, Barcelona, 1960.
- HESS, Megan, *Coco Chanel*, Hardie Grant Books, 2005.
- HORSLEY, Richard A., *Jesus in Context: Power, People and Performance*, Fortress Press, Minneapolis, 2008.
- KING, Karen, *The Gospel of Mary of Magdala: Jesus and the First Woman Apostle*, Polebridge Press, Santa Rosa, California, 2003.
- LEE, Tosca, *The Legend of Sheba; Rise of a Queen*, Howard Books, 2014.
- LELOUP, Jean-Yves, *The Gospel of Mary of Magdala*, Inner Traditions Bear and Company, Rochester, 2006.
- PICARDIE, Justine, *Coco Chanel: the Legend and the Life*, It Books, 2015.
- PROSE, Francine, *Peggy Guggenheim. El escándalo de la modernidad*, Turner-Noema, Madrid, 2016.
- RIVER, Charles, *Mata Hari: The Controversial Life and Legacy of World War I's Most Famous Spy*, Charles River Editors, 2016.
- ROLLER, Duane W., *Cleopatra. A Biography*, Oxford University Press, Oxford, 2010.
- SCHIFF, Stacy, *Cleopatra: A Life*, Bay Back Books Publishing, Boston, 2011.
- SHIPMAN, Pat, *Femme Fatale: Love, Lies, and the Unknown Life of Mata Hari*, Ed. William Morrow, Nueva York, 2007.

- STASSINOPOULOS HUFFINGTON, Arianna, *Maria Callas: The Woman Behind the Legend*, Cooper Square Press, Nueva York, 2002.
- VAIL, Karole (ed.), *Peggy Guggenheim: A Celebration*, Guggenheim Museum Publications, Nueva York, 1998.
- VOLF, Tom, *Maria by Callas: In Her Own Words*, Assouline Publishing, Nueva York, 2017.
- WELD, Jacqueline B., *Peggy, the Wayward Guggenheim*, Penguin Books, Nueva York, 1988.

Notas

¹ La reina de Saba es conocida tanto en el cristianismo como en el judaísmo, el islam o el folclore etíope.

2 El rey Salomón.

3 El arca de la alianza.

4 El *Kebra Nagast* o *Libro de la gloria de los reyes de Etiopía* es el libro sagrado de los etíopes: una crónica que remonta su genealogía hasta Menelik I, hijo del rey Salomón y de la reina de Saba. Los cristianos de ese país creen que narra el verdadero origen de la dinastía salomónica, así como de la conversión de Etiopía al cristianismo. En él se cuenta que la reina de Saba tuvo noticia de Salomón a través de un comerciante rico y poderoso de toda su confianza: Tamrin.

5 El Corán explica cómo Salomón oyó hablar de la reina de Saba. Según esta versión, Salomón, a través de su capacidad de hablar y contactar con animales, había recibido de un pájaro que voló a los desiertos lejanos y que había regresado a Jerusalén, una información muy valiosa: le describió al oído la belleza imponente de una reina pagana que vivía más allá de las dunas.

6 El libro sagrado de los etíopes, el *Kebra Nagast* relata este primer encuentro.

7 Un relato tradicional árabe describe el encuentro de un modo muy distinto: según esta versión, el rey había oído decir que esta reina tenía los pies de una cabra. En la Antigüedad, muchos demonios tienen figuras compuestas: mitad hombre, mitad animal. Y alguien había calentado la cabeza a Salomón con este disparate. Y esa es la historia extraña que perseguía a la reina de Saba en Jerusalén entre gentes quizá envidiosas o supersticiosas. Como recelaba de que pudiera ser un demonio, Salomón ideó una prueba: esparció cristales sobre el suelo. Al confundirlos con un charco, la reina de Saba se levantó la falda para saltarlos, y para alivio de Salomón, dejó unos preciosos pies al descubierto. La historia tiene un significado velado muy evidente: en la Antigüedad, el cabello es un signo de salvajismo —los animales están cubiertos de pelaje y la gente llevaba siempre ropa para proteger su intimidad corporal. Ella debía de tener pelo en sus piernas, como todas las mujeres, pero quizá con ciertos matices de abundancia, y esta leyenda negra se cebó en ella, acusándola de ser medio demonio y de tener patas de cabra. Por otra parte, ciertas partes del cuerpo se suelen nombrar para revelar la sexualidad, femineidad o masculinidad, que demuestra la persona. De modo que era importante ver los pies de la reina de Saba, para que quedara patente que era tan solo una mujer normal. También podía significar que Salomón tuviera miedo de que le enviaran un hombre disfrazado de mujer para atacarle o quizá asesinarle. Esto era posible, pues las mujeres en esa época tendían a tapar sus rostros con velos o mantos tal y como sigue sucediendo ahora en algunos países árabes. Así que fue un truco de Salomón para salir de dudas. No solo los pies de la reina quedaron visibles ante los ojos de todos, sino que también se pudo ver el comienzo de sus pantorrillas, y al parecer, eran hermosísimas y no le parecieron a Salomón para nada de ningún demonio. (*Vid.* Carole Fontaine, *With Eyes of Flesh: the Bible, Gender and Human Rights*, Sheffield Phoenix Press, Sheffield, 2009).

8 Algunos historiadores han concluido que murió de sífilis.

9 El relato más largo y detallado de todo lo que ocurrió entre la reina de Saba y Salomón aparece en el *Kebra Nagast*.

10 El Corán explica que esta luz representaba la conversión de la reina de Saba a la fe de Salomón, lo que quiere decir que fue la primera persona que llevó el monoteísmo a Arabia. Esta situación permitió que el monoteísmo se instaurase en su propio reinado.

11 La actual Etiopía.

12 Egipto es un país africano y por ello los estudiosos de la Antigüedad han especulado con la idea de que Cleopatra hubiese sido de piel negra. La presencia de la cultura africana en el reinado de Cleopatra es una cuestión debatida recientemente entre los egiptólogos. Pero muchos antropólogos que discuten cuál sería el aspecto físico de la reina no han tenido en cuenta que Cleopatra no tenía sangre egipcia, sino griega, por lo que el color de la piel de los egipcios nada tenía que ver con ella.

13 Cesarión significaba «pequeño César».

14 Cleopatra se quedó embarazada de gemelos.

15 La leyenda dice que esta niña Sara era muy buena, de corazón santo y alma pura. Y que se convirtió luego en la primera reina del linaje de reyes franceses, un linaje que muchos creen que todavía pervive. A «Santa Sara» se la conoce, sin haber sido canonizada, como la patrona de los gitanos.

16 Durante la Revolución francesa la calavera de María Magdalena fue retirada de la iglesia, aunque más tarde fue donada al arzobispo y guardada en un relicario de oro. Curiosamente, la reliquia está ataviada con una peluca roja. Se encuentra custodiada simbólicamente por las esculturas de cuatro ángeles de oro, presumiblemente añadidos en 1860. Otra famosa reliquia de María Magdalena aparece en el monte Athos (Grecia). Es su mano, y está en el monasterio de Simonopetra (aquí se venera a María Magdalena mirófora. Fueron llamadas miróforas las santas mujeres que llevaron mirra y otros ungüentos al sepulcro de Cristo al día siguiente de su muerte), se considera milagrosa e incorruptible. Afirman asimismo que de ella emana un agradable aroma, exactamente igual que en el relato de la apertura de la tumba de Francia.

17 Muchas de las reliquias de María Magdalena en San Maximino se perdieron durante la Revolución francesa, pero la Iglesia católica aún guarda su cráneo en un relicario de oro y cristal. Ese cráneo se saca en procesión por las calles en el día de Santa María Magdalena, y dentro de él hay un trozo de fieltro pegado a la frente, que tiene una pequeña hendidura. Es, supuestamente, el lugar en donde Jesús le tocó la frente cuando se le apareció en el sepulcro y le dijo: «¡No me toques, que aún no he regresado al Padre!». Es todo cuestión de fe y de amor a la Sagrada Biblia.

18 Hay un curioso dato digno de mención: cuando uno se adentra en el bosque que rodea la cueva se espera que haga mucho frío, pero, a medida que avanza, el peregrino nota cada vez más calor. Luego, al llegar a la gruta, a unos ciento cincuenta metros de la falda del monte, la sensación es de mucha humedad. El interior de la cueva es muy húmedo, excepto una zona en sus profundidades. Los geólogos no pueden explicar su sequedad extrema. Es justo ese lugar en donde se cree que María Magdalena pasó los últimos treinta y tres años de su vida penitente, en oración constante. Pasó a convertirse en lugar de culto y curación, especialmente para las mujeres, sobre todo para aquellas que eran estériles.

19 «París, 6 de agosto de 1916. Se nos informó que *madame* MacLeod pensaba ir a Vitel por una medicina. Pidió un visado o un permiso especial para atravesar la zona ocupada por el ejército». (Copia de los documentos del juicio militar contra Mata Hari).

20 «Vitel, 2 de septiembre de 1916. *Madame* MacLeod llegó de París a Vitel a las 4.30 pm., al Gran Hotel, lugar en donde está hospedada». «Vitel, 3 de septiembre de 1916. Durante todo el día *madame* MacLeod solo salió del hotel para tomar las aguas y para pasear por el parque. En el camino habló con tres oficiales. Supimos que pasó todo el día esperando a alguien. Efectivamente, llegó el capitán Vadim de Maslov, el oficial que había pasado varios días junto a *madame* en París. Llegó en el tren de las 3.30. A las 5.30 les vimos besándose apasionadamente en el balcón de su habitación. A las 6.00 fueron a pasear del brazo por el parque. Nos sorprendió ver al capitán Maslov llevando un parche oscuro sobre su ojo izquierdo. Que no estaba así cuando lo vimos besándola en la ventana. A las 9.00 pm, regresaron al hotel para cenar y no volvimos a verlos». (Copia de los documentos del juicio militar contra Mata Hari).

21 Documentación escrita del juicio. (Vid. Charles River, *Mata Hari: The Controversial Life and Legacy of World War I's Most Famous Spy*, Charles River Editors, 2016).

22 Felicidad.

23 ¿Pero qué clase de pregunta es esa?

24 «Durante mi infancia, solo deseé ser amada. Todos los días pensaba en cómo quitarme la vida, aunque en el fondo, ya estaba muerta. Solo el orgullo me salvó». (Palabras de Coco Chanel, cit. en Justine Picardie, *Coco Chanel: the Legend and the Life*, It Books, 2015).

25 Con el transcurso de los años renegó de su humilde ascendencia, y por ello inventaría otras historias —como decir que provenía de familia burguesa—, información que creyeron varios biógrafos. Llegó a mentir diciendo que cuando su madre falleció, su padre no estaba porque había viajado a América en busca de fortuna, y que por ello ella se tuvo que quedar al cuidado de unas tías insensibles. También alegó haber nacido en 1893 en vez de 1883, y que su madre había muerto cuando solo tenía dos años en vez de doce. Algunos biógrafos han visto tintes de mitomanía nerviosa en su personalidad. (*Vid.* Justine Picardie, *Coco Chanel: the Legend and the Life*, It Books, 2015).

26 Kikirikí, ¿quién vio a Coco?

27 ¡Pues claro, querida!

28 «La moda se había convertido, simplemente, en un mal chiste, parecía que la gente que había olvidado de que dentro de esos trajes ridículamente adornados, tenía que vivir una mujer». (Palabras de Coco Chanel, cit. en Justine Picardie, *Coco Chanel: the Legend and the Life*, Ed. It Books, 2015).

29 En 1909, Coco no solo era la amante de Balsam, sino también de Boy. Durante sus últimos años, Chanel recordó: «Dos caballeros estaban pujando por mi pequeño cuerpo caliente». (Cit. en Lisa Chaney, *Coco Chanel: An Intimate Life*, Penguin Group, Londres, 2011).

30 *Vid.* Justine Picardie, *Coco Chanel: the Legend and the Life*, It Books, 2015.

31 «Ellos habían decidido buscarme un lugar, un local, en donde yo pudiera desarrollar, crear y vender mis sombreros, como si de un juguete se tratara». (Palabras de Coco Chanel, cit. en Lisa Chaney, *Coco Chanel: An Intimate Life*, Penguin Group, Londres, 2011).

32 «El mundo se estaba muriendo, mientras otro mundo comenzaba a nacer, y yo estaba justo ahí, ante una oportunidad que no podía dejar pasar, y no la dejé pasar. La cogí». (Cit. en Lisa Chaney, *Coco Chanel: An Intimate Life*, Penguin Group, Londres, 2011).

33 «Yo era mi propia dueña, y dependía solo en mí misma. Boy Capel se dio cuenta de pronto que ya no me controlaba. “Te he dado un juego que te encantaba, y con ello te he dado libertad”, me llegó a decir en una ocasión con una voz llena de melancolía». (Cit. en Justine Picardie, *Coco Chanel: the Legend and the Life*, It Books, 2015).

34 «Desarrollé el hábito, hasta entonces sin precedentes, de rodearme de personas del más alto nivel, para lograr una unión inquebrantable entre mi persona y la sociedad». (Cit. en Megan Hess, *Coco Chanel*, Hardie Grant Books, 2005).

35 «Él no era libre, pero yo tampoco. Yo no deseaba dejar la Casa Chanel, que había levantado totalmente sola y con mi solo esfuerzo y que deseaba seguir dirigiendo». (Cit. en Megan Hess, *Coco Chanel*, Hardie Grant Books, 2005).

36 Coco Chanel murió el 10 de enero de 1971, a la edad de ochenta y ocho años, en su apartamento del hotel Ritz de París, habiendo trabajado hasta el último momento de su vida, y habiendo amasado una inmensa fortuna. Pero a pesar de esa imagen de éxito extraordinario, Coco estaba más sola y más frágil que nunca. Se sentía muy sola. Demasiado. Todos los hombres que había amado llevaban fallecidos muchos años, nunca se casó y no tenía familia cercana. Acabó enganchada a las drogas y a la morfina para lograr dormir. «Uno nunca debería vivir en soledad; es un gran error». «No tengo nada, solo millones. Pero estoy sola, muy sola». Su criada la acompañó al final viendo cómo Coco se pinchaba su última inyección de morfina. Ella le dijo: «¿Lo ves? Así es como uno muere». Su aportación a la belleza y al glamur es un extraordinario legado que todavía hoy pervive.

37 «Creo que le fue especialmente bien para alguien que no tenía formación académica en el arte, y que no tenía un gusto innato. Pero tenía algo: pasión. Pasión para promocionarse a sí misma y convertirse en una gran estrella de las artes plásticas». (Alberto Giacometti, en una entrevista televisiva sobre Peggy Guggenheim).

39 «La conocí y le cogí mucho cariño porque me dio pena... Era una mujer muy vulnerable. Tenía un acento muy extraño, y le pregunté un día dónde había aprendido a hablar así. Me dijo que todas habían sido forzadas y enseñadas en el colegio a hablar así, y que por ello, hasta el día de su muerte, no sabrían hablar de otra manera». (Palabras de Truman Capote, cit. en Francine Prose, *Peggy Guggenheim. El escándalo de la modernidad*; Turner-Noema, Madrid, 2016).

40 Esta exposición, de la que he encontrado cantidad de fotografías extraordinarias, se abrió al público en 1937.

41 «María era una chica que no daba verdaderamente mucha importancia a su físico, y lo que ya entonces le interesaba más que nada era la música. No era nada guapa. Me parece extraordinario que haya llegado a convertirse en lo que se convirtió. Es verdaderamente una prueba de inteligencia y de saberse sacar un atractivo inmenso a un cuerpo y a un rostro muy poco agraciados. Y quizá la empujase su ambición para superar eso, pues siempre fue ambiciosa. Siempre. Muchísimo. Se notaba que estaba ella, y ella y... ella. Nadie más». (Elvira de Hidalgo, profesora de canto, en entrevista televisiva sobre María Callas, cit. en Anne Edwards, *Maria Callas: An Intimate Biography*, St. Martin's Press, Nueva York, 2003).

42 «Ella siempre me miraba con esa boca tan grande, con esos ojos inmensos que te hablaban. Eso me llamaba mucho la atención. Y me dije: esta es alguien. Como alumna, ¿cómo era? Perfecta: dócil, inteligente, supertrabajadora, en eso sí que era formidable. No me hacía falta repetir una frase dos veces. Decía “Sí, *capito*”. Y al día siguiente: perfecto. Todo lo había entendido a la perfección y estaba regio. Callas era muy musical y conocía superbién la música. La entendía, la vivía. Tocaba el piano de maravilla. Y además llegaba la primera y se iba la última. Eso era asombroso, porque ¿cómo podía aguantar allí cinco horas metida?». (Elvira de Hidalgo, profesora de canto, en entrevista televisiva sobre María Callas, cit. en Anne Edwards, *Maria Callas: An Intimate Biography*, St. Martin's Press, Nueva York, 2003).

43 Ari percibía con claridad que la alta sociedad le ninguneaba. Estaba muy acoquejado y sabía que Elsa Maxwell le había invitado a aquella fiesta solo por su dinero; todo el mundo lo hacía. Onassis no era tonto, y era perfectamente consciente de lo que sucedía. Una vez dijo delante de varios testigos: «Creen que soy una escoria griega con mucho dinero». (Vid. Arianna Stassinopoulos Huffington, *Maria Callas: The Woman Behind the Legend*, Cooper Square Press, Nueva York, 2002).

44 «Ambos tenían un carácter superfuerte y temperamental, con grandes estallidos y también faltas de educación. Recuerdo una vez, durante una cena, en un club muy elegante y lleno de gente importante, estando cenando con un montón de amigos griegos de Ari, alguien preguntó: “Dime, María, ¿Ari aún te hace el amor?”. Y ella, sonriendo y totalmente en broma (estaban todos algo bebidos), respondió: “¡Nunca!”. Era tan solo una broma, una tontería... Pero Onassis era superorgullosa, nada humilde, y los chistes los aguantaba solo si provenían de él. Se sintió atacado y respondió despóticamente frente a todos en griego: “Contigo nunca, con otras mucho”». (Vid. Tom Volf, *Maria by Callas: In Her Own Words*, Assouline Publishing, Nueva York, 2017).

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© María Vallejo-Nágera Zóbel, 2018

© La Esfera de los Libros, S.L., 2018

Avenida de San Luis, 25

28033 Madrid

Tel.: 91 296 02 00

www.esferalibros.com

Imágenes de interior: Photoaisa

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2018

ISBN: 978-84-9164-323-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.